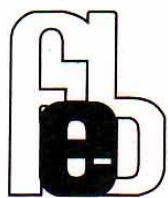


Daniel Suárez Artazu

MARIETA



Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

MARIETTA

PÁGINAS DE ULTRATUMBA DE DOS EXISTENCIAS

(PRIMERA Y SEGUNDA PARTE)

OBRA EMANADA DE LOS ELEVADOS ESPÍRITUS

DE

MARIETTA Y ESTRELLA

ESCRITA POR

DANIEL SUÁREZ ARTAZU

Médium, de la Sociedad Espiritista Española

Dedicatoria de la primera edición publicada por la sociedad progreso espiritista de Zaragoza a los elevados espíritus de:

MARIETTA Y ESTRELLA

Al frente de estas páginas, que hemos tenido la gloria de ser los elegidos para recibir en depósito, queremos ofrecerlos, por los elevados pensamientos que en ellas habéis vertido, esta prueba de nuestra admiración y respeto, que sí es pequeña por lo que valéis, es grande por la efusión con es ofrecida. Zaragoza 22 de noviembre de 1870. —Presidente honorario, el Teniente General, Joaquín Bassols. —Presidente, Teniente Coronel Capitán de Ingenieros, Saturnino Fernández de Acellana. —Primer Vicepresidente, Diputado provincial, Abogado y propietario, Manuel Sinués. —Segundo Vicepresidente, Magistrado, León Cénarro. Secretario. Comandante Capitán de Infantería, Patricio Morales. — Periodista, Antonio Torres Solanot y Casas, Vizconde de Torres-Solanot. —Comandante de Infantería, Miguel Ibañez. —Empleado, José Dea. —Comandante Capitán de Artillería, Joaquín Bassols —Mecánico y propietario, Agustín Castellvi. —Coronel Capitán de Ingenieros, Antonio Llotge. —Brigadier, Fernando Primo de Rivera. —Teniente, Eduardo Camacho. —Mecánico, Bartolomé Castellvi. —Capitán graduado, Cesar Bassols. —Artista, Eduardo López del Plano. —Capitán Teniente, Domingo Roman. —Abogado y propietario, Mariano Lapuente. —Abogado y propietario, Mariano Sorolla. —Abogado, Lucio de la Escosura. —Empleado, Arturo Bandragen de Puig-Samper. —Propietario, Juan Navarro. —Abogado, Gregorio Cénarro. —Capitán de Infantería, Vicente Mas. —Empleado, Melitón Cénarro. —Coronel de E. M., Eusebio Ruiz. —Artista, Amadeo Navarro. —Comerciante, Indalecio Martín. —Artista, Ramón Galvez. —Coronel de Artillería, Antonio Quintana y Llerena. —Abogado, Propietario, Manuel Rozas Pomar. —Coronel Teniente Coronel de Artillería, Bernardo Echaluze. —Empleado, Daniel Suárez. —Coronel Comandante de Infantería, Santiago Bassols.

PRÓLOGO A LA QUINTA EDICIÓN

Si la vida es sufrir y luchar, el arte de vivir bien consiste en sobreponerse a los sufrimientos, buscando los medios de sobrellevarlos para realizar nuestra misión regeneradora, o sea la ley del progreso, en virtud de nuestro propio impulso y como fin primordial de la existencia terrena, una de tantas etapas en la peregrinación del espíritu por los ámbitos del Universo.

Mantener serena la inteligencia mientras el corazón se destroza; dominar con la razón las más aflictivas situaciones para convertir en goce lo que fue un martirio: evitar el desaliento por inmensa que sea la desgracia, pues al compararse, siempre se encontrará mayor desgracia dominando en otro; grabar en nuestra conciencia que es preciso pasar por el infortunio con resignación si se ha de llegar a la felicidad con gloria; y, en fin, inculcar la realidad de la vida de ultratumba.

Tal es la enseñanza moral que se desprende de las «Páginas de dos existencias» y «Páginas de ultratumba», de este precioso libro titulado MARIETTA, apoteosis de la virtud, idilio del amor, tesoro de consuelos y esperanzas, y que está inspirado en los principios fundamentales del Espiritismo, desarrollándolos con magistral criterio y como insensiblemente en el curso de la narración.

Vasto campo se ofrece para que la inteligencia desentrañe los profundos conceptos esparcidos por las bellas páginas de este libro, la imaginación se cierna en alto vuelo penetrando los magníficos ideales que hace vislumbrar, y el sentido analítico desenvuelva los problemas varios que allí se inician, directamente relacionados con el de la identidad o persistencia del espíritu a través de sucesivas encarnaciones, esto es, la preexistencia y supervivencia del alma a los cuerpos que revistió en diferentes vidas é informó con su fuerza plástica.

Pero el entendimiento se ve pequeño, la facultad creadora se deslumbra y el sentimiento se juzga impotente, para remontar hasta la cúspide desde donde se han de apreciar los destellos de luz irradiados por focos poderosos que nuestra débil pupila no puede resistir; y ante esas dificultosas trabas, cediera el deseo de escribir un Prólogo para la quinta edición de MARIETTA, aun faltando a ofrecimiento hecho, si para llenar aquel deseo, que en cierto modo es un deber, no hubiera la especial consideración de que la pobreza de conceptos y desaliñada frase del prologuista, contribuyan a hacer resaltar de exuberancia de ideas y la brillantez de la forma en que las vierte el libro.

Consagrado éste a presentar el problema de ultratumba, poniendo de manifiesto la doctrina de las vidas anteriores y posteriores del alma, la solidaridad de todas las humanidades y su parentesco universal, única doctrina que explica satisfactoriamente nuestra existencia y las desigualdades de los hombres armonizándolas con la justicia divina; muestra, como ha dicho Víctor Hugo, que «la cuna tiene un ayer, y el sepulcro un mañana;» o en otros términos: «el instante actual resulta del que le precede, y el instante que le sigue se deducirá del presente». Así, la vida terrena tiene su razón de ser en la existencia precedente, y la Vida futura será consecuencia de la actual, elevándose el alma hacia Dios a medida que más le conoce y por consecuencia más le ama, y aunque sujeta a las leyes universales, obrando por elección voluntaria, con libre movimiento, para que sea responsable de sus actos, descubriendo eternamente una esperanza lisonjera más allá de otra esperanza, y desarrollando en sus obras la intensidad de su amor, con tiempo inacabable y con horizontes infinitos, porque «aquel primer Impulso de amor en virtud del cual la creación fue, la creación es y será, no se agota jamás».

*

* *

Expuestas las precedentes consideraciones generales que sugiere la lectura de MARIETTA, y antes de entrar en otras apreciaciones, importa dar algunas noticias respecto a las raras condiciones en que fue escrito este libro.

Una de las varias sociedades establecidas en España para estudiar y propagar el Espiritismo, titulada «Progreso Espiritista de Zaragoza», obtuvo la primera parte, *Páginas de dos existencias*, que vio la luz en esta capital el año 1870. Celebraba aquélla sus sesiones consagradas al estudio de la filosofía espiritista recopilada por Allan Kardec, y a investigaciones sobre los fenómenos que le dieron origen. Después de discutir los temas puestos al debate en la orden del día, y en cuya discusión tomaban su correspondiente parte los médiums (personas que pueden servir de intermediarias entre los espíritus y los hombres), pedíanse lo que se llamaban «Comunicaciones espontáneas,» y los médiums escribientes trasladaban al papel, con mano vertiginosa, enseñanzas filosóficas o científicas, consejos morales, selectos pensamientos revistiendo forma correcta cuando no bellísima, y a veces fragmentos que unidos después formaban libros como MARIETTA,

al que precedió el *Tratado de educación para los pueblos*, escrito por el médium D. Cesar Bassols, y que vio también la luz pública el mismo año de 1870.

Al frente de dicho libro aparece un acta firmada por los diez y nueve individuos que a la sazón constituían la «Sociedad Progreso Espiritista», para hacer constar la forma en que se había obtenido y exponiendo el método sencillo y maravilloso con que se habla escrito, reducido a lo siguiente:

«Colocado el médium en actitud de escribir con un socio a su frente para sujetar y colocar el papel, toma un lápiz grueso que apoya suavemente sobre aquél, y después de haber invocado mentalmente al espíritu con quien se desea comunicar, instantáneamente se pone en movimiento la mano, trazando con velocidad inconcebible las ideas que tiene a bien emitir el espíritu invocado. — El médium nada pone de su parte, y lejos de suplicar el silencio que nunca solicita, sin temor a la interrupción de su trabajo, porque en él no obra la imaginación, contesta a las personas que le hablan y toma una parte activa en las cuestiones que se suscitan, sin que por esto deje de funcionar aquella mano que escribe, estampando mecánicamente en el papel los pensamientos más sublimes».

En condiciones idénticas se escribió la primera parte de MARIETTA, obtenida a presencia de los que firmamos la Dedicatoria de la primera edición.

En una de las «Comunicaciones espontáneas» pedidas al final de la sesión, el médium D. Daniel Suárez, escribió: «Venid a mi, oh! vosotros, y os cantaré las delicias de la nueva vida...»

De la misma manera escribía en la siguiente sesión: «Yo soy quien con raudo vuelo y desconocida pasó por las asperezas de la vida... » Y así fueron escritos en sucesivas sesiones los párrafos del primer capítulo, que terminan con puntos suspensivos.

Luego se vio que formaban parte de un todo, y se supo que eran el principio de un libro que iban a dictar al citado médium los espíritus de Marietta y de Estrella, quienes habían dado ya notables comunicaciones en la Sociedad Espiritista de Zaragoza. Siguió aquél escribiendo párrafos mucho más extensos, hasta completar la primera parte o *Páginas de dos existencias*, publicada por dicha Sociedad, y cuyo principal objeto era servir de fundamento a la segunda parte del libro, *Páginas de ultratumba*.

Los primeros capítulos de esta segunda parte fueron escritos también en Zaragoza, y alguno en un pueblo de la provincia a donde se trasladó, en calidad de secretario interino del ayuntamiento, el médium, D. Daniel Suárez, que desempeñaba modesta plaza de escribiente en la Diputación provincial, y no tenía carrera alguna científica ni literaria, ni poseía más que los conocimientos superficiales que e adquieren en la segunda enseñanza. Por eso, a quienes no conocían el Espiritismo, les maravillaba que repentinamente se hubiera revelado un fecundo y brillante escritor, al pie de cuyas producciones medianímicas, esto es, dictadas por los espíritus o debidas a inspiración evidentemente extraña, podía muy bien, honrándose, poner la firma afamado literato.

Circunstancias particulares originaron la dichosa coincidencia de reunir en Madrid el año 1871, a la mayor parte de los elementos activos de la «Sociedad Progreso Espiritista», quienes continuaron los estudios y trabajos comenzados en Zaragoza, hasta que aquel Centro se refundió en «Sociedad Espiritista Española», entre cuyos médiums se contó desde entonces el Sr. Suárez. Este concluyó de escribir MARIETTA, y por inspiración de los espíritus que habían dictado esa obra, hizo ligerísimas correcciones en la primera parte, *Páginas de dos existencias*, dividiéndola en capítulos con sus correspondientes títulos, para acomodarla a la forma de las *Páginas de ultratumba* y unificar así el libro, bajo la pauta seguida en esta segunda parte, muy superior a la primera, la cual, como se ha dicho, tiene por objeto servir de fundamento para aquélla, que es en realidad la transcendente.

*

* *

Para dar ahora una idea de este libro, que es un monumento de la literatura espiritista, y aun prescindiendo de este concepto constituye una joya literaria, permítasenos reproducir los principales párrafos del artículo bibliográfico que hubimos de consagrarle cuando vio la luz en Madrid el año 1874.

Las *Páginas de dos existencias*, primera parte de MARIETTA, son «narración sencilla de algunos hechos culminantes de la vida de dos mujeres, que pasaron y murieron sobre la tierra, tan desconocidas como aquellas solitarias flores que en cualquier rincón del valle un día lucen y otro se deshojan, sin que para admirar su belleza se detenga en ellas ni una sola mirada». Tienen además «el interés y el cuidado de hacer ver, lo mismo a los que en el silencio sufren y en el silencio son virtuosos, que a los que entregando su corazón a la fiereza de las pasiones, creen hallar un bien en las ficciones del mal; como sólo las almas acrisoladas en la virtud pueden serenas esperar al porvenir, cómo sólo ellas pueden tranquilas mirar al cielo».

Esta apoteosis de la virtud, que, aunque oculta, no por eso deja de brillar como brillan las estrellas inaccesibles aun cuando no las vemos; este idilio del amor puro y sencillo que se agranda inspirando la caridad, y se sublima conduciendo por el camino que guía hacia Dios; este poema, en fin, de la sinceridad, tan ingenuo como elevado, es preciso leerlo detenidamente para saborear sus bellezas, es preciso meditar sobre los pensamientos y consideraciones intercalados con oportunidad en la narración, para admirar esas descripciones que ponen tan de manifiesto lo bueno y lo malo que encierra el corazón, que indican un perfecto y profundo conocimiento de la humanidad, y que están inspiradas en el reflejo inmortal del Bien, destello de la Divinidad misma. Respirando siempre los sentimientos que dan vida a las malas pasiones; poniendo a éstas alguna vez en acción con sus funestos resultados; para condenarlas; y parangonando unos y otros a la luz de la esperanza y la del arrepentimiento; las *Páginas de dos existencias* instruyen deleitando, para alentar en el camino de la virtud que, marchando adquiere fuerzas: «Macte nova virtute», «Vires acquirit eundo», como, con expresión gráfica, decía el poeta latino.

Tal se desprende de la pintura tan verdadera como delicada que ofrecen aquellas *Páginas*, del amor que rebosa sobre los demás y para los demás, y del amor egoísta; del amor dignidad, y del amor orgullo; del amor espontáneo, natural é inalterable, y del amor calculado, violento y vario; del amor que es una ofrenda, un sacrificio, y cuyo aroma, aun sin ídolo, continúa subiendo al Cielo, y del amor que es todo inquietud y sólo se desparrama por la tierra; del amor, en fin, de Marietta, y del amor de Estrella. Ideal uno y otro: pero destinado aquél a vivir con la esperanza purificando siempre al espíritu que habla de obtener la recompensa; condenado éste a morir con el arrepentimiento que debía lavar, para revivir puro en otra existencia: porque el justo y el arrepentido marchan hacia Dios, recibiendo el primero pronto el premio, llevando el segundo su castigo en la misma lentitud de su marcha.

Es objeto, por último, de las *Páginas de dos existencias* mostrar a la mujer el camino del deber y la virtud, y enseñarle que si lo ve todo perdido, si está reducida a un amor sin esperanza, o a una virtud sin estimación y sin amor, sepa salvarse a si misma con una piadosa resignación; porque la vida del espíritu, ese alma donde se anidan los sentimientos, no concluye aquí en la tierra, se desarrolla en otras existencias, donde se realizarán los sueños de amor inspirados por una esperanza justa, y alimentados por una virtud sin tacha.

Las Páginas de ultratumba, segunda parte de *MARIETTA*, tienen por objeto hacer ver: «Cómo más allá de la vida humana se recoge el fruto y se tocan los efectos de todas aquellas obras y de todas aquellas causas que, al parecer, sobre la tierra se han perdido y olvidado; y como en el abismo de luz que sigue al abismo del sepulcro, el mal se resuelve en tempestades y en serenos horizontes la virtud». —«Ni la existencia ni el trabajo, ni el dolor concluyen donde empieza un sepulcro. Si el agitado sueño de la vida no es el reposo, no lo es tampoco el profundo sueño de la muerte» .—«Si vivir es movimiento morir es tomar otro nuevo; es terminar un tarea impuesta de existencia, para emprender otra, consecuencia de la anterior: es el fin de una jornada que conduce a un progreso».

«Ese espíritu que parece desvanecido con el último latido de la arteria y el postrer sacudimiento del corazón, que parece aniquilado por el esfuerzo de la agonía, debe desplegar después facultades y aptitudes tantas, tan infinitas y varias, como varias e infinitas son las combinaciones del elemento físico sobre el cual vive y trabaja».

A demostrarlo así va encaminada la notabilísima segunda parte de *MARIETTA*, escrita principalmente para los que sin prescindir del presente, todo lo esperan del porvenir de ultratumba. Es la vida de dos almas, la descripción de cómo más allá del sepulcro el espíritu vive, trabaja y llora, descansa y goza.

Esa descripción entraña grandes enseñanzas, esperanzas y consuelos para aquellos que creen en la vida espiritual y en las reencarnaciones, única manera de conciliar las desigualdades, que tanto atormentan al hombre sin fe, con la justicia infinita; esa descripción abre al pensamiento horizontes nuevos donde encontrará la creencia racional, que no, en último término, más que la fórmula hoy posible del Cristianismo, y hacia donde se dirigen las corrientes como lo prueba el movimiento religioso moderno; esa descripción, por fin, cuando no otra cosa, llamará por su novedad la atención del lector. Y ya la considere como una obra medianímica, esto es, dictada por los espíritus, ora la juzgue producto de la fantasía del que, sin embargo, nada más fue que mero escribiente, intérprete de pensamiento ajeno, hallará fundamentos bastantes para sentar una hipótesis racional más lógica que las hasta ahora extendidas, ya como verdades o dogma religioso, ya como concepciones o supuestos de la filosofía; hipótesis que conformará con la teoría espiritista, basado en un criterio científico y comprobada por aquellos que se dedican a estudiar lo que de simple pasatiempo se convirtió en doctrina filosófica destinada a modificar las opiniones religiosas de la humanidad; en una palabra el Espiritismo, que si aparece en esta época es porque ni las teorías católicas ni las protestantes nos pueden ya bastar, y necesitamos algo más elevado y adecuado a nuestro presente estado de progreso.

*

* *

Como quiera que se le considere, pues, este libro es eminentemente moral y tiende en primer término a fortificar el sentimiento religioso.

Para aquellos que creen en la reencarnación, en el paso sucesivo del espíritu inmortal a través de existencias o vidas en los mundos materiales, las Páginas de ultratumba muestran la razón de esas existencias; los que dudan hallarán en ellas algo sublime que tal vez desvanezca sus dudas y aún los que niegan, seguramente se verán atraídos por la belleza de la forma y el profundo sentido moral de algunos capítulos, capaces de crear una reputación de escritor.

El que da comienzo a esa brillantísima segunda parte de *MARIETTA*, titulado *El primer día de un muerto*, es conmovedor; no porque con tintas lúgubres y tétrico estilo describa este trance, horroroso sólo para el desgraciado que cierra los ojos sin fe en Dios y sin esperanza en otra vida, sino porque detalla con maestría el momento de la separación del espíritu y el organismo, comprobando las enseñanzas de la doctrina espiritista.

El capítulo segundo, *Voz del cielo*, es un cántico consolador que sin duda oyen las almas acrisoladas en el infortunio y templadas al calor de la virtud, al traspasar los umbrales de la nueva vida, de la verdadera

vida del espíritu. *Nápoles a vista de alma y a vista de pájaro*, y *El Mediterráneo y fenómenos de luz*,

capítulos con que termina el libro primero, contienen bellísimas descripciones y párrafos de primer orden, como los que en dos cortas páginas condensan la historia de cien siglos de Nápoles, a grandes y maravillosos rasgos, con pinceladas verdaderamente magistrales, que delatan eximio historiógrafo y sin embargo fueron escritos por la pluma o el lapicero (y aquí hablamos sin metáfora) de quien apenas había saludado la historia y la geografía.

No menos notables son los seis capítulos que forman el libro segundo, sobresaliendo especialmente el titulado *Almas entre humo y ceniza*, delicadísima al par que acerada censura de aquellos *autos de fe* que, «para extirpación de herejías, esplendor de la Iglesia y exaltación de la Santa fe se verificaban, celebrándose la muerte de los sentenciados con esplendidez y con lujo, quemándoles en nombre de Dios, delante de Dios y pidiendo a Dios por ellos; porque era preciso destruir, anonadar el poder de las conciencias inclinadas a la rebeldía y que se atrevían a dudar del poder de la Iglesia: era preciso limitar el poder del pensamiento,

siempre inclinado a pensar fuera de la Iglesia: era preciso sellar con hierro candente aquellos labios siempre dispuestos a decir algo que no había dicho la Iglesia. Cómo si los mártires no continuasen en el espacio, después de su muerte, la obra empezada en la vida, entregando a los ecos la palabra sofocada por la tiranía, para que no se pierda jamás; ecos que la van reproduciendo de generación en generación, y que alientan en los cerebros esa continua insurrección de las ideas contra la oscuridad, no remontándose a más elevadas esferas, no abandonando el campo de su constante lucha, hasta que la razón enciende su antorcha y la virtud teje su corona!»

Los demás capítulos del citado libro segundo, aparte de otras sanas enseñanzas, tienden a probar que «los que nacen vienen de donde van los que mueren»; esto es, la realidad de la inmortalidad.

La visita de un muerto, *La Sombra* y *La razón de dos existencias*, son los capítulos que forman el libro tercero, encaminado a demostrar la necesidad de encarnaciones sucesivas en las cuales se realice el progreso del espíritu en armonía con la justicia divina, etapas de la vida infinita y solución al problema de la desigualdad con que aparecen distribuidos el dolor y el placer; pero respondiendo siempre a un principio equitativo, pues el infortunio nos lo causamos nosotros mismos. No culpemos a la Providencia, que sólo sabe derramar el bien a manos llenas sobre los mundos y las humanidades.

Estas doctrinas hacen necesariamente felices a quienes en ellas creen y a esa fe en el porvenir acomodan los actos de su vida planetaria. a los que tienen la desgracia de no creer, les diremos como *las Páginas de ultratumba*: «Esperad a que se acabe la vida». Y añadiremos, dirigiéndonos a todos: Si por los frutos se conoce el árbol, juzguen por *MARIETTA*, del Espiritismo; y habrá de reconocerse que su doctrina es eminentemente moral y consoladora, y con la virtualidad suficiente para improvisar escritores tan notables como el que revela esa producción, o modestias tan poco comunes cual la del médium que se confiesa simple instrumento de los espíritus.

*

* *

No otra cosa que mero amanuense, fiel *servus a manu* para trasladar al papel el dictado de los espíritus, fue Daniel Suárez. Quienes le conocíamos bien, por tratarle íntimamente, sabíamos que carecía en absoluto de las condiciones para escribir un libro, si no era por inspiración extraña, y muchísimo menos de la manera que escribió éste, al rápido correr del lapicero y sin que hubiera que hacer corrección alguna al original medianímico.

Sabíamos también que ningún ser humano podía prestarle aquella inspiración. Si algún suspicaz quiso atribuirme haber colaborado en esta obra, basta mi rotunda negación para destruir ese falso supuesto. Ciertamente es que presidí y dirigí las publicaciones que se dieron a la imprenta en Zaragoza y en Madrid, pero mi trabajo se limitó a comprobar las cuartillas para la imprenta con el original, y corregir las pruebas con estricta sujeción a él. Para demostrar mi escrupulosidad en este punto, he de recordar dos detalles.

Al dar a la imprenta las cuartillas que contenían el magnífico resumen histórico de Nápoles, síntesis digna de nuestro incomparable tribuno el profesor de Historia señor Castelar, o del inmortal poeta y vidente filósofo Víctor Hugo, o de otro genio historiador, aun cuando no noté anacronismos ni error grave de apreciación, comprobé las citas en mi favorito «Compendio de Historia Universal», Weber-Sanz del Río, y siguiéndole, convinimos en escribir Totilas, en lugar de Totila, como decía el original y llaman otros historiadores y los biógrafos a ese rey goda. En la presente edición aparece la palabra sin la s, tal cual la escribió el médium.

Otro detalle. Colaborando en el periódico ilustrado El Globo, hace bastantes años, di en cuartillas para artículo el capítulo de MARIETTA titulado *almas entre humo y ceniza*, como de oportunidad en un día 30 de mayo, aniversario del auto de fe que motiva dicho capítulo al pie de la última cuartilla y delante de mi nombre escribí «Por la firma», frase que suprimió la Redacción, atribuyéndome la paternidad del artículo, lo cual motivé la oportuna rectificación, porque no quería vestirme con plumas ajenas, aun cuando a ser mío el artículo, honrarme mucho firmarlo. Por cierto que en el mismo número de El Globo aparecía también un notable artículo de Castelar, que en nada absolutamente hacía desmerecer al que había sido escrito por el médium, y a juicio de muchos superaba el segundo al primero en la profundidad del concepto y la belleza de la forma, ahora bien, nadie mejor que yo podía apreciar las aptitudes literarias y los conocimientos científicos de aquél, porque siendo presidente de la «Sociedad Espiritista Española» y ejerciendo Suárez el cargo de secretario, vivimos algunos años en el local de dicha Sociedad, circunstancias que me permitieron aquilatar la capacidad intelectual y los grados de instrucción de ese joven, igualmente que sus excelentes facultades como médium.

Algunas de las notabilísimas «Comunicaciones» por él obtenidas, y especialmente el libro MARIETTA, convencieronme de la realidad y carácter extraordinario de los fenómenos espiritistas, y fueron la causa determinante para consagrar a su estudio toda mi atención y desvelos recompensados con maravillosas manifestaciones de los espíritus, en particular del espíritu de «Marietta» y por conducto de diferentes médiums, convirtiéndome en infatigable propagandista de una doctrina que tantísimos beneficios de orden moral reporta a quienes la profesan, y en la que vi elementos bastantes para fundar, no sólo una fe racional, necesaria a la época presente é indispensable al porvenir inmediato, sino un completo sistema filosófico, poniéndonos además de manifiesto el gran problema moral y empeñándonos en su solución, a fin de realizar una necesaria renovación con sentido armónico en todas las esferas de la vida.

A este propósito hemos dicho antes de ahora (Preliminares al estudio del Espiritismo, final del cap. IV), y se nos permitirá repetirlo:

«Las ciencias físicas nos enseñan que nada muere en el sentido de aniquilamiento sino que sólo se verifican transformaciones; de la misma manera en el orden espiritual, la enseñanza espiritista viene a sentar y demostrar que la muerte no es más que una metamorfosis; nacer no es comenzar, sino continuar; morir no es concluir, sino continuar también.

»Una gran ciencia matemática, prolongados estudios y poderosos instrumentos ópticos, han venido a revelarnos los errores en que la humanidad estuvo sumida hasta ahora. Grandes esfuerzos de la inteligencia y una lucha tenaz contra el testimonio engañoso de los sentidos y de las preocupaciones, han sido precisos para encerrar dentro de los límites de lo natural lo que como sobrenatural se tenía.

»Proseguir el camino trazado por las ciencias y empujar a la inteligencia, poniendo al alcance de todos lo que sólo algunos genios presintieron, es el trabajo del Espiritismo, que al estudiar el mundo físico y el mundo moral, la materia y el espíritu, como la química demuestra que en la materia sólo se transforma el elemento, así sienta que nada se pierde en los seres espirituales, creados para el bien; encaminados a él, ejerciéndole siempre en relación y acumulando cantidades positivas que en la serie de existencias producen adelantos y originan el progreso del espíritu a través de la materia, y de la materia en virtud de los esfuerzos del espíritu, que siempre obra sobre ella.

»Estos nuevos principios han de operar la renovación que representa el Espiritismo; estos nuevos principios son el resultado inmediato y simultáneo de la enseñanza de los espíritus y de la Filosofía Espiritista, formada de la recopilación, concordancia y análisis de dicha enseñanza, que en último término nos lleva, mediante raciocinios y trabajos propios, al punto de convergencia con lo real, lo fenomenal y lo ideal, al punto donde las varias unidades se resuelven lógicamente en la unidad fundamental.

»Derivamos, pues, nuestra filosofía de las diversas fuentes que las ciencias nos proporcionan para llegar a la síntesis de todos los hechos conocidos del orden físico y del orden moral; estudiamos el lazo que une a los seres de la creación, comprendiendo a la vez los atributos orgánicos y los morales en la vasta escala de aquélla.

»Así el Espiritismo levanta el sistema que hará progresar las ciencias exactas y las ciencias morales; pero no se encierra en el exclusivismo ni en el dogmatismo, sino que, admitiendo el progreso indefinido, ofrece al estudio sus teorías, producto de la reunión y agrupación con método de los hechos físicos y los morales que ha recogido, y de las leyes que va descubriendo y a la que aquellos hechos se ajustan.

»Por eso afirmamos que esa doctrina, esa filosofía, esa ciencia llamada Espiritismo, viene a armonizar la ciencia y la creencia, a prestar vida a la fe, dándole por hermana la razón; y viene a imprimir nueva y saludable dirección a la humanidad habitante del planeta Tierra, la cual **empieza a dejar atrás la infancia de su agitada vida, a conocer al Dios, su Padre, y a sus hermanas las humanidades que pueblan todos los mundos que llenan el espacio, y a descubrir, conociéndose a sí misma, por qué existe, de dónde viene y a dónde va.**

»Tales son los fines que se propone y los resultados que consigue la nueva doctrina, tomando por guía la ciencia y el raciocinio que llevan a la verdad, en camino de la cual nos pone el Espiritismo, que es la luz que lo invade todo, señalando en la época actual el despertar de la humanidad, ayudándola a levantarse con atrevido vuelo, y lanzándola hacia los progresos que debe realizar».

A estos mismos fines tiende la interesantísima obra que ve hoy nuevamente la luz pública.

Para quienes la conocen, cuanto pudiéramos añadir respecto a las bellezas que atesora, sería pálido ante el ventajoso juicio que ya tienen formado: y a los que no la conozcan, sólo les diremos que abran esas Páginas por cualquier capítulo, y de seguro su lectura les hará entrar en deseos de conocer todo el libro. Mediten sobre él después de saborear la sencillez de la narración, la belleza del estilo y la sublimidad del pensamiento, y hallarán las superiores enseñanzas que entraña el Espiritismo, merced al cual todo se explica con maravillosa facilidad, todo es lógico, todo se encadena; se comprende la Creación en cuanto al hombre es dado comprenderla, y la obra divina nos aparece en su admirable unidad, en su concepción grandiosa y en su belleza sublime.

Y si *MARIETTA* no logra acaso inculcar en el lector esas enseñanzas o el deseo de estudiar la doctrina que se funda en ellas, habrá de reconocerse que el libro ha tratado de hacer comprender a los seres desgraciados: «Que ni un solo instante de una existencia se pierde, y que no hay ser desconocido; pues si alguno no deja un sólo recuerdo de su paso por la tierra, más allá de la vida llega a descubrirse cuál es la misión de lo que al parecer pasa desapercibido»; «Que sólo el alma acrisolada en la virtud puede mirar tranquila al cielo donde las esperanzas justas que se acariciaron en sueños llegan a ser una realidad:», «Y que el puro y sencillo amor a un ser, conduce a la caridad, que es el grande y sublime amor a todos los seres, amor del cual sale purificado el más grande y sublime de los amores, el amor a Dios».

El Vizconde de Torres-Solanot.

Zaragoza, 1888.

MARIETTA

PRIMERA PARTE

PAGINAS DE DOS EXISTENCIAS

Ben e pietà che, la pietade e '1 zelo
uman cedendo, autor sen creda il cielo.

INTRODUCCIÓN

Todas las escuelas filosóficas tienen su ideal, su cielo.

El cielo de toda escuela filosófica es la virtud.

Poco valen, pues poca enseñanza ofrecen, estas *PÁGINAS DE DOS EXISTENCIAS*.

Narración sencilla de algunos hechos culminantes de la vida de dos mujeres, que pasaron y murieron sobre la tierra, tan desconocidas como aquellas solitarias flores que en cualquier rincón del valle un día lucen y otro día se deshojan, sin que para admirar su belleza se detenga en ellas ni una sola mirada, su principal objeto, después de ofrecerlas a todos aquellos seres que del mismo modo viven y que tan ignorados mueren, es servir de fundamento a la segunda parte de este libro, *PÁGINAS DE ULTRA-TUMBA*.

Pero como ni un solo instante de la existencia se pierde, como no es infecundo el más pequeño propósito, ni puede ser inútil el más pequeño hecho, tienen estas primeras páginas, precursoras de las segundas, el interés y el cuidado de hacer ver, lo mismo a los que en el silencio sufren y en el silencio son virtuosos, que a los que entregando su corazón a la fiereza de las pasiones, creen hallar un bien en las ficciones del mal, cómo sólo las almas acrisoladas en la virtud pueden serenas esperar el porvenir, cómo sólo ellas pueden tranquilas mirar al cielo.

Queda para después demostrar cómo, más allá de la vida humana, se recoge el fruto y se tocan los efectos de todas aquellas obras y de todas aquellas causas que, al parecer, sobre la tierra se han perdido y olvidado; y cómo en el abismo de luz que sigue al abismo del sepulcro, el mal se resuelve en tempestades, y en serenos horizontes la virtud.

La virtud! Es la más grande apología de su ley, la veneración con que, obligados, la confiesan en el silencio de sus conciencias los mismos que de su senda, única para ascender en tiempos y espacios, se desvían.

Aurora siempre nueva, ofreciendo siempre días más brillantes que los que ya deslumbran, esperanzas más lisonjeras que las ya poseídas, aroma de todos los sacrificios, felicidad que se sobrepone al dolor, hasta convertirlo en placer; entra con la verdad de su destello y con la justicia de sus rayos en las tinieblas del error; porque no pueden ser eternas las negras sombras ni la certidumbre del mal, que, por ser indispensable la virtud, halla, por último, su remedio en su fin.

Por eso, el bueno lo es porque debe; y porque no quiere, aquel que no lo es. Seres que sin dejar un solo recuerdo sobre la tierra, ni un solo átomo de inmortalidad, os sacrificáis, sin embargo, en el silencio, y en la soledad permanecéis inflexibles ante las duras pruebas de una existencia desdichada: aunque se borre vuestra memoria cuando enmudezca el último eco que repita vuestro nombre, se os conoce y se os contempla, y vuestros hechos, vuestro heroísmo, como en mármoles escritos, lucen en ese olvido que sólo existe en el pensamiento de los hombres.

Las virtudes ocultas y las estrellas inaccesibles, aunque no se ven, no por eso dejan de brillar.

MARIETTA.

PAGINAS DE DOS EXISTENCIAS

LIBRO PRIMERO

(Dictado de MARIETTA)

CAPITULO PRIMERO

EL CHOQUE DE DOS ALMAS

I

Venid a mi, oh! vosotros, y os cantaré las delicias de la nueva vida...

Yo soy quien con raudo vuelo y desconocida, pasó por entre las asperezas de la tierra...

El mar azoté mi cuna en una cabaña de pescadores, allá en Nápoles, en el corazón de la ardiente Italia...

Buscando expansión en el espacio, nada encontré más bueno ni más fácil, que venir a vosotros...

Sigo queriendo a los seres que amé...

Es dulce tener presente aquí los sitios dónde se ha sufrido en la tierra, y recordar los seres con quienes y por quienes se ha padecido.

Triste de mi! Abandoné la vida sin dejar a nadie, y...

Quedé sola en la tierra: todos los seres que había amado murieron antes que yo, y no pude menos de morir también.

II

Ponderar lo que fue nuestro cuerpo, no es extraño, como no lo es que una niña pondere su traje. Os diré cómo era el mío. Ya habla sonado para mi la hora de los diez y seis años, y no se habla entregado aun mi alma a los vaivenes de la vida.

De elevada estatura, hasta el punto de que, como las flores de gran tallo, era ligeramente inclinada hacia adelante; rubia y de blondos cabellos que descansaban sobre mis hombros en largos tirabuzones, de paso majestuoso y pie menudo, que apenas percibía bajo las franjas de mi vestido azul, como huyendo de mi propia admiración; mirada profunda como ocultando un misterio: mí belleza, pues la tenía, era extraña en la tierra de Italia: belleza velada por una tristeza lánguida y tranquila.

Era una tímida ave del Norte, nacida en un alegre nido al pie del fuego del Vesubio. Era, como decía mi madre en sus arrebatos de amor maternal: *Marietta, figlia mia pura siccome un angelo.*

Nadie podía sospechar que bajo aquel exterior tan frío se ocultase un corazón de fuego.

Todo el calor que resplandece en los ojos, en los movimientos vivos y en la frente de las mujeres meridionales, se había refugiado en mi alma: alma de arma de fuego donde se oculta materia combustible, y que es capaz de reducir a cenizas en un instante su cañón de acero frío, al menor contacto con un sople cálido,

Ay! Qué mano, qué chispa, qué sople habían de poner en conmoción el volcán que dormía en mí pecho! Quién habla de despertarme a mí, imagen viva de Pompeya, que debía de sucumbir bajo el peso de sus propias cenizas! ay de mí! Una mano que jamás había de estrechar entre las mías, la chispa de unos ojos que como a las estrellas sólo me habla de ser permitida contemplar de lejos, y un aliento que nunca se confundiría con el mío.

Tranquila se deslizó mi existencia hasta los diez y seis años, tranquilas mis costumbres; mis mayores emociones se reducían a seguir con los ojos, hasta que la perdía de vista, la barca de mi padre, y a recibir a éste con alegría entre mis brazos cuando regresaba.

Voy a describir una parte de mi existencia que decidió de mi destino: como las afecciones humanas son eternas, nada nuevo encontraréis en ella.

III

Nápoles, ay, Nápoles! Paraíso donde mi espíritu puede decirse que descansa! Situada en una hermosa bahía de cincuenta millas de extensión; de un lado las cimas del Vesubio con sus coronas de eterna nieve y su gran plumero de humo rojo que toca al cielo, al otro el promontorio . Posílipo; parece la ciudad hermosa una paloma acechada de dos gavilanes.

Entonces, a principios del año 1647, dominaban allí los españoles. y era virrey el duque de arcos.

Nápoles es una ciudad esencialmente italiana. Allí han dominado los griegos, los bárbaros del Norte, los sarracenos, los normandos y los españoles, como he dicho, largo tiempo: ningún pueblo de éstos ha dejado allí su huella: la influencia de su clima, de su dulce no hacer nada, ha vencido y sobrepujado tanto dominio: siempre se ha conservado puro aquel paraíso, italiano puro.

IV

La casa de mi padre, situada a un paso del mar, en uno de los barrios más populosos de la ciudad, era grande; la próspera fortuna la había levantado sobre el antiguo albergue.

Mi habitación, cuyas ventanas caían a un pequeño jardín, dominaba casi toda la extensión de la bahía.

Apenas abandonaba aquel nido sino los días de fiesta para acompañar a mi buena madre a misa.

Mi madre, apoyada ligeramente en mi brazo, era la que me conducía, aunque a la vista pareciese lo contrario.

Atravesábamos el pórtico de la iglesia en medio de la multitud de jóvenes que se agolpan a la puerta de los templos en todos los países.

Orábamos durante la misa.

Los pórticos son. más bien que paso para los fieles, tronos donde se ostenta la majestad de la belleza purificada por la santidad del templo.

Siempre que aparecía a la puerta delante de mi madre para hacerla paso, surgía ese murmullo de admiración que acompaña a la hermosura.

Y yo pasaba tranquila entre aquel incendio, sin que se hubiera logrado de mí, por mucho tiempo, el que se alterase ni siquiera un momento la fría impassibilidad de mi rostro,

Había entonces una costumbre original en Nápoles: muchos jóvenes rodeaban cualquier muchacha, según antes convenían, y cada uno le ofrecía un ramo de flores, con la circunstancia, muchas veces, de que los ramos eran tres por cada uno de los que los ofrecían. La joven tenía el deber de aceptarlos todos, y llevarlos hasta su casa, pues de otro modo el desaire de algún ramo abandonado podría traer en pos quejas y reclamaciones, a veces de no muy buenos resultados.

Un día, al salir de la iglesia, cercóme una multitud de aquéllos, y llovieron en mis brazos ininidad de preciosos ramos, hasta el punto de verme en el grave riesgo de perder alguno.

Pude romper entre la multitud que me rodeaba, y se me acercó un joven con un pequeño ramo.

— Cuánto siento —dijo— haber llegado tarde!

— Cómo tarde? —dije yo;— el vuestro es pequeño y no le faltará lugar donde tantos han cabido; dádmelo...

— No —insistió— no cabe; él solo, a pesar de su pequeñez, ocuparía más lugar que todos.

— No lo veo así —le dije a mi vez.

— Pues yo sí; pero os ofrezco, ya que ahora no cabe mi ramo por estar ocupado su lugar por tantos otros, que lo tendréis.

Y se confundió entre la multitud.

—Si será tonto! —me dije sonriendo.

Llegué a casa y me dirigí al jardín. allí pasé entretenida dos horas escogiendo las flores, formando nuevos ramos con ellas, y colocándolos en jarros que dejé en la habitación que nos servía de comedor en el piso bajo.

Subí a mi habitación, y al acercarme a la ventana..., el ramo de flores que hacia poco me habían ofrecido y no se me había dado, descansaba en uno de los pliegues de la cortina blanca que había a la entrada de una pequeña habitación contigua a la mía.

Retrocedí llena de admiración, y no me atreví a recogerlo: me pareció que debía respetarlo en su abandono.

Día fatal fue aquel para mí... Noche cruel la que le siguió. Creo que por vez primera en mi vida no tenía conciencia de lo que hacía. Qué me pasaba? Por qué un desasosiego infundado se apoderaba de mí? No lo sabía. Una emoción que me atormentaba no me abandonó ni durante el sueño, que siempre había sido tan tranquilo.

Al siguiente día dejé el lecho de mal humor. Qué tenía? Mi vista se fijó por casualidad en aquel ramo de flores, que todavía permanecía en su abandono Sentí un sacudimiento de indignación... me abalancé a él... lo cogí, y le arrojé con ira por la ventana al jardín. ay! Por qué había hecho esto? No lo sabía.

Tranquila quedé, al parecer, después de esta acción injusta. Los días que se siguieron fueron de calma, pero era la calma que precede a las grandes tempestades después de su primera explosión: sin embargo, con cierta inquietud temerosa a la vez que halagüeña, veía que se aproximaba el domingo.

V

Despertaba entonces la primavera, la hermosa estación. Empezaban los jardines de Nápoles a verse revestidos de un matizado manto verde, bordado de las más preciosas flores. Qué brillante, qué límpido su cielo! Qué risueño todo! Pero todo sonreía entorno mío sin que lo echara de ver: mi corazón permanecía triste en medio de este alegre despertar de la naturaleza: ay! me latía con más fuerza a medida que se aproximaba el domingo.

Tenía miedo: y era que no comprendía si mi situación era triste, o podía estar satisfecha de ella; pero conocía que un paso fuera de la morada de mis padres, romperla mi pasado tan tranquilo; conocía que en medio de toda aquella naturaleza que sonreía, se secaba la flor de mi inocencia; sabía que iba a rasgarse el tupido velo que me ocultaba anchos y dilatados horizontes... Por fin amaneció el domingo que mi corazón temía, y que la imaginación deseaba.

Llegó la hora de dirigirnos al templo; nunca, estoy segura, experimentó como entonces mi madre el peso de su hija que era la que debía servirle de apoyo: me arrastró más bien que me llevó, al pie del altar. Salió el sacerdote, abrí el libro de oraciones, y, maquinalmente, sin fijarme en ellas, vi las primeras líneas.

Cada momento se me figuraba una hora; los latidos de mi corazón me hacían el efecto de los golpes de un péndulo; hubo un momento en que latió con más precipitación; el suave ruido de unos pasos, que los percibía entre ese murmullo suave de las multitudes, me hirió é hizo estremecer: un deslumbramiento de luz pasó por mi lado. Qué era?... Era él.

No tuve valor para abordar mi situación de frente; me recogí en mí misma, cerré los ojos, mis brazos cayeron en toda su longitud, entrelazadas mis manos con el libro: no sé el tiempo que así permanecí; se me figuró una eternidad; un impulso involuntario me hizo levantarla cabeza; abrí los ojos, y, allí, cerca de un pilar, estaba... estaba él.

De pie, la cabeza inclinada, la vista fija en el suelo, con su pelo largo, castaño, y formando una grande ondulación sobre sus hombros, con su traje negro, su ligera capa española inclinada sobre su brazo izquierdo, su mano con el sombrero negro en ella, apoyada ligeramente en el pomo de su espada: mi vista quedó fija en él, sin poder distraerla en otro objeto, como si fuera un abismo que atrajera mi alma.

Creo que otro movimiento involuntario hizo que al levantara su cabeza: elevó su vista a la bóveda de la iglesia; al mismo tiempo alcé la mía: creo también que nuestras miradas se reflejaron en un solo punto, porque, como movidos por un solo resorte, bajamos la cabeza, y nuestros ojos se perdieron deslumbrándose mutuamente. La sangre afluyó de mi corazón a la cabeza, y de la cabeza al corazón: un grito imperceptible del alma se ahogó en mi garganta, mientras que una sonrisa inefable, indescriptible, cruzó por sus labios.

Salimos de la iglesia; percibí que me seguía.

— Y mis flores? —dijo al pasar— ocupan algún lugar predilecto en vuestra habitación?... Y pasó rápidamente.

No pude decir nada; decir algo me hubiera sido imposible; llegué a casa sin saber cómo: cuando me encontré sola, inmóvil, de pie en medio de mi estancia, fue cuando empecé a reflexionar y a tener conciencia de dónde me encontraba.

Mi cabeza ardía: llevé a ella involuntariamente mis manos, una idea brilló como un relámpago en mi mente; bajé precipitadamente y llegué a la puerta del jardín; aquella puerta era la de la primitiva cabaña de mi padre, y que se conservaba como un recuerdo, porque sobre aquella cabaña se había edificado la casa que entonces nos servía de morada: busqué... busqué... y entre una porción de hierbas, descansaba aquel ramo todavía en mayor abandono, seco y marchito; le recogí, oculté entre los pliegues de mi vestido aquel tesoro, y volé a mi habitación. Dónde debía dejarlo? No encontraba lugar bastante digno. Lo deposité donde guardaba lo que más estimaba, en esos lugares que todos tienen y que se procura sean ocultos, porque las miradas ajenas profanan los recuerdos queridos.

Mi emoción era grande; no sabía qué hacer; abrí la ventana: la naturaleza, el campo, el mar, el cielo, el sol brillaban en todo su esplendor.

— Sí! —dije, como si alguien pudiera oírme; y dirigiéndome al precioso panorama que se extendía a mi vista: Si! —grité, tu ramo ocupa un lugar predilecto en mi habitación; y un torrente de lágrimas salió de mis ojos, corriendo por mis mejillas y dejando en ellas surcos de fuego.

Entonces se abrieron los ojos de mi alma que puede decirse se llenó del espacio, como el espacio se llenó de mi alma; me pareció pequeña toda la extensión del horizonte para la plenitud que había adquirido mi espíritu; entonces comprendí por qué brillaba el sol, por qué cruzaban chillando los pájaros cerca de mi ventana, por qué las flores se inclinaban a impulso de la brisa, por qué todo vivía, por que todo se movía, por qué toda la naturaleza se agitaba: entonces ay! me comprendí a mí misma.

Como las sombras huyen al romper la aurora, así huyeron las que envolvían mi alma; aquel día decidió de mi vida en la tierra y en esta mansión de los espíritus; todo lo encontraba más bello y por decirlo así más lógico: en mi corazón vibraron, desde aquel día, cuerdas que sonaban en armonía con los sentimientos que hasta entonces habían dormido en mi alma; me complacía mucho más en mis trabajos domésticos; mis oraciones brotaban más íntimamente, y llegaban más profundamente al cielo; encontraba mayor satisfacción en dar realce a mi belleza; una alegría tranquila, melancólica se había apoderado de todo mi ser.

VI

Le volví a ver muy pronto y debió adivinar lo que pasaba en mi alma, porque yo también leí en sus ojos la felicidad que produce la satisfacción del corazón.

Vi con placer que guardaba siempre una respetuosa distancia que ninguno de los dos procuraba, ni aún deseaba, fuera menor; y si por alguna circunstancia que no podíamos evitar, ya porque nos obligaban los vaivenes de la multitud, o ya por el deseo de no perdernos de vista, nos aproximábamos demasiado, me sonrojaba y se sonrojaba él también. Nuestras almas, para conservar su equilibrio, necesitaban guardar cierta distancia, fuera de la cual no se encontraban bien.

El templo fue muchas veces teatro de aquellas mutuas y respetuosas expansiones; creíamos que sólo el santuario era el lugar digno donde, abiertos nuestros corazones, podíamos leer en ellos nuestros más íntimos sentimientos; allí nos adivinábamos; no podéis figuraros hasta qué punto llegábamos a comprendernos; no, el lenguaje humano, con todos sus recursos, no podía reemplazar con ventaja al lenguaje de nuestros ojos. Cuántas cosas nos decíamos! De este modo nos comunicábamos todas nuestras alegrías, todos nuestros temores; hablábamos en un instante y mejor, lo que no podríamos decirnos en una hora comunicándonos de cerca.

Aun no habíamos percibido el sonido de nuestras voces, y sin embargo, era ya tal nuestra intimidad, que conociéramos su timbre con la seguridad de haberlo escuchado toda la vida.

No quiero molestar aquí con detalles de mi pasión, que cansarían sin satisfacer a nadie; lo creo innecesario, porque los conoce todo el que haya dado vida a su alma con la vida de otra alma; detalles que forman la escoria de que no puede prescindir nada que sea humano; no, no los diré; además, me he propuesto que al abrir la urna de mis más sagrados recuerdos al escuchar esta confesión mía, sólo se perciba de ella lo más puro, los perfumes.

VII

Así pasó aquella primavera, así el siguiente estío, así me sorprendió el otoño, en este éxtasis del alma, separada del mundo, extraña a todo lo que me rodeaba, flotando mi espíritu sobre todas las cosas que no tenían que ver con el objeto de mí adoración; así pasaban mis días con la velocidad de un minuto; así pasaron

siete meses, sin saberlos, sin contarlos. Qué era para mí el tiempo? Nada más que el lienzo donde se destacaba, con magníficos colores, la perspectiva preciosa que me ofrecía la vista fija en un solo punto, en él.

Este estado de contemplación de nuestras almas, exigió que diéramos más extensión al teatro de nuestra felicidad. No lejos de las tapias de mi jardín, casi a la misma orilla del mar, se levantaban unas ruinas que dominaba desde mi ventana; allí todos los días, al caer de la tarde, venía, se sentaba en una gran piedra, y seguían nuestra muda conversación, nuestras mutuas confianzas y nuestros coloquios, ya tristes, ya alegres, según el estado de nuestras almas, hasta que la noche, envolviéndole en sus sombras y confundiéndole con las oscuras siluetas de los viejos muros, hacía que le perdiera de vista.

VIII

Qué eran, qué me importaban a mí el ruido, los acontecimientos del mundo y las sacudidas de la sociedad? Nada. Eran lejanos ecos que resonaban y herían tan ligeramente a mi imaginación, como una pequeña piedra arrojada puede resonar y herir a la inmensidad del Océano

En aquel tiempo tuvieron lugar en Nápoles los acontecimientos que elevaron a un pobre pescador, Tomás Aniello, a supremo soberano de aquella población agitada por el hambre y agujoneada por la tiranía de sus dominadores; todo esto que antes tanto me hubiera impresionado, entonces no era para mí, como he dicho, más que una ligera onda en el mar de mis ilusiones.

IX

Al cubrirse otoño con su manto triste y amarillo, vino a empañarse la hasta entonces pura y limpia fuente en que se bailaban los dulces momentos del conjunto de aquella dicha. Como nada que tocase a él podía pasar desapercibido y escapar a mi penetración, noté con cierta inquietud en su semblante un ligero paño de tristeza, además del que le era habitual. Mi cuidado creció al ver que por grados progresaba esta alteración de su estado ordinario. Dios mío! me decía, —qué será lo que le hará sufrir! habrá visto algo en mí que no sea de su agrado?

Le hice notar enseguida mis temores por medio de ligeras señas. —Qué tienes?— le preguntaba moviendo imperceptiblemente los labios, y como si pudiera escucharme. —Qué te hace sufrir? —Cruzaba mis manos apretándolas contra mí pecho, y elevaba la vista al cielo, como rogándole que me sacara de mi cuidado; pero una ligera sonrisa que cruzaba por sus labios, no hacía más que tranquilizarme por un momento para que mi ansia creciera al ver su impasible actitud, cada vez más melancólica.

Un día, siempre estará presente su recuerdo en mí, vi transformada su tristeza en inquietud; no se había sentado ni aun en el sitio donde tenía costumbre; se movía, iba y venía a largos pasos; observé desaliño en sus cabellos; su sombrero cayó alguna vez de sus manos; éstas las cruzaba é indicaba que algo quería decirme; su emoción era extremada. Mis ojos le seguían, también me agitaba, y le rogaba cómo mejor podía. algo extraordinario amenazaba nuestra felicidad; siendo nosotros los únicos que llenábamos con la plenitud de nuestro amor aquel escondido nido en las orillas del Golfo de Nápoles, algún gavián nos había descubierto y se aproximaba a nuestro solitario rincón; el temor me impresionó tanto, que se desbordó muy pronto en un mar de lágrimas.

Al ver mi llanto, su desesperación no tuvo límites; ponía las manos sobre su cabeza; iba, venía, y lo que todavía no se atreviera a hacer, se acercó todo lo que pudo a las tapias del jardín; se alejó, llevó su mano al corazón, como indicándome que allí vivía yo; volvió a acercarse, y con voz clara, cuyo eco todavía suena en mí:

Espera! —dijo, y desapareció.

Esperé; ni un momento me separé de la ventana; mi corazón latía con violencia. —Espera! — le decía, intentando detener sus latidos con las manos. Esperé largo rato; los minutos pasaban con la lentitud de un siglo; no venía, y el sol se había ocultado ya; la luna empezaba a rielar sobre las aguas; la impaciencia me atormentaba; de cuando en cuando lanzaba una mirada indagadora a todos lados. —Espera! —me decía. — Este estado de incertidumbre me produjo cierto delirio. —Espera! —decía a las barcas pescadoras que veloces corrían sobre las tranquilas aguas. Cerró la noche y empecé a desesperar...

— Marietta!... Marietta! —dijo su voz. Estaba allí, cerca, en el mismo sitio donde poco antes me había suplicado esperase.

— Qué!... qué!... —respondí con voz desfallecida.

Un círculo blanco giró sobre la tapia del jardín; sentí un ligero ruido; algo había caído en él.

—Adiós! —dijo y no vi más.

No sé cómo me encontré al pie de la tapia; busqué y mis manos tropezaron con una piedra y un papel; subí a mi habitación y leí lo que sigue:

«No llores, Marietta; no llores, por Dios; es cierto que nubes se amontonan en el cielo de nuestra felicidad; es cierto que algo grave viene a turbarla; pero, Marietta, no sabes que no en vano se es feliz en la tierra? Hasta mañana; no llores, Marietta; espera, espera y ten fe en mí, como yo espero y la tengo en ti; espera, no llores».

Leí, y mi primer impulso fue obedecer lo que se me suplicaba en aquella carta; procuré contener las lágrimas, para dar cumplimiento a su súplica; cubrí mi rostro con las manos, y así, sin mirarle, le vela. Medité largo rato sobre mi situación que habían cambiado aquellas líneas trazadas por su mano; hasta entonces había creído que mi dicha era inviolable.

Qué desengaño! Creía que el cielo que él me prometía, jamás se vería oscurecido. Me habla engañado! Empezaba a presentir el dolor que amargaría la dicha que saboreaba, como se presiente la almendra amarga en el corazón de la más sabrosa fruta. Qué trabajo costó a mi alma desprenderse de aquella primera ilusión!

Pobre alma mía, destinada a arrancarse todas sus esperanzas, como el cisne se arranca sus plumas una a una.

Dormí aquella noche con ese sueño que sólo se apodera de la cabeza; así es que me sorprendió la aurora en mi ventana, cuando empezaba a rayar por el Oriente. Nada más magnífico y sorprendente que el nacer el día en Nápoles, y sin embargo, no pronunció mi alma ese grito de admiración que siempre lanzan todas en presencia de tan deslumbrador fenómeno; ningún encanto me seducía si no se me presentaba envuelto con él; pronto le vi; movido acaso por los mismos sentimientos que yo, se apresuró a venir a verme. Aquella visita temprana se la agradecí; más que aquella naturaleza, animada a mis ojos con su presencia, agradecía el primer rayo de sol. Un grito de entusiasmo y de gratitud se escapó de mi alma, y mi corazón, hinchado por las lágrimas, se desbordó en mis labios comprimidos como en un beso eterno. Tres días pasé allí en aquella ventana, tres días él allá entre las ruinas, tres días de un culto continuado, culto de aquella religión de nuestros espíritus, sin más templo que el universo, sin más altares que aquella ventana y aquellas ruinas, sin más ídolos que nosotros mismos; todo estaba muerto para nosotros; creíamos ser los dos polos sensibles del mundo; todo pasaba con indiferencia ante nuestra vista. Qué delirio! sólo los que aman tienen estas naturalezas dobles, la propia y la del objeto amado.

La noche del tercer día me facilitó, como ya he explicado, la siguiente carta:

«Marietta, sufro mucho; tú también sufres, lo veo; valor; tenemos que disponemos a sufrir mucho más; acaso pronto nos separaremos; pero Dios nos unirá otra vez... Si supieras!... Marietta... Perdóname lo que te hago sufrir; no dudes un momento: esperanza y valor. ay! pobre Marietta, pobre de mi! Si supieras!»

Rudo golpe fue esta segunda carta. Cómo! Separarse de mí!... Perderle de vista!... Sería esto posible? Jamás se me pudo ocurrir semejante cosa: concebía que se pudiera morir; pero una separación... Noté por sus palabras que algo me quería ocultar; no otra cosa quería decir cuando escribía... «si supieras!»... Me decidí a contestar, y tracé mal las siguientes líneas:

«No debo, no quiero, no puedo saber nada; solo sé que me quieres como yo te quiero. Esto me basta, y llena mi vida; estoy dispuesta a todo, menos a perder ni un solo átomo de tu cariño».

Mi carta debió hacer grande impresión al pobre joven; se desprende de otra carta que recibí al día siguiente, y que decía así:

«Marietta, tu alma está impresa en tu carta, como lo está en tus ojos: la generosidad, el desinterés que manifiestas, mostrándote sólo avara del sentimiento de mi corazón hacia ti, son un reflejo fiel de tu alma noble, generosa, elevada. No sé si cabría adorarte más de lo que ya te adoraba; sólo sé que tus palabras han ligado más mi corazón con el tuyo. Ellas me dan valor, y lucharé con el destino para hacerte feliz, y hacer un paraíso de la tierra para los dos. Espera tú también y dime si admites y me haces la promesa solemne, formal, que únicamente escuche Dios, de ligar en una sola alma nuestras almas, separadas por las barreras que levanta el mundo donde quiera que con ellas puede romper y empañar una felicidad».

Recibí esta carta, que venía de aquella mano que sin voluntad propia empezaba a herirme, y me dio valor para hacer frente con más resolución al porvenir.

Mi contestación fue como sigue:

«Sí, lo prometo; otra cosa sería hacer traición a mí propio corazón, sería faltarme a mí misma: sería un suicidio del alma no prometerlo así; no hay nada en el mundo para mi, más que tú, y renunciar al mundo

sería renunciar a ti. Es imposible que pueda yo vivir si no me alimenta la esperanza de vivir de tus ojos, y renunciar a ellos sería pedir tinieblas al sol pedir oscuridad al día».

X

Esta solemne promesa que nos hicimos delante de Dios, fue el punto de partida de nuestra desgracia: desde entonces los días que nos habían sonreído empezaron a presentarse tristes y sin consuelo. Pobre joven mío! ya no volvió a ser feliz: la fatalidad se interpuso entre nuestros deseos y nuestros sueños del porvenir. Pobre joven! desde entonces todavía tu espíritu va muy lejos del mío, desde entonces lloro todavía por ti; me herías, me lastimabas sin saberlo. Yo soy tu sol, tú la nube que pasa rápida y que empaña mi luz; pero mis rayos te iluminan, como el sol poniente ilumina las nubes que le persiguen en el horizonte al caer de la tarde.

Te vi desaparecer para no volverte a ver con los ojos de la materia: no te vi más, tú a mí tampoco, y cuando podíamos cumplir en el cielo nuestras promesas de la tierra, ay! También el destino te llevó lejos de mí. Podremos, di, en otro cielo realizar tus aspiraciones a mí, y las mías hacia ti? O estamos destinados a guardar siempre la misma distancia en nuestra marcha por el espacio? No, porque yo haré por detenerme, o mejor que vuelas tú más, hasta que unidos podamos cumplir aquella promesa hecha delante de Dios.

No te pierden los ojos de mi espíritu, como no te perdían en la populosa Nápoles; y fijos en ti no se distraen sino para recorrer los mismos lugares que fueron teatro de nuestro eterno delirio, aquellos lugares que conservan la misma topografía, los mismos encantos, el mismo cielo, los mismos perfumes: lugares nunca olvidados que, como las pinturas de los grandes genios, podrán borrarse, pero quedan eternamente impresas en la memoria de quienes las admiran.

Te sigo de cerca, espíritu de mi espíritu, como la madre al hijo; yo voy a ti como el imán al norte; sigo tu curso como el río su cauce; hasta que juntos nos confundamos en el mar inmenso de todas las existencias. No te abandono, como el pájaro no abandona su nido donde con débiles alas esperan romper el espacio sus tiernos hijuelos: no te dejo, no. Dejarte, abandonarte, olvidarte, sería faltar a la promesa que hice contigo delante de Dios.

Cómo olvidarte, si la gratitud que, cual la hiedra a los viejos muros, se adhiere a todas las almas buenas, si la gratitud, digo, me obliga a girar entorno tuyo como un satélite entorno de su planeta!. Abandonarte yo que te debo tanto! a ti que abriendo en mi pecho un cráter, hiciste que saliera por él toda la escoria que puede caber en un corazón insensible; a ti que con el fuego de tu alma purificaste la mía! Qué hubiera sido de mí sin ti en mi paso por la tierra? Nada; una masa inerte animada por un espíritu débil e indiferente, que hubiera necesitado pasar por muchos mundos para alcanzar la gloria que te debo. Qué hubiera sido de mí, si el contacto de tu alma no me hubiera hecho rebotar a tanta altura? Sí, mi gratitud tiene que ser grande, y devolver ciento por uno; pues ella es la hiedra del jardín de las virtudes, que devuelve cien flores por cada rayo de luz, y cada flor cien aromas por cada soplo del viento

XI

Muchos días pasaron todavía, durante los cuales medié entre nosotros una diaria correspondencia, donde, vertiendo nuestras esperanzas, nuestras ansias y nuestros temores, apurábamos mutuamente, en dulce o amargo cáliz, ya felices presentimientos del porvenir, ya amargas realidades que veíamos próximas sobre nosotros. Por fin una tarde le vi aparecer triste, pálido; su paso era lento y torpe como el de una conciencia extraviada: un estremecimiento de dolor afluó de mi corazón a todo mi cuerpo. Recibí la siguiente carta:

«Marietta, el deber me llama lejos de ti: un deber inflexible, más severo que todos los deberes. Una madre cariñosa de la cual soy toda la vida, un padre pundonoroso que quiere que su hijo lo sea también, me llaman, me obligan a dejar mi paraíso. Mucho he meditado, oh, Marietta mía! sobre lo triste que será el aislamiento de tu alma cuando te encuentres sola con mi recuerdo, y he buscado en vano el medio de conciliar nuestra felicidad, con la dureza de mi deber. Sólo un medio hay, violento, y es romper con mi pasado, olvidar todo lo que amo después de ti, y en mi vacilación, en mi duda he resuelto que tú seas la que de mí decida. Escucha, Marietta, quieres ser feliz? quieres que yo lo sea también? pues haré que mi huella desaparezca de la tierra, de modo que jamás se vuelva a encontrar; renunciaré a mi nombre para tomar el que tú me quieras dar; renunciaré a mi madre, a mi padre, a mi patria, a todo; quieres más? y volveré a nacer aquí para confundir mi existencia nueva con la tuya, para morir contigo; por Dios, Marietta, concédeme tanta felicidad, pues de otro modo no sé cómo podrá volver a ti, tu Rafael».

Dios mío! él y yo unidos para siempre, con fundidos en el último rincón de la tierra, en una existencia ignorada, qué dicha! pero a costa de quién? No había que vacilar ni siquiera un momento. Como pude, como me lo permitió la agitación violenta que me dominaba, tracé las siguientes líneas:

«Jamás, Rafael, jamás; huye de mí, huye. Cómo! quieres comprar nuestra felicidad a costa del corazón de una madre? El remordimiento de una acción semejante haría que la dicha en que soñamos envenenara todo lo que hay de puro en nuestros corazones. No, jamás, huye, huye de aquí, y si Dios lo quiere, premiará. Tu sacrificio que halaga mi alma, me estremece de placer, y hará que vuelvas a mí, y me encontrarás, porque yo, atentamente, te estaré esperando».

Dos días más tarde recibí su Última carta; decía así:

«Adiós, Marietta, alma generosa, adiós. Esta noche me voy, esta noche quedarás aquí sola. Pobre Marietta pobre de mí! tienes razón; nuestro remordimiento empezaría donde concluyera nuestra felicidad, porque ésta tendría que concluir si la fundábamos sobre la desesperación de una madre. Espérame, ángel protector, espérame en este sitio a donde vendrán o yo, o mi último aliento. Yo te lo juro. adiós, Marietta, adiós».

Cómo pintar mi situación? No es posible, no hay palabras con qué expresar esos momentos excepcionales de la vida. Mis ojos estaban secos, mí alma apagada, mi corazón yerto. Es preciso sentir lo que en tales casos se siente para conocerlo, porque si no hay lágrimas en los ojos, ni fuego en el alma, ni movimiento en el corazón, qué es vivir? No se vive, se muere lentamente, se vive sin movimiento, se siente sin conciencia.. Renuncio, ay! a tan difícil tarea.

Aquella tarde fue la última que le vi; el sol acababa de ocultarse entre nubes en el horizonte; él viento remolinaba las hojas secas en el jardín; el mar se agitaba como si quisiera poner en contacto la agitación de su seno con la que movía el mío. Horrible tarde! El estaba allí, en las ruinas, dándome su último adiós. Creí notar lágrimas en sus ojos: ay! yo no podía llorar. La noche cubrió con su crespón negro la tristeza de la tierra y la desolación de nuestros corazones. Las sombras invadieron poco a poco las ruinas; me lo iban arrebatando a la vista; me lo disolvían confundiéndole con ellas; ya no le veía, lo presentía: sentía su adiós último: mi vista quedó fija, sin pestañear. ay! no le vi más.

Caí de rodillas, alcé mis ojos al cielo, pronuncié por mi pobre Rafael largas y fervientes oraciones. al fin pude llorar, y lloré mucho. Al romper el siguiente día, mis ojos estaban fijos en las ruinas. Qué digo al siguiente día! siempre lo estuvieron, porque si primero fueron el lugar santo donde, ya dormidas, ya despiertas, vivían mis esperanzas, más tarde fueron el mausoleo donde yacían muertas mis ilusiones.

Cuántas veces, mucho tiempo después, iba allí, y buscando la piedra donde se sentaba él con la vista en mi ventana, rogaba y pedía al cielo el bienestar y la eterna dicha suya! Cuántas veces sola, allí, el más ligero movimiento de las hojas y el más leve rumor del viento se me figuraban sus pasos! ay! jamás los volví a percibir.

Con qué afán buscaba en el templo el mismo lugar donde él se colocaba siempre, para apoyar mis rodillas en la misma piedra donde él las había apoyado; aquel lugar desde el cual había puesto su alma en la mía, y robándome la mía la habla puesto con la suya! Cuántas veces estrechaba contra mi pecho aquel manojito de flores secas que eran el símbolo, el origen de aquel delirio en que vivieron nuestros corazones! Cuántas veces leí aquellas cartas! Cómo las recitaba de memoria! Toda mi vida estaba condensada en su sagrado recuerdo.

Qué soledad! qué desierto la vida! qué triste todo! Con qué envidia veía cruzar las nubes cuando huían hacia Occidente, hacia la patria de Rafael! Les decía adiós y les enviaba mis suspiros para que se los llevaran. Cómo me estremece de placer cuando llegaban galeras al puerto! Cómo despedía al sol que iba a envolverle sin duda en sus rayos! Cómo pasaba horas enteras contemplando las estrellas para sorprender en ellas su mirada y confundir acaso la mía con la suya!

Metódica, triste, monótona, fue desde entonces mi vida: con el alma lejos y el corazón destrozado, qué me quedaba? Una conciencia tranquila que, para conservarla pura, fue necesario sacrificarle el alma y destrozarse el corazón. Triste destino el del corazón humano! No poder sufrir violencia sin romperse!

XII

Era ya, ay de mí extranjera en mi propia patria: planta exótica de aquella tierra: languidecía como flor trasplantada, palidecía como si aquel sol no fuera bastante ardiente para calentar mi sangre y llevar la vida y movimiento a mi ser; vivía ya extraña allí; como la raíz que alimentaba mi corazón había sido arrancada y plantada tan lejos, con dificultad la savia llegaba a él, sino a impulso de una esperanza y de un recuerdo.

A. dónde os habíais ido, oh! días aquellos cuya luz me inundaba de felicidad? a dónde noches cuya sombra me cubría de misteriosa dicha, de esa dicha que resume, en los momentos de calma que sólo la noche proporciona, toda la feliz existencia que se adivina del porvenir? Todo había huido con él, todo. Por qué no le era dado a mi deseo desplegar sus alas, y romper el espacio, y caer con el rápido vuelo del águila sobre el único punto de la tierra donde aun la misma muerte sería un don inestimable?

Días embriagadores aquellos, noches aquellas misteriosas, pasasteis empujados por la inflexible mano del tiempo, trayendo en pos nuevos días sin luz, nuevas noches sin misterio.

En mi nueva vida, sólo encontraba expansión mi alma durante la noche. Cuando ya todo dormía, entonces ella despertaba. Me sentaba en el marco de la ventana con las manos cruzadas sobre las rodillas, el rostro vuelto a Occidente, donde iba extinguiéndose la tenue luz que brillaba en el horizonte mucho tiempo después del crepúsculo; y allí, en medio del concierto de la naturaleza en su primer sueño, entablaba mi corazón un diálogo mudo con el cielo y la tierra, con las sombras que envuelven a los hombres y con las nubes que ocultan a los ángeles; y este diálogo, sólo interrumpido por el romper de las olas, el estremecimiento de las hojas y el chillido de los insectos, se prolongaba muchas veces tanto, que el aura de la mañana y la luz de la nueva aurora venían a hacer huir. en tumultuoso tropel confundidas, las sombras de la tierra y las nubes del cielo. Entonces, dormía.

Y durante mi sueño venía a verme Rafael; yo le veía. Unas veces venía envuelto en la luz del nuevo día, se acercaba a la ventana, alargaba sus brazos, cogía mis manos con las suyas, fijaba sus ojos en los míos como dando de su alma más alma a la mía, y pronunciaba débilmente algunas palabras que apenas percibía: otras veces llegaba cerca del jardín, arrojaba al suelo su capa, su espada, su sombrero, y, sin saber cómo, le vela luego sentado, frente a mi: unas veces ocultaba su rostro entre las manos y sollozaba; otras sonreía y me miraba con languidez, como si entre aquella sonrisa se ocultara un dolor incurable, eterno; otras venía, me hacía poner de pie, cogía mi mano, me hacía marchar con él, de repente se detenía, me imponía silencio, se acercaba más a mi, cruzaba su brazo sobre mi espalda, ponía su mano sobre mi hombro sentía los latidos de su corazón, el calor de su aliento, y «adiós» decía como un soplo y desaparecía. Otras veces llegaba como enojado conmigo, se ocultaba entre las cortinas de mi lecho por no verme, yo entonces lloraba y salía, él cogía mi cabeza entre sus manos y besaba mis cabellos: algunas veces ay! me parecía que el suelo vacilaba bajo sus pies y le vela bajar y bajar; yo procuraba detenerle con mis esfuerzos, pero en vano; bajaba y bajaba, su cabeza llegaba al nivel de mis pies, todavía bajaba; entonces yo daba un grito y me encontraba con la realidad triste de mi vida: despertaba.

Arreglaba mis cabellos y todo el desorden producido por una noche de insomnio: cogía mi libro de oraciones, me arrodillaba y oraba con fervorosa lentitud. Ya más tranquila, me acercaba a la ventana y daba los buenos días a Rafael. Iba luego al jardín, me sentaba bajo un corpulento olivo que había en el centro de él, y a la sombra de sus tristes y oscuras ramas, daba rienda suelta también a mis tristes pensamientos. Después me ocupaba en mis labores ordinarias, y venían con la noche mi soledad con el infinito, mis diálogos con las sombras, y mis sueños con Rafael. Y así se deslizaban mis días, lentos, tristes y monótonos.

XIII

Mi salud empezó a resentirse notablemente, porque siempre los desarrollos del alma se verifican a costa del ser material; por este motivo mi excelente madre me hacía salir con más frecuencia a respirar el aire puro de las orillas del mar. Los domingos continuábamos asistiendo a la misma misa, y siempre estas marchas de la mañana o de la tarde se convertían en triunfales para mi belleza que se había purificado al par de mi alma; pues siempre sale al rostro el reflejo de los fuegos santos que alimenta el corazón. así es que más que nunca sentí en mí derredor las explosiones de admiración que la juventud tributa a la hermosura; pero si antes estos arranques de entusiasmo no habían hecho en mi corazón vibrar cuerda alguna sensible, qué había de suceder entonces, cuando toda sus cuerdas estaban destrozadas y rotas por no haber podido resistir a la elasticidad adquirida con la separación del que las tenía prendidas en las de su propio corazón?

Aquella admiración, aquel entusiasmo, si antes hablan querido en vano hacer una explosión en mi alma por haber llegado demasiado pronto, entonces llegaban demasiado tarde. Antes dormía algo en mi corazón, como duerme la pólvora en alguna subterránea bóveda de una fortaleza; llegó una ocasión, un momento solemne, un instante de esos en que dos alma combinan una chispa; se verificó la explosión, dejó destrozados dos corazones y dos almas, cubrió con sus cenizas dos frentes, y nada más: donde hay una explosión no pueden verificarse dos; la pólvora encendida deja una huella negra que no vuelve a inflamarse más.

CAPÍTULO SEGUNDO

POBRE RAFAEL!

I

El que describe escenas de la vida, hace la historia de un pueblo o estudia la naturaleza, y olvida a sabiendas la parte que mueve el sentimiento de su descripción, comete un error grave y se equívoca, si su obra es buena; porque a su pesar se encontrará poesía en el fondo de lo que decir quiera; por eso doy vuelo en mi pobre relato, todo lo que puedo, al sentimiento; porque tan verdadera es la poesía de la vida, como su parte positiva.

Hay tanta verdad en la poesía, que la ciencia sin ella sería campo inculto sin bellezas ni flores, y la poesía sin ciencia, una flor artificial. No existen la una sin la otra, y son tan indispensables en la vida del universo, que sin la una la materia se desquiciaría, y el mundo moral sería un caos sin la otra. además, hay en vano en el corazón humano y en la inteligencia esa tendencia que tanto hace gozar al hombre y tanto le eleva? De ningún modo; en la inmensidad nada hay inútil, nada estéril.

Ciencia sin poesía! quién la comprende? Donde hay inteligencia, la facultad más elevada del espíritu, donde hay corazón, el pedazo más elevado de la materia, hay ciencia y hay poesía; y esta ciencia y esta poesía, únicas en todo el universo, se van apoderando de todas las inteligencias y de todos los corazones, y les van prestando, conforme se desarrollan, a la inteligencia en su marcha progresiva y al corazón en su vida, toda la parte de sí mismas de que son susceptibles. Por eso no existe, no, la poesía sólo en la imaginación del poeta, sino también en los corazones que la sienten; ni tampoco la elocuencia sólo en la inteligencia del orador, sino también en las inteligencias que le interpretan; como no existe el sentimiento de lo bello sólo en el genio del artista, sino también en el de aquel que admira sus obras.

Muevo yo acaso con esta desaliñada descripción de una vida algún sentimiento? No; éste, si acaso, se conmueve con ella. Mi gloria sólo consiste en la manera de descubrir los secretos arcanos de un corazón que revivió a la vida del sentimiento, a los diez y seis años de haber empezado a latir. El arte del sentimiento no reside en el sentimiento mismo, sino en la manera de expresarlo; en el poeta y orador en el estilo, y en el pintor y escultor en la expresión que dan a las formas.

Si los hombres saben interpretar bien la verdad y el sentimiento, que son la ciencia y la poesía, qué no haremos nosotros que vemos con mirada más profunda y desde punto más elevado, esos dos polos en que se apoyan los conocimientos que a la inteligencia le es dado penetrar y al corazón sentir? Qué no haremos nosotros, qué no sentiremos en un solo instante, rápido como un pequeño átomo de fuerza del pensamiento, durante el que podemos expresar todas las ideas, todos los sentimientos a que la voluntad nos impulsa? Qué no sentiremos nosotros que percibimos mejor la armonía que se desprende a torrentes, en el espacio, de la inmensa lira pulsada por Dios en el principio de todos los tiempos, y que todavía resuena y sonará en la eternidad? Nosotros, que sentimos mejor, que penetramos mejor, qué no haremos, qué no seremos capaces de sentir? ay! y cuánto nos falta todavía para sentir de cerca la armonía más delicada, el sentimiento más puro, que vibran más allá sobre nosotros!

Y yo, que tan lejos ya de mi joven corazón, he traído sentimientos que para desarrollarse buscaron en otro la realidad de sus aspiraciones, y me han acompañado puros a la vida del espíritu, qué no haré yo hoy que en el camino de la ciencia he llegado a punto que ya satisface mis deseos, los cuales tengo el deber de abrigar modestos; qué no haré yo que empleo la verdad que poseo y los sentimientos que abrigo, en favor de la dicha a que aspiro dos siglos ha? Qué no he hecho ya qué no haré todavía, para que desde el cielo caigan sobre la tierra, en el único punto de ella que me es predilecto, estas gotas de verdad y sentimiento que una a una van desprendiéndose de mí?

II

Hay lugares, hay cantos, hay horas y hasta hay perfumes que despiertan en la memoria los recuerdos que al parecer han muerto; y estos lugares, estos cantos, estas horas y hasta estos perfumes, son buscados por nosotros, si en los recuerdos que despiertan hay pureza, por más que tristes recuerdos sean. Y yo también los tengo, yo también los busco, yo también aspiro en ellos la felicidad que cabe en quien no ve pronto su anhelo satisfecho.

Sitios, sonidos, momentos y aun aromas por los que el hombre desprecia la tierra y mira al cielo, y el espíritu olvida por un instante el cielo para vivir con su encarnación. Sitios, sonidos, momentos y aun aromas que

ponen en armonía la práctica de la vida con la realidad del espíritu, y que llenan los dos hemisferios de la prosa y la poesía de todo ser; que forman el mundo de la verdad, la que marcha constantemente a su origen, a la fuente de donde ha brotado, a Dios.

Lugares y sitios donde, si el hombre ha vivido, su espíritu libre vuelve a habitar de nuevo; cantos y sonidos que, si el hombre los ha escuchado, su espíritu los escucha de nuevo; horas y momentos que si para el hombre han pasado, vuelven a pasar por su espíritu; y hasta perfumes y aun aromas que, si el hombre los ha percibido, su espíritu percibe cuántas veces quiera. Singular privilegio que la naturaleza nos otorga constantemente! Favor especial el que so nos concede de poder ver pasar continuamente por nosotros todo lo que nos ha sido grato, ora triste, ora alegre!

Esta es la mejor recompensa de los momentos dulces y amargos de la vida, en que se goza y se sufre a un tiempo mismo: de esos momentos en que el corazón crece y se despedaza, y el espíritu cae y se eleva a un mismo tiempo; momentos que, renovados en la vida del espíritu, le hacen sollozar o reír, si antes nos han hecho también sonreír o verter lágrimas.

Vuelvo, pues, a esos lugares para gozar y verter lágrimas; renuevo esos momentos para comunicar los azares de una vida alegre por lo tranquila. triste por lo sacrificada: vuelvo a ellos y los renuevo para continuar el hilo de este poema, pobre, pero sagrado: vuelvo a ellos para vivir otra vez renovando las dulzuras y tristezas de la existencia que decidió de mi destino.

III

Mientras mi alma se evaporaba al cielo, era Nápoles teatro de las más sangrientas luchas entre las de su historia moderna. La revolución empezada por Tomás Aniello y terminada con su muerte, fue el prólogo de un desastre que se verificaba a mi alrededor, sin que apenas percibiera el rumor de su espantoso torbellino. La sangre española y napolitana corría a torrentes, y la insurrección tomó tales proporciones, que el dominio español desapareció por muchos días, sin que pudiera ser una realidad, sino cuando las discordias y divisiones del pueblo y sus caciques volvieron a abrirle las puertas de la hermosa ciudad.

Al principiar el otoño, el virrey, huyendo del furor popular, tuvo que refugiarse en una de las fortalezas; las tropas españolas fueron rechazadas, el escudo de armas español desapareció de todos los edificios; la plata de las iglesias fue recogida y acuñada con el Carmen por un lado y un caballo desembridado por el otro. como símbolo de la libertad; la república napolitana fue aclamada y nombrado caudillo del pueblo el príncipe de Massa; el gobierno de Felipe IV envió para sujetar esta formidable insurrección que se extendía ya a las dos Sicilias, a Juan de Austria, hijo natural del rey, el cual llegó a la vista de Nápoles con una poderosa escuadra en los primeros días del mes de octubre de aquel año, que era el de 1647.

Al aparecer Juan de Austria, el príncipe de Massa hizo correr la voz de que traía órdenes del rey para conceder a los napolitanos los fueros que les había concedido Carlos V. Nápoles le declara traidor, y proponiéndose vencer o morir, le hacen entregar el mando a Annesí, y envían embajadores a Roma para ofrecer el mando de la república al duque de Guisa, descendiente de los Lorenas que aspiraban a la corona de Nápoles.

Juan de Austria intenta entrar en la ciudad; una lucha horrorosa se emprende en sus calles; más de dos mil Casas se arruinan; todo es llanto, desolación y muerte; los napolitanos consiguen de nuevo rechazar las tropas españolas; llega el duque de Guisa que es recibido con honores casi regios; pero la rivalidad de los caudillos populares, entre ellos Annesí, hombre de valor y capacidad, hace que al fin los españoles se apoderen de la ciudad y que caiga prisionero Guisa, que fue conducido a España y encerrado en el alcázar de Segovia.

Todos estos acontecimientos de sangre y destrucción forman el fondo negro de este cuadro de mi vida; sobre ellos pasaba, sintiéndolos, cerca, tocándolos casi, pero apenas los percibía; en medio de ellos me dijo adiós Rafael, y entre ellos se confundió su sombra para no verla más. No sería natural que yo también me perdiera y fuera confundida entre tanta ruina? Sin duda no, cuando me estaban reservadas todavía tantas pruebas de abnegación y sufrimiento.

IV

Nápoles! Ciudad querida! Con razón se dice que después de haberte visto ya se puede morir. Rafael se fue para no verte más; ya podía yo morir; yo, hija tuya, habiéndose él separado de ti, también, también podía, debía morir.

Después de Italia, sólo es bella España; su cielo nada más puede compararse al de Italia. Sólo en una Italia puede existir un Nápoles, como en España sólo puede estar Granada.

Granada! lugar para mi tan grato como el de mi ciudad querida; sus ecos me despiertan como los ecos de Nápoles; los tiempos que por las dos pasan, pasan por mi también; y los perfumes de sus jardines son por mí aspirados con igual delicia; dos joyas de mis recuerdos, hoy a mí unidas sólo por lo que para mí fueron.

Nápoles! tu sol abrasó mi frente, tú has sentido los latidos de mi corazón, mis lágrimas regaron tu suelo. Granada! tus noches ocultaron entre sus sombras mi alma, que volaba a ti en las horas de recogimiento y misterio.

Nápoles! tu ambiente se llenó de mis suspiros. Granada! tú los sentías repercutir en tus cármes. Nápoles y Granada! Jamas mi espíritu bajó a una, sin confundirse en las dos; entre las dos se ha desplegado y extendido siempre.

Nápoles! paraíso de mis ojos. Granada! paraíso en que soñaba mi alma; voy a vosotras a renovar en mí los recuerdos que, convertidos en rocío, caen y fecundan otro espíritu y otro corazón.

V

Habitaban por aquel tiempo en Granada un caballero y una dama de elevada alcurnia, que, después de haber vivido muchos años en la corte donde se habían conocido, amado y unido jóvenes, se retiraron allí, lejos de toda intriga y maledicencia cortesanas, a terminar tranquilos los días que el cielo tuviera a bien concederles todavía.

No escasos de fortuna y del mutuo afecto que se profesaban, para mayor dicha suya tenían un hijo único, esperanza del padre que ya entrado en años sentía en él revivirse, y encanto de la madre que habla refundido en él todo ese amor de las mujeres del Mediodía, las que, si bien respondiendo a la naturaleza humana lo sienten gastar con su juventud y los tranquilos goces del matrimonio, jamás se desprenden de su natural fuego, renovándole en sus hijos.

Diéronle la educación que correspondía a su posición elevada, y para que fuera completa y conforme a sus deseos, enviáronle a la corte, viéndose precisados a resignarse con su separación, y más tarde pasó a estudiar humanidades en la universidad de Alcalá de Henares.

Vuelto a la casa paterna, cumplidos los diez y ocho años, recibieronle sus padres como sólo tales padres reciben a sus hijos. Ya hombre, podía traslucirse lo que se debía esperar de su mérito, por sus inclinaciones y carácter.

De estatura más que mediana, continente grave, carácter reservado, reposado en el decir, era casi la imagen de su padre: de mirada penetrante, pasiones fuertes, afición a las letras, y propósitos elevados, era en esto un reflejo de su madre.

VI

Dos años más vivieron unidos estos padres y este hijo; dos años que para los primeros se deslizaron con toda la rapidez del tiempo que pasa envuelto en felicidad; lentos para el segundo, con toda la lentitud que el tiempo tiene cuando pasa por la juventud, ávida siempre de más anchos horizontes donde abarcar, con el ardor que le o, natural, sus grandes aspiraciones.

Dos años en que el mutuo amor de los padres crecía en el hijo; dos años en que el deseo de adquirir más vuelo aumentaba en el último; dos años que corrían para el padre, entre el temor de perder, de ver partir de nuevo a su hijo, y la esperanza de verle pronto digno de sí mismo; dos años que volaban para la madre sólo temiendo, para el hijo siempre deseando.

Contrastes, llenos de armonía, de la juventud y de la vejez, de la primera de la vida y de su otoño; la juventud siempre suspirando por el porvenir, la vejez siempre llorando por el pasado; la primera mirando adelante, la segunda viendo con tristeza lo que va quedando.

Armonías de la vida, siempre en ejecución en el teatro de la naturaleza: la juventud, calor que busca donde emplear su fuego; la vejez, frío que templó el ardor primero: la juventud, fuerza de aturdimiento devastador; la vejez, fuerza de prudencia reparadora.

Los años pasaron y concluyeron en un mismo punto, lo mismo para los que fueron rápidos, como para los que fueron lentos: he aquí una prueba de lo relativo del tiempo; siempre termina en el minuto indispensable, en el instante presente, vaya veloz, vaya despacio.

Y así como hay lugares a donde se desea llegar al momento, y sitios a donde se teme llegar demasiado pronto, hay momentos que se ansían, hay instantes que se temen. admirable relación de lugar y tiempo que, a partir de Dios, se extiende en el espacio, y son como éste eternos é infinitos.

Lugares y tiempos, hechuras dignas del Creador, dentro de las cuales todas las cosas se hacen, pasan, se transforman, dejan de ser para ser lo que no ha sido, y realizar en un infinito de existencias y transformaciones los siempre elevados fines a que están destinadas: eternidad de seres siempre en acción, laboratorio inmenso donde todo se combina y purifica con el santo fin de que todo por sí mismo se perfeccione.

Fuerzas latentes que llevan de aquí a todos los límites que dividen la infinidad de espacios, y desde este instante a todos los minutos que constituyen la infinidad de tiempos, toda la riqueza de vida, toda la combinación de movimientos, todo el manantial de luz que son la existencia, la marcha, el brillo de todo; porque todo vive, muere y brilla, cumpliendo así la eterna ley del progreso.

Ilimitados campos donde vibran eternamente las armonías del espíritu; vibraciones que constituyen su existencia, combinan su luz, facilitan su irradiación, le hacen sentir toda la belleza del inmenso lugar que le es dado abrazar, y le permiten calcular su propio valor; para que empujados los espíritus por sí mismos, puedan cumplir y realizar todos los actos sin los que el progreso es imposible.

VII

Al fin aquel padre y aquella madre vieron partir a su hijo. alcanzado por él el empleo de alférez en el ejército, recibió orden de incorporarse a. uno de los tercios que guarnecían Nápoles.

Y a Nápoles llegó a tiempo para inflamar mi corazón y abrasar el suyo: aquel choque de dos almas era inevitable. Pobre Rafael! pobre corazón mío!

Lleno de halagüeñas esperanzas en el porvenir, llegó allí para sucumbir envuelto en una ilusión irrealizable. Pobre Rafael! Por qué no se torció su destino? Por qué la suerte hizo que nos viéramos? No hubiera sido mejor morir sin que jamás nuestras almas se hubieran comprendido? Puede que no: hay destinos fatales que en su mismo daño llevan escondido el germen de un fin elevado, y que en algún tiempo puede convertirse en manantial de dicha eterna y perenne.

Llegaste allí, absorbiste todo mi ser, y marchaste a morir lejos de mí. ay! Por qué entonces tuve todavía fuerza para vivir? Por qué, como muere la pareja de palomas sorprendida en su nido, no sucumbí contigo herida con la misma arma? En vano clamaste por mí: Él destino me sujetaba todavía a la tierra a pesar de mi ardiente deseo de volar a ti; así es que cuando cumplida mi misión vi con alegría llegado el instante supremo de confundirme contigo, ay de mí! lanzado otra vez por tu propio destino, impulsado por el daño que yo te había hecho, habías volado, habías vuelto otra vez al lugar donde es necesario ganar lo que se haya perdido; pero yo te sigo, giro entorno tuyo, no te abandono, hasta que de un solo impulso pueda ofrecerte el fruto de mis trabajos y de mis dulces sacrificios por ti.

LIBRO SEGUNDO
(Dictado de ESTRELLA)

CAPÍTULO PRIMERO
LAMENTOS POR LOS QUE NACEN...
Y NACIÓ EN GRANADA!

I

Impulsado por el amor que profeso al espíritu de Marietta, tan querido y tan respetado de todos, a vosotros vengo, oh espíritus por quienes él tiene especial cuidado!

Si, vengo con fe, por él obligado a satisfacer una sagrada deuda, deuda de un corazón que latió en la tierra. Mi nombre fue ESTRELLA.

Vengo, porque mil recuerdos tristes empañan La felicidad mía; vengo por compartir con Marietta el laudable trabajo de la regeneración de vuestros espíritus, y el benéfico fin de hacer feliz el suyo.

Y si soy bastante audaz yo, espíritu inferior al suyo, para tomar parte en su divina historia, lo hago tan sólo porque lo que tenga el gusto de comunicaros, será inspirado por su espíritu.

Y así todas las bellezas que pudierais encontrar mientras yo hable, todas esas descripciones con que él sabe poner tan de manifiesto todo lo bueno y malo que encierra el corazón humano, y que indica un profundo conocimiento de la humanidad, serán tuyas, sin que os quepa duda alguna, serán por él inspiradas.

II

Qué extraña sensación experimenta el espíritu que libre por el espacio debe sufrir la triste prueba de animar alguna organización humana! Qué triste tener que circunscribir su vuelo a ese rincón tan escondido del universo!

Qué turbación tan larga, que sensación más penosa, qué cambio tan brusco experimenta al sentir que lo que más aprecia, que lo que constituye su mayor dignidad, su libertad muy amada, desaparece en su mayor parte al caer precipitado en la profunda sima que llamáis humanidad!

Triste es por cierto, oscura es por demás esa sima en que os halláis precipitados, y contribuye a aumentar su tristeza y oscuridad el rayo de luz pálido y frío que brilla sobre vuestras cabezas, como contribuye a aumentar la tristeza y oscuridad de una noche el débil reflejo de una luz solitaria en el horizonte.

Qué diferencia, de tener por asiento el éter, por espacio más extensión de la necesaria, por cielo un millón de cielos suspendidos por anillos de mundos; a tener por asiento la corteza de un planeta áspero, por espacio una limitada atmósfera, y por cielo una cortina azul hecha jirones por las nubes!

Qué diferencia, de ver desprender la luz a torrentes de un millón de soles combinándose en ríos de nueva luz, y de verse iluminado por manantiales de colores, así como por la propia luz que la irradiación desprende; a ver proyectada vuestra sombra por el rayo blanco de vuestro sol, por el pálido reflejo de la luna y el débil centelleo de algunas estrellas?

Qué tormento para el espíritu que debe abandonar ese tan dulce y eterno bienestar, a fin de purgar sus errores confundido en un cuerpo que para vivir y sostenerse necesita mascar el polvo del mundo que le sostiene empapado muchas veces con su propia sangre o con sangre de sus hermanos!

Qué caída tan espantosa y que golpe tan terrible, con los que la libertad se suspende, la inteligencia se turba, y los bellos sentimientos quedan dormidos!

Qué transición es ésta de la libre expansión del espíritu a la tiránica sujeción de un hombre? Una muerte lenta en que cada paso es un dolor y cada minuto un siglo.

Yo caí, caí cuando más se espaciaba mi espíritu, caí en la vega de Granada, en las inmediaciones del Darro y del Genil, casi a los pies de la Alambra, el 25 de junio del año de gracia de 1629.

III

Caí, caí envuelto en pañales nobles, en el rincón de un suntuoso palacio, y con el nombre de ESTRELLA. Condición pobre de la humanidad en la que, para distinguir sus individuos, es necesario un nombre, o bordar la punta de un trapo!

Caí para levantarme orgullosa como aquella ciudad sultana del Mediodía, radiante de hermosura como sus jardines, altiva como los tulipanes que en ellos brotan.

Nací: y qué es nacer en la tierra? El principio de la asfixia del espíritu en un elemento abrumador, como se asfixia la llama sumergida en agua, y la contracción violenta de su irradiación en un organismo débil que por su propia pesantez y rudeza, sólo responde a las leyes más rudas y pesadas del universo.

También he vivido; y qué es vivir sobre la tierra? abrir los ojos y sentirlos impresionados por la exterioridad de los objetos más próximos y por un solo lado, merced a un rayo de luz que, si es demasiado penetrante, los hiere y deja ciegos, y si es demasiado débil los hace vagar inútiles, envueltos en las sombras de una noche que no existe: una penosa y continuada sensación de impresiones de gusto y tacto, que sólo dejan en pos de sí un breve y miserable placer: el hastío y agitación dolorosa a que dan ocasión los deseos impuros satisfechos: percibir continuamente el zumbido áspero de la materia, y ser inaccesible así a sus más delicadas bellezas, como a sus más delicadas armonías: es la vida, en fin, la lucha violenta del espíritu consigo mismo llevada al campo de la materia, donde abruma lo reducido de un espacio que aprisiona, la pesadez de una atmósfera que ahoga, y lo accidentado de un terreno que a cada paso obliga a tropezar y morderlo.

He muerto después. Morir! Momento solemne de desesperación o gloria: desesperado si en la lucha de la vida se hizo traición o engaño; glorioso, si la contienda se ha soportado con altivez noble y generoso desprendimiento de la propia vida en aras del bienestar de los demás, de la verdad y la justicia: momento solemne, aterrador para la materia, de esperanza para el espíritu.

IV

En qué estado vuelve el espíritu de su fatigosa prueba! Le turba por mucho tiempo el brusco desprendimiento de la materia, le aturde recobrar tan repentina y a veces impensadamente su libertad; recobrada ésta parece todavía en vuelto en una densa nube de polvo, cual si viniera todavía persiguiéndole desde el campo de lucha. En cuánto tiempo, con qué lentitud va adquiriendo el espíritu toda la fuerza de su irradiación!

Recuerdos de nuestro paso por la tierra, sois aterradores fantasmas de un agitado sueño: al veros pasar bajo nuestras plantas con el punto del universo donde con vosotros hemos sufrido, desde la altura en que os contemplamos, nos causáis vértigos como los abismos los causan a los hombres.

Recuerdos aterradores de nuestro paso por la tierra, si hay espíritus bastante elevados para complacerse todavía con vosotros, es porque han sabido dar en ella más actividad a la fuerza de su espíritu que a la vida de la materia.

Y si hay muchos entre nosotros que todavía descienden hasta aquellos lugares en donde en cierto modo aun conservan forma y color, es por hallar en ellos expansiones afectuosas que aquí les faltan, atraídos por hermanos que purgan sus extravíos en nuevas peregrinaciones.

Y sí no, qué busco yo en Granada, lugar donde he quebrantado el innato sentimiento de justicia por Dios impreso en la conciencia humana? Qué busco en Nápoles, lugar donde vivió la más inocente causa de mí mayor extravío? Qué busco en algún otro lugar de la tierra, donde se arrastra y vegeta algo que un sagrado deber y una solemne promesa me obligan a seguir y proteger con mis débiles fuerzas?

Busco, arrastrado por la fuerza simpática establecida entre todos los seres, y en mayor desarrollo entre contemporáneos, el medio de hacer un gran bien y el de redimirme, lo más que pueda, a los ojos de mi propia conciencia.

Esto busco, el bien, remediando el mal por desgracia hecho: es tan odiosa la injusticia, que sólo al horror que entre los buenos espíritus se la tiene, se debe el que más veces sean justos sólo por el placer de serlo, que por las recompensas que la justicia eterna tiene prometidas a virtud tan elevada.

Elevada virtud he dicho? No, no es virtud, sólo es la presencia de Dios en todas partes; es la inquebrantable ley, que guía la creación entera hacia Él, la que si alguna vez, en algún lugar, por escondido que se halle en el universo, se desquicia, o rompe su equilibrio en virtud de la grandiosa facultad dada por Dios a todo espíritu

de obrar con entera libertad de su albedrío; en ese lugar escondido, algún día, tarde o temprano, sonará indispensablemente la solemne hora de la justicia.

Cómo goza el espíritu cuando al observar la dilatada y luminosa estela que en su marcha dibuja, ve que van desapareciendo y adquiriendo brillo propio las manchas que en ella dejó impresas la huella injusta de un proceder censurable!

Qué animoso emprende de nuevo su marcha por el infinito a Dios, y bendice todos los dolores por Él sufridos en aras del advenimiento de la justicia, en la parte con que debe contribuir a la grandiosa obra elevada por todos los seres que el universo llenan, obra cada vez más grande, más digna cada vez de la grandeza y majestad de Dios!

Sólo así se comprende que se cumpla la ineludible ley del progreso; sólo redimidas puede tolerarse que hayan existido faltas; sólo un presente que salva un pasado de crímenes, puede mirar tranquilo un porvenir de gloria; idea desgarradora sería imaginar el que pudiera quedar oculta, sin ser reparada, una sola injusticia en la profundidad de los tiempos.

En qué lugar de destierro, por despreciable o triste que sea, no hay reservado algún sitio a donde alcance alguna ráfaga, donde penetre algún rayo de aquella belleza perenne siempre, y de aquel bienestar siempre inalterable que son patrimonio eterno de otros lugares afortunados de la naturaleza?

Qué desierto no es alguna vez interrumpido por oasis que suavicen la sofocante atmósfera creada por sus arenas de fuego? En qué lugar de eterna nieve no se esconde algún sitio abrigado que mitigue el rigor de las glaciales brisas desencadenadas de sus montañas de hielo?

A todas partes llega la poderosa seducción de la belleza, y en ese triste y desapacible destierro de la tierra hay lugares que son oasis y sitios apacibles en donde se refugian, a donde llegan ráfagas y algún débil rayo de la belleza eterna que cubre espacios más afortunados.

V

Granada, tú eres uno de esos lugares donde los espíritus desterrados a la tierra y destinados a redimir en la humanidad sus errores, encuentran algún resto del bienestar perdido, algún rayo de la belleza oscurecida: por eso los espíritus elevados que llegan a respirar tus brisas y a cobijarse bajo tu cielo, esos espíritus que cantan y cuyo canto presiente, porque adivina, a través del rayo que te corona, la belleza eterna; por eso hallan en ti un más allá más bello; por eso al poeta prestas inspiración, Granada.

Tú eres uno de esos lugares que algo encierran superior a la comprensión humana, uno de esos lugares que obligan a detenerse en ellos a las almas contemplativas e inspiradas que lleva el acaso a ellos, obligándoles a mirar al cielo, singular atractivo que los distingue de otros sitios que, careciendo de él, obligan a mirar al suelo.

Sólo te envuelve la desgracia que persigue a los sitios afortunados de la tierra que, disputados siempre, siempre destrozados por el insaciable afán de dominio que ciega a la humanidad, vienen a ser teatro de sus contiendas, campo de sus batallas, y a verse enrojecidos por la sangre de sus dominadores y por la de sus mejores hijos.

La humanidad os disputa como joyas preciadas desprendidas del cielo y arrojadas sobre la tierra para premiar al más valeroso y satisfacer la vanidad del más fuerte; y las razas pasan sobre vosotros, dejándoos, con la sangrienta huella de su dominio, entre los restos mutilados de los monumentos erigidos en honor vuestro por el entusiasmo de todas las generaciones.

Disputada has sido, Granada, y con tesón defendida por la ardiente raza árabe que tanto te amó; tanto que has sido el más preciado objeto del afán de sus guerreros, inspiración de los cantos de sus más distinguidos poetas, centro donde brilló el ingenio de sus mejores artistas, y cuna de sus más ilustres sultanas: todavía suspira aquella raza, oh Granada! por dormir bajo el estrellado manto de tus noches

Todavía lloran los últimos restos de la generación que fue lanzada de tus baluartes, por aquellos días en que la plateada media luna brillaba altiva en la más alta torre de tu alambra. La alambra! Todavía suspiran sus caudillos por dormir algún día tranquilos bajo sus artesonados techos.

Y qué extraño es, si tu también al parecer echas de menos la suntuosa corte de tus señores, sin quererte desprender de ese sabor oriental que tanto te distingue? Cómo no han de suspirar por ti, si tú también al parecer suspiras, disputando al tiempo, que todo lo borra, la marca indeleble de gusto árabe que te han de

como prenda de amor eterno, y que a toda costa parece deseas conservar, para que te reconozcan algún día, oh Granada! si volvierais a encontraros?

Si los hijos del Profeta no han olvidado a Granada, ésta no ha perdido todavía los ecos del Korán. Cómo se identifican los pueblos y generaciones que van pasando, con los países que los sustentan! Si un pueblo es capaz de modificarse hasta el punto de adquirir costumbres difíciles de cambiar, debidas a la influencia de los lugares que habita, con qué dificultad también estos lugares se desprenden de las huellas que en ellos dejó impresas la mano de los pueblos!

CAPÍTULO II

MIRAD AL CIELO

I

Dieciocho años se habían cumplido de mi existencia; hasta entonces se habla deslizado tranquila, sin que accidente alguno hubiera turbado mi corazón en lo más mínimo, a pesar del ardiente temperamento que me dominaba, a pesar de la impetuosidad de mis sentimientos.

Como Marietta, voy a hacer una descripción de mí misma.

De tez morena, facciones delicadas, ojos rasgados, mirada penetrante, cabellos como el ébano, y presencia altiva y majestuosa, era uno de esos tipos que distinguen las mujeres del Mediodía de España, de todas las mujeres del mundo; tipo abandonado por la Arabia en la hermosa tierra de Andalucía.

Dieciocho años! y todavía me burlaba de las palabras apasionadas, de las promesas seductoras, de las miradas de fuego de multitud de jóvenes que giraban entorno de mi hermosura.

Dieciocho años tenía ya, y, a pesar de la precocidad que es natural en todo ser concebido al calor del Mediodía de España, no habían hecho mella en mi corazón, al parecer insensible.

Supe hasta entonces defenderme con desdeñosa altivez de todo ataque exterior que pudiera ponerme en peligro de perder la tranquilidad del espíritu o en conmoción los sentimientos del alma.

Supe hasta entonces rechazar, con toda la entereza de que me hallaba dotada, todos esos movimientos del corazón que tan fácilmente conmueven las almas jóvenes, y cuyos sacudimientos adivinaba; pero que instintivamente ya sabía que habían de doblar la rigidez de mi carácter.

Había luchado ya demasiado tiempo; la naturaleza reclamaba sus derechos; era preciso sucumbir y pagar el tributo a que nada puede escapar

Al fin fui vencida; pero cómo! ay! como la leona en su guarida, sin perder la fuerza hasta el último momento.

Ya que era preciso ceder, ya que era indispensable ser dominada, necesario era también dominar a mi vez; para tormento de mi orgulloso corazón, la suerte quiso fuera objeto de sus afanes otro corazón, altivo, sí, pero ya vencido.

Qué ciega es la insensatez del orgullo! Sólo abre los ojos, sólo ve claro, cuando se siente aplastado por las ruinas de su propia obra. Sólo retrocede y detiene su paso precipitado, cuando corta su camino y paraliza sus esfuerzos la aglomeración de restos, obra de la destrucción de sus propias manos.

Y abrumado bajo el peso de tanto daño, agotada su altivez hasta el postrero de sus esfuerzos, hasta ver ultimado el tejido de sus injusticias, es incapaz, se cree impotente, cansado, para reproducirlos y emplearlos en borrar los efectos tristes de afanes tan insensatos.

II

Ay! yo he traído conmigo la prueba más cruel de la humillante caída del que, en alas de su vanidad, se levanta demasiado; tanto más humillante cuanto más se remonta con atrevido vuelo.

Cansada de mis esfuerzos injustos, caí precipitada con las ruinas de mi obra detestable; y el pesar, con su mano dolorosa, abriendo en mi corazón surcos profundos, me dejó libre de la hinchazón de mi orgullo, haciéndolo correr disuelto por mis propias lágrimas.

Y quién sabe el tiempo que así permaneciera confundida con el polvo, si no hubiese acudido a levantarme con mano cariñosa la generosidad de mis víctimas!

En vano me resistía aun; inútilmente, dominada por resabios de mi vicio dominante, rechazaba sus caricias y cuidados; debido a sus halagos fraternales y a desvelos que si no son de una madre, a ellos sólo se parecen, mis víctimas consiguieron levantarme, y hacerme brillar a su lado entre los buenos espíritus. Y qué engañada vivía! Entre el orgullo que ciega, y la bajeza que humilla, existe una modestia natural que ensalza, no esa modestia que se envanece de no ser orgullosa, sino la que acompaña a los que dotados de un gran mérito lo reconocen apenas.

El que se humilla será ensalzado, el que se ensalza será humillado; jamás verdad alguna ha salido de labio humano que haya sido de exactitud más tangible, tan inmediatamente cumplida.

III

Quien pudiera retroceder con mi espíritu a la noche del 3 de diciembre del año 1647 en la vega de Granada, hubiera tenido frío; una brisa glacial soplaba de las cumbres de Sierra Nevada.

Yo lo sentía a pesar del grueso albornoz que cubría mis hombros, y del trote largo de un brioso caballo que me conducía a la ciudad, distante todavía tres horas peligrosas de un mal camino.

Marchaba aprisa, más que por propia voluntad, por la impaciencia que manifestaban de ganar pronto las puertas de la ciudad dos caballeros que a mi lado cabalgaban envueltos en sendas capas y ocultos los rostros bajo las anchas alas de sus sombreros; dos jinetes más seguían nuestros pasos a respetuosa distancia. Era muy entrada la noche; así es que el silencio, inseparable compañero de las sombras, había extendido su dominio a toda la vega; únicamente se percibían esos ruidos extraños y envueltos en el misterio, y que durante la noche se dejan sentir; ruidos, que nadie puede averiguar quién los causa ni cómo se producen, los cuales amedrentan tanto a las almas débiles.

Venían hacia nosotros y escapaban a nuestro lado con la velocidad de nuestro paso, toda esa turba multa de fantasmas que pueblan durante la noche arboledas, esquinzos y revueltas de camino; multitud, que la preocupación medrosa imagina que huye al menor ruido, o se acerca al menor escape.

Ruidos que existen y formas impalpables de magnitud asombrosa, que el miedo inventa, y ve que se levantan, que vuelan, crecen y pasan; seres que sólo en la mente viven creados por el espanto de los ojos; seres que alguna vez tomaron cuerpo y dejaron oír su voz en el relato de alguna historia verdadera; tanto puede la fuerza de la imaginación.

Seguíamos decididos nuestro camino interrumpiendo todos los ruidos, espantando todas las sombras con los cuerpos reales y verdaderos de jinetes y caballos; y con el crujir de los arneses, el choque de las herraduras y el chasquido de las armas.

El firmamento se extendía majestuoso sobre nuestras cabezas, ofreciendo a nuestra vista sobre su fondo de terciopelo, toda la riqueza de brillo de que pudiera disponer, dado el alcance de unos ojos humanos; de cuando en cuando los míos, cansados de las sombras, se levantaban para buscar alivio de la oscuridad en la luz de las estrellas.

IV

Con qué indiferencia ha ido pasando hasta aquí el mar de la humanidad, empujado por el oleaje de las generaciones, sin apenas atreverse a aventurar alguna mirada más curiosa que investigadora, sobre ese cielo azul que eternamente le viene protegiendo con la luz de sus días y la oscuridad de sus noches!

Y ha venido siglos y siglos esa humanidad buscando, en las entrañas de las víctimas sacrificadas a la ferocidad de sus dioses inventados, la certeza de sus destinos, creyendo oír la voz de la verdad en la de sus oráculos y profetas falsos, cuando siempre se manifiesta donde ella sola se encuentra, tras ese cielo azul que siempre ha visto.

Y qué hay, qué se encuentra en ese más allá. que se extiende eternamente sobre vuestras cabezas, bajo vuestros pies eternamente, y eternamente a vuestra derecha y a vuestra izquierda? Y quién lo sabe? La inteligencia más poderosa se fatiga, y a cada paso busca un punto de reposo al explayarse por la inmensidad de los espacios; porque para remover la inmensidad de las distancias con la palanca del pensamiento, son indispensables esos puntos de reposo, es necesario un punto de apoyo, como le era necesario a Arquímedes para remover el mundo.

Y es posible que se pierdan en el infinito los radios que en todas direcciones parten desde el punto que cada ser ocupa? No encontrarán alguna vez un límite, por inmensa que sea la distancia a que se encuentre? No; jamás. Si la inmensidad tuviera un límite, sería pequeña: y en ella no cabe nada mezquino, nada que pueda compararse. Hay seres capaces de dominar grandes inmensidades, como el hombre domina a mundo, y si se les da a escoger el más grande entre un grano de arena y un mundo, no sabe qué elegir, los dos tienen para ellos una misma magnitud.

Y la verdad, que tanto se agitan en buscar cada vez más todas las humanidades que pueblan todos los mundos, podrá encontrarse en alguno solo tal vez? No; cada ser busca la verdad necesaria dentro de cada

generación, cada generación dentro de cada humanidad, y todas las humanidades reunidas la encontrarán en donde sólo se encuentra, en Dios.

Ah! todo ser inteligente, ya sea libre, ya se halle sujeto a cualquier humana individualidad, por grande que sea la esfera de su acción, siempre encuentra más allá de ella eternidad insondable, que si para mirarla de frente obliga a levantar los ojos, precisa también a arrodillar el pensamiento.

Levanted la frente, hijos de la tierra, arrancad secretos al pedazo de firmamento que os envuelve, y leed en esta sola página del gran libro de la eternidad donde Dios escribió su grandeza, las primeras palabras, que en él indican el seguro conocimiento de la verdad.

Emplead vuestros esfuerzos en abrir paso a la ciencia, removiendo las entrañas de la tierra, para sorprender la historia de vuestro pasado, escrita con caracteres indelebles en sus capas superpuestas: buscad en los movimientos del universo la historia de vuestro porvenir, escrita no fatalmente como pretenden las falsas teorías de alguna ciencia vana, sino tan naturalmente como algún día lo encontraréis descrito entre las inmutables leyes del universo.

Confundid en un solo análisis el cielo con la tierra, así como el más pequeño átomo que apenas podéis percibir, con la última estrella cuyo brillo apenas podéis alcanzar, y ellos resolverán el indescifrable problema entre cuyas incógnitas desde su principio viene latiendo la humanidad, y tras de las cuales tanto se afana: ellos os dirán de dónde vienen los que veis nacer, a dónde marchan los que veis morir.

Y así como la partícula puesta en relación con el mundo os ha descubierto muchas y grandes leyes del universo, poniendo en relación al mundo con todos los mundos que la investigación alcanza, llegaréis a descubrir muchas y grandes leyes de la inmensidad.

V

Ya es tiempo que os levantéis abandonando la tortuosa marcha de las generaciones pasadas, caminando con paso majestuoso por la senda firme de la verdad, a la vanguardia de las generaciones venideras; ya es tiempo que os despojéis de fatales preocupaciones que aprisionan y debilitan al espíritu cortando el vuelo de sus grandes aspiraciones: ya es tiempo que terminen vuestras luchas materiales y que os aprestéis a los combates del pensamiento, a las luchas de la inteligencia: sólo así os podréis levantar sobre el polvo que os atrae para confundir vuestro espíritu con la inmensidad del espacio que hasta el presente os ha tenido olvidados.

Olvidados, no; confundidos con ese apego exagerado que a la tierra tenéis; en vuestra mano está hacerla grande, haciéndoos grandes vosotros mismos: podéis levantarla y hacer que ocupe un puesto digno en el universo, levantando con dignidad vuestro pensamiento: los grandes mundos, como los grandes hombres, no son los más voluminosos, sino los que están animados de grandes espíritus.

Ya es tiempo, hijos de la tierra, ya es tiempo; y el momento ha llegado de que dejando de marchar a saltos por el camino del progreso, marchéis como debéis ir para bien de cada uno de vosotros, para bien de la humanidad, para bien del universo.

El hombre llega ya a la cumbre de las grandes negaciones para emprender su marcha precipitada a la cima de las grandes afirmaciones, y llega ya a la cúspide donde condensadas todas sus contradictorias creencias, le llevarán precipitadamente al vértice donde se asienta la única creencia sola y universal.

El pasado huye, el presente viene, el porvenir se entreabre lleno de seductoras promesas para la humanidad el pasado aparece oscuro, el presente claro, el porvenir brillante.

Huye, sí, ese pasado envuelto en la oscuridad de sus tiempos, huye con sus dioses falsos e iracundos, con la extravagancia de sus creencias, con los desaciertos de sus poderes, con la ferocidad de sus magnates, con los ríos de sangre abiertos en sus propias venas por la impiedad de sus Césares, con las ruinas de sus exterminios, con los restos de su pillaje; huye, si, en un tumultuoso montón entre el fuego de su intolerancia, con la farsa de sus sacerdotes y la sangrienta ara de sus altares; huye ese pasado ligado sólo al presente y al porvenir con los rotos lazos que supo atar la palabra divina de Jesús, y los que después de él pudieron reanudar la tierra con el cielo.

Y si el pasado huye vacilante entre el polvo de sus ruinas, se presenta el nuevo modo de ser de la humanidad aparece claro el presente, libre de tantos horrores, con la unidad de sus creencias, con su conocimiento más perfecto de la Divinidad, con sus hijos libres de persecución. para dedicarse con más seguridad a la penosa tarea de realizar el fin de sus grandes deseos.

VI

Y el porvenir, ah! quién se atreve a decir una sola palabra sobre el porvenir? Si quisiera descubrir el grandioso cuadro en que se destaca, hallaríais un fondo confuso, colores indefinibles, formas ilimitadas; si os lo quisiera describir a rasgos, grandes por lo que abarcan, pequeños por lo que dijeran, sólo sacaríais de ellos ideas confusas, palabras incomprensibles, caracteres indescifrables.

El porvenir brilla sobre nosotros, habitantes del espacio, como el sol brilla sobre vuestro horizonte, habitantes de la tierra. Los arcanos del porvenir son para nosotros tan insondables, como otros espacios secretos de la inmensidad. Si el pasado de todas las cosas asienta su base en los abismos del tiempo, y si el presente se desliza a nuestra vista con la incansable velocidad de su movimiento, el porvenir, que se pierde en la cima de las edades, causa vértigos cuando se intenta alcanzarlo con el pensamiento.

Vemos el porvenir, imposible nos es analizarlo; vosotros, ciegos, sólo percibís su calor. Nosotros estamos dotados de una vista que sondea; la vuestra, efecto de un delicado órgano material, se detiene, queda paralizada sobre las superficies.

Sólo abrigamos una idea tan incompleta del porvenir, como la que vosotros abrigáis del mundo de los espíritus; sólo podemos adivinar lo que se oculta tras el misterioso velo que lo encubre, con la poderosa fuerza de un raciocinio propiedad de elevados espíritus; y éstos apenas llegaron a percibir allá una apoteosis grandiosa, resumen de todos los heroísmos, de todos los genios, de las virtudes todas que la infinidad de mundos van acumulando, y cada generación de éstos van desprendiendo.

Sólo poderosas inteligencias, libres de todo dominio material, han podido vislumbrar que la ciencia, el arte y la estética hallaron allí sus últimas fórmulas, y que de allí, tal vez, último crisol que las depure, podrán partir a confundirse en el lugar donde la absoluta verdad empiece. Y quién sabe las nuevas fases, las depuraciones nuevas porque tendrán que pasar, para elevarse cada vez más y más dignas de aproximarse a Dios?

Todo, absolutamente todo lo que constituye la esencia de la verdad y la belleza, va depurándose para que la escoria quede y la pureza suba. Creéis, acaso, que queda oculta entre los pliegues de un olvido eterno ni aun la más insignificante de vuestras acciones? Creéis acaso que brota inútilmente la más insignificante flor en el último rincón de la tierra que el hombre jamás haya pisado, y que su existencia fue perdida, porque nunca ojo humano se detuvo a contemplar su belleza?

Vivís en un grave error, si de lo contrario no estáis convencidos. Un grano de arena, perdido en la profundidad de los mares, no se halla oculto; y allí, o más tarde en otra parte, por efecto de las transformaciones continuas que la materia sufre, se tiene en cuenta, es indispensable la parte que le está confiada en la grande elaboración de la obra universal. La más indiferente de vuestras acciones cuando os encontráis, no solos, sino con vosotros mismos, no pasa desapercibida, y se tiene en cuenta por la justicia eterna, respondiendo en el mundo moral que se cierne sobre vuestras cabezas, a ineludibles leyes, todavía por vosotros desconocidas.

Nada está oculto, nada pasa desapercibido. Todo se ve; todo está de manifiesto. El átomo, la flor, el animal, el hombre, la naturaleza: todo, todo a sí mismo se contempla. La materia esta en contacto, los seres vivos se vigilan, el hombre se juzga, los mundos se ven, los espacios se tocan.

Y Dios, extendiendo a todo su protección, cubriéndolo con el majestuoso manto de su grandeza, todo a su vez lo ve, lo mide todo en el infalible peso de su justicia.

VII

Nada, por oculto que esté a vuestra mirada indagadora, deja de realizar ni un momento las funciones que le están destinadas. aun cuando la humanidad entera desapareciese un día de la haz de la tierra, no por eso al siguiente dejaría el sol de pasar majestuoso sobre ella: la prestada luz de la luna no deja de lucir durante vuestro sueño; la solitaria flor brota, luce sus galas, presta su aroma y cae marchita aun cuando nunca os hayáis fijado en ella; tan hermosa es la perla en la profundidad oscura de los mares, como a la luz del día en la palma de vuestra mano; y el ave misma no deja de alegrar el bosque, por solitaria que en él se encuentre.

Pues si todo cumple del modo tan admirable que veis, si todo indispensablemente se realiza a vuestro alrededor aún cuando se oculte a todas las miradas, cómo os atrevéis vosotros a no conducirlos cuando creéis encontrarlos solos, en todas vuestras acciones, como a la vista de muchos testigos?

Diréis, por no parecer tan culpables a vuestros propios ojos, que las leyes que rigen a toda materia son la materia misma, y constituyen su modo de ser, teniendo sólo que responder a fuerzas exteriores también puramente materiales; mientras que vosotros, seres animados, no sólo tenéis que ceder a fuerzas físicas, sino

también a otras muchas morales que, la mayor parte de las veces que vaciláis entre el bien y el mal, os obligan a seguir el peor camino contra el torrente de vuestra voluntad: diréis que si todos los cuerpos inanimados no se les presenta más que un camino que seguir, que es el de la naturaleza; mientras que a vuestra vista aparecen otros muchos seductores que hacen que se pierda la rectitud de vuestras intenciones.

Vergonzosa disculpa fundada en multitud de errores! Precisamente esas mismas fuerzas morales, sobre las que intentáis arrojar todo el peso de vuestra ignominia, serian el más poderoso impulso que os obligara a seguir por el buen camino, si no las destrozais con vuestras propias manos. En todo el universo no hay fuerza exterior que no encuentre su equilibrio en fuerzas interiores: si la luz hace que la sombra huya, la sombra hace que la luz se turbe: si a vuestra vista se presentan caminos seductores, a cuyo fin os mancha el lodazal de un vicio; si la riqueza deslumbra, si la belleza seduce, si los placeres encantan, también resuena en vuestro pecho la poderosa voz de vuestra conciencia, misterioso tribunal que falla aun antes de cometerse un crimen.

Para ahuyentar tantos males, tantos horrores que en la tierra os ciegan, os diré mil veces: alzá la frente, vosotros, los que vais delante de las generaciones que en el porvenir vendrán regeneradas; buscad en el universo el punto más elevado a que vuestras fuerzas aspiren, y marchad a él en la seguridad de alcanzarle; si, si en vuestros ojos brilla el rayo de la virtud, si en vuestra frente luce la corona de la ciencia, y en vuestra mano la espada de la justicia: al mediros con el espacio, no creáis que sois tan pequeños, no; sois grandes: si alientan seres imperceptibles a vuestros ojos, otros alientan también, imperceptibles para los que no podéis ver; y si hay mundos que os admiran por su grandeza, éstos también a su vez se admiran de la grandiosidad de otros mundos: marchad, pues; ganad el cielo levantándoos con la tierra: no contempléis con indiferencia el manto salpicado de mundos que cubre vuestras noches, como yo lo contemplaba la noche del 3 de diciembre de 1647.

CAPÍTULO III

ENTRE SOMBRAS Y CUCHILLADAS

SE LLEVA LA DAMA QUIEN NO DESEA

I

Seguíamos nuestro camino, como ya he dicho, todo lo aprisa que permitían accidentes del terreno y oscuridad de la noche. Conforme íbamos ganando la distancia que nos separaba del punto a donde deseábamos llegar pronto, dificultaban más y más nuestra marcha precipitada muros elevados, pendientes rápidas y árboles corpulentos que ocultaban el camino con sus sombras gigantescas, contribuyendo a que los accidentes se hicieran más peligrosos y la oscuridad más profunda.

Ese silencio que imponen los misterios de la media noche a la voz humana, era sólo interrumpido alguna que otra vez por palabras apenas articuladas é imperceptibles que se cambiaban a intervalos largos los que me acompañaban, o por alguna de las interjecciones con que tan admirablemente el jinete se hace entender del caballo. Los misterios de la media noche no tenían de fijo queja de mí; mi silencio era tan profundo como ellos.

Poco a poco los lados del camino fueron apareciendo más despejados, y llegamos a una especie de explanada a la que aflúan dos o tres caminos más del que seguíamos.

Ibamos ya a tomar el que conducía a Granada.

—Alto! —gritó una voz que al parecer había salido de un espeso matorral que a la izquierda había.

—Quién va? —contestó el que a mí derecha venía.

—Ni un paso más! —insistió la misma voz; y una turba de hombres a pie, y a caballo nos rodeó por todas partes.

—Hermano mío! —exclamé yo asiéndome con todas mis fuerzas de la capa del que a mí izquierda me había acompañado, al mismo tiempo que unos brazos, arrancándome por detrás de la silla, me hicieron abandonar mi caballo.

Sujeta fuertemente por los brazos que de un modo tan violento me habían arrebatado, me sentí llevar a escape por el mismo camino que hasta entonces había traído.

En vano hacía una débil resistencia. Percibía cerca el galope de otro caballo: al poco trecho llegó a alcanzarnos. Dando una vigorosa vuelta, gritó el jinete:

—Por aquí, D. Luís! Y seguimos otra senda que se perdía entre la espesura de multitud de árboles.

No hablamos recorrido la distancia de cien pasos, cuando hacia nosotros sentimos venir el escape de otros caballos.

—Vive Dios! —gritó el que me llevaba aprieta Antonio; saltemos sí es preciso por encima de los que vengan.

El choque de los que íbamos y venían fue tumultuoso; sólo pude percibir otra voz que dijo:

—Seguid la dama, mi alférez; del otro me encargo yo.

En efecto, sólo un jinete nos siguió, mientras que atrás se perdía el rumor de recias cuchilladas.

El caballo del jinete que nos seguía era sin duda más ligero, porque a muy pequeña distancia pasó disparado por nuestro lado, y dando una repentina media vuelta, dijo tirando de la espada:

—Suelta tu carga, miserable!

—Ahí va! —exclamó el que me conducía, y un espantoso fregonazo me dejó ciega con su luz, sorda con su estampido.

—Toma y aprende a no fallar tus golpes! —dijo el otro; y una cuchillada terrible descargada con segura mano sobre la cabeza de mi raptor, nos hicieron caer a él y a mí de espaldas sobre el caballo.

Me sentí arrebatar de nuevo y emprender otro escape sin saber adónde.

Tantas emociones y escenas tan violentas, realizadas en instantes tan cortos, me hicieron perder el conocimiento de lo que a mi alrededor había sucedido, así como de lo que por mí pasaba; en vano traté de sobreponerme a mí misma; quedé, por fin, desmayada en los brazos que me aprisionaban.

II

A hora y media de Granada hay un lugar delicioso que si el paso del tiempo y la mano del hombre lo han transformado, la naturaleza no.

Lugar abandonado, no por los seres que el espacio llenan, los cuales nunca manchan ni marchitan el lugar que habitan, sino por los pesados seres materiales que huellan y deshacen el lugar que pisan. El hombre no le habita; las gracias, sí.

Lugar privilegiado, puesto que si en otros no menos bellos la alegría alguna vez se turba, allí no.

Sitio indescriptible, pues para ser ponderado, la más grande inspiración se agota, tanto, que si en otros lugares la descripción tiene sus límites, en éste no.

Sitio comparado por algún poeta musulmán al primer cielo de los prometidos a los buenos por el Profeta; y por cierto que no anduvo muy exagerado el poeta, pues yo sé de algún hijo de aquella raza impresionable que, preguntado si prefería este lugar al primer cielo, contestó que sí.

Allí sobre aquel lugar, si el tiempo pasa, no pasa la belleza.

Y sí el hombre es capaz de llegar allí, pasar y salir indiferente, si allí no se queda el hombre, el espíritu sí.

Qué sería del hombre sin ciertos lugares, aún en las regiones donde más sufre? Qué sería del espíritu?

En aquél han tenido lugar, durante el transcurso de los tiempos, más de cien notables historias: ya tristes, como el canto de las tortolas que en él tienen sus nidos, ya como sus días, alegres.

Lo sé porque tantas veces como he tenido ocasión de bajar a él a recoger mis recuerdos, he tropezado allí con otros espíritus que recogían los suyos, ya tristes como los míos, ya alegres como sus días.

Allí me acogieron una vez con señaladas muestras de alegría dos espíritus, que habían sido de una dama goda uno, de un godo campeón otro; allí murieron un día, y se levantaron hasta aquí confundidos, amándose todavía. Felices ellos!

Allí encontré a otro espíritu desgraciado perteneciente a un patricio de la opulenta Roma, que removía la tierra buscando en ella la esencia de lo que había sido su amada, muerta allí, por la ferocidad de un padre celoso de su honra, para que no cayera en poder de una legión victoriosa de Pompeyo; removía el polvo, encontrando sólo así consuelo, porque el espíritu amado, siempre sumido en la humanidad, no le había encontrado todavía. Triste de él!

Allí el espíritu de una morisca hermosa, al mío trasladó sus cuitas; allí la había conducido un mal cristiano y caballero; allí la habla abandonado para no volverle a ver más; allí esperaba aun su espíritu llorando su ingratitud para perdonarle mejor, para hacerle repetir con la verdad del espíritu palabras falsas de un día, para hacerle allí cumplir promesas que, aun cuando no habían sido hechas con propósito de realizarlas, por la fe con que fueron creídas debían de ser cumplidas.

Allí otro me hizo ver el azulado torreón de un castillo levantado sobre una pequeña colina, y del que ha ya siglos no se encuentra señal, y el ajimez jaspeado por donde le arrojó a la escabrosidad de un arroyo la irascible furia de un esposo, más ciego por los celos que por la lealtad que le debía.

Otro constantemente allí lamentaba lo muy atrás que ha quedado un espíritu que siempre amó, y que había animado a un apuesto capitán muerto allí por sus errores, a muy pocos días de la conquista de Granada y de la entrada en ella de los Católicos Reyes.

También dos espíritus llegados allí por la fuerza atractiva de los lugares, se identifican con su pasado, mostrando uno los sitios donde había sufrido desdenes del otro, y éste reparando con manifestaciones cariñosas la palabras evasivas que un día vertió, y hoy reconoce de crueldad inaudita.

Veo allí multitud de espíritus que animaron a otros tantos jóvenes sacrificados un día en una de las crueles é intestinas luchas de los árabes, durante su larga dominación en la comarca granadina.

Ay! interminable sería mi narración, si tratara de descubrir todos los dolores que se ocultan en aquel lugar afortunado; todavía, después que la tierra se abandona, es preciso llorar mucho sobre ese mundo de lágrimas.

Con mucha frecuencia me encuentra allí toda la multitud de espíritus que en su mayor parte gimen sobre aquel lugar, para mí tan sagrado, y donde se decidió de mi destino, y, como ya he dicho, bajo a él a recoger mis recuerdos.

Allí, ay de mí! abrí los ojos después de un largo desmayo, en una mañana fría pero hermosa; el día 4 de diciembre de 1647.

Allí se abrieron mis ojos. Y cuántas veces maldije más tarde aquel momento en que los abrí! Hoy bendigo tal instante y tal hora de aquel día. Quién fía en sus propios sentimientos!

III

Abrí mis ojos y un rayo de sol me deslumbró; no pude resistir su fuerza, volví a cerrarlos, los abrí de nuevo; lancé entorno mío miradas indagadoras, y qué vi?

Reclinada en una cama de hierbas amontonadas, vi delante, por una gran puerta ojival, un magnífico paisaje y el sol naciente entre ligeras nubes; sobre mi frente una elevada bóveda sostenida por altos pilares, y en el suelo aquí y allí restos mutilados de columnas y capiteles góticos.

Cómo me encontraba allí? Quién me había conducido? En dónde estaba? En vano trataba de deducirlo de los confusos recuerdos que conservaba del día anterior; a estas preguntas sólo contestaba el rumor que producía el agua de una cascada o caudalosa fuente que cerca debía encontrarse.

Los hombros los tenía cubiertos todavía con mi albornoz blanco, mi cabeza descansaba en los pliegues de una capa negra, y envueltos con los de otra mis pies se preservaban del frío; en lo que cabe, me encontraba bien; pero, al parecer, estaba sola.

Hacía largo rato que me encontraba en la situación embarazosa que sólo puede comprender el que, como yo entonces, despierta de un profundo sueño, y al verse en un sitio extraño, apenas fija los recuerdos anteriores, no se atreve a dar el primer paso, ni hacer uno solo de los movimientos que la actividad de la vida exige. Momentos raros en que parece que los lazos que nos ligaban con lo pasado se han desunido.

Un buen rato permanecí en tal estado, medio incorporada sobre aquel lecho improvisado; por fin me pareció percibir pasos.

En el fondo, inundado de luz, en la puerta, se destacó la figura de un hombre.

Un grito apenas perceptible se escapó de mis labios; mi primer movimiento fue con intención de huir, pero la debilidad me obligó a permanecer sentada.

Él se detuvo sin atreverse a pasar de la puerta; traía las manos unidas, formando con las palmas una cavidad como si contuvieran algo; al observar mi movimiento dejó caer los brazos, y algunas gotas de agua rociaron el pavimento.

Por fin se decidió y dio pausadamente algunos pasos hacia mí.

Era un joven como de unos veintidós a veinticinco años; vestía de negro, y su frente se ocultaba bajo las anchas alas de su sombrero, del que pendía una pluma blanca.

Conforme se fue aproximando, pude observarle mejor; su figura, más alta que mediana, caracterizaba esos movimientos tan naturales con que a primera vista se perciben los modales distinguidos; un ligero bigote sombreaba sus labios; sus cabellos, oscuros pero castaños, ondulaban ligeramente hasta el hombro.

Conforme se acercaba a mí, sus pasos eran más lentos; se detuvo a respetuosa distancia, descubrió su cabeza, cruzó los brazos, y sus ojos, apagados pero de mirada profunda, se fijaron dulcemente en mí.

—Ah! señora mía, —dijo— empezaba a sospechar no volvíais de vuestro letargo; me teníais en cuidado, pero al fin termino viendo abiertos vuestros ojos. Os sentís muy mal? confesádmelo, no tengáis inconveniente, soy un servidor vuestro, mandadme, estoy dispuesto a cumplir exactamente todas vuestras órdenes.

Estas palabras, pronunciadas con voz dulcísima, me impresionaron de tal modo, que no pude contestar. El también guardó silencio largo rato; por fin lo rompió exclamando:

—Por Dios, decidme si os encontráis mal; no tengáis cuidado, podéis hacerlo con entera libertad, disponed de mí; receláis acaso de un desconocido que sólo se ha dedicado a procuraros bien, a pesar de las pocas horas que ha os conoce?

—No extrañéis mi turbación —contesté;— os estoy agradecida, comprendo todo lo que acabáis de hacer por mí sin conocer el motivo. No os conozco, creo que jamás os he visto. No hay aquí nadie? Nos encontramos solos? En dónde estamos? Cómo he llegado aquí?

1

—Tranquilizaos, señora; os lo suplico; no me conocéis, es verdad, pero fiad en mí y no os arrepentiréis: en cuanto estéis en disposición de salir de este sitio, que yo mismo no conozco, os conduciré a donde os sirváis decirme: por la fe de caballero que soy, os juro que nada malo os sucederá mientras que fiada a mis cuidados no tenga que abandonaros.

—Y cómo, caballero, me encuentro sola en vuestro poder, en un sitio que aun vos mismo no conocéis? Qué ha sido de mi pobre hermano que ayer me acompañaba? Me queréis explicar qué objeto tuyo la confusión de anoche, de la que apenas conservo un débil recuerdo? Hablad, por Dios, sacadme de mi ansiedad, decídmelo todo.

—Mucho me preguntáis, señora, y siento tener que empezar a serviros sin poder satisfacer cumplidamente vuestras preguntas, porque casi todo lo ignoro. A la que sin duda más os interesa, sólo puedo decir que si uno de los que anoche iban a vuestro lado es el hermano por quien me preguntáis, tal vez en esta misma hora os busca, viéndoos perdida, por todas partes, pues seguramente que los que la pasada noche interrumpieron tan bruscamente vuestra marcha, no lo hicieron con intención de causar daño alguno: su objeto único era apoderarse de vuestra persona.

—Pero no observáis, caballero —le dije— que todas mis dudas deseáis desvanecer, menos la que mejor podéis explicar? Por qué me encuentro en vuestro poder, entregada a vuestros cuidados, siendo así que por lo visto ni aun me conocéis?

—Ah! Señora —replicó;— tenéis razón, os lo explicaré, pues es indudable que a ello tenéis un derecho legítimo; pero lo haré cuando recobrada vuestra serenidad podáis escucharme más tranquila: por de pronto puedo advertiros que sólo la casualidad me ha puesto en vuestro camino.

La casualidad tan sólo, señor mío? le dije con cierto aire de incredulidad.

—Creéis, acaso —dijo seriamente— que si yo fuera capaz de engañar alguna vez, esperarí a hacerlo a una dama en esta soledad? aquí, en este sitio, uno de los sagrados deberes que tenemos que cumplir es, vos creerme y yo deciros la verdad.

—Sí, os creo, amigo mío —le repliqué, no pudiendo resistir la sinceridad de sus palabras—. Hace poco me decíais que podía disponer de vos; creo que os equivocáis, debe ser todo lo contrario; yo soy la que os debe obedecer, y empezad por disponer cómo hemos de salir de aquí,. Además, le dije después de una breve interrupción, — espero que antes me explicaréis por qué casualidad os debo los servicios que con tal desinterés me venís prestando.

—Así lo haré, ya que lo he prometido; pero os advierto, señora, que no puedo permitir el que me escuchéis más tiempo aquí: noto que esta bóveda es demasiado fría y podría alterarse vuestra salud más de lo que ya se ha alterado; salid, y el sol os reanimará.

—Gracias, amigo mío, gracias, por vuestros cuidados; estaré muy pronto a vuestras órdenes —le dije poniéndome de pie.

—Yo soy quien las espera vuestras —contestó inclinándose; —aguardo fuera, ahí cerca de la puerta, hasta cuando tengáis a bien salir a mi encuentro. Una vez reunidos, adoptaremos nuestras medidas.

Se dirigió hacia la puerta, y al llegar al umbral dijo:

—Hasta luego. Cómo tendré el gusto de llamaros desde este momento?

—Llamadme Estrella —le contesté.

—Pues sí acaso se os ofreciera llamar alguna vez, llamad por Rafael —dijo. Saludó de nuevo y salió.

Un cuarto de hora más tarde salía yo a mi vez, y al llegar a la puerta me detuve para observar dónde encontraría a mi galante desconocido; no muy lejos me esperaba.

De pie, con los brazos cruzados y la frente inclinada al suelo, parecía meditar profundamente; pero no se pasó mucho tiempo sin notar que yo había salido: abandonó su posición y con paso apresurado salió a mi encuentro.

—Vamos, Estrella —dijo sonriendo ligeramente así que estuvo cerca; —apoyaos si gustáis en mi brazo; la debilidad producida por el mal rato que habéis pasado no os permite marchar bien.

No sé qué ligero estremecimiento de placer, hasta entonces para mi desconocido, experimenté al aceptar su ofrecimiento. No sé por qué al apoyar mi mano en su brazo derecho lo hice con recelosa timidez.

Sin duda que mi turbación se hizo notar demasiado, cuando mi joven desconocido, observándola, dijo con amarga indiferencia:

—Apoyaos bien, amiga mía, como si este brazo fuera el de vuestro propio hermano: si estáis acostumbrada a poner en peligro con vuestros favores las almas impresionables de los que se os aproximen, en este momento no hay temor de que la mía haya de perturbarse: tal pudiera suceder si mi alma viniera conmigo, y cómo ha de venir si la dejé cautiva lejos de aquí?

IV

Una palabra, un gesto, una mirada sola en momentos supremos de la vida, deciden muchas veces el destino de un hombre, cambian su modo de ser, tuercen su camino en su marcha entre la humanidad.

Un gesto, una mirada, una palabra solo, que deciden en tales momentos del destino de un hombre, pueden, por la influencia que éste ejerza en los destinos de un pueblo, trastornarlos también, y desviada la marcha de un pueblo, puede muy fácilmente alterarse el destino de todos los pueblos.

Si; una mirada, una palabra, un gesto solo elaborado por el acaso en cualquier rincón de la tierra, pueden por un encadenamiento incomprensible decidir del porvenir de la humanidad. Quién lo creyera! pero es una verdad que se pone de manifiesto en los momentos difíciles en que se juega el porvenir. Arcanos impenetrables, designios incomprensibles que sólo es dado sondear a Dios!

Quién nos diría a Rafael y a mí que las palabras que pronunció en el momento que acabo de describir, habían de decidir de su suerte, de la mía y de la de otras personas tan queridas!

Qué influjo había ejercido ya aquel joven sobre mi alma, para que de tal modo estas palabras hubieran de ejercer un efecto tan pernicioso sobre nuestro porvenir?

Sólo sé que, herido en lo más profundo mi amor propio, únicamente traté desde entonces de atraer a mi aquella alma que decía ser imposible doblegarse a mi voluntad, por haberla en otro lugar rendido ya.

Sólo sé que mi corazón, frío é indiferente hasta entonces al contacto de otros, brotó fuego al chocar con este otro, frío también é indiferente.

Sólo sé que desde aquel momento, sublevada mi alma al ver pasar cerca otra indiferente sin con moverse con el brillo de mis ojos en aquella soledad, trató de reanimar las cenizas de aquel corazón con su propio fuego.

Tenaz empeño que minando lentamente mi existencia y la de otros seres, levantó con orgulloso esfuerzo la puerta que ocultaba el más delicado secreto, el que, lanzado por mí al viento, se condensó sobre mi cabeza en nube de remordimientos! Castigo justo por mi profanación!

Rafael tenía razón: estaba acostumbrada a no ver pasar con indiferencia almas cerca de la mía; pero no sabía él que esta novedad sublevaba un corazón orgulloso de ser objeto de la solicitud de tantos que no habla podido rendir!

Pobre Rafael! Sus palabras fueron el botafuegos que incendiando el contenido amor propio que ya no cabía en mi pecho, alcanzó con su explosión a tres corazones más reduciéndolos a cenizas.

Pobre Rafael! Estabas destinado por tu desgracia a herir las cuerdas sensibles de todos los corazones, haciéndolas vibrar siempre, ya fueran las que responden a sentimientos bellos, ya las que despiertan las más perversas pasiones.

Qué magia era la de tus ojos que movieron el corazón de Marietta, qué magia la de tus palabras que así movieron el mío, levantando en uno los sentimientos más bellos y en otro los más perniciosos?

Cruel fue tu destino sobre la tierra: luchaste contra su irresistible fuerza, hiciste todo lo posible por remediar el desastre de los dos corazones que más te amaron, y qué has conseguido? Sucumbir también.

CAPÍTULO IV

LECTOR: LA MISMA HISTORIA OTRA VEZ

I

Un momento más tarde, me encontraba sentada en una gran piedra junto al salto de agua cuyo murmullo había llegado hasta mí al volver de mí desmayo: estaba sola.

Mis ojos se fijaban tristes en los golpes de espuma que llegaban a salpicar mis pies: largo rato hacía que permanecía así; mucho tiempo continué en la misma actitud; reflexionaba.

Estaba sola porque Rafael había partido a buscar algo con que satisfacer la necesidad de comer que ya nos molestaba: no había querido seguirle para que volviera; sabía que salir de allí era separarme de él: aquel lugar me atraía; era preciso hacer de modo que, al abandonarlo, fuera imposible para Rafael dejar de seguirme. Volvió.

—Amiga mía, —dijo alegremente apeándose de su caballo; —ya sé por dónde podremos salir de esta soledad; sé por dónde se va a Granada: haced honor al frugal almuerzo que os traigo, y luego, cuando dispongáis, saldremos.

—Hagamos honor a vuestro almuerzo, —contesté;— os confieso que me encuentro débil; apenas puedo moverme: sentaos aquí, cerca de mí, y hacedme el favor de darme las explicaciones que me habéis prometido.

—Mi mayor placer es complaceros, —dijo:— quiero que un adelante, cuando recordéis esta hora y este lugar, tengáis de mí siquiera el recuerdo de haberme encontrado complaciente.

Satisfecha nuestra hambre, inundados de un hermoso sol de invierno, empezó su relación del modo siguiente:

—Voy a explicaros, señora, por qué feliz casualidad esta noche pasada llegué tan oportunamente a tiempo de salvaros, arrebatándoos a mi vez a un raptor, que no sé cómo calificar. Venía de la corte, a donde ha unos quince días he llegado procedente de Nápoles, punto en que hace tiempo estoy sirviendo.

—Alto, —dije interrumpiéndole su discurso.

—Por qué? —preguntó respetuosamente.

—Porque no empezáis, sino que concluís; porque empieza vuestra relación por donde debiera terminar.

—Hacedme, luego, el favor de indicarme por dónde debo empezar, —dijo galantemente;— de veras que no sé qué exigís de mí.

—Francamente, amigo mío, creo que me concederéis lo que es natural suceda; me interesáis porque también vos con exposición de vuestra vida os habéis interesado por mí; por consiguiente, como me habéis dicho que tenéis vuestra alma cautiva lejos de aquí, deseo saber antes de lo mucho que por mí habéis hecho, en dónde la habéis dejado: no puede por mi parte haber más franqueza; sed franco también conmigo.

—Qué deseáis, señora? —dijo.— Acaso haciéndome recordar el sagrado sitio donde mi alma queda, ver si puedo a tan poco precio recobrarla?

—Tal vez, —contesté.

—Ah, señora! —añadió,— renunciad a vuestro propósito, es imposible; y por lo tanto no quiero en momentos que necesitáis para vos misma, molestar vuestra atención con una relación inútil.

—No creo tanto en mi poder hasta el punto de que pretenda realizar el fin que me he propuesto y que habéis adivinado; pero mi deseo se extiende a más, y es a que si vuestros recuerdos os mortifican, podáis, depositarlos en un corazón amigo, encontrar el alivio que tanto necesitan ciertas penas ocultas. Quiero de algún modo seros aquí mismo útil, y espero pondréis en el lugar que merece en vuestro ánimo, este mi deseo tan justo.

II

—Es triste en verdad, —dijo,— vivir sobre la tierra con el corazón herido, sin percibir cerca una voz amiga que le consuele y sin un oído atento que escuche sin mortificarse sus ahogados gemidos. Esta tristeza, sin

duda, la habéis leído en mis ojos, y creo que al abriros mi corazón y ponerlos de manifiesto un secreto que es mi propia vida, le acogeréis de modo que no pierda el sagrado perfume de su misterio: sufro, señora, y ya que así lo deseáis, que vuestro corazón sensible participe de mis sufrimientos.

Se levantó para pronunciar estas palabras, me extendió sus manos, y la solemnidad de sus expresiones me conmovió hasta el punto que sentí remordimientos al ver que la nobleza de mis propósitos estaba muy por debajo de la suya. Vacilé un momento; momento de terrible lucha entre el amor propio herido y la dignidad del espíritu resentida; pero Rafael me atraía, y el amor propio venció.

Venció, sí; pero qué orgulloso se manifestó después de su victoria! mis pupilas se dilataron, un estremecimiento nervioso agitó todo mi ser: Rafael se engrandeció a mis ojos; me pareció, envuelto en su misterio, digno de la tenacidad de mi corazón: la idea de una lucha heroica brilló en mi tenebroso pensamiento, como un relámpago en la noche. Procuré armarme de serenidad, y me apresté a la contienda que empezaba allí, sola y frente a frente con él.

Hablad, hablad, Rafael —dije apasionadamente.

III

Al mismo tiempo que la corriente murmuraba, oí de sus labios la siguiente relación:

«Si no habéis respirado las brisas de Italia, no os dé cuidado, señora, porque respiráis las de España: si no habéis visto el cielo de Nápoles, no lo sintáis tampoco, puesto que os cubre el cielo de Granada.

»Nápoles es a Italia, lo que Granada a esta patria nuestra.

»Salí de la casa de mis padres arrebatado por el entusiasmo bullicioso que anima a los corazones jóvenes que sueñan con un porvenir brillante, y llegué a Nápoles a donde con mi empleo de alférez se me había destinado.

»Como nada todavía me atormentaba, y como la alegría era aun patrimonio de mi corazón, me entregué a todas las expansiones de la juventud, a pesar de mi carácter algún tanto grave y contemplativo.

»No es posible entrar en Nápoles, sintiendo latir en el pecho un corazón de veinte años, sin experimentar en él, por frío é indiferente que sea, los sacudimientos que mueven entusiasmo por la belleza.

»Lo sé porque yo mismo, desde el momento en que pisé sus calles, amé cuánto encontraba al paso; lo bello me entusiasmaba, y seguía con apasionado empeño las hermosuras que el acaso me presentaba.

»No es posible entrar en Nápoles y tender la vista por toda la extensión de su inmensa bahía, sin sentir engrandecerse el alma también: no es posible llegar a Nápoles y levantar los ojos hasta la cima del Vesubio, sin sentir fuego en el corazón.

»Y después echarse en brazos de la populosa ciudad, cruzando su recinto, respirando sus brisas y bañándose en su sol, es sostener firmes y mantener constantes el fuego del corazón y la grandeza del alma. se vive allí sin sentir que la vida pasa, basta que en cualquier rincón de aquel paraíso el corazón se pierda y el alma se sumerge atraídos por algún encanto.

»Y salir de allí abandonar a Nápoles sin que el sentimiento embargue, ay! no es posible; no son capaces los ojos de recobrar luz que les alegre, si pierden la de su cielo; sólo el deber con sus mandatos inalterables puede impulsar a que se pierda de vista a Nápoles.

»Ay! y desgraciado del que como yo deja en cualquier rincón de aquel paraíso el corazón perdido y el alma sumergida, atraídos por algún encanto.

»Desgraciado, sí; porque cualquier otro que sienta abandonar a Nápoles, puede al menos ser feliz amando su recuerdo; pero el que como yo sufre con él, qué tiene que hacer sino morir ó volver a recobrar el corazón y el alma?

»Morir me será preciso, Estrella, o volver, volver, sí; porque me esperan: así lo ofrecí: así me lo han ofrecido. Yo volveré allí; esperar: en esto se encierra una solemne promesa hecha delante de Dios.

»Sabéis ya que volveré a Nápoles: pero quién me espera, en dónde, y hasta cuándo me esperan, no lo sabéis y os lo voy a decir.

»Habéis visto alguna vez cruzar cerca de vos alguno de esos seres angelicales tan raros sobre la tierra, tan difíciles de encontrar entre las más grandes multitudes sin que nunca hayáis podido percibir el ruido de sus pasos porque sus pies apenas huellan el pavimento sobre el cual se deslizan?

»Habéis visto alguna vez levantarse unos ojos de mirada indescriptible y que, apenas entreabiertos, dejan adivinar en su brillo un alma misteriosa, y caen como avergonzados de la luz del día?

»Habéis visto alguna vez pasar cerca de vos una de esas misteriosas figuras que, sin explicarse cómo, atraen los ojos, se llevan el alma y arrastran el corazón?

»Pues yo sí, señora; yo vi una en cierta hermosa mañana aparecer bajo el sombrío pórtico de una grande iglesia en la ciudad de Nápoles.

»Yo la vi entre una apiñada multitud, siendo en el centro de ella el punto más radiante y luminoso: sin saber por qué, mis ojos la siguieron y no la abandonaron más; mi alma la siguió después y mi corazón detrás.

»La seguí, sí, la seguí hasta el encantado rincón en donde se ocultaba, y desde entonces yacen allí sumergidos el alma mía y mi corazón perdido.

»Allí tendré que ir a recobrarlos, Estrella.

»Pensar en otra cosa cuando el alma queda así embargada, es imposible; si vos, señora, os visteis de tal modo perdida, nadie mejor que vos misma os podría explicar por qué, en momentos tales, el pensamiento se paraliza en un punto solo.

IV

»Después que la aparición de este ángel, sumiéndome en éxtasis, vino a arrebatarme de la tierra para elevarme a su cielo, todo bullicio, toda multitud, toda explosión de regocijo eran para mí un tormento.

»En la soledad nada más era libre mi alma, porque cuando toda entera se emplea en la contemplación de un solo objeto, otro cualquiera le es extraño y en cierto modo repugnante: en momentos tales, todo lo que no sea el punto de adoración estorba al alma.

»Desde entonces amé también el silencio, porque todo rumor fatiga al alma si no parto del punto de su contemplación: en momentos tales, todo ruido extraño, todo estrépito que distraiga su atención, aturde al alma.

»Ah, señora, ni yo mismo comprendía tan extraña transformación! Si buscaba la soledad, si amaba el silencio, de qué vivía entonces mi alma? Vivía del pensamiento, y éste del objeto único en que se había fijado: y es que en momentos tales en que una exuberancia de vida corre por nuestras venas, hay también exuberancia de pensamiento que embarga el alma.

»Existe en Nápoles, cerca de uno de sus populosos barrios, casi tocando la orilla del mar, un montón de ruinas compuesto de arcos y paredones que de día en día van desplomándose: restos de un grande edificio.

»Allí buscaba la soledad, allí el silencio.

»De allí vi salir muchas veces el sol, de allí le vi ponerse; y luego confundido entre la oscuridad de la noche y la que proyectaban los viejos muros, permanecía horas enteras mudo, inmóvil como ellos mismos.

»El silencio y soledad de aquel sitio, durante la noche, sólo eran interrumpidos por el mugir de las olas que se estrellaban a mis pies, por el canto de algún pescador que tarde volvía en su barca, o por el graznido de alguna de las aves nocturnas que anidaban sobre mi cabeza: lugar digno de la contemplación a que mi alma se habla entregado.

»Y cuando el sol levantándose en el horizonte derramaba su luz sobre el panorama que a mi vista se desplegaba, la soledad de aquel sitio era más solemne si no tan grave como en la noche: sólo el silencio perdía el misterio que en la oscuridad adquiere.

»Qué magnificencia la de aquella naturaleza siempre espléndida, siempre joven! A mi derecha el mar, en todo tiempo tranquilo, de la bahía de Nápoles; a mi izquierda una larga fila de casas rodeadas de jardines donde la verdura es eterna; y en frente, desafiando al cielo y a la tierra, la cima del Vesubio.

»Y qué era toda aquella esplendidez, toda aquella riqueza de luz, y toda aquella sublimidad que ante mi vista se desplegaba? Nada, casi nada; un pequeño detalle del único punto apenas perceptible que sólo para mí era en aquel sitio el más luminoso.

»Ay! si ardiera aquí en mí frente la llama que da calor al genio de la pintura, con qué vivos colores trasladarla al lienzo la imagen viva de aquellos lugares envueltos en la atmósfera de luz con que siempre, y aún desde aquí, estoy contemplando!

»Sí, Estrella; sobre el hermoso fondo del cuadro que os he descrito, mi pincel hubiera trazado en primer término, sobresaliendo, un pequeño jardín, el severo aspecto de una casa, en ella una ventana y en su hueco oscuro el busto de un ángel con su largo cabello rubio, con su mirada de virgen; si, Estrella: desde mi oculto retiro, entre el oleaje de un pueblo y el de la inmensidad del mar, era este cuadro el objeto único, el fin de un porvenir dichoso por el que desde allí mi alma suspiraba.

V

»Y aquel ángel, sólo abandonaba su retiro el domingo, para dirigirse al templo. Yo le esperaba, al fin de una larga calle, para seguir sus pasos. Lentos eran, porque tenían que sujetarse a los débiles de una anciana respetable.

»No sé qué religioso temor no me dejaba aproximarme demasiado para mejor extasiarme con su presencia; pero los latidos del corazón que me indicaban se hallaba cerca, el color rubio de sus cabellos y el azul de su vestido, me ayudaban a no perder sus pasos entre la multitud más apiñada.

»Entraba en el templo; yo también. Generalmente se colocaba siempre en el mismo lugar; yo también elegí otro desde el cual podía a mi sabor extasiarme con su presencia: medía hora rápida como el pensamiento pasaba allí sin conciencia de su duración, salía; yo también; seguía sus pasos hasta que la veía desaparecer en el dintel de su puerta.

»Qué largos eran los días que mediaban de domingo á domingo! Con qué trabajo se sucedían! Cómo contaba sus horas! La marcha del tiempo, qué tarda era entonces!

»Un acontecimiento extraño vino un día a poner en contacto aquella alma con la mía: el destino, sin duda, las habla lanzado sobre la tierra para encontrarse.

»La juventud en Nápoles es alegre y bulliciosa. aquel horizonte siempre despejado, aquel cielo siempre sereno, no pueden menos de prestar al corazón alegría y felicidad.

»Para rendir el culto de su admiración a la belleza, tiene aquella juventud costumbres especiales, en armonía con la alegría de su corazón y la naturaleza siempre pródiga que la rodea.

»Una de ellas consiste en sitiar las, jóvenes, e irlas arrojando ramos de flores que procuran recoger sin perder ninguno; la que es objeto de tal homenaje, se retira agobiada más por el aturdimiento que por la profusión de flores.

»Un día, al salir de la iglesia, cercaronla no pequeña porción de aturridos jóvenes que llenaron sus brazos de multitud de ramos; acostumbrados a verla pasar sin que accidente alguno detuviera su marcha, este acontecimiento llamó mucho la atención, y como es natural me desagradó y puso en sobresalto.

»Soy de aquellos que no pueden quedarse atrás en presencia de cualquier riesgo, y riesgo era para mí el intentar aproximarme a mi divinidad; corría por lo menos el peligro de perder la serenidad, si no me prevenía antes de todas mis fuerzas para que no me abandonase.

»Tal era ya el estado de mi ánimo cuando vino a sorprenderme este accidente.

»Pasaba en aquel momento cerca de mí una de las muchas floristas que a todas horas recorren las calles de Nápoles; a la vista de su cesta de flores, una idea luminosa cruzó por mi mente.

»Idea que llevé a cabo, como toda idea que tiene por objeto un fin superior a las fuerzas del que la concibe, y que precede a una grande empresa.

»Compré el ramo más pequeño que la turbación me dejó encontrar, entre los que contenía el canastillo de la florista, y sin saber cómo me encontré frente, cerca, casi tocando a la que hacía días me habla arrebatado las facultades del alma.

»Siento mucho, —le dije,— haber llegado tarde. —Cómo tarde?— me dijo, —vuestro ramo

es pequeño y no le faltará lugar donde tantos han cabido; dádmelo. —No, —contesté,— no cabe; él solo, a pesar de ser pequeño, ocuparía más lugar que todo. —No lo veo así, —repuso sonriendo dulcemente. —Pues yo sí, añadí a mi vez;— pero os ofrezco que, ya que hoy no cabe mi ramo por estar ocupado su lugar por

tantos otros, le tendréis, —dije; y desaparecí dejándola admirada de la manera especial de hacerle mi ofrecimiento.

»Dado el primer paso, preciso era concluir.

»Llamada su atención hacia mi de este modo, preciso era cumplir lo que habla ofrecido.

»Tras pasados los límites de mi reserva, convenía mantenerse fuera de ellos, hasta que llevara a feliz término las consecuencias de un paso que el estado de mi razón calificaba de atrevido.

»Pero, y cómo? de qué manera haría llegar el ramo de flores a su poder?

VI

»Me había alejado de ella precisamente sin rumbo fijo, sin saber por dónde iba; pero al poco rato me encontré detrás de su casa, cerca de su jardín, al pie de las ruinas que me servían de templo para adorar aquella diosa, con el ramo de flores en la mano, vacilante, sin saber qué hacer.

»El tiempo volaba; urgía aprovecharlo; era indispensable que aquel ramo de flores entrara de cualquier modo en aquella casa antes que llegaran a ella los que, más afortunados que él, venían ocupando el lugar más predilecto de la tierra, y que yo pretendí para mi ramo solo.

»La soledad era completa en aquel momento; la ventana estaba abierta; esta circunstancia me sugirió la idea de alcanzarla con el ramo por encima del jardín; pero por mucho que me aproximaba a la tapia, corría el peligro de no conseguir mi objeto, por la distancia a que se hallaba de la fachada; desistí de esta manera de realizar mi propósito, puesto que el ramo en el jardín pasaría desapercibido, y mis esfuerzos serían inútiles.

»Vacilé bastante tiempo, pero al fin, impulsado por el deseo de llevar a cabo a todo trance lo que deseaba, el pensamiento me sugirió otra idea.

»En los momentos críticos que se ofrecen de la vida, es preciso poner en práctica las ideas que la fuerza de las circunstancias hace brotar para salvar nuestra situación; estas ideas, cuanto más imposibles de realizar, más pronto exigen su inmediato cumplimiento.

»En aquel momento llevé a cabo la idea que las circunstancias me ofrecieron; sin saber cómo, y al mismo tiempo que la concebí. «Tan sin saber cómo, que al poco rato montaba sobre la tapia; un momento después, de pie y equilibrándome con grave riesgo de caer, fui aproximándome como mejor pude a la fachada.

»Así que calculé que de un solo esfuerzo podía alcanzar con el ramo al interior de la habitación, me senté para no perder con el impulso el equilibrio; descargué con fuerza y certeramente; me volví para descender por donde había subido, pero me detuve en el acto de intentar hacerlo; quedé inmóvil, sin facultad para hacer el menor movimiento.

»La puerta del jardín que comunica con el interior de la casa, y la cual divisaba entre las ramas de un grande olivo que el centro ocupa, se abrió; y ella, ella apareció en su dintel. «Traía las flores; cerró cuidadosamente la puerta, se dirigió al centro del jardín a la sombra del olivo, se sentó y empezó e arreglo de los ramos, combinándolos en otros nuevos. Apenas podía percibir el perfil de su rostro, pero en cambio, podía admirar los abundantes bucles de sus cabellos de oro.

»Era preciso permanecer así, con la violenta postura en que me había sorprendido; necesario era contener mi aliento para no asustar, con un movimiento, ni con el más pequeño ruido, al ángel de aquel impenetrable paraíso.

»Además, si llegaba a descubrirme, qué pensaría por de pronto de mi audaz escalamiento para atreverme a llegar con mi mirada a donde los rayos del sol apenas se atrevían a penetrar?

»Yo no sé el tiempo que así permanecí, Estrella: sólo sé que, aunque fue mucho, pasa con rapidez; en estos momentos de contemplación del alma en que sólo ella vive, el tiempo vuela o no se mueve.

»No es así; ni vuela, ni no se mueve, sino que se detiene; y es que la felicidad, cuando es completa, no mide el tiempo, ni se aviene con la pesadez de una hora ni con la rapidez de un minuto.

»Concluido su trabajo, se dirigió a la puerta y desapareció; entonces empecé a sentir la incomodidad producida por la postura violenta que había mantenido largo tiempo; entonces descendí, o mejor, me dejé rozar por la pared.

»Habla llegado el momento en que mi ardid debía producir el efecto que me habla propuesto; me dirigí a mi acostumbrado punto de observación y esperé; aun cuando todavía no había conseguido llamar su atención desde aquel sitio, esperaba.

»Pero en vano aguardé aquel día, en vano aguardé el siguiente, y el otro y el otro; preciso era esperar el próximo domingo, y llegué a persuadirme de que mis flores habían pasado desapercibidas.

»No sé qué vago temor se apoderó de mí; no sé por qué me agobiaba la proximidad de la hora en que podría volverla a ver; veía con gusto pasar los días, y temía al mismo tiempo al próximo domingo.

»Que ya se tema, ya se desee, todo llega en la tierra, amiga Estrella; y aquel día, que tanto deseaba como temía, llegó al fin, demasiado pronto por lo temido, demasiado tarde por lo deseado. Comprendéis esto? No, seguramente. Ni quién puede ni es capaz de comprender estas misteriosas contradicciones de un corazón que ama!

»La vi salir de su casa y la seguí; la vi entrar en el templo, y luego entré yo también; ocupaba ya su lugar de costumbre; yo busqué otro más próximo a ella que otras veces; tuve valor; os lo aseguro que necesitaba valor para observarla bien; con las manos cruzadas y extendidos sus brazos en toda su longitud, con la frente inclinada y moviendo los labios casi imperceptiblemente, al parecer meditaba y oraba con fervor.

»Largo tiempo permaneció en esta actitud; por fin mis ojos la abandonaron buscando, en la gran bóveda levantada sobre nuestras cabezas, un lugar digno para descansar después de haber agotado toda su intensidad en ella. Si pondero, perdonad; pero yo estoy seguro que sólo en el cielo pueden refugiarse y encontrar alivio esos ojos que, como los míos, se deslumbran con su presencia.

»No sé qué fuerza atractiva me obligó a volver mis ojos a ella, al mismo tiempo que sorprendí su mirada que también descendía de la bóveda; encontráronse nuestros ojos, que a la vez también se habían dirigido al cielo.

»Comprendí en aquella mirada que mi ramo de flores había sido reconocido; y sonreí como diciéndole: «yo he sido y soy aquel mismo» Un ligero rubor que cubrió sus mejillas fue la respuesta que obtuvo mi afirmación, y, no pudiendo, sin duda, seguir confesando que me había comprendido. inclinó su frente y huyendo la mía velé su mirada.

»Habla conseguido mi objeto; acaso más de lo que esperaba; y arrastrado el corazón por éxito tan feliz, tal vez para desgracia del suyo cuya tranquilidad habla puesto en peligro, me propuse llevar t cabo aquella obra de mis manos, obra de destrucción que tiene por objeto marchitar la inocencia de las almas puras. Cuánto me ha pesado después el no haber sido siempre único depositario de mis sentimientos por ella!

»Sólo yo hubiera sido desgraciado; ella lo menos hubiera sido feliz todavía.

»En los combates del corazón, la primera victoria exige inmediatamente una segunda que confirme la primera, luego la tercera que confirme la segunda; jamás el alma se ve satisfecha aun con la completa posesión del corazón amado, y el valor crece a medida que el triunfo es más seguro. Un corazón desdeñado es cobarde; sólo es heroico cuando es aceptado. Lo sé por la temeridad del mío, que no satisfecho con el triunfo primero, tuvo valor para buscar enseguida el segundo, prescindiendo de la timidez con que huía al emprender esta lucha.

»Al salir de la iglesia procuré pasar por su lado. —Y mi ramo de flores, —le dije,— ocupa un lugar predilecto en vuestra habitación? Sólo una sonrisa amarga, como que era la primera expresión del dolor que habla de poner en tormento aquella alma; sólo una mirada apagada tomo el fuego que hasta entonces había permanecido oculto en aquel pecho, fueron la contestación que obtuve.

»La experiencia de algunos días de soledad empleados en el examen de mis propios sentimientos, me hizo comprender toda la amargura en que iba envuelta aquella sonrisa, y todo el dolor concentrado en aquella mirada.

»Así es que me confundí, dichas esas palabras, entre la multitud, como huyendo agobiado por el presentimiento de la desgracia que caería sobre el corazón de aquel ángel.

VII

»Desde aquel día nos volvimos a ver casi todos, amiga mía, y la felicidad con que mutuamente nos recompensábamos, poniendo en juego, más que nada los ojos, como lenguaje de los sentimientos de nuestras almas, sólo se interrumpió alguna vez, y principalmente cuando el deber me llamó a mi puesto durante los acontecimientos promovidos en Nápoles por Tomás Aniello.

»No os quiero detallar todo lo que aconteció entre aquel corazón puro y el mío, durante la muda correspondencia a que se entregaron luego que se comprendieron. además encuentro muy difícil, porque sería pálido, el narrar lo que entre los dos acontecía. El lenguaje mudo con que se expresan los movimientos de las almas, sólo para ellas comprensibles, no tiene traducción en ningún otro lenguaje.

»Siempre conservamos y nunca intentamos disminuir una respetuosa distancia. De lejos nos comprendíamos mejor. Temía yo, y sin duda lo temía ella también, que aproximándonos pudiera nuestro aliento empañar la pureza de nuestros sentimientos. Sin estar siquiera de acuerdo, velábamos los dos sin saberlo, por ellos, para que no degeneraran en vulgares. Os parecerá imposible que hasta tal extremo domináramos los impulsos de dos corazones que sólo aspiran a reunirse».

CAPÍTULO V

SIGUE LA HISTORIA

Y EL ALMA DE ESTRELLA SE DA A CONOCER

I

—Amigo Rafael, —le dije interrumpiendo su narración:— Habéis llamado desgraciada a esa mujer? No lo sería si supiera que muy pocas sobre la tierra logran hacerse amar de tal suerte. Comprendéis vos mismo, Rafael, cuán envidiable es el tesoro de amor que entre los dos guardáis? Seguid.

—Y sabéis, Estrella, —dijo,— lo que es guardar este tesoro con presentimientos de perderlo para siempre?

«El Cardenal Filomarini, —añadió Rafael continuando su interrumpida historia,— al que mis abuelos habían conocido y tratado muy íntimamente, tenía encargo de mi padre para vigilar por mí durante mi estancia en Nápoles.

»Este señor, llevado de un excesivo celo en obsequio de la amistad y favor que dice debe a mi familia, velaba en efecto por mí, más de lo que yo quisiera.

»Al principio de mi estancia en Nápoles, iba con frecuencia a su casa, conforme con lo que se me había recomendado al salir de Granada, y porque él mismo así lo exigía; alguna vez me invitaba a su mesa; llegó a cobrarme afecto; y confieso que a su lado he pasado buenos ratos, por ser de mi agrado su vida íntima y trato especial.

»Pero desde el momento en que todo me fue indiferente, y dediqué cuantos instantes el deber militar me dejaba libres, a la contemplación de la virgen que adoraba desde las ruinas que os he descrito, fueron a menos mis visitas al buen cardenal, hasta quedar reducidas a un completo olvido.

»Extrañó, como es natural, mi abandono, y me llamó un día a fin de interrogarme sobre los motivos que pudiera tener para haber olvidado tan completamente la asistencia a su casa; discúlpeme con las exigencias del servicio, entonces apremiantes, dado el estado de insurrección de la ciudad de Nápoles.

»Creyóme el buen señor, fiándose de mi disculpa, y me despidió recomendándome mucho que de ningún modo dejara alguna vez de ir a verle: prométselo muy formalmente; pero, más tarde, fueme más difícil que antes cumplir con lo ofrecido.

»Volvió a llamarme: Caballerito, dijo al verme y antes de saludarle, conozco los poderosos motivos, el deber inquebrantable que os impide venir a verme con la frecuencia que los dos deseáramos, así es que he dispuesto llamaros con esta urgencia para que tengáis entendido que, en virtud de los poderes recibidos de vuestro padre, no puedo tolerar en adelante nada que no esté conforme con el decoro y posición de vuestra familia.

»Afecté ignorancia de los cargos que me hacía, y le pedí atentamente explicaciones. Lo único, me dijo sonriendo, que tengo que advertiros, es que vuestro padre os observa desde Granada, y me consulta si sería conveniente alejaros de Nápoles.

»Calculad el efecto que me harían estas palabras: helaron mi sangre, y, bajo la presión de ellas, no pude sincerarme más a los ojos del cardenal.

»No comprendía cómo habían llegado a tal extremo las negociaciones para alejarme de Nápoles: confieso que tuve miedo, y cobré odio al que no podía haber inventado las palabras que peor efecto debían hacerme.

»Adiós, caro mío, me dijo al despedirme; y dándome una palmada en el hombro, añadió: Una contestación favorable a la consulta de vuestro padre, depende de vos mismo, según vuestro proceder en adelante.

II

»Preocupado salí de la casa de este tirano de los más delicados sentimientos, y me propuse defenderlos como mejor pudiera de sus asechanzas: me convencí de la necesidad de la resistencia en caso de que se tratar de violentarme, y llevar con paciencia las impertinencias del cardenal, que sospechaba continuarían.

»Me lastimaba la idea de disgustar a mi padre, pero me consolé, si no pudiese remediarlo, con que no sería sólo mi corazón el que defendiese, sino también otro que para mi es el primero sobre todos los que latén en la tierra.

»Empecé por tomar seriamente mis precauciones, a fin de no verme obligado a una resistencia que siempre, a lo menos, pondría en peligro la calma y solemnidad del culto de dos corazones.

»Me propuse, en primer lugar, concurrir con más frecuencia que nunca a la casa del cardenal, a fin de borrar toda sospecha de insistencia que tendría que haber por mi parte; y dejarme ver en los sitios más concurridos para envolver de este modo más en el misterio aquella religión de dos almas, ya profanada sólo con haber empezado a ser divulgada.

»Convenía además dedicar el menor tiempo posible a la necesidad que ya teníamos de vernos a todas horas, para guardarnos de la curiosidad ajena, que donde se introduce envenena, tanto más, cuanto más delicado es lo que sorprende

»Pero, para llevar a cabo todas estas precauciones, era indispensable que el ángel contra quien las necias prevenciones del mundo empezaban a desencadenarse, las tomara también. Cuán lejos estaba todavía de sospechar que la desgracia venía sobre nosotros a envenenar nuestras bellas ilusiones!

»Mejor hubiera querido defenderla de estos peligros sin que ella lo conociera, de modo que no llegara a sospechar la perversidad con que nos asediaban; pero necesitaba su ayuda para prevenirlos, teniendo además que justificarme, conociendo los motivos que impedirían el vernos siempre que quisiéramos.

»Traté de hacer que lo supiera de un modo indirecto: me inspiraba demasiado respeto para que con mis propias manos abriese sus ojos a la realidad de un tormento: pero la fatalidad me sorprendió apenas dado el primer paso: la desgracia que aun consideraba lejos, cayó de repente sobre nosotros como el águila, cuando apenas se distingue cerniéndose entre las nubes, cae repentinamente sobre su presa.

»Y entonces, por medio de una persona de quien quise valerme, aunque tarde, para avisaría de la necesidad en que nos veríamos, fue cuando supe por primera vez su nombre... Marietta!»

III

—Ay, señora! No os cansa este triste y monótono relato de acontecimientos que sólo pueden interesar a dos seres cuya existencia depende de ellos? Por qué me obligáis a ocupar estos momentos de otra manera que empleándolos en servicio vuestro, como es mi deber?

—Así me estáis sirviendo, Rafael, —le dije;— pues me interesáis demasiado para que deje de oír con gusto sucesos de los que acaso dependa vuestro porvenir y el de aquella cuyo nombre con tanta solemnidad acabáis de pronunciar. Seguid, que con interés os escucho.

—Seguiré, señora, hasta el fin, que luego le alcanzo, ya que así lo disponéis.

«Esta primera nube que vino como precursora de la tempestad que iba a desencadenarse en el cielo de nuestra felicidad, se poso en mi frente bañándola en sombra triste: ella lo notó, y hacia esfuerzos para conocer la causa de mi tristeza.

»Yo procuraba tranquilizarla. Pobre niña! Me preguntaba, por medio de señas expresivas, si era ella la causa de mi tristeza, si acaso me producía disgusto en alguna cosa sin saberlo, y mostraba vehementes deseos de remediarlo.

»Mientras me ocupaba en buscar los medios de hacerla comprender cuál debía ser el plan de nuestra conducta en adelante, recibí un día aviso de acudir inmediatamente al palacio del virrey, en donde se me esperaba para comunicarme un asunto urgente é importante.

»Acudí allá con presentimientos tristes, y no me equivoqué al abrigoarlos, pues se me comunicó la orden de estar dispuesto a salir de Nápoles al primer aviso que se me enviara en el momento que fuera conveniente.

»Calculad el efecto que en mí haría recibir esta orden tan impensadamente; vi con sorpresa que las amenazas del cardenal Filomarini se realizaban antes del tiempo necesario para dar motivo a ellas: el primer impulso de mi corazón, sublevado por la injusticia que se le hacia, fue decidirse a resistir, dispuesto a soportar las consecuencias de una rebelde desobediencia.

IV

»Salí trastornado del palacio: vagué largo tiempo sin rumbo por muchas calles: fui a dar, por fin, al único sitio donde podrían encontrar alivio mis afanes: viome en tal estado la infeliz Marietta y llenóse de sobresalto al observar mis descompuestos ademanes; así como otras veces bastaba una sola sonrisa suya para tranquilizarme y hacerme recobrar la calma, esta vez ni eso, ni aun las más expresivas pruebas del más ardiente cariño fueron suficientes.

»Pobre Marietta! agotado quizá su sufrimiento, viendo no podía calmar mi ansiedad, impaciente sin duda por desconocer la causa que producía mi pena, dejó caer su cabeza, agobiada por el dolor, entre las manos, para levantarla luego bañado su rostro en lágrimas.

»Lágrimas en sus ojos! Llorar ella! Ser yo causa de su dolor! Tal espectáculo conmovió todo mi ser, con un estremecimiento que me dio en aquel instante bríos para desafiar cuánto se oponía a la felicidad que a todo trance ansío conquistar para ella.

»Quise en aquel mismo momento hacerle comprender que si en el mundo había un poder bastante fuerte para interponerse entre los dos, también en mi corazón habla otro para resistir. »Me aproximé todo lo más que pude a la tapia de su jardín, por la parte más próxima a la ventana, y con voz conmovida, pero que pudo haber escuchado, le dije:

» Espera!

»Me fui con intención de volver inmediatamente, pero atenciones del servicio me detuvieron largo rato. Volví, ya de noche, al mismo sitio desde el cual había llamado su atención con la palabra que os he dicho, Me esperaba todavía; veía destacar su figura sobre el fondo negro del marco de su ventana.

»—Marietta Marietta! —dije.

»—Qué! Qué! —contestó.

»Yo tenía en mi mano un papel, cogí una pequeña piedra, la envolví en él, y la arrojé por encima de la tapia al interior del jardín. Ella desapareció de la ventana; al poco tiempo sentí el ruido de la puerta que otra vez habla visto abrir: poco después su habitación se iluminaba con la claridad de una luz. Mi primera carta estaba en sus manos.

»En ella le suplicaba que no llorase, y que si bien habla peligros que arrostrar para que jamás se interrumpiera la mutua correspondencia de nuestras almas, que viviese sin cuidado y que tuviese fe y esperanza en mí, como yo las tenía en ella.

»Al siguiente día llegó a mi poder una carta de España: era de mi querida madre: en ella me indicaba que motivos poderosos habían obligado a mi padre a solicitar mi regreso a nuestro país por asuntos de familia, entre los que se trataba de una alianza honrosa, para la cual se contaba con mi indudable asentimiento; luego se daba el parabién de la felicidad que a su hijo cabria para siempre, así como del placer de volverme a ver si se conseguía mi vuelta a España.

»Esta carta me desconcertó completamente. Los acontecimientos se precipitaban de un modo desventajoso. Cómo resistir a ellos? No había más medios que una tenaz resistencia a lo más sagrado que nos domina. Qué alianza era aquella de qué se trataba? No lo sabía, ni quería pensar en ello. Había intervenido en todo esto mi cardenal protector? Indudablemente que sí.

»Algún tiempo después llegó a mis manos una segunda carta de mi madre: me decía que se había conseguido la solicitud de mi padre; que ella sabía muy bien el sentimiento con que yo debía abandonar a Nápoles; que hasta su corazón de madre habían llegado ecos de la pasión de su hijo, que respetaba en mucho, pero que me apresurase a ir junto a ella en donde encontrarla alivio a mi dolor, y que sobre todo procurara no destrozar algún corazón con halagüeñas esperanzas que nunca pudieran realizarse, y me repetía muchas veces, que me viniera pronto, pues me esperaba.

»Ya no había remedio para mí: reflexioné un poco sobre lo que debía hacer y cogí la pluma: dije a Marietta que me llamaba una madre que adoraba a su hijo; que no me quedaban más que dos caminos que emprender, el de la desgracia, que era partir, o el de la dicha, que era quedarse; pero que para seguir este último me era necesario renunciar a mi padre, a mi madre, a mi patria, a mi nombre, a todo; que eligiera.

»Aquella alma generosa renunció al último camino; me aconsejó que partiera, porque, dijo, no quería edificar nuestra felicidad sobre la ruina y desesperación de una madre.

»Ah, señora! con lágrimas de agradecimiento hallé la carta en que leí algunos renglones trazados con mano trémula, y en los que me comunicaba su generosa resolución aquella débil y encantadora criatura. Quiera el cielo que algún día pueda pagar el sacrificio de su corazón, entregándole toda mi vida!

»Acepté la grandeza de sus padecimientos, en aras del sagrado amor de mi pobre madre: sólo por ella pude haberme decidido a dejar en la más triste soledad aquella alma que de la mía alienta: de otro modo no la hubiera abandonado nunca, jamás...

»Por fin llegó el día en que recibí orden para salir de Nápoles en la noche del siguiente, con dirección a Barcelona; se lo participé a Marietta en carta en que le decía adiós y le ofrecía volver para no abandonarla,

»Todo aquel día, al que siguió una noche que para mi dura todavía, lo pasé cerca de ella empleando sus horas en un adiós continuo que se extinguió con el último rayo del crepúsculo. No la abandoné hasta que las sombras de la noche me la arrebataron; sólo cuando me fue ya imposible poderla distinguir, dejé, con el alma contristada y el corazón destrozado, aquel lugar tan identificado ya conmigo, que me pareció que también se entristecería al verme partir.

V

»Desembarqué en Barcelona; llegué a Madrid; allí se dispuso que pasara a esperar y recibir órdenes a Granada; deojo Madrid y cerca ya del momento de caer en brazos de una madre que me espera, la suerte hace que se dilate algo más, para presentarse ocasión de seros útil y de tener el gusto de conoceros, señora.

»Oscurecía el día de ayer, cuando me encontraba en una venta que debe distar más de tres horas de aquí; esperaba para seguir luego el camino de Granada a que descansaran mi caballo y el de mi criado, rendidos de todo un día de marcha.

»Casualmente, poco después de mi llegada, se detuvo en la misma venta un grupo bastante numeroso de gente armada; yo apenas noté su presencia, porque es tal el estado de mi ánimo, que todo pasa desapercibido a mi alrededor, aun cuando vaya acompañado del ruido y animación de las multitudes. La soledad, que buscaba en Nápoles, y es lo único que no echo de menos, viene siempre conmigo.

»Pero mi criado, que posee uno de esos caracteres indagadores que, respondiendo a su naturaleza, se entrometen siempre en todo lo que tienen cerca y más allá, vino a advertirme con mucha cautela que habla llegado a oler que toda aquella gente se disponía a hacer algo malo aquella noche, por ciertos cabos sueltos que había sorprendido en su conversación.

»Dijo me que entre ellos venía una persona al parecer muy principal, porque había observado se diferenciaba mucho de los demás en sus maneras distinguidas: y añadió que se trataba del rapto de una dama que no muy lejos debía andar ya de aquellos lugares. Todo esto lo vio y observó desplegando toda su habilidad, pues aquellos se conducían y hablaban con mucha reserva.

»Al principio no fijé mucho la atención en lo que me decía, mas luego al traerme más detalles, se despertó mi curiosidad e interés sobre todo tratándose de alguna débil criatura contra la que se preparaba algún vil atentado. »No tardaron en emprender la marcha; a los pocos minutos salía yo también de la venta con mi criado; decidimos seguirlos a conveniente distancia para observar sus intenciones.

»Se detuvieron y tomaron disposiciones, ya bastante entrada la noche, en un punto que se conoce habían determinado de antemano; nosotros también por no perderles la pista, nos detuvimos y tomamos las nuestras, procurando acercarnos todo lo posible a ellos sin que el menor ruido les descubriera nuestra presencia.

»Al cabo de una hora, más o menos, toda aquella gente pareció animarse; movimiento, silbidos y voces imperceptibles se sintieron primero en la oscuridad de la noche; luego un silencio profundo anunció que se aproximaba el momento solemne para todos.

»En efecto; poco después nos pareció percibir el acompasado ruido del trote de algunos caballos; nosotros nos mantuvimos en nuestro punto, conteniendo hasta el aliento y dispuestos a lanzarnos, con toda la velocidad que los caballos nos dieran, sobre cualquier punto que el deber de proteger siempre al débil nos dictara.

»Dispuesto todo así, una voz de «alto!» se dejó percibir claramente: el rumor de los caballos cesó y entonces mi criado y yo, movidos por un solo impulso, nos lanzamos a escape hacia el sitio donde corríais peligro, amiga Estrella.

»Llegamos a desembocar precisamente en el camino que habíais traído con vuestro hermano, cuando a la voz de «por aquí, D. Luis!» dabais una media vuelta en brazos de vuestro raptor, siguiendo a escape por un

camino que era continuación del que nosotros habíamos traído: vuestro albornoz blanco y la manera de huir me indicaron que mi deber allí era seguirlos.

»No me habla equivocado: logré alcanzarlos y vinisteis a mi poder merced a una buena cuchillada en la cabeza de vuestro raptor, después de haber evitado, gracias a su aturdimiento y al movimiento de los caballos, un pistoletazo casi a boca de jarro. Así que hube logrado salvarlos, me apresuré a abandonar pronto aquel sitio antes de que se apercibieran de lo acontecido los que a nuestra espalda hablan protegido a mi contrario.

»Corrimos mucho tiempo sin rumbo fijo, hasta que llegamos a este lugar. Lo creí seguro y lejos de los que podrían perjudicarnos, y dispuse descansarais en él de las pasadas emociones. No pude por mucho tiempo haceros volver de vuestro desmayo; pero al fin la luz de este día hermoso reanimó la de vuestros ojos, para que dispongáis de mis servicios como mejor queráis emplearlos.

»He aquí, señora, la historia de aquel corazón y de aquella alma mía que, como ya sabéis, dejé cautivos y he de volver, según os he dicho, a buscar a Nápoles».

VI

Así terminó Rafael su relación su voz se extinguió en sus labios, el agua siguió murmurando, y yo inmóvil, con la vista fija en el suelo, procurando ocultar el interés creciente que había despertado en mí, tanto su relato como la manera sensible y expresiva con que pintaba los sentimientos de su alma y los impulsos de su corazón apasionado. Lo que en el mío pasaba en aquel momento, lo que sentía mientras Rafael hablaba, y más así que terminó, es indescriptible.

Después de extasiarse en la contemplación de un cielo azul y sereno en una mañana de estío, no sorprende cómo a lo mejor el horizonte se va festonando imperceptiblemente de pequeñas nubes blancas, las que cada vez levantándose más y más van creciendo, y toman por fin, al par que formas gigantescas, un aspecto sombrío y amenazador?

Y luego, formando todas las nubes un solo cuerpo, no sorprende la solemne lentitud con que, apoderándose de todos los límites del cielo, va devorando el azul, cubriendo la tierra con la pesadez de un vapor asfixiante y de las variantes tristes de mil reflejos oscuros?

Y después de haber invadido el espacio sin dejar rincón que no usurpe, no se observa con vacilante inquietud cómo llega el huracán indignado que con impetuoso empuje obliga a doblar la cerviz, so pena de arrebatarlo, a todo lo que no la hubiera ya inclinado ante la majestad con que en momentos tales la naturaleza se presenta?

Y precediendo antes una calma más espantosa que el mismo estrépito, y un silencio más pavoroso que el mismo ruido, quién no se siente sacudido por el estremecimiento de los elementos encontrados que hacen brillar su furia con relámpagos, que siempre sorprenden a los ojos por más que se oculten, y por el estruendo con que se abren y cierran los abismos donde se esconde el rayo?

La naturaleza se estremece en esos instantes en que los elementos luchan; todo parece que se levanta para tomar parte en el choque atronador que se entabla, y no se restablece la calma hasta que las fuerzas se equilibran, volviendo purificadas a ejercer sus funciones, con más vigor, en el gran concierto universal que vienen desempeñando desde la eternidad.

Pues bien, todo en el universo, desde lo más grande a lo más pequeño, sufre los mismos efectos por ser producto de una misma causa; y así como en cada una de las individualidades que reunidas forman sistemas de mundos, estallan de cuando en cuando esas grandes tempestades que ponen a prueba y vigorizan sus fuerzas, también en los grandes sistemas se verifican grandes sacudimientos con el mismo fin, y en cada una de las pequeñas individualidades que reunidas forman cada una de las humanidades que vegetan en cada mundo, hay también sacudimientos que son tempestades que estremecen cada ser poniendo a prueba su valor y su firmeza.

En la materia, después de estos sacudimientos tempestuosos, la calma se restablece sin dejar rastro ninguno de su furia; el cielo reaparece más sereno y el aire se balancea más puro; pero ay! no así sucede cuando se acude a impulso de estos movimientos toda materia animada cuyo destino sea secundar los estremecimientos de un alma; restablecida la quietud, deja por todas partes, lleva consigo y esparce por mucho tiempo la ignominia que las pasiones encontradas amontonaron en su espíritu durante su tempestad.

Quién no se siente alguna vez estremecer por la tormenta en su organismo, tormenta que se siente medio nublándose primero el puro cielo de la razón, manifestándose luego por movimientos convulsivos en los músculos y por crispaciones violentas que agitan las extremidades?

Quién no siente alguna vez movimientos huracanados en su pecho que dilatan todo su ser, y erizan sus cabellos, y hacen pasar bajo el casco de su cráneo luces fosfóricas cuyos centelleantes fulgores conduce al exterior en el brillo y dilatación de las pupilas?

Y en estos momentos de crisis tan espantosa, no se agitan y chocan las pasiones, manifestando su estrépito con los rugidos del pecho y los ronquidos de la voz?

Ay! esas tempestades del organismo inteligente son de consecuencias más pérfidas que las de la materia inanimada. Estas limpian un cielo, purifican una atmósfera, dan vida y lozanía a un suelo, mientras que las otras dejan en pos de sí rastros sangrientos, manchas de ignominia, bacilas criminales, y poniendo en fermentación el cieno de las pasiones depravadas, mantienen constantemente oscuro el cielo de la inteligencia, constantemente corrompido el ambiente de los sentimientos bellos.

Siempre que la razón se nubla y la mala pasión despierta, la verdad se esconde, el sentimiento de justicia huye, las virtudes lloran, y todos los sentimientos nobles quedan dormidos.

Por qué son tan funestas estas convulsiones del ser que alienta? Por qué la calma que sigue a la violencia no es benéfica como la que viene después de otras convulsiones de la naturaleza?

VII

Mientras Rafael hablaba, imponente tempestad se levantó en mi pecho. Oscurecida mi razón, sólo daba paso al poder de que está dotada, para enrojecería con el fuego de las pasiones depravadas; cada palabra suya era un paso para mi deseo. Deseaba para mí sola aquella aspiración de otra alma.

Aquel idilio de amor, aquel canto de dos almas que se habían comprendido sin hablarse, aquella pasión tranquila llevada hasta el heroísmo del sacrificio cuando las exigencias necias del mundo trataron de ponerle diques; todo esto, que yo percibía como un perfume que llegaba a mí envuelto con las palabras de Rafael, me embriagaba.

Aquel corazón mío, hasta entonces inaccesible y refugiado en la fortaleza de mi orgullo, estaba ya cansado de rechazar los ataques de mil corazones vulgares que le asediaban. Fuerte como era y apasionado por las empresas difíciles, creyó llegado el momento de atacar a su vez; aquella era la ocasión digna de emplear su fuerza; no le bastaba dominar un corazón, era preciso arrebatarlo, usurparlo a un enemigo poderoso.

Rafael se presentó a mis ojos; él mismo se declaró invencible, y confiando en la seguridad de su defensa tuvo valor para acercarse a mí sin tomar precauciones; mi corazón enorgullecido le consideró conquista digna para emplear sus fuerzas, y, teniendo en poco los desastres de una lucha, se aprestó al combate.

Con qué violencia tiran los impulsos malos del corazón! Cómo arrastran en pos de sí todas las facultades del ser que dominan; ahogan, no bien se manifiestan, todo germen de virtud; rechazan con irascible furia todo pensamiento noble que nazca para disuadir sus inicuas inclinaciones!

Qué victoria la del que saliendo de sí mismo, se revuelve y corta los hilos de esa red infernal que sujeta entre sus espesas mallas los sentimientos buenos, latentes siempre en el corazón! Y qué hice yo entonces de la energía de mi carácter? Emplearla en apretar más los hilos que sujetaban al mío.

En esas luchas que se entablan a cada momento entre los movimientos dignos y los sacudimientos malos del corazón, podría muchas veces decidirse la victoria de los primeros, si no viniera en socorro de los segundos un servidor fiel é inseparable.

Hay un sentimiento indigno que se traduce, para mejor disfrazar su saña, en amor propio, en infundado orgullo, en valor falso, en hipócrita apariencia de desprecio a la vida; sentimiento que quiere aparecer noble y que sólo es vanidad.

Dejarse arrastrar por el brillo de su falso oropel, es perder diez veces más de lo que se ha creído negar. Pero qué pérdida tan violenta! qué contracción más dolorosa para el espíritu!

Quién no ha sentido alguna vez, después que el bien fue vencido, la crispación que sigue al grito de la conciencia? Es que el alma se siente morder por el orgullo al retirarse indignada por su derrota.

Quién no ha sentido alguna vez, después que el bien ha vencido, la gozosa expansión que sigue al aplauso de la conciencia? Es la elevación del alma que marcha en triunfo, llevada por la virtud a dar un paso más en el camino de la gloria.

Ah! Quién pudiera trastornar ciertas leyes para volver atrás con la espontaneidad del rayo; sorprender en el tiempo estos momentos que estoy describiendo, escribir la fuerza del huracán y la impetuosidad del torrente, y con mano airada borrarlos y confundirlos en un olvido eterno!

Cómo agobian los funestos recuerdos de un pasado salpicado de faltas! No, no sólo pertenecen al pasado, también oprimen la conciencia en el presente, y se adivina el porvenir manchado por su infausta memoria.

Es preciso que la conciencia se ilumine diez veces con el fulgor que desprende cuando en ella se reflejan las acciones elevadas y generosas, para que se vea extinguir lentamente, como el dolor se extingue, el surco negro que en ella marca un pasado de crímenes.

No hay dolor como el dolor de una conciencia que acusa de haber obrado mal, y no hay placer que de ella misma nazca capaz de compensar su pena; y eterno sería su pesar si el bien sembrado por todas partes con la inagotable profusión con que de Dios se desprende, no viniera a templar su rigor y a oscurecer la horrible causa que lo produce.

Si, el bien; hablaré de él para templar a mi vez el dolor que me causa ocuparme de mi existencia en la tierra, y tener que hacer ciertas descripciones, tener que trazar melancólicos cuadros en que siempre, el bien desgarrado, aparece el mal con todos sus horrores.

VIII

Hay una idea que no nace, que existe antes del ser que la concibe; idea que se guarda y conserva con religioso cuidado en el ara santa ante la cual e prosternan todas las demás ideas, idea impenetrable y de existencia real, que elevándose cada vez más sobre la cima del pensamiento, a medida que la inteligencia se ensancha, obliga a todo ser que la abrigue, a buscar en ella el principio de todas las cosas que no se concibe tengan en si mismas la causa de su existencia.

Esta idea que se cierne ti grande altura, en el cielo que cada inteligencia se crea; esta idea a donde llegan condensadas todas las ilusiones dignas pero desvanecidas, todas las esperanzas consoladoras pero perdidas, idea que aspira todo lo grande, todo lo bello, todo lo dulce que se desprende y se eleva del fondo del corazón; ese misterio, ese refugio sagrado, esa luz de nuestro pensamiento, esa idea es Dios.

Dios! Quién es capaz sólo de intentar describirlo? No hay palabras en el lenguaje, ni ideas en el pensamiento, ni extensión en la inteligencia, que puedan definir su existencia: si fuera posible hacer un esfuerzo con el que empezáramos a concebirle, sería necesario purificarse más, borrar todas las ideas y romper el pensamiento para dar cabida a la que tal concepción produjera.

Pero no es posible: sería preciso reasumir, en una inteligencia sola, todas las inteligencias que hayan poblado el universo, todas las que lo pueblan, y las que renacerán cada vez más poderosas eternamente, para poder alcanzar un atributo solo de Dios: pero como es preciso también que en él vivan todos los seres, deja llegar a cada inteligencia un rayo de su grandeza sin olvidar a ninguna.

Y en este rayo vienen envueltos, para que el hombre les dé aplicación, con la libertad de que está dotado, la verdad en toda su extensión, el amor en toda su pureza, el bien con sus manifestaciones diversas, y la belleza con su infinidad de aplicaciones: y el hombre que siente en sí todas estas emanaciones de la Divinidad, se encarga de cultivarlas, causándole dolor si las aplica mal o abandona.

Torcer estos sentimientos que al fin se han de manifestar bien, aplicar mal estas bellas emanaciones que al fin tendrán que aplicarse bien, ese es el mal que ni de Dios viene, ni radica en ningún lugar de eterna pena por Dios abandonado, como hasta ahora ha sido creído por la mayor parte de las teologías falsas que el hombre se ha dado, sino que el mal el mismo hombre se lo crea, dando falsa interpretación al bien.

Y como toda obra humana que no tenga por objeto la elevación y engrandecimiento del espíritu, será destruida, la misma humanidad borra y redime, con sus lágrimas y su sangre, el rastro que va dejando esa nefasta obra de sus manos, el mal.

Sólo el inagotable bien que de Dios parte eternamente, es capaz de centuplicarse, para rellenar con él ese insondable y pavoroso abismo de horrores que el hombre cava bajo sus pies.

El mal, ese daño que el hombre ha creído mucho tiempo residía fuera de él, no es perenne si se acumula como el bien; para cada suspiro hay una esperanza de consuelo, para cada lágrima un momento de alegría,

para cada dolor, otro placer; que si es verdad que en la tierra no se encuentran, llegan a encontrarse aquí donde el espíritu es libre.

El bien, esa esencia de todo un Dios, extendida por todo el universo, es la que el hombre, abusando del precioso don de la libertad, intenta corromper con sus acciones. Pero qué esencia de Dios puede ser por nadie corrompida? Ninguna; y allí donde se intenta desvirtuar cualquiera de las emanaciones de Dios, se encuentra a. mano el bien en suficiente abundancia para hacer desaparecer la huella de tan grande crimen.

Y mientras el hombre no se decide a recoger parte del inmenso caudal del bien que le rodea en suficiente cantidad para satisfacer la justicia quebrantada, el grito de su conciencia y el punzante remordimiento claman incesantemente porque sean redimidas pronto las faltas cometidas.

Sólo la altivez vana de un orgullo infundado es capaz de ahogar y de hacer que lleguen amortiguados al corazón del hombre esos gritos que resuenan amenazadores en cada pecho: cada minuto de dilatación en satisfacer su exigencia justa, reclama mayor suma de sacrificios, mayor cantidad de bien.

Feliz el que, prestando atención a su conciencia, remedia el mal que se haya hecho: nada le será reclamado ante la justicia eterna: pero qué horror si, dejándose arrebatar por su vanidad, sólo busca compensación al mal en el mal mismo!

Para tan execrable rastro de mal continuado, aparecen de vez en cuando redentores con suficiente abnegación para sacrificarse en aras del bien violentado; porque alguna vez sucede que los sacrificios propios no son suficientes para redimir las propias faltas.

Y el que llega a penetrarse del horror que causa el ver que los momentos pasan sin que la justicia eterna sea satisfecha, cómo no se ha de prestar gustoso a descender al lugar donde el bien no compensa al mal, para sacrificarse en aras de tantos seres desgraciados que no aciertan a encontrar en sí soluciones para salvarse y redimirse?

El bien hecho eternamente existirá y crecerá brotando de si mismo: el mal, existiendo el bien, no puede ser eterno y será destruido.

IX

Declinaba la tarde del día aquel en que Rafael contándome su historia, había hecho la introducción de otra que ya tramaban mis deseos, cuando descubrimos las torres de Granada adonde, con harto, dolor por mi parte, debíamos llegar luego. Ibamos, él a mi lado en un caballo que por aquellos contornos supo encontrar yo en el suyo.

Cuanto más nos aproximábamos a la ciudad, mi disgusto se aumentaba. Rafael, solícito y atento, pero con la ingenuidad de un corazón verdaderamente noble, llegó a observarlo con inquietud. Temeroso apresuraba su paso; yo, por el contrario lo detenía. Pobre Rafael! aun no había adivinado que mi tristeza se tornaría en alegría volviendo grupas.

Ya muy cerca de Granada, interrumpiendo un largo intervalo de silencio que los dos habíamos guardado, le dije:

—Rafael, nos vamos a separar; os aseguro que lo siento: jamás olvidaré este día, pero creo que no será el último que tenga que agradeceros por dedicarlo a mi servicio. Si alguna vez os necesito y os llamo, podré estar segura de que vendréis a mí?

—Cuando tal caso llegue, señora, —contestó,— quisiera tener la facultad de adivinar vuestro pensamiento, para encontrarme a vuestro lado y responder a vuestros deseos en el momento mismo que os acordéis de mi para utilizaros de mis servicios.

El último destello del crepúsculo apenas iluminaba las torres de la alambra y las primeras estrellas empezaban a centellear, cuando Rafael y yo, ganando el recinto de la antigua corte árabe, nos confundíamos con las sombras de sus estrechas y revueltas calles.

LIBRO TERCERO

(Dictado de Estrella)

CAPITULO PRIMERO

TRAMA INFERNAL

I

Nada más difícil que profundizar el corazón humano. Muchos han estudiado sus movimientos más notables: pocos, muy pocos son los que han logrado penetrar y sacar a luz, de su misteriosa profundidad, algún arcano.

Y si es difícil penetrar en él, lo es todavía más traducir en ideas y expresar con palabras la diversidad de sus sentimientos y sus rápidas transiciones.

Estas puede decirse que se suceden tan precipitadamente como sus latidos, y éstos puede asegurarse que marcan uno a uno el fin de una emoción y el alentar de otra.

Ninguno de sus movimientos es concéntrico a otro, y de aquí resulta que la inteligencia se pierde y es impotente para descifrar y definir los efectos que tanta confusión producen.

La pasión dominante en cada corazón es el movimiento principal del que parten todos los demás que impulsan al ser que gobierna; sólo tan poderosas fuerzas como la razón y la inteligencia son capaces de sujetar sus ímpetus y ordenarlos de modo que de su arrebatada violencia resulte un buen fin y de útil aplicación.

Si la razón y la inteligencia, declarándose neutrales no se revistiesen de valor suficiente para contrarrestar los efectos exagerados de una pasión desordenada, ay! del ser que así deja extinguir la luz de la inteligencia y de la razón que combinadas guían a la verdad! ay! del que en actitud cobarde presencia el naufragio de lo más noble que consigo lleva, e indiferente lo deja perder entre el choque de las pasiones!

El universo es uno, eterno e infinito, producto de las fuerzas que resultan de algo emanado del mismo Dios, producto también de los movimientos resultantes de la combinación de estas fuerzas; y en este encadenamiento que se extiende desde cualquier punto del espacio, por inmensa que sea la distancia adonde vaya a buscarse, hasta perderse en el infinito de lindero en lindero, y de límite en límite; en toda esa inmensa extensión que el pensamiento no abraza por más esfuerzos que haga, hay una naturaleza sola.

Y esta naturaleza, cuya directa influencia alcanza a todo, constituyendo su manera única de ser, se modifica sin que pierda su esencia primitiva en cada agrupación de mundos que responden a una ley directa, sigue modificándose en cada agrupación de seres animados o inanimados que los habitan, y sigue modificándose más y más, pero más diversamente en cada individualidad animada, hasta el punto, que a primera vista parece que a cada individuo gobierna una naturaleza propia o independiente de las que constituyen cada ser de su propia especie.

Cómo de otra manera explicar la diversidad de seres, la diversidad de formas, y dentro de la humanidad la diferencia de razas, de tipos y familias, y dentro de estas mismas la distancia de ser a ser, sin que sea posible encontrar ni un movimiento, ni un gesto, ni un rostro enteramente igual a otro?

Y cómo de otro modo explicar la diversidad de aspiraciones y fines en cada raza, en cada pueblo y en cada familia, y dentro de esta misma la diferencia que va de individuo a individuo en los movimientos que le impulsan, en el carácter que le distingue y sentimientos que le guían? Es posible encontrar un alma a otra alma y un corazón igual a otro corazón?

La naturaleza de cada ser que a simple vista parece diferenciarse de todas las de los demás, siendo cada una ramificación de la única que al universo rige; la naturaleza de cada ser parte de un todo siempre inalterable, y produce, según las causas sobre que obra, efectos diversos sin que sus leyes queden quebrantadas.

Así es que en el corazón humano se suelen manifestar el furor, la ira, el miedo, el entusiasmo, el amor y el odio, con tan idéntica expresión y tan diversas manifestaciones según el ser en que se producen, que es completamente imposible clasificar estos efectos con reglas fijas, por cuanto cada ser es una excepción de los demás.

Toda descripción es débil, cualquier lenguaje pobre y la palabra mezquina para describir tanta grandeza; el pensamiento es débil, la inteligencia pobre y la imaginación mezquina para compendiar, detallar y retener con un solo esfuerzo del espíritu más perfecto, todo lo grande, todo lo justo, todo lo bello que en sí encierra la naturaleza.

Sólo así, como yo lo hago ahora, a grandes rasgos hechos con mano trémula sobre las inteligencias que me atienden, se puede trazar el perfil de la sombra que la naturaleza pueda proyectar en la imaginación más fecunda a la luz del raciocinio.

Cuán grande, cuán justa, cuán bella es la naturaleza! Ella es la presencia de Dios en todas partes, por esto es grande; ella es la mano de Dios que a todo toca, por esto es justa; ella es el soplo de Dios que en todo alienta, por esto es bella.

Ella es infinita, es una, es varia; providencia de Dios en todas partes presente y ejerciendo siempre, llega, abraza y penetra en todo; jamás olvida. En el infinito es una, en la unidad igual y en la igualdad diversa; por esto es justa, por esto es bella, por esto es grande.

Ella es el infatigable obrero de la creación: vigilante interpuesto entre Dios y el universo para atender a todo: no hay átomo ni mundo donde su mano no llegue, ni rincón, ni abismo donde su vista no penetre: a todo atiende; donde falta algo lo pone, donde sobra lo despidе, y lo que está bien lo sostiene.

No es tan torpe quien la naturaleza adora, porque indudablemente seduce y fascina por lo inmensa, por lo sabia y por lo buena. Si el espíritu no viera en ella la obra del mismo Dios, indispensablemente la reconocerla como el Dios mismo.

Sí; es la obra de Dios, quien, por no faltar a la naturaleza misma antes de hacerla, creóse un método, y entregándolo al universo para su elaboración, «toma y sigue», le dijo; y dando el primer paso con él, hecho quedó todo.

Todo he dicho? No, todo no. No es obra de Dios la inmundada lava, producto de las pasiones malas, puestas en fermentación en los abismos del corazón humano, que despidiéndola con rabiosa fuerza cubre con ceniza la obra perfecta y verdadera.

Habrá quien diga que el corazón vulcanizado responde a su propia naturaleza! Quién lo ha dicho? No es la naturaleza quien pone en combustión tan perversos elementos, sino el Yo.

La naturaleza, por el contrario, siendo, como es, justa y buena, pone de su parte todo para ahogar el mal donde quiera que se manifieste; donde hay valor suficiente para obrar mal, sobra fuerza de voluntad y carácter para dominarlo y contrarrestar su empuje.

Sólo el Yo es capaz de no emplear estas fuerzas de voluntad y carácter que la naturaleza le proporciona para luchar y vencer.

En los momentos tristes de mi existencia que vengo describiendo, yo desprecié estas fuerzas que en mi naturaleza había, y me dejé arrastrar por el cálido vendaval que, desprendido de mi corazón tempestuoso, me precipitó en el abismo donde cayeron conmigo las ilusiones y esperanzas, por mi causa vanas y frustradas, de dos almas hoy para mí tan queridas.

Marietta! Rafael! yo sacrificaría con placer lo que ha progresado mi espíritu desde entonces, por volver a los momentos aquellos en que llegué a tiempo para interrumpir vuestra felicidad, y proporcionaros un solo instante de la dicha en que habíais soñado.

Vuestros espíritus marchan distantes por el camino del progreso; yo he contribuido a ello; éste es mi mayor pesar; no cesará hasta que concurriendo con mis débiles fuerzas, consiga veros marchar unidos.

El pesar que me causa el recuerdo de mis faltas, se mitiga porque los dos escucháis esta confesión que hago de ellas, y a la que ha mucho tiempo precedió el perdón, siempre dispuesto a ser otorgado por las almas generosas.

II

Después de aquel día en que con Rafael llegué a Granada, muchos se pasaron sin verme: yo procuraba que así sucediese con el fin de amortiguar, evitando su presencia, lo que imaginaba no debía pasar del capricho de una hora. Tal era la altivez de mi carácter, que ni aun a mis propios deseos quería doblegarme.

Pero imposible. Los oleajes apasionados del corazón son tan indómitos, como los del mar cuando la tempestad los hincha.

Llegó el momento en que, cansada de luchar contra la tormenta en que fluctuaba el mío, te abandoné por completo, asiéndome a la única tabla de salvación que me quedaba, la que abracé con todas mis fuerzas, y era satisfacer pronto el deseo de volverle a ver.

Recurrí a todos los medios que la imaginación podía sugerirme, para encontrar uno que justificara a sus ojos el motivo que me obligase a llamarle cerca de mí.

Al fin no había ya remedio: lo que me propuse aquel día en que salvándome Rafael concebí la idea de perderle ganando su corazón, había que llevarlo a cabo, dando rienda suelta al deseo que demasiado tiempo se había contenido en el mío.

La imaginación, aguijoneada por el deseo, no descansa hasta el momento en que encuentra medios para satisfacerlo: uno encontró la mía, que puse en práctica inmediatamente después que lo hube concebido.

Escribí a Rafael diciéndole: «Amigo mío: supongo que no me habréis olvidado, así como la promesa que me habéis hecho de venir a mí si alguna vez os necesitara: ha llegado el momento en que podéis cumplir vuestra palabra: os necesito y deseo hablaros, para cuyo objeto, hoy a la media noche, pasad por debajo de las rejas de mi casa, deteneos frente a la puerta del patio en donde nos apeamos el día en que juntos entramos en Granada, y no se hará esperar una dueña que, llamándoos por vuestro nombre, os acompañe y conduzca hasta el sitio en donde yo os estaré esperando». Era en punto la citada hora cuando Rafael entraba en mi propia habitación. En medio de la emoción e impaciencia con que le esperaba, no pude evitar un grito de sorpresa cuando, al dejar caer el embozo de su capa y descubrir su cabeza, pude observar en su semblante lívido, profundas huellas de un gran dolor: en poco tiempo se había desfigurado notablemente.

Estoy a vuestras órdenes, señora mía, —dijo al tiempo que se descubrió,— y dispuesto a servirlos como os prometí el día aquel en que tuve el honor de acompañaros hasta la puerta de esta casa.

Le hice sentar cerca de mí, y después de un largo intervalo de penoso silencio, lo interrumpí diciendo:

Antes de haceros conocer los motivos que me obligan a llamaros, antes de expresar mi agradecimiento, por lo solicito que por mi os encuentro, todavía deseo, si aun merezco vuestra confianza, indagar la causa de la pena cuya huella veo con sentimiento impresa en vuestro rostro.

Ah, señora! —dijo,— no os ocupéis de mi: ya sabéis cuánta es la confianza que me inspiráis cuando sois la única persona que sabe que vivir lejos de Nápoles es para mí morir lentamente.

Pero, amigo mío, —le dije,— tened en cuenta que no puedo estar cerca de vos y observar con indiferencia señales que me asustan por lo mucho que estáis sufriendo.

Dejadlo, —me contestó;— no hay remedio para mí; conocida la causa de mi sufrimiento, conocéis también su único remedio; empleadme pronto en vuestro servicio y me proporcionaréis un gran consuelo que alivie algún tanto mi dolor.

Bien, —le dije;— ya buscaré y encontraré ocasión en que pueda ayudaros a hacer desaparecer los obstáculos que aquí os detienen y que os matan de la manera lenta que decís; y por de pronto, escuchadme:

Entre los muchos amantes que hasta ahora me han solicitado en Granada, el que más se ha distinguido por su mayor empeño en conquistar mi corazón, fue D. Luis de Sotomayor. Joven de mérito sobresaliente, pero audaz cuando sus caprichos no son satisfechos en el momento que los expresa, púsome en tal apriete con sus impertinentes persecuciones, que me vi obligada a abandonar Granada, tanto para que perdiéndome de vista fijara en otra parte sus deseos, como con el objeto de gozar de la libertad completa que tanto para mi ambiciono.

Refugieme en Madrid al lado de mi hermano que goza de gran favor en la corte: pocos días pude disfrutar de la tranquilidad que había ido allí a buscar; D. Luis se trasladó a Madrid y púsome terco con más empeño que nunca. Por no cansar vuestra atención, no quiero detallar en este momento las mil maneras ingeniosas y atrevidas de que se valió para rendirme a su voluntad, pero tuvo la desgracia de luchar con un corazón que crecía en desvío cuanto más su loco empeño era tenaz.

Debiendo encontrarse en Granada mi hermano en los primeros días del último diciembre, por asuntos de la familia, aproveché esta ocasión para venirme, lo que llevé a cabo procurando el mayor sigilo, con el objeto de desorientar en lo posible a D. Luis. Mi propósito sin duda no se llevó a cabo con toda la reserva indispensable, puesto que mi perseguidor asaltóme ya cerca de Granada con el fin de apoderarse de mí, y que estuvo a punto de ser un hecho. si la casualidad no hubiera venido a protegerme poniendo de mi parte vuestra decisión y arrojo.

Acto de desesperación que le perdono teniendo en cuenta la impetuosidad de su carácter, que es de aquellos que, dando rienda suelta a los deseos apasionados, llegan a exigir con la fuerza, lo que la buena voluntad no les concede.

Restablecido ya de la grave herida que recibió de vuestra mano obligada en mi defensa, vuelve otra vez a perseguirme con más tenacidad que nunca. He pensado, pues, amigo Rafael, buscar un medio para conseguir por la astucia lo que ni la fuerza ni el consejo han podido hasta ahora. Y he pensado en vos para que me aconsejéis, como mi mejor amigo que sois, ayudándome a salir airosa de esta empresa.

Además, mi hermano se ha vuelto a Madrid donde sus asuntos le detendrán por algún tiempo, y aun cuando estoy rodeada de personas fieles que velan constantemente por mí, no es grande mi tranquilidad, temiendo algún otro ataque desesperado de D. Luís, y al fin será completa si cerca de mí llego a tener vuestro apoyo y valentía que tan útiles me fueron otra vez para salvarme.

Puedo, pues, D. Rafael, contar con vos para ayudarme y defenderme de toda violencia que contra mí se intentare, y a la que estoy muy expuesta, según lo comprenderéis por la prueba que ya tenéis de ello?

Rafael se ofreció a protegerme de la manera que le suplicaba, a pesar de que encontró un inconveniente que podría perjudicarme, y era que habiendo sido él quien hirió gravemente a D. Luís, podría suceder que, sabiéndolo éste, redoblase su saña que siempre al fin vendría a redundar en perjuicio mío.

Desvanecí todos sus temores y dudas probándole que D. Luís no había podido averiguar quién le había herido, puesto que sólo lo sabíamos nosotros dos y mi hermano. Convencido de esto, se decidió a cumplir a todo trance lo que me había ofrecido.

Desde aquel día, Rafael vino a verme con mucha frecuencia. Yo procuraba, por todos los medios que la imaginación me sugería, atraerle más y más. Mi disimulo a fin de ocultarle todo lo posible la fuerza irresistible que me obligaba a halagarle para retenerle a mi lado, era en extremo grande, a pesar de lo difícil que me era usar de tales medios, para vencer en la lucha que mi corazón se había visto obligado a provocar.

Me afanaba por hacerle agradables las horas que a mi lado pasaba, despertando en su corazón los recuerdos de Nápoles: procuraba que nuestras conversaciones estuvieran salpicadas con el nombre de Marietta, haciéndole pensar e un porvenir halagüeño, ponderándole lo fácil que sería el que sus esperanzas llegaran a ser una realidad: insensiblemente fui ganando su afecto y confianza, hasta el punto que llegó a depositar en mí sus mayores secretos. Merced a esto pude enterarme hasta de los menores detalles de su pasión, lo que me convenía para descargar con más seguridad el golpe que le preparaba.

III

Pobre Rafael! No sospechaba que la que él llamaba su más cariñosa amiga, y que, como alguna vez confesó, reinaba en su corazón en segundo término, le preparaba la más perversa de las traiciones. Ciega, cruel, sin miramiento alguno, me dispuse a obrar cuando creí que había llegado el momento oportuno de destrozarse, con mis propias manos, las más bellas y legítimas esperanzas de dos corazones.

Rafael me había enterado de tal modo de todas las circunstancias y menores incidentes que rodeaban a la infeliz Marietta, así como de todo lo que entre los dos había mediado, que esto fue la única arma que escogí como más segura para herir y llevar a cabo mi cruel proyecto.

Tenía mi hermano cerca de Córdoba una bonita casa de campo, en donde yo había pasado algunas temporadas. En ella conocí un criado al que siempre miré con especial predilección, porque a lo distinguido de sus maneras añadía una sagacidad e ingenio que por lo raros le hacían apreciable. Recordé cuán útil me sería para el proyecto que pensaba llevar a cabo, y le hice llamar sigilosamente, marcándole el día y hasta la hora en que debía llegar a Granada.

Fijéme especialmente en él, porque recordé también que habiendo servido muchos años en Italia, poseía perfectamente el idioma de aquel país, lo cual convenía sobremanera para mi objeto.

Una mañana, no bien acababa de amanecer, me anunciaron que habla llegado: era precisamente la hora que le habla marcado. Le hice entrar en una de mis habitaciones y esperar. No tardé mucho tiempo en presentarme. Le dije que más que nunca necesitaba de su astucia y fidelidad para un gran servicio que le iba a confiar.

Contestó que estaba dispuesto a servirme de la mejor manera que le fuera posible, sin más recompensa que la de ver satisfecha y contenta a su señora. Le interrumpí para decirle que lo de la recompensa corría de mi

cuenta, la cual, por grande que fuese, nunca sería lo bastante para corresponder al servicio que me iba a prestar.

Le despedí exigiéndole que durante aquel día procurara ocultarse absolutamente de todas las personas que entrasen y saliesen de la casa; y que por la noche debía venir a verme al mismo sitio donde entonces se encontraba, en cuanto recibiera aviso.

En efecto: eran las nueve en punto de la noche cuando le recibía de nuevo.

—Es muy fácil, —le dije,— lo que vais a hacer; no se necesita más que un poco de habilidad y ejecutar al pie de la letra lo que os vaya diciendo. Hice que me siguiera y le conduje a otra habitación más retirada.

—En primer lugar, —le dije,— desde este mismo momento dejáis de ser español para ser italiano, por ejemplo, de Nápoles.

—Lo soy sin duda alguna, señora, —me contestó en el italiano más puro.

—Bueno, —repuse; en segundo lugar, aquí tenéis un traje y todo lo demás necesario para que os disfracéis de manera que seáis un italiano que acaba de llegar de paso por Granada, y de modo también que no parezcáis el mismo que ahora sois. Os espero en el mismo sitio, donde os diré lo demás que debéis hacer.

Salí y lo dejé solo.

No se hizo esperar mucho tiempo. No pude

contener un grito de sorpresa; se había transformado completamente.

Admirable, —le dije;— lo hacéis a las mil maravillas. ahora , —añadí , — tomad esa carta; guardadla. Vais a salir por una puerta falsa del jardín, buscáis un caballo, cuanto más lejos mejor, y dentro de una hora, poco más o menos, os detenéis a la puerta de la casa cuyas señas están en este otro papel. Preguntáis por el caballero cuyo nombre va en el sobre de la carta. Os haréis anunciar como un italiano que acaba de llegar de Nápoles, y que se va inmediatamente. El caballero que os recibirá, y a quien entregaréis en propia mano la carta, conoce perfectamente el italiano.

—Y la carta, de parte de quién la entrego? —dijo interrumpiéndome.

—A eso voy, —repliqué;— antes de entregarla debéis decir que, al venir a España para pasar inmediatamente a las Américas, fuisteis buscado por un fraile napolitano, quien os dijo que ya que debíais pasar por la ciudad de Granada, os suplicaba entregaseis una carta a la persona cuyas señas os daría: que no tuvisteis inconveniente en aceptar una misión tan sencilla de llevar a cabo, tanto más cuanto que se os dijo que se trataba de una obra caritativa: entregada la carta debéis retiraros dando la acusa de que se os espera para marchar: evitad todo lo posible contestaciones; y en el caso de que se os exijan, debéis alegar completa ignorancia sobre el asunto.

Os voy a acompañar hasta la puerta del jardín por donde vais a salir: hecho todo lo que os he indicado, volveréis a escape a la misma puerta en donde os estaré esperando: luego diré qué debéis hacer,

Cinco minutos después, yo misma abrí la puerta por donde salió el improvisado italiano.

IV

Una hora larga pasó de mortal angustia; hora de horrible inquietud; la del criminal que acecha a su víctima. Transcurrido aquel tiempo, me aproxime a la puerta donde debía esperar; al poco rato sentí el ruido de un caballo, abrí, habló el criado, y todo estaba hecho.

—Ahora, —le dije,— dejaréis el caballo en donde lo habéis tomado, e inmediatamente partid al punto de donde habéis venido: olvidad todo lo que habéis hecho esta noche; no digo más.

Dejé caer en sus manos un bolsillo bien provisto de oro, y salió sin decir una palabra.

Me retiré a mí habitación: no podía fijar mis ideas; mi inquietud aumentaba. No tenía más que hacer que martirizarme esperando; la suerte estaba echada.

No había pasado media hora, cuando me anunciaron que Rafael solicitaba permiso para verme.

Entró. Era precioso que la pasión me cegase hasta el punto de no dejarme arrepentir en aquel mismo momento de lo que estaba haciendo: la palidez de su rostro y el desorden de sus vestidos eran extremados; me cogió la mano con la suya temblorosa, y sus primeras palabras fueron monosílabos apenas articulados: aun cuando conocía perfectamente la causa de aquel trastorno, por mi misma producido para fines ulteriores,

no pude menos de asustarme hasta el punto que mis ruegos para que me la explicase, más que fingidos, eran efecto de una ansiedad verdadera. Se dejó caer más bien que se sentó en un diván: insistí otra vez en la explicación de la causa de aquel dolor.

—Estrella! Estrella! —me dijo,— todo ha concluido.

Cómo concluir? Por qué? —le pregunté;— y sacó una carta, exclamando:

—Leed!

La tomé, pasé la vista por ella y dije:

—Esta carta está en italiano por lo visto: sabed, amigo mío, que no conozco esa lengua; si vos mismo no me la leéis, me quedaré sin saber su contenido.

Cogí una bujía y puse otra vez la carta en sus manos: con harto trabajo pudo traducir lo que decía.

Estaba fechada en Nápoles: poco más o menos decía así: «Señor mío: el ángel aquel que en la tierra se llamó Marietta, la abandonó para volver al seno de Dios; yo le presté los consuelos de la religión en sus últimos momentos; en ellos expresó su sentimiento al tener que abandonaros, así como de no poder daros su último adiós: yo le prometí, para endulzar su agonía, averiguar vuestro paradero, lo que conseguí después de grandes y penosas pesquisas: le prometí también deciros en su nombre que con resignación y paciencia os sirváis sobrellevar los días que el cielo os quiera conceder de vida, hasta que llegue aquel en que esté dispuesto que vayáis a vivir en la eternidad a su lado. Hacedlo así, porque así os lo suplica, desde el cielo, la infeliz Marietta, que con el santo nombre de Dios pronunció el vuestro al exhalar su último aliento Queda rogando por vos a Dios, para que os ayude a sobrellevar la vida, —EL PADRE FIORINO».

V

No voy a detallar el extremado dolor y desesperación grande a que se entregó el infeliz y engañado Rafael; sólo diré que muchas veces llegué a temer por su vida, o que la desesperación le condujese a un extremo violento: pude, a fuerza de halagos y con el dominio que ya ejercía sobre él, calmar algún tanto la fuerza de su dolor, haciéndole sobre todo serias reflexiones acerca de lo que Marietta le había pedido poco antes de morir por medio de su confesor, que era sobrellevar la vida con resignación.

El dolor como el placer, sobre la tierra, son fuegos que se extinguen con rapidez: la vida sería insoportable si el dolor no cediera desde el momento que llega a su mayor fuerza: si es capaz de minar lentamente una existencia, no es por cierto la fuerza del dolor quien mata, sino la aspiración del espíritu a mayor libertad, aprovechando estos momentos de debilidad orgánica.

CAPÍTULO SEGUNDO

(Dictado de MARIETTA)

ESPERANZA Y AMISTAD

I

No hay oscuridad más profunda que la que se nos presenta al tratar de penetrar en el insondable porvenir: la inteligencia mejor dispuesta y organizada para dar algunos pasos por el tenebroso camino que guía a sus arcanos, se aterra y se detiene; la oscuridad aumenta y es más misteriosa cuanto más se avanza; el más valeroso espíritu teme y vuelve atrás; conocer ni un solo detalle de ese más allá escondido, es imposible; sólo al que medita y profundiza, le es dado alguna vez presentir alguno de sus detalles.

Hay, sin embargo, allá en la profundidad del porvenir, algo seductor que atrae las miradas del espíritu, algo bello que mueve el corazón hacia él, y es que la luz de la esperanza irradia y brilla entre una extraña confusión de sombras.

La existencia es tan penosa sobre la tierra, entre el pasado huyendo, el presente delante y el porvenir avanzando, que se siente fatigada con la pesadumbre de lo que huye, con la ansiedad del presente, y el espanto de lo que viene.

Tal vez la alegría anima el semblante del que vive en medio de esa lucha, y es que el pasado se olvida un momento y el porvenir se acerca dejando entrever rayos de alguna esperanza entre su oscuridad y sus dudas.

Oh esperanza! tú eres destello de la divinidad que en el espíritu se refleja, y tu luz es más viva cuanto más con su fe y amor el espíritu te alimenta.

No hay esperanza fundada en razonables propósitos que algún día no se realice: tarde o temprano esas ambiciones nobles del espíritu llegan a verse cumplidas; la esperanza fundada es razonable, y lo razonable matemático; como la piedra lanzada cae, la esperanza justa llega.

Esperar! qué penoso es! pero más penoso es después no haber esperado bastante: tanto más grata es la realidad, cuanto más penosa ha sido la esperanza; así es que la felicidad que produce la posesión del bien deseado, parece pequeña; se desearía que la pena de esperar hubiera sido más prolongada.

Dícese que la esperanza es dulce; es verdad, pero siempre amarga, porque la esperanza fluctúa entre la realidad y negación del objeto deseado, y es más dulce cuánto más crece la posibilidad de posesión, y más amarga cuánto más difícil; mientras la esperanza vive, es dulce y es amarga.

La esperanza es luz más o menos viva pero que jamás se extingue: ni aún el último suspiro que parece que se exhala con las realidades todas, es bastante para apagarla; por el contrario, más cuerpo toma, como con el viento la llama; porque al renacer el espíritu, su esperanza crece, toma cuerpo, deja de ser luz para ser llama.

No hay esperanza frustrada si no es innoble; cuando otra cosa se cree, se padece un grande error: y si en la vida muchas veces parece que si sucede, indudablemente llegará la hora de la esperanza en la verdadera vida. Si todas las esperanzas por ser justas se realizaran más o menos inmediatamente, dejarían de ser esperanzas, dejarían de serlo no cabiendo duda que llegasen a ser verdad, y siempre debe sospecharse que la esperanza tal vez no se realice.

La vida del espíritu, es su libertad; mientras que prisionero gime, sujeto en algún ser material, es su vida la esperanza.

Esperar y esperar más, conforme la realidad se va confirmando, es el constante trabajo del espíritu: esperar. y esperar dudando entre la negación y confirmación de la realidad, es el trabajo del espíritu del hombre.

A mayor elevación de espíritu, más extenso rayo de esperanza: a más grande inteligencia, a mayor vuelo de imaginación, a más fuerza de voluntad y mayor elevación de pensamientos, más grandeza de miras, mayores esperanzas y más nobles aspiraciones.

Nada contribuye más, nada mejor ayuda al espíritu a levantarse que la esperanza noble, digna y fundada; mucho más cuando realizada es un bien tanto para quien la abriga, como para otros, y mayor, cuanto mas se extiende el radio del bien que alcance.

Y con qué creces la esperanza premia a quien la cultiva y conserva estando a merced de las mayores contrariedades de la vida! Cómo devuelve convertidos en inagotables placeres las angustias y sinsabores que proporciona haberla abrigado sin seguridad de verla cumplida!

Si de algo digno tengo que alabarme, si algo bueno hice durante el triste periodo que describo de mi existencia, es, sin duda alguna, no haber dudado jamás, no haber perdido ni un momento sólo la esperanza; y si algo hoy a mi propia admiración se presta, es sin duda no haberla perdido todavía.

Los tiempos pasan con vertiginosa rapidez a mi alrededor; los espacios cruzan rápidos en torno mío; los mandos giran, pasan y vuelven a pasar; la materia en toda su magnitud se modifica, combina y transforma; el espíritu se eleva pero las esperanzas más no varían, nada pierden, ni un solo rayo de su intensidad se extingue.

Si la flaqueza de mi corazón creó lágrimas abundantes para mis ojos, si las quejas del alma me obligaron muchas veces a elevarlos al cielo con triste languidez, y si la sonrisa que alguna vez cruzó por mis labios fue forzada y envuelta en amargura, ay! en medio de mis grandes dolores no me abandonó la esperanza, constantemente brilló llevando un consuelo dulce a lo más recóndito de mi espíritu.

Jamás dudé; ni una vez sola mi imaginación concibió la idea de que la felicidad a que había aspirado en la tierra pudiera ser un sueño despojado de toda realidad. Lo que me hizo daño, lo que minó mi existencia, lo que me llevó al sepulcro, no fue, no, la seguridad de haberlo perdido todo; fue, sí, que habiendo subido a confundirse con el gran cielo el pequeño cielo en que pretendía vivir sobre la tierra, veía con sentimiento que mis esperanzas se retardarían.

Desde el momento que tal seguridad tuve, la vida no fue para mí más que un destierro, en el cual mis aspiraciones eran volar a la morada donde se me esperaba y aguardaba un puesto que en la tierra no había tenido lugar ni tiempo para ocuparle.

Vine y todavía debo esperar: esperar es trabajo del espíritu: mi esperanza no vacila; crece y crecerá.

II

He dicho ya, que después de la partida de Rafael mi salud empezó a resentirse notablemente, hasta el extremo de poner en gran cuidado a mi pobre madre. Este mal consistía en un decaimiento de ánimo y desfallecimiento físico que me imposibilitó por mucho tiempo para mis trabajos intelectuales. Y es que la precocidad del corazón se verifica siempre a costa de todas las fuerzas orgánicas y morales.

Mi madre, aunque habla llegado a traslucir mi muda correspondencia con Rafael, nunca podía sospechar que la privación de una simple mirada y de un continuo silencio que durante algunos meses hablan embargado toda mi atención, pudiera ser causa de mi creciente debilidad. Así es que, investigando los motivos que pudieran ser origen de mi daño, me asediaba con preguntas que nunca por mi parte fueron satisfechas sino muy vagamente, como si yo misma ignorase lo que en verdad poco a poco me iba matando.

También he dicho que entonces salía con más frecuencia de casa por la conveniencia de hacerme respirar aire más puro; durante mis pequeños paseos procuraba, sin que lo apercibiese, encaminar a mi madre, que era la que siempre me acompañaba, hacia la orilla del mar, en sitios aquellos que tantas veces había pisado Rafael; allí gozaba de alguna expansión mi espíritu, hollando con mis pies la misma arena que le había sostenido, y haciendo que hiriera mis ojos el mismo rayo de luz que había herido los suyos durante el tiempo que no los había apartado de mi ventana.

Llegué hasta introducir la costumbre, siempre que el cansancio nos obligaba a buscar asiento, de ir a encontrarlo en las ruinas aquellas que eran para el culto de mi corazón el templo; me sentaba en la misma piedra donde él tantas veces se había sentado: allí continuaba adorando sobre la misma ara al ídolo que había desaparecido.

Cuántas veces nos sorprendía ahí la noche! Cuántas veces, entregada allí a mis meditaciones, el menor soplo de una brisa, el movimiento de las hojas secas, el rumor de las olas o el ruido lejano de algunos pasos me hacían la ilusión de los suyos propios, y volvía involuntariamente la cabeza hacia el lado por donde me figuraba podría acercarse!

La noche, el silencio y la soledad con sus misteriosos ruidos y oscuras sombras, levantaban muchas veces en mi imaginación sombrías formas que ante mis ojos tomaban poco a poco cuerpo, cuyo negro perfil era el mismo que proyectaba él cuando al desvanecerse el crepúsculo lo veía también desvanecer entre las primeras brumas.

Cuántas veces al sentir ese suave ruido de la espuma, cuando las olas se estrellan en la orilla, me parecía oír su voz apagada, pronunciando mi nombre de la misma manera que aquella noche en que aproximándose todo lo que pudo a mi ventana me llamó por primera vez!

Y yo involuntariamente contestaba; mis labios no podían menos de responder a aquellos murmullos diciendo: «Qué!» Siempre contestaba a pesar de que la experiencia me enseñó a comprender cuánto me engañaba. «Muy bien puede suceder,» me decía, «que efectivamente me llame, y que los elementos sean sus mensajeros, y que repitan cerca de mí con sus ruidos, para que lo escuche, el nombre que sin duda pronuncian sus labios en estas horas de meditación y recogimiento».

Tal vez no me engañaba. Ahora que puedo observar mejor el movimiento de los elementos, y que puedo penetrar el corazón humano y pesar sus sentimientos, sus dolores y alegrías, digo que tal vez no me engañaba.

III

Hay tal misterioso enlace entre todo lo que sostiene y rodea al hombre sobre la tierra, y los movimientos de su alma y evoluciones de su pensamiento, que muchas veces sus ilusiones no dejan de ser realidades, debidas, sea a la casualidad, sea a alguna ley universal desconocida.

Qué son, pues, esos presentimientos, ya tristes, ya alegres, hijos de las impresiones del momento producidas por el cuadro que a la vista se presenta? Qué son, pues, esas corazonadas tan certeras en muchos hombres?

De aquel sitio, de aquellas ruinas, de aquel templo de mi corazón y de aquel éxtasis completo del alma, sólo me arrancaba la cariñosa voz de mi madre. El día me sorprendía allí sin notar el paso del tiempo, más lento al parecer durante la oscuridad, y sin sentir el frío de la noche.

Después de retirarme a casa, y siempre antes de recogerme y entregarme al sueño, abría mi ventana y me despedía con una última mirada de aquellos lugares donde había visto a Rafael con más frecuencia; de este modo creía despedirme de él, y me hacía la ilusión de que a su vez me contestaba. Luego, entre mis oraciones vertía alguna vez su nombre, y rogaba a Dios por él con todo el fervor que la fe y la esperanza me infundían.

Estas oraciones eran para mi corazón un gran consuelo; así es que el tiempo que en ellas empleaba siempre era mayor de lo que me proponía; repetíalas al despertar y aun a cualquier otra hora del día: siempre con Rafael en el pensamiento, mis horas se deslizaban entre ruegos y meditaciones, de las que era el único objeto.

Es la meditación, el recogimiento y el ruego para un alma triste, lo que el reposo, la quietud y el sueño para la materia enferma; el alma que medita y ruega, descansa de las fatigas que le producen las contrariedades de la vida, prescindiendo por algún momento de la existencia material y remontándose cuánto puede al mundo de las abstracciones y al cielo lleno de ilusiones que cada espíritu se crea.

La realidad, si existe y está a la vista siempre y perenne en el pensamiento, es capaz de acabar en corto tiempo con la organización más privilegiada: lentamente la va minando, y más si guarda un espíritu sensible para la desgracia. Necesario es a la conservación material y descanso del espíritu fatigado por el dolor, lanzarse de cuando en cuando al soñado paraíso que las esperanzas inventan.

Y la oración verdadera que a la meditación conduce, bálsamo consolador de todas las penas del espíritu, es el mejor apoyo para elevar el pensamiento al cielo y olvidar completamente al mundo que con sus contrariedades agobia.

Nadie que haya sufrido podrá negarme, que si a la meditación y a la súplica del alma se ha entregado para mitigar sus dolores; nadie podrá negarme, digo, que con este recuerdo mitigó su pena, encontrándose después más consolado y dispuesto a soportar las inquietudes que le atormenten.

IV

Un año pasó sin que nada viniese a alterar esta manera de vivir: rogando, esperando y sufriendo mi salud alternativas varias, según la mayor o menor firmeza que en mi ánimo infundía la esperanza, y según el mayor o menor consuelo que mi espíritu encontraba en los recuerdos del pasado, al parecer naturales fundamentos de un porvenir lisonjero.

Durante este año, la fortuna de mis padres adquirida con el trabajo y desvelos que proporciona siempre la industria a que se había dedicado el autor de mis días, sufrió quebrantos con motivo de los trastornos y

revoluciones de que fue teatro Nápoles en aquella época; pero los perjuicios no fueron tantos que impidieran a mi piadosa madre socorrer algunas familias desgraciadas de la misma profesión, que por iguales causas se hallaban sumidas en la mayor miseria que entonces tan general se hizo.

Entre las pocas familias que con nuestro socorro encontraron algún alivio, había una compuesta de madre, padre e hija poco más o menos de mi edad: su desgracia era tanto mayor cuanto que su hijo, esperanza de todos y joven de veinticinco años, había perecido víctima de la revolución.

Familia que, digna y apreciable por todos conceptos, llegó a interesarme en extremo: hasta el punto de llamar bastante mi atención, cosa que confieso era en mí muy difícil, embargado como estaba mi pensamiento en un solo objeto.

Llegué a entablar estrecha y cariñosa amistad con la joven, que de un trato tan sencillo como bondadoso, poco a poco fue ganando mi afecto y confianza: sus padres, a quienes la gratitud puso en el caso de adorarme, eran sicilianos y descendientes de padres, como los míos, españoles.

Era, esta joven, según he dicho, de mi edad, un poco más baja que yo, no muy bella; pero sus grandes y hermosos ojos negros, velados por largas pestañas, y la sonrisa que constantemente sostenía en sus labios, la que modificaba según las sensaciones de su alma, ya fueran tristes o alegres, sin dejar nunca de ser sonrisa, daban a su rostro una expresión tal de dulzura y gracia, que seducía y encantaba. Se llamaba Herminia.

Nuestro mutuo afecto llegó al extremo de hacernos inseparables. Nos dedicábamos unidas a los trabajos propios de nuestro sexo, ella para ayudar a su familia, yo para aliviar cuánto podía a mi anciana madre en el gobierno de la casa.

Pero cuando nuestras almas se ponían más en contacto era después que, abandonados nuestros trabajos a la caída de la tarde, nos sentábamos en la ventana de mi habitación y contemplábamos la hermosa campiña de Nápoles y el mar reflejando los resplandores últimos del día y el primero de las estrellas.

Allí entablábamos algunas veces esas conversaciones tan llenas de detalles y de encantos salpicadas, propias sólo de la juventud; conversaciones superficiales, hijas del momento y de valor tan insignificante que pasan y se olvidan tan instantáneamente como el pensamiento que las concibe.

Otras veces un largo y no interrumpido silencio era más elocuente que las palabras.

Hasta entonces mi tristeza habla sido grave, y podía muy bien confundirse por ojos extraños con mi carácter algún tanto sombrío: pero desde que Herminia vino con su amistad a regocijar la soledad de mis horas, mi tristeza se manifestó a través de mi sonrisa: las emociones amargas de un alma triste brotan al exterior con más intensidad, por un rostro que está obligado a reír.

Herminia llegó a comprender que algo me hacía sufrir. alguna vez también sorprendió lágrimas en mis ojos; pero respetuosa ante cierta superioridad que siempre me concedió, observaba, veía y callaba.

Esto me complacía, porque no era mi ánimo soltar ni una palabra sola que descubriera el estado de mi alma: me consideraba sacerdotisa del templo levantado en mi corazón al ídolo a cuyos pies alimentaba el sagrado fuego, para el que no encontraba otro corazón ni otro pensamiento dignos de reflejar su llama.

El santuario de mi pasión, donde guardaba el arca santa de mis recuerdos, era pisado sólo por mi pensamiento, el que si a todas horas entraba para guardar uno o más, cada vez lo hacía con timidez más respetuosa.

Consideraba una profanación el traducir en palabras mis sentimientos. Mis labios me parecían ásperos, el aliento impuro y el sonido imperfecto para dejar que sirvieran de medios de transmisión que explicaran y describieran aquel estado tan delicado de mi alma.

Sin embargo, conforme la amistad de Herminia fue ascendiendo a fraternal cariño, la necesidad de desahogar mi pecho fue aumentando; cada nuevo día arrancaba una hoja de la flor de mi esperanza; el dolor crecía a medida que en el corazón alguna ilusión del porvenir se ahogaba. Si el infortunio crece, el alma busca a otra alma que le ayude a conllevar su carga cuando ésta empieza a ser insoportable.

V

Hay acontecimientos insignificantes en la vida que, al parecer sin trascendencia y sin valor alguno por si mismos, vienen precipitando otros que son los primeros preludios de una continuada dicha o los quejidos primeros de un gran dolor.

Quién dirá que el casual encuentro con un ser cualquiera por extraño que sea, que el paso de un ave, la falta de luz o el olvido de un objeto pueden ser causas de una desgracia o de una felicidad que decidan de la existencia! Y lo que es más extraño: Quién es capaz de adivinar que la mejor obra hecha con un propósito bueno, puede variar el curso de una vida cambiando completamente su porvenir! Si la preocupación de la idea de fatalidad embarga al ser que estas influencias sufre, no es extraño que piense y diga que el destino obra con marcada intención para fines predestinados.

Preocupado el pensamiento con el poder de la Divinidad que abrazando en un solo tiempo el pasado, presente y porvenir de todos los hechos, es capaz de saberlo todo; sintiendo en sí mismo el ser que piensa una irresistible fuerza que le arrastra hacia aquello que muchas veces no desea, y creyendo cumplir con lo que supone está escrito en el libro de su destino; no conoce, no adivina ese pensamiento y ese ser, que él mismo es quien se arrastra, que él mismo es quien se predice, y que no hay más fuerza que la suya propia que le precipite en donde tal vez no quisiera.

Nada matemáticamente se cumple más que las leyes que rigen a las dos naturalezas, física y moral, de la materia y del espíritu, creadas al mismo tiempo, o mejor dicho, que son el mismo espíritu y la materia misma.

Todos aquellos detalles que no son otra cosa que el movimiento impulsado por el ser pensador contribuyendo a que estas mismas leyes se cumplan con más frecuencia, con la precisión inquebrantable con que indispensablemente obran, no son más que productos de la libérrima voluntad del ser inteligente que obra.

Se confunde muy fácilmente el acto, que es el hecho hijo de la ley, con la acción, que es el impulso hijo de la inteligencia que quiere o no quiere hacer; y de esta confusión resulta la idea tan perniciosa de fatalidad.

Cualquier combinación química que se realice, responderá irremisiblemente a sus leyes, las que no harán más que repetir una vez mas su acción; también puede el ser que opera hacer que la combinación no se verifique, y no por esto la ley deja de existir y de cumplirse. Qué tiene que ver el hecho, que debe o no realizarse, con la libertad de obrar, dueña de querer o no querer?

El que un momento medite sobre su destino, sabe muy bien que tiene libertad de acción dentro de los justos límites que las leyes inquebrantables de la naturaleza guardan y sostienen; si no divide en su raciocinio el ancho campo de su libertad de acción del de la naturaleza que por sí sola obra, caerá en un círculo vicioso, sin saber cómo conciliar su libertad con la ley que indispensablemente se cumplirá.

La varia sucesión de hechos que resumidos forman la historia de la existencia, no sólo de un individuo sino también de un pueblo y de la humanidad, son consecuencia los unos de los otros, y no hay más fatalidad en ellos que la imperiosa necesidad de que las cosas sucedan según el impulso que se les haya dado, pero modificándose continuamente por la fuerza de voluntad o de la suma de voluntades.

Así, que nadie es capaz de presentir, ni aún entre nosotros mismos, sin algún conocimiento del pasado; nadie puede apoyar sus conocimientos sobre el porvenir, sino en la experiencia adquirida con los hechos consumados.

En la naturaleza física, un pequeño movimiento, el soplo de una brisa o el calor de un rayo de sol, pueden ser orígenes de grandes trastornos y transformaciones; en el mundo moral, un hecho insignificante, la rapidez de una idea o una palabra olvidada, pueden producir hechos que decidan del porvenir de millones de existencias.

Y sino, quién podrá probarme que el buen propósito de socorrer a una familia desgraciada, de lo que fue consecuencia mi amistad con Herminia, no ocasionó el primer paso hacia la muerte de mi corazón y la desgraciada suerte de Rafael, a pesar de vivir a gran distancia, todo lo que indudablemente hizo variar la marcha impresa a otras existencias?

Incomprensible y complicada es la trabazón de los hechos y de las cosas que desde la eternidad se vienen sucediendo; laberinto en el que la inteligencia más vigorosa se pierde a los primeros pasos; sólo a la inteligencia Suprema, que penetra en todo y que todo a un tiempo lo ve, le es dado abrazar todas las cosas, sobre las que se cierne en alturas que jamás podrán ser alcanzadas.

El ser inteligente que medita, sabe mucho si llega a convencerse de que su vida no es más que un pequeño eslabón de la gran cadena que extendida en el espacio y el tiempo, ignórase si sus extremos que se pierden en el infinito están cogidos por alguna mano, o en alguna parte suspendidos.

VI

Un día del mes de Marzo del año de 1649, fue tristísimo para mí: era el aniversario de aquel en que por primera vez había fijado mi atención en Rafael.

Dos años hablan transcurrido; dos años al cabo de los cuales, si mis esperanzas no hablan empezado a extinguirse, por lo menos tristes presentimientos y temores empezaban a levantarse.

Quise aquel día, que tan presente conservaba, visitar los parajes en donde habla tenido lugar el prólogo de mis nuevas afecciones, y so pretexto de un pequeño voto, me hice acompañar a la iglesia aquella en donde aun tenía costumbre de practicar mis devociones; fui, en efecto, y a mi lado Herminia. al rogar fervientemente al cielo por la dicha de aquel que era el constante anhelo de mi corazón, no pude menos de mezclar en gran abundancia lágrimas con mis oraciones.

Herminia unida a mí ayudaba a mis rezos, sin saber por quién; sentía el corazón oprimido viéndose incapaz de poder aliviar un pesar secreto que sólo tenía fuerza para expresarse en quejas, pero ninguna para manifestarse abiertamente; ella observaba y respetaba mi dolor.

Ya en casa, la melancolía no me abandonó, y procuraba ocultar como mejor podía las lagrimas que alguna vez asomaban a mis ojos.

En la noche de aquel mismo día me encontraba sentada con Herminia en un banco de piedra que había en el pequeño jardín de mi casa; a la vista de aquel lugar, que siempre renovaba mis recuerdos, aun cuando ni un solo día dejaba de visitarlo, di de nuevo rienda suelta a mi dolor.

Entonces Herminia, impulsada por lo que sufría viéndome sufrir, y aprovechando aquellos instantes de soledad que nos rodeaba, me dirigió preguntas para obligarme a desahogar mi pena, protestando de su fidelidad y cariño, y añadiendo que, aun cuando se consideraba desde luego impotente para remediar mis males, yo por lo menos podría hallar un gran consuelo depositando en ella mis pesares, que desde el momento que los conociera serian también suyos.

En efecto; después de muchos ruegos suyos y de alguna resistencia mía, no pude menos de dejarme arrastrar por el deseo que hacia tiempo tenía de encontrar otro ser que se impresionara bajo el mismo peso de mi dolor; y allí, en sus brazos, con voz trémula y apagada, y con cierto rubor que debía percibirse en mí aun al través de la débil claridad de la noche, tomo que era la confesión de lo que creía irresistibles debilidades mías, conté a Herminia la historia de mi corazón, huérfano de año y medio a aquella parte, o sea desde la partida de Rafael.

Escuchóme atenta aquella amiga, o hermana cariñosa, mejor dicho, y después de exponerle todas las esperanzas, sobresaltos y temores de mi corazón en aquel día, separóse de mí asegurándome que nada debía, temer todavía, sino esperar más y más, pues confiaba mucho en que el cielo estaba dispuesto a premiar la sinceridad de unos deseos que indudablemente él mismo protegía.

Desahogado mi corazón y satisfecho con las últimas consoladoras palabras de Herminia, puedo asegurar que aquella noche fui feliz; y sí en los siguientes días alguna lágrima aparecía en mis ojos, era más bien de gratitud por el vuelo que tomaba mi esperanza cuando la voz de mi amiga venia a renovarla.

Así pasaron muchos días, más llevaderos entonces para mí que antes, porque al fin tenía en donde ir depositando algún recuerdo, algún pensamiento o alguna esperanza nueva.

VII

Todo lo que en la naturaleza se alegra o entristece, busca donde reflejar su alegría o melancolía.

Así vemos a la superficie de la tierra y de las aguas, así vemos a la atmósfera tomar el tinte ya triste, ya deslumbrador de los cielos; así vemos a este mismo cielo ya oscurecer, ya enrojecer y blanquear con los más vivos colores al extenderse por él las sombras o los primeros destellos de la aurora; así vemos secarse la delicada hoja verde o revivir con más vigor con el primer soplo del frío o con el primer ambiente cálido del verano; y así oímos cómo se amortigua y cómo renace con sorprendentes trinos el canto de las aves al primer asomo del invierno o al primer resplandor de la primavera.

Pero en donde más se descubre esta necesidad natural del ser, es en el hombre que ve ea el cielo, en la tierra, y en todo, el mismo color que turba y regocija su alma; así es que nada le satisface tanto como encontrar otros corazones que gocen cuando el suyo goza, o que lloren cuando llora el suyo.

De tal modo se identificó el corazón de Herminia con el mío, que llegó, a fuerza de enseñárselos, a conocer todos los lugares y emociones que yo había experimentado en ellos durante aquellos dos largos años de dicha en su principio y de angustia y sobresalto después; sufría o gozaba con mis recuerdos como si por ella misma hubieran pasado; y, en fin, Rafael no le era desconocido, pues tantas veces se lo había descrito, que tenía la seguridad de verlo y, sin haberlo conocido, decir sin titubear: «éste es».

Una hermosa mañana de estío, en que como siempre unidas contemplábamos el cuadro magnífico y deslumbrador del golfo de Nápoles, al separarnos por breves horas, y después de una de las infinitas conversaciones sobre mis recuerdos, Herminia abrazándome y con su sonrisa habitual, tuvo valor para decirme:

—Qué me darás, querida mía, si algún día, próximo acaso, llego a darte noticias de Rafael?

Valor y seguridad en lo que acababa de oír se necesitaba para presentar así de un golpe tan ancho campo a la esperanza de un alma enferma; abrí desmesuradamente mis ojos, di un paso atrás, cal otra vez en sus brazos y, confundiendo mis labios con los suyos, pude murmurar entre lágrimas:

—La vida me parece poco.

—La vida! —dijo ella,— no sabes que además de la que tienes necesitarás después más vida que compense la dicha que no cabrá en tu corazón? Te pido menos que puede. dame; Marietta mía, y es que sea una satisfacción para ti el que pueda yo proporcionarte un solo instante de la felicidad que tanto deseas.

No pude contestarle. Tal era la violencia de la emoción que me embargaba!

Otro día aseguró que habla dado los primeros pasos para saber de un modo seguro de Rafael; se reservó el decirme los medios de que se valía y me dio seguridades para que callase y esperara.

Desde entonces, siempre que vela venir a Herminia me parecía que con ella venía toda mi existencia y la del que amaba; creía ver pendiente de sus manos mí feliz o adversa suerte. Esa humanidad desgraciada tiene en sus infortunios el consuelo de ver sólo del lado por donde, ya legítima o ya infundada, su esperanza ha de venir.

Yo esperaba, pero mi esperanza, que creía vida, era muerte para Rafael, hielo para mi corazón. Si no hubiera esperado, si hubiera renunciado a mi esperanza hasta que hubiese dejado de latir mi corazón, otra llegara a ser la suerte de Rafael y hubiera sido feliz durante aquella existencia suya sobre la tierra.

CAPÍTULO TERCERO

(Dictado de ESTRELLA)

INMÓVIL Y TRISTE COMO UNA RUINA!

I

Si lo grande, si lo inmenso e ilimitado, si el infinito, en fin, admira cuando la inteligencia se lanza atrevida con supremo esfuerzo a investigarlo, más se admira cuando circunscribiéndose a la esfera de su poder se fija en un detalle o en un átomo de la inmensidad.

La inteligencia se aturde y la razón se trastorna cuando al fijarse en todo lo que al ser rodea encuentran el infinito en el espacio, el infinito en el tiempo, el infinito en la agregación de moléculas y también el infinito en la división de átomos siempre divisibles aun cuando eternamente se dividan.

En dónde está el principio? Dónde está el fin? Y si no los hay, si no hay límites, en dónde se encuentra, dónde está el punto de partida de lo infinito hacia lo grande, y de lo infinito hacia lo pequeño?

En dónde está el punto del universo que reúna condiciones para ser el justo medio desde el cual se pueda abrazar de una sola mirada todo lo que aumentándose infinitamente crece y todo lo que restándose infinitamente disminuye?

En dónde está la unidad de medida de la que quitando un punto es pequeña, o a la que añadiendo un punto es grande?

No hay lugar, no hay punto en el espacio de condiciones suficientes para contener en sí solo un ser capaz de reunir una afirmación que responda a todo lo que he preguntado: por más que la inteligencia se fatigue, no encontrará un más al que no pueda agregarse más, ni un menos donde no haya menos.

Ser más o ser menos no es completamente ser? Cómo ha de ser completamente ser lo que aumentándose puede ser más o disminuyéndose puede ser menos?

Hay algún ser que sea completamente ser, ser que siendo no puede ser absolutamente mas, ni absolutamente menos?

Viendo seres que pueden ser más y más, viendo seres que vienen de menos y menos, la razón dicta que hay un ser principio de los seres que empiezan y fin de los seres que se completan.

Siendo indispensable un ser completo principio y fin de todos los seres, cabe la posibilidad de más de un ser completo, a su vez principio y fin?

No, porque aún suponiendo los menos que pudieran ser, es decir, dos, dos serían los principios y dos los fines de todos los seres y partiendo estos dos principios igualmente completos para ir a dos fines completamente iguales, el medio justo de estos dos principios y de dos fines serían un principio y un fin más completos que los principios de partida y los fines de llegada.

Además, aún suponiendo dos principios y dos fines con fuerzas por sí solas suficientes para despedir y atraer a sí todas las cosas de las que fueran complemento, resultarían dos infinitos, dos espacios, dos tiempos y dos creaciones independientes; y claro está que en el todo, que lo llena todo, otro no cabe, y que lo que esencialmente es, no puede ser otra cosa.

Y qué es el ser que es, el ser único, el ser que no es más ni menos, el ser completo, el ser principio que se esconde más allá del infinito pequeño y el ser fin que se extiende más allá de la inmensidad?

Es lo que el hombre al considerarse llama ser, y es lo que aumentando más y más, llama Dios: es, Ser Dios.

Pero como Dios no es más que se alcance, aunque a más se añada infinitamente más, sino ser completo y culminante fuera de todo aumento, el hombre que es menos y que está dentro de la esfera donde todo es susceptible de más, no conoce ni es capaz de conocer al Ser completo, Dios, sino en la parte que en su inteligencia, limitada cabe.

No hay, no puede haber más que un Ser esencialmente ser, ser único, ser exacto, ser completo; no hay más que un Dios.

Ser que extendió en el infinito una creación única, esencial, completa, exacta, que cuanto más se perfecciona y progresa en sus detalles, más se eleva digna de Dios.

Cuál será este Dios, cuál su creación cuando, perfeccionándose ésta constantemente en el infinito, jamás el resumen de todas sus perfecciones podrá alcanzar la grandeza de Dios?

Sólo la ilimitada perfección de Dios es capaz de crear lo exacto, a fin de que, perfeccionándose eternamente, no pueda, por más que avance, llegar a EL.

Cada ser es un detalle de esa creación, más perfecto cuanto más inteligente y cuanto más sensible.

Dentro de cada especie de seres es más perfecto aquel que reúne en mayor grado estas dos cualidades indispensables para la mejor perfección.

El hombre observa y cumple este principio verdadero en el hombre, puesto que reconoce superioridad en aquel que más siente y mejor entiende.

II

Hoy que puedo apreciar cuanto la ciencia vale y cuanto el sentimiento eleva, conozco, al compararme con Marietta, cuánto era ella superior a mí en la época que describimos de nuestra existencia.

Su amor rebosaba de ella misma sobre los demás y para los demás; el mío no pasaba de mí.

Su amor la hacia doblemente feliz, porque se lo devolvía a medida que ella sentía amor; el mío sólo a mí me hacia feliz; felicidad llena de inquietud, porque nadie podía volver lo que de mi no pasaba.

Qué diferencial Ella amaba a Rafael, por él; yo amaba a Rafael, por mí.

Su amor era dignidad; el mío orgullo.

El suyo fue espontáneo, natural e inalterable; el mío fue calculado, violento y vario.

Su amor fue una ofrenda, un sacrificio hecho por el objeto amado; el mío fue un rapto sacrílego con el que desvanecí sus esperanzas, pero no su fe inquebrantable.

El aroma de su amor, aun sin ídolo, continuo subiendo al cielo; el del mío se esparramó por la tierra.

Ella, en fin, sacrificó su amor a los deberes de Rafael; yo los deberes de Rafael a mi amor. Distancia inmensa la que mediaba entonces entre Marietta y yo!

III

Después de aquel golpe tan terrible, con el que llevé a cabo la más inicua de las traiciones, Rafael no pudo menos de condensar en mí todo su afecto, lo que es natural, puesto que viviendo necesitaba de alguien que compensara la pérdida dolorosa que habla sufrido.

A fines del año de 1648 pasó Rafael a Cataluña con una misión puramente militar. Durante esta ausencia, su virtuosa madre dejó de existir; volvió precipitadamente a Granada con este motivo, y entonces encontró en mi todo el consuelo que podía esperar de un corazón cariñoso: esto le obligó a fijar toda su atención en mí.

No era justo que pudiera disfrutar mucho tiempo del fruto de mi traición. La mentira deja siempre, por más que se encierre para no ser descubierta, un punto franqueable por donde la verdad pueda entrar a destruirla.

Había corrido ya casi la mitad del siguiente año de 1649, cuando un día un compañero de armas de Rafael le anunció que preguntaban por él desde Nápoles.

Es necesario haber sufrido una de esas grandes pérdidas que oscurecen el porvenir y matan la perspectiva de una gran felicidad; ver que, después de haber sobrevivido a golpe tan terrible, tal felicidad perdida resucita, y nos presenta el mismo cuadro halagüeño que antes de haberla creído muerta, para explicar y concebir la sacudida que habría experimentado el alma de Rafael al saber que Marietta existía.

No le volví a ver más. La primera noticia que tuve de la pérdida del fruto de mis afanes adquirido por medios tan perversos e inexcusables, fue un billete concebido en los siguientes términos:

«Adiós; no me volverás a ver más. He sido víctima de una traición: no me propongo lanzarme en averiguaciones que me obligarían acaso a vengarme de quien ha sido por mucho tiempo objeto de mis atenciones y deseos; perdono por mi parte, porque sé que también perdonará quien ha sido víctima al mismo

tiempo que yo. Me voy para no volver, y de modo que no se me encuentre. Voy a cumplir la promesa hecha un día delante de Dios. –Rafael».

Para comprender y sentir la sacudida que experimentó mi alma después de la lectura de aquel billete, es preciso poseerlo todo, y todo perderlo de un solo golpe.

La leona acosada en su guarida será capaz de desplegar tanta cólera; más, no.

Los más sangrientos planes no me parecían bastante vastos para satisfacer mi venganza.

Desahogados los primeros arranques de mi furor, las lágrimas vinieron a modificar algún tanto mis violentos propósitos; pero como no eran de arrepentimiento, no me obligaron a desistir ni a ceder.

Comprendí que, por de pronto, era preciso evitar a todo trance que Marietta y Rafael llegaran a encontrarse.

No había más remedio que obrar inmediatamente.

Supe que había partido a Madrid. El afán me dio alas y tuve habilidad para llegar antes que él a fuerza de oro y de amaños conseguí averiguar su paradero: hice que le espiasen; no me descuidaba un momento; él se ocultaba, pero la huella de sus pasos no fue perdida por los que le seguían.

Por fin, cuando se dirigía a uno de los puertos del Mediterráneo, con intención de embarcarse para Italia, merced a una traición e intrigas mías, fue detenido y preso.

Más tarde fue destinado al ejército y.....

IV

Para qué ensañarme con la descripción de su temprana muerte? Evíteseme el dolor de llegar hasta el fin de aquella vida, que al encontrar su última hora, paralizó también los movimientos de otro gran corazón.

Estas confesiones cuando se hacen públicas, tienen su límite. Basta que el remordimiento haya punzado en el silencio. Basta que en la soledad se hayan devorado lágrimas. Basta con lo mucho que aun estoy obligada a decir.

V

(Dictado de MARIETTA)

Vivir sin experimentar movimiento en el corazón, vivir con el alma aspirando constantemente hacia la eternidad, no es vivir. La historia de una existencia cesa allí donde el centro que la rige, el corazón, queda sin movimiento.

Cuando se seca la hermosa rama de la esperanza que brota en un corazón que despierta, cuando se marchitan las hojas de su flor sin haber dado su fruto, ese corazón y esa vida sin rama de esperanza ni flor de ilusiones, no viven, vegetan, son seres que presencian su propia muerte, que viven después de haber muerto.

Yo tuve una existencia y un corazón así, vivos después de haber presenciado su muerte, muertos y presenciando una vida.

Vivir y ver la noche en el día, vivir y no presentir durante La noche el día, ver con vaga indiferencia todo y no hallar emoción en nada, no llorar, no sentir, no encontrar otro sitio donde la mirada descansa más que algún punto predilecto del cielo en el cual parece que algo espera y se impacienta, no es existir, es haber muerto y morir antes de existir de nuevo.

Si hay algo que se aproxime al ser y no ser a un tiempo mismo, es sin duda esta manera de vivir: difícil es describirla, porque donde no hay calor, ni movimiento, ni sensaciones que expresar, cualquier lenguaje se agita demasiado, cualquier expresión es viva.

Voy a seguir; pero seguiré, por ahora, hasta el momento en que mi corazón dejó de existir; la palabra, si ha de ser fiel, debe espirar en los labios cuando los sentimientos mueren.

Porque el último periodo de mi existencia sin el corazón sobraba, y lo que sobra se aparta.

Herminia me dijo un día que sabía con seguridad que Rafael se encontraba en Granada, ciudad de España y residencia de su familia; que lo había llegado a saber por un capitán del ejército español, quien le conoció

mucho, habiendo ofrecido hacer llegar a él noticias más y poder facilitarme algunas noticias seguras de su paradero.

Esta solicitud y promesas de Herminia me reanimaron, faltándome sólo, para considerarme completamente feliz, la seguridad de que Rafael esperaba todavía de la misma manera que yo esperaba.

Pasó mucho tiempo y las investigaciones de Herminia no adelantaron gran cosa; sólo llegó a saber, a fuerza de importunar, que Rafael había desaparecido de Granada sin saberse su paradero.

A pesar de lo incompleto de estas noticias, ya no dejaba de acariciar la idea de que acaso en la hora que menos lo esperara, su presencia viniera a llenar el colmo de la dicha con que soñaba entonces.

Pero en vano: hay satisfacciones que sólo pueden ser alimentadas por los sueños, porque la tierra es demasiado árida para sustentarlás.

VI

Por fin..., llegó un día a mi noticia que Rafael había muerto. En los disturbios de Cataluña, un acero enemigo rompió su pecho. Recibí su despedida y su último suspiro enviado desde su lecho de dolor. Me suplicó que viviera para que mi corazón le sirviera de sepulcro, hasta que, en el cielo, pudiéramos cumplir la promesa que habíamos hecho delante de Dios.

Viví, sí, porque como Rafael me había suplicado que viviera, mi propia existencia era para mí un sagrado. Viví. Pero cómo! Sin movimiento, sin luz, sin amor, como puede concebirse que se viva sin alma. Viví hasta que no pude más, hasta que no tuve más remedio que morir.

VII

Exigencias de familia me obligaron a ser esposa muy poco tiempo después de haber sabido la muerte de Rafael.

Corría el peligro de quedarme completamente sola en el mundo, y se pensó en elegirme esposo. La casa de mi padre había venido a menos, y no era posible que una joven permaneciera abandonada en el mundo sin recurso de ninguna clase.

Un joven industrial que tenía fama de construir las más ligeras y esbeltas barcas que cruzaban el Golfo de Nápoles, me ofreció su corazón; y yo no pude ofrecerle más que mi mano cuando asediada por los consejos de todos, me decidí a unir con él mi suerte.

Fui al altar inmóvil y triste como una ruina; seco el corazón, sin alma. Mi prometido se casó con una estatua. El lo sabía, pero, cuánto me pesó después no haberme resistido a jurar deberes, que me sería imposible cumplir!

Luego fui madre.

La desgracia siguió cebándose en mí, por lo mismo, sin duda, que llegué a ser insensible a sus golpes. Todo lo perdí, esposo e hijos en poco tiempo. Era mi destino vivir, joven aún, completamente sola sobre la tierra.

Poco sobreviví al último de mis pobres ángeles. ay! El cielo me los arrebató, acaso para que vivieran en otro seno más fecundo de amor y vida: el mío estaba yerto.

Abandoné la tierra donde tanto sufrí, sin pesar, y la tengo predilección, porque en ella entrevió mi alma la felicidad que a la virtud abre el porvenir.

MARIETTA

SEGUNDA PARTE

PÁGINAS DE ULTRATUMBA

Ben e pietá che, la pietade e 'l zelo
uman cedendo, autor sen creda il cielo.

.....

INTRODUCCIÓN

I

Ni la existencia, ni el trabajo, ni el dolor, concluyen donde empieza un sepulcro, Si el agitado sueño de la vida no es el reposo, no lo es tampoco el profundo sueño de la muerte. No es el ser inanimado, inerte y frío, la actitud inmóvil de un descanso eterno.

Si vivir es movimiento, morir es tomar otro nuevo; es terminar una tarea impuesta de existencia, para emprender otra, consecuencia de la anterior; es el fin de una jornada que conduce a un progreso.

Morir es desviar la visión del nervio óptico que transmite la imagen; es romper el pensamiento a través del cráneo que le contiene; es eliminar la voluntad del músculo que la obedece; es despejar la memoria de las densas brumas de la materia; es dar amplitud a la materia sujeta a ondulaciones limitadas; es, en fin, emanciparse el alma de la esclavitud de una organización por naturaleza fatal.

Termina cierto modo de ser, se rompe una unión, se adquiere la manera esencial de estar.

La materia sin fuerza impulsiva que la mueva, que la renueve y sostenga, cae para continuar su elaboración en transformaciones naturales. Y el alma, ese poder eterno que se agita independiente del tiempo y del espacio, vuela a confundirse en perfecciones más altas, en conocimientos más vastos, y en virtudes más grandes.

Donde naciera la nada por cesar una vida, se hiciera un vacío donde está lleno todo.

Y antes al contrario; una vida es fuente de eterna vida; ella multiplica la potencia creadora que recibe.

Ese espíritu que parece desvanecido con el último latido de la arteria y el postrer sacudimiento del corazón, que parece aniquilado por el esfuerzo de la agonía, debe desplegar después facultades y aptitudes tantas, tan infinitas y varias, como varias o infinitas son las combinaciones del elemento físico sobre el cual vive y trabaja.

II

A demostrarlo así, va encaminado este libro, escrito muy principalmente para vosotros, los que sin prescindir del presente, todo lo esperáis del porvenir de ultratumba.

Espíritus de aquellos seres cuya huella se ha borrado del mundo y cuya memoria se evaporó con la última lágrima que se vertió por ellos; espíritus de aquellos seres confundidos y amontonados en la masa común de las generaciones pasadas, y cuyas cenizas removió el viento y esparció la tempestad, somos nosotros que queremos contribuir a ensanchar en vuestra inteligencia la idea nueva que os fue transmitida en momentos de meditación y silencio por el rayo de las estrellas.

Nosotros queremos contribuir a que sea menos denso el velo que se interpone entre vuestra mirada y la luz. Queremos ser de las primeras aves mensajeras del mundo que descubris. Queremos formar parte de vuestro cortejo al emprender la conquista del cielo. Queremos que desde el mar de las revoluciones por el que navegáis con recelo, podáis entrever la costa que se acerca; ribera de un paraíso que esconde en las entrañas de su tierra el codiciado filón de todas las filosofías, el oro puro de la verdad.

Que no degeneren en desaliento el cansancio de la duda en el camino que emprendéis, porque otra hora de renacimiento ha sonado, porque vais a entrar moralmente en la sociedad del universo, porque vais a señalar

el camino que conduce al hombre a las moradas que le esperan, donde al tomar asiento, irá encontrando resuelto su problema de siempre, e irá tocando realizados sus ideales más bellos, porque el cielo se entreabre para hablar con vosotros, dejando de ser desde ahora el confidente mudo de vuestras esperanzas. Porque vais a encontrar armonías más brillantes y más sonoras acordes para el arpa de vuestros músicos, nuevos encantos y otras hazañas que reproduzca el genio de vuestros pintores, y otros héroes y sentimientos nuevos para el canto de vuestros poetas.

Que el cansancio de la duda no detenga vuestros pasos, porque vais a sentir el infinito, a tocarlo, a medirlo como sólo el infinito se mide, remontando sus bellezas. Y sería triste, muy triste, que cuando el rayo de otros soles hiere vuestra pupila, y la voz de los ángeles os despierta, y el Espíritu de verdad ahuyentando el del error se acerca; sería triste que volvierais a cerrar los ojos y os volvierais a dormir,

III

Cuando el feudalismo moría refugiado en el torreón más sombrío de sus ruinosos castillos, el genio del Norte forjaba los caracteres de hierro con que se puede hablar a un tiempo con la humanidad entera. así vosotros, cuando la intolerancia, ese feudalismo de la conciencia, a penas se atreve a traspasar el pórtico de los templos, trazáis sobre el papel con un movimiento rápido, convulsivo, eléctrico, los primeros caracteres con que os puede transmitir su pensamiento la inmensidad.

Mientras el dogma se reía del visionario que previó regiones nuevas más allá del desierto de agua que las separaba del mundo antiguo, la visión de aquel soñador se levantó del seno de los mares, engalanada con los más seductores atavíos de la naturaleza, y envuelta en más riquezas que las que hasta entonces soñara el deseo más avaro. Del mismo modo mientras los restos carcomidos del pasado se burlan de vosotros, visionarios de hoy, la eternidad habla; hace sus promesas, y se os presenta en un mundo formado de polvo de soles, en el que se agita y vive el espíritu de vuestros antepasados.

IV

Habitante del espacio, fénix que renace de la materia, peregrino de los mundos que deja en cada uno de ellos un ser que fue y es él, cuenta sus horas por duraciones de vida. Guerrero incansable, se viste de organismo para luchar y añadir a sus dominios más verdad y a su poder más luz. Su nombre es un pensamiento que resume en un acto todas sus virtudes. Es conocido por la apoteosis de sus hechos, impresa en los pliegues de su conciencia. Reside fuera de las esferas de acción y sensación humana. Se asienta en el éter. Ve pasar a su lado los tiempos, cuyo soplo sacude su fluídica vestidura, resto flotante, azul desprendido de la colgada tienda de estrellas que le sirve de morada. Preside desde su Olimpo los movimientos y armonías del Universo que un tiempo habitó, y en el que, con la justicia por norte, salió triunfante de sí mismo. Y después de saborear sus glorias, prepárase para otras empresas en universos ignorados.

V

Hay una fuerza moral, justa, que mide en todas partes con equidad el merecimiento.

Cada espíritu ha de ganar su reino y fabricar su trono si quiere entrar en el Paraíso.

En las moradas del Padre no se entra por sorpresa.

Todo allí ha de ser legítimamente adquirido.

Cada ser se ha de coronar sobre su obra, o ha de cegarle el polvo de lo que destruya.

El Edén no se cierra jamás. Nadie para ganarle está privado de la fuerza necesaria. No hay espíritu a quien no le ayuden la voluntad y la razón.

Ha de preceder siempre la fatiga del trabajo a la embriaguez del triunfo; si no, puede el latido del dolor convertirse en remordimiento.

Hay en los cielos campo para una codicia eterna de bien, y fuente para una sed insaciable de saber. Va el espíritu encontrando en la estrellada bóveda de cada mundo una corona para él. a cada una que conquista acorta su distancia a Dios. Y el Iris de la paz, arco triunfal de la esperanza, enseña luminosa con que la naturaleza sella su pacto con la sabiduría, extiende sus vivos colores, y su brillante anillo envuelve un

espacio más que ciñe al espíritu. Y éste encuentra así caminos que conducen a. más ciencia, y expansiones a más virtud.

VI

Más allá del sepulcro el alma vive, trabaja y llora, descansa y goza.

Veamos en las páginas que siguen la vida de dos almas.

PAGINAS DE ULTRATUMBA
LIBRO PRIMERO
(Dictado de MARIETTA)

CAPÍTULO PRIMERO
EL PRIMER DÍA DE UN MUERTO

I

Yo me sentía morir. Estaba enferma, muy enferma. Un dolor que algún tiempo atrás se fijara en mi corazón, apurando mi sufrimiento, recrudecía sus latidos. La fiebre abrasaba mi cabeza, y el filo se apoderaba de mis pies.

Morir! Este refugio de los seres fatigados por el cansancio de la vida, esta esperanza única de aquellas almas que acrisoladas en un sentimiento puro, no encuentran sobre la tierra quietud para su sueño, manantial para su sed, ni amor para su amor; morir! esta idea que intimida tanto a los mismos seres que tienen que morir, fue acariciada por mi deseo con los halagos tristes de una pena que no ha de concluir jamás.

Me sentía morir, pero sin miedo; porque un corazón yerto y desheredado de todos los afectos, no tiene horror al vacío; es un abismo profundo donde cabe el abismo de la muerte.

Tocaba al término de la vida, sin haber empezado a vivir; sin tener a quien dejar uno de esos recuerdos, que son la presencia viva de un ser allegado y querido, a través del sepulcro, al que me aproximaba, joven todavía, languideciendo en mi lecho solitario, cerca de la cuna vacía de mis hijos, arrebatados a mi cuidado por la muerte, en su más temprana edad.

Sola! Enteramente sola iba a morir, la hija, la esposa, la madre, la mujer tan amada un día; sin padres y sin esposo, sin hijos y sin el bien amado!

Oh! Dios mío! Si no hubieras vigorizado la naturaleza del dolor con la virtud de la resignación, esta fuerza de los débiles que sostiene a los desgraciados, no fuera suficiente ni un olvido eterno para despejar una existencia de las brumas negras de una inmensa desgracia.

II

En el año de 1661, ocupaba yo la más retirada habitación de una pequeña casa sita en estrecha y revuelta callejuela que aflúa a la calle de Toledo de la ciudad de Nápoles. Y como la soledad contribuye en cierto modo a dar vida con el pensamiento a los seres amados que se han perdido, vivía enteramente sola, creyéndome así más próxima de su presencia.

Unicamente Herminia, la cariñosa amiga, la hermana de mi juventud, tenía la costumbre de verme casi todos los días. Y una pobre mujer del pueblo, habitante en la misma casa, madre de un precioso niño a quien yo misma habla enseñado a pronunciar las primeras oraciones al *Cristo* y a la *Madona*, cuidaba de mi y de mi pequeño ajuar en los pocos momentos que la necesitaba.

En la primavera de dicho año, una noche, devorada por la calentura que era constante en mí por la enfermedad que me mataba, difícilmente conseguí arrastrarme hasta mi lecho.

Pude dormir; pero al despertar con los primeros albores del nuevo día, mi cerebro adquirió una lucidez que jamás había experimentado. Y sin embargo, la debilidad era tan grande, que no podía alargar mi mano y alcanzar agua con que humedecer mis labios que los sentía secos y ardientes.

Tuve en aquel momento, por primera vez, miedo de encontrarme sola. Padecía mucho, y más que nunca el dolor me atormentaba.

Ni una voz, ni el más pequeño gemido se exhaló de mi angustiado corazón. Estaba tan acostumbrada a sufrir sin quejarme! Como único consuelo, busqué con la vista la cruz de ébano que pendía de la cabecera de mi cama, y una lágrima silenciosa, devorada por el fuego de mis párpados, una de esas lágrimas capaces de redimir toda una eternidad de remordimientos y de faltas, asomó a mis ojos, arrancada, por el sufrimiento, de

lo más profundo del alma. Aquella lágrima, más que una queja, fue una oración elevada en nombre de todos los infortunios.

III

Aquel gran sentimiento embargó todo mi ser. Hería mi cabeza el latido precursor al desvanecimiento de los sentidos. Mi vista se veló, pero percibía clara y distintamente cómo se creaba delante de mí, y alrededor de mí, un espacio sin límites, un inmenso vacío, rojizo como el reflejo de esas nubes color de fuego que arrojan sobre la noche desde el horizonte los últimos rayos que les presta el día.

Y veía también en aquel piélagos de dudosa luz, manchas o sombras de forma incierta, y multitud de puntos luminosos, focos de infinidad de círculos concéntricos, que se dilataban buscando los bordes de aquel abismo, con la misma lentitud que las ondulaciones de la agitación violenta de un lago se pierden en la orilla.

Y así como al contemplar el cielo de una noche serena buscan los ojos alguna estrella que con los efluvios de su centelleo establece con el alma una corriente de simpatía y atracción desconocidas, yo, en aquel momento, sentía involuntariamente atraída mi atención por uno de los centros de aquellas inmensas ondas. Pude, después, observar que aquel punto se condensaba e iba imperceptiblemente adquiriendo cuerpo, y por último una forma humana...

Un grito del alma, que lo sentí resonar en toda aquella inmensidad, se escapó de mi seca garganta. La sombra de Rafael, era aquella sombra que acentuaba cada vez más sus contornos. Su actitud y sus facciones se reprodujeron allí con tal verdad, que no daban lugar a duda. Él mismo era, y sacudido por un movimiento de vida, sus labios sonrieron, me envolvió con el brillo de su mirada, y sus brazos se extendieron hacia mí, como si quisieran atraerme, o intentaran bendecirme.

IV

Luego mi memoria, saliendo de la confusión del olvido, y convirtiendo en presente el pasado, hizo que mi atónita mirada no perdiera un solo hecho, ni un solo detalle, por indiferente que fuera, de mi existencia, que se deslizaba en un largo cuadro detrás de aquella sombra querida. Allí me vi niña y después mujer; allí presencié mi infancia alegre en el hogar, allí mi juventud triste, allí la vejez prematura de mi corazón.

Vi, entre mil escenas, pasar primero el marcado aspecto de un ser que conocí al momento, seguido de muy cerca por otro venerable, y que rodeados de los cuidados y juegos de mi niñez, trajeron a mi memoria con su presencia todos sus desvelos y todas sus privaciones por mí. Mis padres eran, y seres o sombras, realidad o sueño, tuvieron para su hija, después de la muerte, una sonrisa dulce y una mirada tierna; yo vi sus rostros estremecerse de placer e inundarse de alegría; que aun en el reino de las almas, y en el mismo lugar donde se amontonan los restos de los que dejan la vida, más que los cipreses y las flores movidos por el viento, se conmueven las cenizas de los que fueron padres, si se acercan a interrumpir el silencio sagrado de las tumbas, los pasos vacilantes, o la plegaria de gratitud de los que fueron sus hijos.

Vi, después, el rostro de otro ser, de modesto porte y de ademanes sencillos, el cual me inspiró agradecimiento y respeto. Era mi esposo, arrebatado a la vida en lo mejor de sus años.

Seguíanle nuestros hijos, cuyas miradas inocentes traían en su rayo hasta mi alma un mundo de felicidad, pero también otro de dolor.

En un solo momento experimenté dicha y pena. En el instante supremo en que les volvía a ver, sentí el calor de la vida y el frío de la muerte.

Es verdad que yo les había dado el ser y toda mi sangre. Ay! Pero qué importa, si los habla perdido!

No; no hay amor como el autor de madre; pero tampoco hay dolor como su dolor. No hay ráfagas de indiferencia ni de olvido que anublen el cielo de su ternura; no hay goce que compense el tormento de su corazón.

Así conmovida, seguí presenciando, con todo lo que había conocido y amado, los sitios, los días, todas las amarguras y pequeñas felicidades en que se había desarrollado mi breve y retirada vida. Ni una sola emoción, ni una esperanza o temor de más de treinta años de existencia, dejaron de reproducirse en aquel momento; lo mismo en mí, que fuera de mí, lo mismo ante los ojos, que en el santuario de la conciencia.

V

No había en aquel inmenso sepulcro sin límites y sin tiempo, más rumor que el estremecimiento de mi alma, más polvo que el de mi cuerpo enfermo, ni más sombra que la de mis recuerdos.

Así como el reflejo débil se confunde en el rayo vivo, todas aquellas figuras sumergieron su movimiento y colorido en el rojo ambiente de aquella atmósfera de fuego. Con las cosas cumplidas, desapareció el cuadro que las reprodujera. Y mi cuerpo, cual si fuera el único de aquella fantástica creación que pudiera gravitar, empezó a caer en aquel abismo de luz. Y la imaginación, única parte animada de la inteligencia en que se dilataba todo el espíritu, creyó que no había punto de reposo en aquel espacio, ni hora final en aquel tiempo. Lo limitado y la eternidad pesaban sobre mi cráneo con gravedad acumulada, y sufrí largos instantes con la cruel sospecha de que el averno se abría para mi; mas el vértigo de aquella caída embotó mis sensaciones, y se apoderó de mi cabeza otro delirio de aquel delirio, u otro sueño de aquella muerte.

VI

No sé cuánto tiempo permanecí así, confundida en el no ser, sumergida en la nada... Sólo sé que llegué a reconocirme, que me sentí, que desperté en mi propio lecho, inundados los ojos de luz.

Era ya muy entrado el día, la mañana espléndida y el sol brillante.

VII

Indudablemente habla soñado.

Acaso el sueño, lenitivo de los males, por más que hubiera sido penoso, había reparado mis agotadas fuerzas y mi salud quebrantada, porque... me encontraba tan bien!

La fiebre habla desaparecido, y lejos de postrarme la debilidad, sentía impulsos de gran movimiento.

La gravedad de mi mal durante aquella noche de angustia, había sido un delirio: delirio y nada más.

Verdad que acababa de pasar por momentos en que había creído que la muerte venía a envolverme en sus misterios. Pero no; debilidad y fiebre. He aquí todo.

Pues qué! la tarde anterior no me había dedicado a mis faenas ordinarias?

Cierto que estaba enferma, pero mi mal era de los que minan lentamente la existencia. Debía morir joven; pero acaso no tan pronto.

El alivio que experimentaba entonces, confirmaba mis reflexiones. Ni siquiera sentía el dolor que más o menos me molestaba siempre.

Me levante, me vestí, acerquéme a la ventana y permanecí largo rato contemplando el purísimo cielo que alegra siempre a la ciudad de Nápoles.

Lo veía y lo encontraba más hermoso que nunca, como más hermosa que nunca ve a la desviada patria en sus sueños el desterrado.

Me volví, y mis pasos me llevaron sin objeto alguno hasta el centro de la habitación...

VIII

Pero retrocedí aterrada, hasta apoyarme en la misma ventana que hacia un momento había abandonado... Retrocedí con el espanto en los ojos, el miedo en el corazón, y el frío en el alma.

Acababa de verme tendida en mi propia cama. Sí. Acababa de ver mi rostro pálido e inmóvil, con mis ojos y mi boca entreabiertos, como si expresaran una última mirada y un último suspiro. Acababa de ver mi rubia cabellera, rodeando aquella cabeza abandonada como la del ser en que deja de vivir el pensamiento. Acababa de ver la propia ropa que vestía en aquel momento, plegada con abandono en el mismo sitio donde la había dejado la noche anterior.

Estreché la cabeza con mis manos, y un sudor frío empapaba mis cabellos. Las llevé después a mi pecho y sentí calor y los latidos precipitados de mi corazón.

Yo estaba allí, y también estaba más allá! Yo me sentía y me tocaba, y me veía fuera de mi!

Qué era aquello? Continuaba mi delirio? Duraba todavía mi sueño? No. De nada se tiene más conciencia que de estar despierto.

IX

Algún tiempo permanecí en la actitud en que me sorprendiera el terror: petrificada, inmóvil, fija la vista en aquel otro yo, en aquella reproducción de mí misma, dudando si era visión lo que veía, o si la visión era yo.

De esta inmovilidad me sacó el ruido de unos pasos: oí claramente crujir los peldaños de la estrecha escalera que conducía a mi habitación.

Después oí llamar suavemente a la puerta, cerrada siempre por el interior, para entregarme al sueño.

Debía ser Herminia, mi querida amiga, que vendría a hacerme su cotidiana visita.

Me dirigí a la puerta, pero observé con extrañeza que la cerradura no cedía a los esfuerzos de mi mano.

Ella volvió a llamar: respondí una, dos, tres veces, pero no me oía porque continuaba llamando cada vez con más impaciencia.

Llamó por última vez, contesté y nada. Después oí que bajaban la escalera.

Grité, golpeé, di voces, y continuaba bajando. Intenté de nuevo abrir la puerta, y nada pude conseguir.

A. los pocos momentos, pasos otra vez en la escalera, y más precipitados. Tres voces pronunciaron mi nombre: voces bien conocidas para mí: la de Herminia, la de la mujer que me cuidaba y la de su hijo: y por más que contestaba, grandes golpes y muy repetidos resonaban en toda la casa.

Inútiles los esfuerzos desesperados de unos y otros, inútiles nuestras voces, porque ni ellos me oían, ni yo lograba hacerme oír, llegó a mi oído claramente que deliberaban sobre la causa de mi silencio, o la de mi extraña ausencia, si cautelosamente había abandonado mi retiro.

Empezaron a temer y a sentirse aguijoneadas por un recelo extraño y una sospecha cruel, y después de agotar todos los medios para hacerse sentir del más dormido, pero sin éxito alguno, me abandonaron por segunda vez.

X

Qué triste situación la mía! Sola; encerrada con aquel fantasma muerto o que dormía, sin que nadie oyera mis voces, ni corriera en mi socorro!

Y qué hacer? Quedaba la única solución de todas las desgracias, Esperar!...

Yo sabía que Herminia volvía pronto. Ella no, dejaría las cosas en tal estado.

Esperé, pues, todavía, media hora: larga y angustiosa como los momentos que preceden a un acontecimiento grave que ha de decidir de nuestra suerte.

XI

Nuevos pasos se dejaron oír.

La voz de Herminia apagada por los sollozos, pronunció mi nombre.

Me lancé a la puerta, y aplicando los labios todo lo que podía a la abertura, dije con acento desfallecido por la emoción:

—Herminia! No me oyes? Yo estoy aquí.

—Abro? replicó una voz varonil que no conocía. —Sí; contestó Herminia con resolución: —Abrid.

Un fuerte martillazo que resonó casi junto a mi cabeza, me hizo retroceder apresuradamente.

A los pocos momentos, la puerta se abría con estrépito de par en par.

Un hombre apareció en el dintel con unas grandes herramientas en la mano, y Herminia, el niño y su madre entraron en la habitación.

No dieron muestras de apercibirse de mi presencia, por más que les salí al paso, sino que, con marcada inquietud, se dirigieron a mi cama.

XII

Ay! Presenció una escena desgarradora.

—Marietta! Marietta! —gritaba Herminia sacudiendo con fuerza aquel cuerpo. *Parla! Rispondi a me!* Y el niño profundamente conmovido también me llamaba.

—Es inútil —dijo la pobre madre llorando.

—Oh, Dios mío! Ha muerto como vivió: sola enteramente con su dolor.

La desesperación de Herminia no tuvo límites. Levantó sus brazos al cielo. <*Dio di bontá!* decía: *O me infelice! Sventurata Marietta!*> Y cayó herida por el dolor sobre aquel cadáver.

XIII

Todo lo comprendí...

Un último recurso me quedaba para comprenderlo mejor. Quise socorrer a Herminia, acariciar al niño, consolar a su madre, pero nada: no me velan, ni eran atendidas mis sentidas palabras.

Si. Yo comprendí a que acababa de morir.

Pero, era la muerte aquello? Es morir, ver, oír, y tocar como cuando se vive?

Ay! Sí. Yo sólo era entonces la sombra modelada aun por los contornos de una forma: el soplo de un pensamiento y la acción de una voluntad, sin objetos sobre que ejercer los efectos de sus sensaciones. Ya era un alma pura sostenida por ilusiones de vida orgánica.

Ay! La cadena parece que se arrastra, aún después de la libertad.

XIV

Apurados todos los medios para hacerme entender, sin conseguir siquiera despertar en aquellos pobres y lastimados seres ni una sospecha de que yo pudiera verlos y oírlos, una fuerza interior y desconocida me obligó a abandonar aquella casa, donde el dolor dejara abandonados en mi lecho mis restos inanimados a la muerte.

Me quedaba algo que hacer allí? Nada. Necesitaba el espacio. El infinito ejercía ya su influencia sobre mí y me atraía con fascinación irresistible. El techo de mi hogar, único refugio, en mis días de pequeños placeres, era ya una pesadumbre para la dilatación a que tendía mi alma. Y la palabra de los hombres, y sus lamentos y sus quejas, un eco desagradable.

Salí a la calle con el atolondramiento del prisionero, a quien impensadamente se abren las puertas de su cárcel.

XV

Anduve largo tiempo por un dédalo de angostas calles, extraviada como el criminal huyendo a la persecución de la voz que le acusa, hasta que un cansancio desconocido que no me producía fatiga, me obligó a detener mis pasos.

Me senté en una gran piedra, casi al pie del ennegrecido muro de un inmenso edificio. Era el convento de padres de San Francisco.

Ante mi vista, se extendía la plaza del Mercado de la risueña ciudad de Nápoles, en la que algunos grupos de mujeres del pueblo con sus vistosos trajes, niños y marineros, pescadores y *lazzaroni*, se extendían a lo largo de los puestos de verdura y barracas de madera.

Sentada allí procuré meditar un momento. Quería precisar mis ideas para darme cuenta más exacta de lo que pasaba por mí.

Pero no me fue posible.

Mi imaginación, como el chispeante fuego de una fragua, y a impulsos de no sé qué soplo misterioso, tenía momentos de gran lucidez y otros muy repetidos de adormecimiento.

Alguna vez dirigía una mirada indagadora a los pocos transeúntes que pasaban a mi lado, entre los cuales, uno solo por casualidad fijó a en mi sus ojos con tanta indiferencia y vaguedad, como si los fijara en el vacío.

Continuaba siendo el ser visible sólo para mí: diáfano como el aire puro que ayuda al rayo visual a recoger la imagen del objeto más lejano; transparente como el cristal, a quien la luz no empaña ni divide.

XVI

Cuál sería mi destino en aquella situación?

Continúa la peregrinación de la existencia, somos patrimonio del dolor, es tan incierta la suerte después de morir como durante la vida?

No se abren los cielos para las almas virtuosas? No hay lugares de reposo para las almas fatigadas? No llega el tiempo en que se cumplen los temores del remordimiento?

Todas estas preguntas me hacía, y el desconsuelo del silencio y el abandono de la soledad contestaban con lágrimas en mis ojos y miedo en mi corazón.

En vano trataría de buscar amparo y ayuda en otros seres. Ninguno se apercibía de mí, nadie podría aliviarme de aquel penoso estado, ni desvanecer las dudas que me atormentaban.

Pero muchos... no se encontrarían en el mismo caso que yo? Y entre ellos, no habría un alma amiga que se interesara por mí?

XVII

Una idea alumbró la noche de mi incertidumbre. Una idea halagadora, tierna, apasionada y que conmovió todo mi ser.

Tal vez Rafael!... Oh! Si le pudiera encontrar... Dios mío! Si le pudiera ver!...

Y abandoné mi asiento agitada por febril impaciencia, impulsada por un ardiente deseo.

Un rayo de esperanza en el reino de las sombras, es más brillante y vivifica más que la luz de los soles.

XVIII

Ya tenía un objeto, ya tenía un fin, algo a que sonreír, algo que temer y que esperar.

La actividad de una nueva vida, había seguido a la inercia de la muerte.

Aquel sentimiento que conservara puro mi alma, extendió de nuevo sus alas tanto tiempo recogidas por la tenacidad de la desgracia, y podía tender su vuelo hacia el bien amado que le atraía.

Corrí por cien calles, y las volví a recorrer: pregunté al cielo y registré la tierra. En tan reducido rincón del mundo, quería encontrar el principio de una senda que me condujera a mi gloria.

Por fin el desaliento arrancó de lo profundo de mi alma ayes lastimeros; y cuando el sol cernía su ascua de oro sobre el Posilipo para sepultar su disco en los mares, bajaba yo directamente del barrio de Loreto a aquella parte de la playa que se llama la Marguellina.

Ay! El día declinaba ya, y con él también mi esperanza.

CAPÍTULO II

VOZ DEL CIELO

I

Sin que yo lo diga aquí, sabrá quien haya amado cuánto dicen al pensamiento los lugares donde se amó.

En las sinuosidades y accidentes de cualquier sitio, el alma va dejando pedazos de sí misma, los cuales tal vez más tarde vuelva a recoger; y conmovida por la arrebatadora elocuencia con que mil veces insisten en la misma idea los objetos más inanimados, lee en su silencio su pasado, y encuentra intactos sus recuerdos.

Cuán armoniosos son los mismos raídos que despertaban el corazón! Cuánto atractivo tienen las mismas horas repetidas, los mismos encantos reproducidos de un tiempo en que esperar y creer eran la única vida posible!

En pos de este ideal habla llegado basta allí, porque cerca de allí, casi en la misma playa, el alma de Rafael y la mía habían establecido aquella corriente secreta y aquellos coloquios mudos que crearan un paraíso para los dos.

Hacia allí encaminé mis pasos, cuando ya el crepúsculo plegaba en el horizonte sus alas de plata y púrpura.

II

Seguí la orilla del mar, acercándome a lo más poblado de la ciudad, y bien pronto llegué al pie de la antigua morada de mis padres. Todavía sobre las tapias del pequeño jardín asomaba la sombría copa de aquel olivo bajo el cual tantas veces había permanecido largo tiempo inmóvil, mientras volaban mis tristes pensamientos.

Muchos, también, los ayes de mi corazón se habían confundido con el rumor de sus hojas, movidas por las brisas del Golfo. Y todavía dominando sus últimas ramas, encaramadas a mayor altura, por más entusiasmo de vida, estaba allí la ventana de aquella estancia, al abrigo de la cual tantas veces había soñado en otra existencia donde emplear la contenida fuerza de mi espíritu.

Y más allá, más próximas al mar, aquellas ruinas, restos de magnificencia pasada, templo de mi amor después, tumba de mis recuerdos entonces; aquellas ruinas, desde las cuales, envueltos en la murmuración de las olas, me habla enviado Rafael sus pensamientos, estaban todavía allí, protegidas por el severo y negro aspecto con que los elementos revisten a la antigüedad.

Para interrogar mejor a los silenciosos testigos de las íntimas escenas del secreto de mi vida, quienes contestaban a mis rápidas y medrosas miradas, ocultos en la noche que ya nos envolvía, busqué un momento de descanso, como otras veces, bajo la bóveda levantada artísticamente por la fuerza del hombre, y entre los escombros desprendidos por las mutilaciones del tiempo.

El vuelo de algún ave nocturna, desprendiéndose de las grietas de los viejos muros, y el silencio y la oscuridad, confundiendo sus idénticos misterios, me llenaban de pavor.

Aquel abandono sin tener dónde recoger un consuelo, abrió ancho cauce a la desesperación en mi alma, que en su temor y su duelo arrancó gemidos y en abundancia lágrimas. Ay! Lloré como jamás había llorado.

III

Pocos momentos después me pareció percibir una voz apagada y dulce, suave como el céfiro, y que pronunciaba mi nombre.

Procuré contener la violencia de mis sollozos, y clara y distintamente volvieron a llamarme.

Me erguí precipitadamente sobre la menuda arena. Quería penetrar con la mirada a través de la oscuridad. Quería sondear la sombra para distinguir al ser que me buscaba allí. No le vi, pero el tierno acento de aquella voz que venía de lo alto ejerciendo sobre mi ánimo una atracción desconocida, replicó al movimiento natural de mi sorpresa: —«Marietta. siéntate, y escucha lo que te voy a decir».

Me senté. Y las siguientes palabras vinieron a tiempo para no maldecir de la existencia.

IV

«—Hermana mía, no llores y no temas. No me busques porque no me encontrarás. Soy para ti todavía lo que tú eres para los hombres. Has muerto para ellos y gozas de mejor salud. Pronto verás tanto como yo, que veo mucho más que tú... No me entiendes?... Pues enlaza tu pensamiento con la eternidad. Compara el bien que has recogido, con el soñado por tu alma bondadosa. Compárale también con el que no hayas podido presentir, y verás que la vida que te abandona hoy, no puede ser más que un paso en el sendero de una existencia eterna antes de llegar a Dios.

»No te quejes del estado en que te encuentras. Es tan natural para que no sea muy fatigosa la transfiguración de tu espíritu!

»La naturaleza obra siempre con lentitud y armonía. Nada produce con precipitación o violencia. El mismo dolor es la reacción del bienestar a que tiende.

»No recuerdas que cuando te encarabas con el sol y le mirabas de frente, conservaban tus ojos largo tiempo la imagen de su disco rojo por más que los privaras de toda luz? Pues lo mismo, absolutamente lo mismo, te sucede ahora. El alma retiene largo tiempo también la presencia viva de un modo de existir abandonado, porque tiene muy reciente la impresión de sus fuerzas. Eso modo de ser le persigue, hasta que, sin órganos que le transmitan de cierto modo las sensaciones, las recibe de otra manera en otra vida, en la que son distintos los agentes intermediarios entre el ser y los seres.

»Tu estado, pobre ángel que acabas de dormir sobre la tierra, es equivalente al aturdimiento del cerebro que despierta. Impresionada por lo que dejas de ver y oír, sueñas todavía.

»Aun cuando te ves y te tocas y sientes que respiras, como cuando los hombres te veían, eres tan invisible e impalpable para ellos, como el tenue soplo que mueve la hoja o sacude el copo de espuma.

»Antes estabas más sujeta a los accidentes de la tierra. El violento escarpado de una pendiente detenía tu paso. Desde ahora lo mismo podrás registrar el abismo y volar con la nube, lo mismo podrás sumergirte en la gota de agua y extenderte en el Océano, como sondear una conciencia y remontar un pensamiento.

»No te dejes, pues, alma hermana mía, dominar por la desesperación. Antes lo contrario, cólmate de alegría, porque el cielo es quien me envía a ti, y mi voz es la suya.

»Es la más grande de las injusticias desconfiar del bien, y desesperar de la suprema bondad por lo adverso del destino que nunca es implacable, sino justo con el desgraciado. Cuál será tu desacierto si te entregas al dolor, sabiendo ya que tu espíritu se va a entregar a las voluptuosidades de la inmortalidad?»

V

Estas frases, pronunciadas con entonación dulce y grave al mismo tiempo, y cuya verdad reconocía en mí por una aspiración íntima de la conciencia, fueron para mí abatido ser torrentes de consuelo y esperanza. Me sentí estremecer por la interior alegría de los buenos, fuente de inefables goces que mana en no sé qué regiones del mundo que cada ser lleva en sí.

Quien tan dulcemente me hablaba, sintió sin duda el mismo sacudimiento que yo, porque después de una breve pausa continuó diciendo:

VI

«Lo ves? Tienes ya una prueba de que es verdad lo que acabas de oír. Un presentimiento secreto que es para el espíritu un don de profecía, te obliga sin conocerlo a aceptar lo que te digo. La promesa que envuelven mis palabras, te sería incomprensible, irrealizable, desconocida, si me hubiera sido dado comunicártela cuando vivías entre los hombres. Ahora la admites y la comprendes. Te parece que puede pensarse en algo bueno que no se pueda realizar?

»Empieza en este instante en tu conciencia yo lo estoy viendo, una lucha tenaz entre la fe religiosa que heredaste de tus padres, y un convencimiento profundo de que es muy distinto tu porvenir, del que te había ofrecido la religión de tus mayores.

»Traes ganado mucho para vencer, en esa resistencia de tu credo a la razón.

»Los resplandores siniestros de una pena eterna simbolizada por un fuego inextinguible, no te han intimidado ni siquiera un momento en tu corta existencia, más bien de niña que de mujer. El sueño dorado de tu alma

religiosa, a pesar de las preocupaciones del mundo, era únicamente el Edén para todos los seres sin excepción alguna, y en el que Dios fuera siempre todo amor y benevolencia. Tú misma, sin saberlo, rechazabas mentalmente los anacronismos inventados por una impiedad que cercaba al Creador de horas de maldición para su propia hechura. Tu candoroso corazón protestaba con respeto de esos momentos en que el extraviado pierde hasta la esperanza. Ningún temor vino jamás a turbar la tuya tan halagüeña como generosa.

»Has hecho muy bien en creer y esperar así, porque así deben honrar a Dios las almas verdaderamente grandes y virtuosas. Bendita serás tú por haber hecho justicia a su amor!

»Ya conocerás el mundo sobre el cual tanto sufriste. Verás la humanidad desplegando ante tu mirada los secretos móviles de sus conmociones y dolores. Conocerás su historia. Preverás su fin. Asistirás al drama íntimo de aquellas almas que, como la tuya, pasan enteras, sin que nadie lo note, sobre las violencias de una moral desquiciada, y la barrera mística que levantan las religiones para que no sea lícito mirar más allá.

»Voy a contestar a la pregunta que casi desde que empecé a hablar me está haciendo tu pensamiento. Me oyes y no me ves, me sientes y no me tocas: y quieres saber quién soy, cómo es y dónde está este ser que te conoce. Difícil es que pueda ahora llenar tu deseo, y más difícil aún que llegaras a comprender mi naturaleza y la del mundo en que me agito, porque tu percepción está reducida al límite y aun conserva los resabios de aquella organización que todavía crees conduce en sus corrientes a las últimas extremidades los mandatos de tu voluntad.

»Mi nombre, pronunciado delante de ti, sería voz desconocida que no se sabe de dónde procede. Onda que murmura cerca y se ignora dónde.

»Pronto me conocerás, después de una larga ausencia; pronto verás quién soy.

»Yo estaba a tu lado y sentí el primer grito de dolor que lanzaste al mundo. Yo mecí tu cuna. Yo te ayudé a pronunciar las primeras palabras, reflejo de tus ideas. Te acompañé en la soledad. Asistí al silencioso martirio de tu corazón. Fui muchas veces brisa de esta playa para acariciar tu frente, y muchas más también, luz en la noche de tus pensamientos. En una palabra, yo soy aquel ángel guardián, invisible y sin nombre, que te enseñaba a evocar tu madre para que se acercara y protegiera tu sueño.

»No en vano balbuceabas la oración que me llamaba. Yo acudía y cercaba tu rostro inocente, como más tarde cerqué tu corazón lleno de un santo amor. Pudo marchitarlos la contrariedad, pero no la impureza!

»No en vano la meditación fue el descanso de tu trabajo, y el rezo un hábito en tus horas de recogimiento, porque no es falso el Dios en que tú creías, ni falsa la moral que ha guiado tus acciones.

»Alégrese tu alma, y sea su principal acción, acción de gracias, porque ha llegado al fin de su peregrinación en el reino de los hombres, y pisa los umbrales de otra morada, donde la verdad brilla más, y es más espaciosa la senda que conduce a encontrarla.

»Por tu entereza, y virtud, por haber sabido sobrellevar resignada los sufrimientos de una existencia que no hizo más que martirizarte, vas a entrar en esferas desconocidas para ti. Y antes que tu espíritu entre de lleno en la plenitud del mundo que te espera, yo te acompañaré, porque has de saber que aquí hay también peligros que temer, enemigos de que huir, y abismos que salvar.

»Poco elevados en la escala de cielos que guía a perfecciones más grandes, hay tinieblas de errores que anublan todavía los tiempos o espacios que debemos recorrer. Encontrarás ángeles buenos, pero también muchos malos, sin más ocupación que la de atormentar y mentir. Estos te inspirarán más lástima que horror; tú les guiarás a la sabiduría y al bien, en los que a tanta distancia les precedes.

»Espera, pues, Marietta. Rebusca en tu alma el último resto de resignación. Apura la última gota de amargura que resta en el cáliz de tu dolor. Espera algunos momentos más, por que se aproxima el eterno día de paz y gloria para ti... »

VII

Estas últimas palabras de aquel ser desconocido, se fueron extinguiendo lentamente, como si su voz se apagara, y su postrimera frase sonó en el límite de lo que podía alcanzar mi oído.

Pocos momentos antes la desesperación me hiciera llorar, pero después que este cántico consuelo llegó hasta mí, lloré mucho más, pero mis lágrimas eran de gratitud.

En el mismo sitio donde se había oscurecido mi amor sobre la tierra, se reanudaba mi entusiasmo por la vida. La atonía del alma desapareció, y presa de una emoción extraña, me puse en pie, salí de las ruinas y me aproximé al mar.

CAPITULO III

NÁPOLES A VISTA DE ALMA Y A VISTA DE PÁJARO

I

La luna crecía, y acababa de levantarse sobre la cordillera de montañas que erizan el Oriente de aquel anfiteatro, donde la naturaleza lo mismo hace alarde de su fiereza en el cráter del Vesubio, como luce su hermosura en sus vertientes calcinadas. El semicírculo de plata del astro de la noche, teñía de vaga luz aquella inmensa bahía, admiración de todos los pueblos aventureros del mundo que habían confiado su poder marítimo a la tranquilidad de sus aguas. Únicamente permanecía en la sombra toda la extensión que también es hoy encanto de los ojos desde la Torre del Grego a Castell Madre.

Interrumpían el silencio, la animación de las últimas barcas que volvían de Ischia y Prócida, y el alegre canto de los pescadores de la Marguellina.

Y yo, embargada por las lágrimas, presa de una emoción extraña, encantada por lo que acababa de oír, fijaba mi visita en las olas que venían a estrellarse a mis pies, apagando con su tenue brillo su monótono murmullo.

Después de algunos momentos que había permanecido así, sin fijar mis ideas, Con el pensamiento inmóvil, seguí con los ojos la faja de reflejos blancos que la luna prestaba al agua, hasta que, elevados al cielo, el desvanecimiento de la inmensidad, parecido a la atracción que ejerce el abismo, hizo perder el equilibrio al mentido cuerpo que me sustentaba. Caí al suelo y no experimenté los naturales efectos de mi peso, sino que la arena de aquella playa fue blanda y suave para sostenerme.

II

Sentí en mis hombros una suavísima presión; me pareció que incorporaban mi cabeza y la misma voz que me llamaba otra vez, repitió las siguientes palabras:

«Alégrese tu alma, porque ha llegado al fin de su peregrinación en el reino de los hombres, y pisa los umbrales de otra morada donde la verdad brilla más, y es más espaciosa la senda que conduce a encontrarla. Por tu entereza y virtud, por haber sabido sobrellevar resignada los sufrimientos de una existencia que no hizo más que martirizarte, vas a entrar en esferas desconocidas para ti».

Entonces refrescó mí frente el soplo de la eternidad que borra del pensamiento la distancia de los siglos. abriéronse los cielos, y la luz de todos los días que había devorado el tiempo, bajó hasta mí y trajo en su rayo todas las cosas y todos los hechos que fueran la historia de las generaciones que habitaron allí, desde Gaeta a Salerno.

Todo lo vi presente. El Golfo de Nápoles, cual si fuera un inmenso libro, iba levantando de su seno las páginas cronológicas de su pasado. Cada época me presentaba con sus costumbres y trastornos, sus glorias y sufrimientos.

Cada revolución volvía una hoja, y otra era aparecía con su civilización y decadencia.

Se despertó en mí una secreta intuición para conocer todo lo que veía. Yo adivinaba los héroes, las invasiones, las luchas y el día de cada acontecimiento en los cuadros que se descubrían. Yo leía en aquella crónica viva, como si yo misma hubiera registrado sus hechos.

Veamos algunos de los que se reprodujeron delante de mí con toda la animación y colorido de la vida.

III

El suelo de *Parthenope*, donde el paganismo encontró su diosa de la locura, se agitó debajo de mí elaborando su asiento con lava de mil volcanes. Sobre el escombros de sus furiosos la naturaleza prodigó sus bellezas, y entre la caliente ceniza de las erupciones de su seno, arrojó la tierra los más fecundos gérmenes de su riqueza.

Viva quedó la cima del Vesubio para que de siglo en siglo exhale por allí la creación la calcinada escoria de su titánico trabajo.

Vino el hombre buscando bajo un cielo sereno siempre, las voluptuosidades del paraíso y las brisas del mar más bello del mundo. Allí había de encontrar en los flancos mismos del monstruo, los deliciosos pámpanos, las flores de Sorrento y las naranjas de oro de Ischia.

Allí se acercaron multitud de esa masa flotante de pueblos que buscan tierra para sus generaciones hijas; y Grecia que creó la forma más exacta de la vida, allí dejó huellas de su grandeza.

Vi descansar allí al Latio antes de invadir al mundo. Vi a Spartaco al frente de todos los esclavos, lanzar sobre la Campania el grito de su libertad. Y a la columna de fuego que sepultó a Herculano y Pompeya; y a Sila escribiendo y embriagándose allí.

Pasó la sombra de Tiberio por Caprea y la de Alarico con las riquezas del saqueo de Roma. La del vándalo Genserico llamado por venganza de Eudoxia. La del arriano Teodorico con la magistratura de Casiodoro, gobernando y embelleciendo con el arte a la ciudad bella por naturaleza.

Vi a Belisario entrar por un acueducto y derrotar a los godos y judíos, y venir Totila y restablecer el reino de los ostrogodos.

Y una invasión de francos y germanos diezmarse por sus excesos en las delicias de aquel Elíseo.

A Juan III, sucesor de San Pedro, conferenciando con Narses, alma viril en un cuerpo enfermo.

Y a los lombardos, los del culto bárbaro de Odín, bebiendo en el cráneo de sus enemigos.

Y al obispo Etien, duque de Nápoles.

Y a las valientes legiones del África queriendo extender hasta allí el imperio de la media luna. Y a los Normandos y eternas luchas de Garifos y Gibelinos.

Y el triunfo de Carlos de Anjou; y a Roger de Lauria vencer en aquella bahía al príncipe de Salerno.

Y el turbulento reinado de Juana. Y las guerras de sucesión. Y a Sforza promoviendo a la insurrección desde su cárcel.

Y a Fernando II, víctima de la traición, refugiándose en Ischia. La ciudad sublevada. Carlos VIII triunfante.

Vi a Gonzalo de Córdoba y las naves de Andrés Doria; y el gobierno de los Virreyes, y a Guisa sorprendiendo a Castell Mare.

Vi la sombra de Virgilio salir de su sepulcro para vivir en la memoria de los hombres; oí las quejas del Tasso; y presencié la proclamación del Petrarca.

Qué más? Vi siempre el caballo desenfrenado de Parthenope, símbolo de su libertad, sujeto por la mano de otros pueblos.

IV

Cuanto más recientes eran los acontecimientos reproducidos en aquel instante, más se iba apagando la claridad de los días en que tuvieron lugar. Tanto, que el movimiento, la agitación y los incendios de la insurrección capitaneada por Massaniello e iniciada catorce años antes, casi los vi en la sombra.

La noche, la luna, el mar, Nápoles y sus cercanías recobraron su verdadero estado. Continuaba la misma animación de las barcas que se aproximaban al puerto, y el mismo canto de los pescadores. Desapareció de mi inteligencia aquella lucidez, y de mi razón aquel destello divino. Quedé sumergida como antes en el límite de la vida humana, y el cansancio me adormecía. Es que en breves momentos había pasado ante mi la presencia de cien siglos.

V

Cuando ya me parecía que allí el sueño me ofrecería descanso, aquella voz dulcísima como siempre, llamó mi atención diciendo:

—Vamos. Es tanta tu ilusión que crees que estás fatigada y que vas a dormir? Levántate y muévete, pregunta, indaga y busca la vida. El alma no recobra sus fuerzas en la quietud. Dormir es muy útil para la vida material.

Obedeciendo a aquel ser amado, me levanté y sentí otra vez en mis hombros la impresión suave de su abrazo.

—¿Qué deseas? —replicó. —¿Qué quieres? Dime algo, querida mía. No te condenes a la inmovilidad y al silencio. Dime algo: que aunque veo tu pensamiento, bueno será que lo expreses. Aun no basta para tu consuelo sólo meditar. Expresa tus quejas con la voz que todavía piensas puede salir de un pecho, que supones vivo.

—Ay! —dije con voz apagada por el pudor con que el alma pone de manifiesto ciertas ideas ocultas. —Todo lo he visto, pero no veo a Rafael.

—Pobre ángel! Le deseabas ver? —me contestó. —Y sabes tú lo que tendrás que sufrir para verle?

—Y qué! —repliqué a mi vez. —No sufrí muchísimo para perderle? Cuánto más sufriría yo para encontrarle!

—Sí. Le has encontrado. Olvidaste ya que fue el primero que se te presentó al morir?

—Pero no he tocado sus manos. Aquellas manos que tantas veces me dirigió suplicantes, y que nunca logré estrechar entre las mías.

—Por algo te habrá sido impuesta esa desgracia. Ese ha sido tu destino, y el destino se mantiene inflexible mientras no se reparan las faltas que le han creado. Nadie es árbitro de nuestra suerte más que nosotros mismos, y tú te habrás obligado a esta privación que mortifica tanto a tu alma. Y te hará sufrir mientras te persiga la vida que muere, que aun no arrojaste enteramente de tí. Tu mano estrechará la suya, si tal es tu deseo, pero su mano estará yerta. Ya sabes que ha tiempo murió.

—No importa. No importa, —dije inclinando mi cabeza en señal de asentimiento. —Yo quiero algo suyo, sino tus promesas de felicidad...

—Calla, —me replicó; — no digas mas, que ofendes a la Providencia. Qué sabes tú cuál será el objeto de tus afanes dentro de poco? Ese amor por grande que sea, podría desaparecer, como desapareció la grandeza de todo lo que acabas de ver. Vamos, pues. Para que veas a Rafael, tenemos que emprender un viaje. Marcharemos sobre ese mar.

VI

Sin darme tiempo a contestar, sentí que se apoderaban de mí y que la tierra faltaba a mis pies

Con rapidez vertiginosa me lanzaban perpendicularmente con dirección al zenit y cerré los ojos agobiada por el miedo.

Nada temas, —murmuraron a mi oído. —No sientes que te conduzco yo? Y me entregué por completo al ángel que toda la vida guardará mis sueños.

A los pocos instantes experimenté la sacudida de una detención instantánea.

Abre los ojos, —me dijo, —y verás tu patria.

Los abrí, en efecto, y el vértigo de la inmensidad me los hizo cerrar de nuevo.

VII

Elevada en la noche a aquella altura, aislada y sin punto de reposo, sin apoyo mi cabeza y asediada del zumbido de la vida que alienta en el silencio, había cerrado los ojos lastimados como si lo ilimitado hubiese herido mi pupila con el rayo de sus soles.

Al verme sola allí, sin tener dónde poner mis manos ni fijar mi planta, sin más contacto que el viento que agitaba con fuerza los pliegues de mi vestido y los bucles de mis cabellos, extendía mis brazos y movía mis pies, buscando con la ansiedad del miedo y el instinto del peligro, algo que me defendiera de una violenta caída que creía inevitable.

Ah! La ilusión del efecto físico de la gravedad, dura mucho tiempo después de la muerte.

—Mira. Mira, —dijo la voz que siempre acudía presurosa a mis temores. —Acostúmbrate a mirar así porque así vas a estar mucho tiempo.

Fui entreabriendo lentamente los párpados. Levanté la frente. La incliné al abismo y extendí a todas partes mi mirada atónita.

Algunas veces levantaba precipitadamente la cabeza creyendo así recobrar el equilibrio que creía perder a cada instante.

VIII

Vi entre el vapor blanqueado por el rayo de la media luna, a un lado la tierra de Italia, dilatándose hasta que las primeras derivaciones de los Apeninos se confunden con el cielo. Este seguía extendiendo su bóveda hasta apoyarla por el lado opuesto en el Mediterráneo que viene a besar las playas del reino de las Dos Sicilias.

Y como si fuera el broche de este ceñidor azul que sujeta tantas maravillas a un pequeño rincón del mundo, veía allá bajo a la Venus de Anadyomenes, la ciudad bulliciosa, desafiando con sus cien torres las iras del Vesubio y a la altura del Posilipo, que la estrechan entre sus moles.

A pesar de la distancia, me pareció distinguir las ennegrecidas masas de piedra de muchos edificios, como San Felipe Neri, la Catedral, los Camandulenses, Santo Domingo, los fuertes, el castillo de San Telmo, Castel nuovo y la Vicaría o palacio de los Virreyes.

Los pueblecillos de la Campania brillaban como puntos blancos entre sus celebrados viñedos. Y a la entrada del Golfo se destacaban perfectamente las verdes islas de Prócida, Ischia y Capri, tres esmeraldas desprendidas de la corona de laurel disputada por tantos pueblos para gozar de aquel paraíso.

Después que este hermoso panorama se ofreció a mi vista, emprendí la marcha. Pero esta vez la fuerza que me arrastraba me conducía horizontalmente.

Dejé atrás la bahía de Nápoles, pasé sobre la isla de Capri, Salerno quedó a la izquierda, y entramos en el mar Tirreno.

CAPÍTULO IV

EL MEDITERRÁNEO Y FENÓMENOS DE LUZ

I

Poco a poco las brumas de la noche iban amontonando en el cielo densos celajes que ya ocultaban la débil claridad de la luna.

La oscuridad se extendía.

La fuerza que me elevaba se apoderó de todo mí ser. Nada de lo que era invisible para mí me molestaba. Ligeramente inclinada en no se qué apoyo inmaterial, protegida por cuidados que únicamente a los de una madre muy solícita se pueden comparar, sólo la masa de aire cortada por la velocidad de la carrera producía en mi rostro una impresión bastante fría.

Alguna vez volvía mi cabeza, y la negra sombra de la Italia que se alejaba, y alguna que otra luz que despedía desde allí destellos como del fondo de un abismo, hacia más tétrica la forma del mundo que presurosa pasaba debajo de mí.

También algunas veces descendía, porque era menos vigoroso el esfuerzo que me sostenía en la atmósfera, y bajaba tanto, que llegué a sentir cómo las olas se agitaban, y el sordo gemido que exhalan al romperse.

Aquel rumor me parecía el silencio que, durante el descanso, impone la eternidad a la naturaleza.

Salpicaban mis pies las gotas de agua y espuma sacudidas por el inquieto elemento, y el aire húmedo, movido por la corriente, helaba aquel cuerpo mío, impalpable sí, pero accesible a las sensaciones más penosas de la vida.

II

Después de avanzar algún tiempo así, ya subiendo, ya bajando, descubrí delante una masa negra. Eran las montañas de la isla de Cerdeña. A mucha altura la crucé por su parte más septentrional. A la derecha distinguí un estrecho. Es el conocido con el nombre de Bonifacio. Y más allá la tierra de Córcega.

Todo quedó a mi espalda, y entré otra vez en el mar. El Mediterráneo occidental se presentó en toda su anchura. Marchaba siempre en la misma dirección, sin separarme de ella, y hoy marcaría sin equivocarme la línea del espacio que corrí entonces. Iba invariablemente del Este al Oeste por los cuarenta y un grados.

III

De cuando en cuando la voz de mi ángel me dirigía palabras de animación y consuelo, y la solicitud de que yo era objeto para él, me decía cuánto procuraba aminorar los sufrimientos de mi estado. Sólo en aquel trayecto pronunció algunas palabras que me hicieron estremecer.

—Vamos, —dijo cuando ya en el horizonte se dibujaba el montón de las Baleares; —mucho adelantas en tu marcha. Más allá de esas islas no encontrarás más tierra que la que regó la sangre de Rafael.

Un estremecimiento de dolor y un gemido del alma fueron mi contestación.

A los pocos momentos la antigua *Minor* pasaba velozmente a mi izquierda.

El cielo empezaba a despejarse, y la luna y alguna estrella aparecían entre las nubes.

Experimenté cierto temor o ansiedad, como el peso de un presentimiento funesto.

Crucé los brazos, cerré los ojos, y me dejé arrastrar.

Largo espacio seguí así, sin querer ver, hasta que murmuraron a mi oído muy débilmente, como si se temiera decirlo: «España».

Miré, y en efecto, entre las nieblas, y en toda la extensión que parece que la bóveda del cielo estriba en las aguas, se dilataba una línea oscura. Las costas de Cataluña.

Suspiré penosamente, como si ya aquella esperanza que iba a tocar me fatigara, y cubrí mi rostro con las manos.

Si en aquel momento alguien pudiera verme en aquella actitud cruzando los aires, creería que el dolor había tomado forma y corría a herir algún corazón demasiado feliz para quien era preciso empezara la desgracia. Tal era mi abatimiento.

IV

Más largo me pareció el tiempo que medio desde que habla descubierto la costa deseada hasta que empecé a descender en ella, que el que había empleado a partir de Nápoles.

La misma sacudida que me detuvo a contemplar mi país natal, me advirtió que al fin habla llegado.

Continuaba cubriendo los ojos con las manos; y con la misma suavidad que llega al suelo la hoja seca desprendida del árbol, gané la tierra con los pies.

Me encontré en un gran llano ligeramente accidentado por algunas partes. La vegetación no era tan espléndida como la que había admirado toda la vida en los valles de la Campania. Bastante lejos, en el horizonte y al pie de un gran promontorio, se destacaba la severa silueta de líneas rectas que indicaban la proximidad de una gran población.

V

—Ha terminado tu expedición, dijo mi invisible Mentor .—Allí está Barcelona, y cerca de aquí murió Rafael.

Miré entorno mío, y la incurable enfermedad de mi alma, la tristeza; me obligó a inclinar la cabeza.

—Insistes en quererle ver?

—Ay! Sí, —contesté; como quien cumple con un penoso deber que impone el corazón.

—Pues vas a presenciar un raro acontecimiento. No lo extrañes. Es tan natural como la sombra que creaba tu cuerpo cuando te iluminaba la luz del sol.

El hombre no ha llegado a conocer todavía las extraordinarias propiedades de la luz, la cual conserva viva, latente en su rayo la imagen de las cosas y objetos que hiere. Ignora que no hay oscuridad y que sólo la noche existe para sus ojos. También ignora que el sonido se reproduce eternamente en el espacio.

Aprovechando estas leyes de la naturaleza, ahora que estás libre de los sentidos materiales, porque los que crees que te ayudan son ilusorios, ahora que es puramente fantástico lo que se interpone entre tu mirada y lo real, vas a presenciar la lucha en la que fue herido Rafael, sin perder ni una forma, ni un detalle, ni el colorido de tal como aconteció.

—Ven! Ven! —me dijo. —La vida va a retroceder aquí nueve años. Y me sentí conducir a una pequeña colina que, a cincuenta pasos de allí, dominaba bastante aquellos contornos.

VI

Apenas había llegado a su cima, observé que la luna, que había avanzado bastante en su carrera, desapareció por completo. El cielo apareció densamente encapotado, y se hizo una oscuridad que ocultaba hasta los objetos más cercanos.

Vi surgir en la llanura alguna que otra luz, y algunas también, aparecer y desaparecer donde estaba la ciudad. Y me pareció percibir ese rumor sordo que sale siempre de mucha gente aglomerada, aunque guarde profundo silencio oía el grito de atalayas, el eco de alguna voz y el metálico chasquido de algún arma.

Todo el ruido confuso de un campamento llamaba mi atención.

—Mira, —dijeron a mi oído. —Ahí cerca tienes una fuerte avanzada de las tropas reales del rey Felipe IV, las cuales bloquean a Barcelona, donde manda Margarit, porque la influencia de la Francia domina dentro de sus muros. allá está La Motte Hondencourt que al frente de los franceses intenta romper las líneas españolas del marqués de Mortara, para entrar en la población y protegerla. Si la noche fuera más clara, verías como aprovechando su oscuridad se propone en este momento realizar sus propósitos; pero verás como lo lleva a cabo.

Calló la voz, y hubo un largo intervalo de silencio no interrumpido

VII

Entonces sentí a mi izquierda, a gran distancia, gritos y el estruendo de armas de fuego. Voces, carreras, sombras que se movían en completa confusión empecé a oír y ver delante de mí. La exclamación de «a las armas,» llenó los aires. Vi replegarse una masa que corría al sitio donde habían sonado los primeros disparos, que continuaban sin interrupción. Vi después venir de frente a mi una masa que hacia más enorme la oscuridad. Sentí el relincho de muchos caballos, el choque de sus herraduras y el estrépito de armas blancas. Vi ese movimiento parecido a la ondulación de las olas, y que se puede observar en muchos jinetes en marcha

El fuego de la mosquetería se recrudecía por detrás del pelotón que avanzaba al sitio donde estaba yo. Este volvió grupas, porque otro, sin duda enemigo, se presentó repentinamente a todo escape. Sentí el estruendo de un choque terrible. La confusión se iba extendiendo hacia la ciudad.

Hubo momentos de silencio interrumpidos sólo por algún alarido o algún fagonazo.

La Motte Hondencourt había pasado.

VIII

—Rafael está herido, —oí que me decían— y para verle, vas a bajar de aquí.

A los pocos instantes, pasaba yo entre grupos de soldados que hablaban, comentaban, y permanecían con inquietud apoyados en sus armas.

Alguna vez tropezaba con un cadáver, otras con un bulto que cruzaba.

Uno de éstos se acercó a dos que sostenían un diálogo en voz muy baja.

Oí clara y distintamente en castellano, aunque no lo entendía bien, a pesar de que en Nápoles se usaba mucho:—Capitán: mi alférez está mortalmente herido y os llama.

—Herido Rafael!—exclamó el que debía ser capitán.—Dónde está?

—Apareció desmontado y apenas con vida cerca de la colina próxima, y lo conducen a la cabaña que está antes de la revuelta del camino.

—Vamos!—dijo el capitán; y echaron a andar delante de mí. Sentí un dolor intenso, y seguí los dos bultos que dieron una gran vuelta, perdiéndose detrás de una edificación cuyas tapias detuvieron mis pasos.

Compañías de soldados y algún jinete, pasaban y repasaban con frecuencia.

Me sentía obligada a entrar, y lo temía. Se anudaba mi garganta y mi pecho latía con violencia.

Di la vuelta, porque la entrada estaba al otro lado, y me acerqué. Me detuve en el umbral.

El sitio era grande y varios soldados tenían hachones encendidos en la mano.

Algunos grupos rodeaban lechos improvisados donde gemían y eran cuidados cuatro heridos. No sé por qué me acerqué a la derecha.

Un pesar inmenso me hizo apoyar la cabeza en la pared....

Ay! Vi el rostro lívido de Rafael. El era.

El único cielo concebido por mí! El ídolo da mis sueños! El pensamiento que acompañaba mi soledad! Después de llamarle tanto, cómo le llegaba a encontrar! Herido de muerte! El! que fecundara la vida de mi corazón!

En el momento que entré hablaba fatigosamente; cada palabra se llevaba algo de lo que le quedaba de existencia.

—Es inútil... capitán... voy a morir. Cumpliréis religiosamente con el último deseo que me queda?

—Decidlo, Rafael—repuso el capitán, tomando tristemente una de sus manos.

—A muy poco que se ande... saliendo de Nápoles... por el camino de Portici... hay a la izquierda una casita... la primera que... se encuentra... del grupo que hay allí... En ella vive..., una joven que se llama... se llama... Herminia.

Acordaos, capitán.. — Pues bien... haced que llegue... a su noticia... que he muerto... para que lo sepa... el ángel que creí estaba ya... en el cielo..., y que aun está... esperando por mi... Que le ruego que viva..., que viva por Rafael...

Hizo esfuerzos para hablar más y no podía.

Yo seguí anhelante, fija, inmóvil, sin perder ni una palabra de aquel adiós que después de nueve años venía a resonar en mi alma.

Reinó algunos momentos absoluto silencio entre los que le rodeaban. De repente hace Rafael un esfuerzo, medio se incorpora, y cae otra vez exhalando su último suspiro.

Un nombre, un nombre sentí cruzar por sus labios. El nombre del ser para quien era su último pensamiento. Sí! El mío! No pude más. Vencí la fuerza que no me había dejado aproximarme lo bastante a él. Cogí sus manos, besé su frente, y por primera vez pude poner mi frente en sus labios y mis manos sobre su corazón. ay! pero cuándo!...

Es preciso que enumere una por una mis lágrimas, uno por uno los latidos de mi dolor? No. Ya me comprenderán los que hayan vivido sin esperanza. Me basta añadir a todos:

Esperad a que se acabe la vida.

LIBRO SEGUNDO

(Dictado de ESTRELLA)

CAPITULO PRIMERO

HABLA COMO JOB UN ESPIRITU REBELDE

I

Yo abriré el libro de mi historia por sus páginas más sombrías.

Yo pasaré sobre la tierra inculta por mi abandono y sentiré que me hieren los abrojos que ha sembrado mí extravío.

Entraré en el tiempo de mis errores y en la noche de mi existencia.

Yo sufriré la tempestad de mis pasiones, y mí juez. ente a frente de mí, yo seré el acusado y yo

Volviendo sobre mi pasado y retirada al fondo de mi conciencia, yo me obligo a establecer este tribunal, sin más apelación que la bondad de los que quieran asistir a él y escucharme.

Oh deber! Yo soy quien quiere vivir bajo tu ley soberana, y tú eres quien me trae aquí. No quiero ser otra vez una de tantas almas que, huyendo a tu severidad, van sin rumbo fijo, aisladas, tristes y enfermas, perseguidas por el suplicante eco de tu voz que las llama siempre. No. Yo quiero ser incorruptible como tú, y por consiguiente fuerte como la razón, e invencible como la justicia.

Tu exigencia podrá ser, respecto a mí, penosa, violenta, ruda; pero es la paz, la dignidad y la gloria. a qué más pueden aspirar el trabajo, la abnegación o el sacrificio por grandes que sean?

Si con la narración verdadera e imparcial que seguiré en estas páginas, logro consolidar más la rectitud de algún corazón, si llegan a ser útiles, y de provechosa enseñanza estas confidencias de un espíritu con los hombres, si con ellas consigo que un alma perdida en su camino se detenga a reflexionar, entonces no habrá sido mi mal tan grave, y serán de algún modo fecundas mis horas de demencia.

II

Antes de entrar de lleno en algunos acontecimientos de mi vida que precedieron al de mi muerte, es preciso dar a conocer la naturaleza de mi alma, cuál era el ideal que abrigaba, qué esperanzas, qué sentimientos y qué preocupaciones la movían.

Y es tanto más necesario, porque así quedará probado, como con los años, si la parte moral de un ser no hace oportunamente, cuando los instintos pueden dominarse, un esfuerzo que opere una reacción saludable; cuánto se arraigan más y más en el corazón aquellas inclinaciones que si en un principio pueden ser hijas de un gran entusiasmo, concluyen por ser germen de un sinnúmero de males.

Tenía ya dieciocho años sin que hubiera movido ni un solo momento dulcemente mí corazón, sin que pasara por mí esa edad encantadora de la doncella que en la primavera de la vida siente palpitar en su seno la aspiración eterna a un amor infinito y puro. Para mis labios que abrasaba el orgullo, eran insípidas las dulzuras del Paraíso. Una mirada apasionada, un acto de sumisión, cualquiera de esas señales de idolatría con que las almas mutuamente se rinden culto y se adoran, hubiera sido una afrenta para mi espíritu, que se habla fabricado para vivir el corazón de un vándalo encerrado en la impasibilidad de una estatua griega.

Toda mi niñez habla sido un llanto y una desesperación sin término, una lucha horrible con la existencia. La naturaleza que vence siempre, venció en mí a pesar del antagonismo del alma con la organización. Empecé a ser mujer, y a sentir necesidad de todos los afectos. Pero rendida por la fuerza, no estaba dispuesta a humillarme. La vanidad ocultó cuidadosamente mis sentimientos, y los sentimientos pugnaban por manifestarse. Este choque, esta resistencia, este combate conmigo misma, me afectó de tal manera, que durante un largo periodo, cualquiera contrariedad, cualquiera emoción fuerte, excitaba mi temperamento y me hacia perder el sentido.

III

En aquella época de peligrosa crisis, fue cuando conocí a Luis de Sotomayor, cuyo empeño por mí era en verdad de amor, y que yo traducía en propio amor lastimado. Entonces conocí también a Rafael que, por uno de esos decretos del destino que llaman fatalidad, puso delante de mí la tentadora fruta del bien y el mal, la sagrada copa que contenía el puro amor de Marietta. Seducida por el celestial encanto de aquella pasión, que para embriagarse envidiaran los ángeles, tuve valor para poner en ella mis deseos. Y evaporé su delicioso contenido, sin temor, sin remordimiento, sin detenerme a considerar que hería de muerte a un alma, cegando el manantial de dichas en que apagaba su sed de amor. Dejé un pobre corazón en la más triste de las orfandades, sin la mitad necesaria e indispensable de sí mismo.

Aquella profanación era una empresa digna de mí. Mi espíritu se dilataría en la posesión de un afecto usurpado, mis violentos afanes quedarían satisfechos y todo sin detrimento de mi orgullo halagado con el despojo de una gran victoria.

Con este ensayo de atrevimiento y astucia, mis instintos se despertaron, y después de interponerme entre Marietta y Rafael, dejándoles la única esperanza que no podía arrebatarles, la de unir sus destinos en la eternidad, empezó una nueva vida para mí. Me lancé al mundo en busca de un campo abierto donde pudiera obrar mi locura.

IV

Desde entonces mi alma se hizo fuerte hasta el punto de sufrir la adversidad o gozar de una dicha, sin manifestar en el rostro, si así me convenía, la alegría ni el disgusto. Enérgica hasta la temeridad, infatigable para llegar a mi objeto, tenaz contra todo lo que se me pudiera oponer, sólo cuando nadie me veía, la sonrisa asomaba a mis labios después de vencer, o se desataba mi cólera provocada por el fin adverso de un deseo preconcebido.

Amaba lo grande y lo extraordinario. Lo fácil y hacedero me parecía indigno de ser intentado. Los libros de caballería, a cuya lectura me dediqué con avidez, atizaban más y más el fuego de este entusiasmo en mi calenturienta imaginación. Los Amadises y Belianes y toda aquella turba heroica y fantástica de una literatura de transición, me parecían seres y hechos que podían ser reales. Esta acción soberbia de mis sentimientos sufría alguna vez una reacción más soberbia todavía. Gozaba con la humillación de la grandeza, y el espectáculo que más hubiera llenado mis ojos, sería contemplar a Babilonia el mismo día que fue destruida.

No encontraba virtud, donde no habla soberbia y audacia. Las almas humildes y resignadas me parecían débiles y vulgares.

Creía en la Divinidad; pero, sobreponiéndose mi entusiasmo al misticismo de la época, mi Divinidad no estaba en los templos, sino en el fondo de los mares, en la luz del sol y en el rayo de la tempestad. Mi sentimiento religioso no encontraba esplendores sino en ciertas formas gentílicas. Creando mi Dios como yo era, para mí habla sido más grande en el Sinaí que en el Calvario.

Yo explicaré cómo, más tarde, bajo la influencia de los años y de las pesadumbres, se apagó este idealismo, y fui tan apasionadamente devota como antes había sido despreocupada.

Mi espíritu se asfixiaba en la vida y se veía reducido a moverse en elementos que no facilitaban sus expansiones. La condición de mi sexo me estrechaba hasta hacerme impracticable el camino que quisiera seguir. Haber nacido mujer era una inmensa desgracia. Envidiaba la libertad del hombre, y hubiera dado mi nobleza y mi fortuna, por la incierta suerte y vida aventurera del soldado más plebeyo.

Las inclinaciones de los jóvenes por otras mujeres, eran motivos para enardecer mi afán loco de luchar. Ponía en juego todas las astucias y todas las seducciones de que podía disponer, para atraerme el interés de algún corazón y entregarlo luego al desprecio de aquel a quien lo había robado.

Oh! Algunas lágrimas hice derramar así, con desengaños lastimé a algunas almas, y esta conducta fue causa de algunos lances serios de muy triste y aún sangriento desenlace. Y no veía que así iba creando a mí alrededor el aislamiento y el vacío!

Como a nadie creía con suficientes merecimientos para ser digno de mis afecciones, procuraba desterrar de mi corazón toda simpatía formal y legítima. Pero lo hubiera entregado al último de mis criados si para conquistarlo hubiera antes conquistado un reino. Tal era el vano ideal de mis anhelos. Cuántas veces soñaba con el destino de Helena, provocando la destrucción de Troya!

V

Me detendré a enumerar todas mis locuras? Para qué! Evitemos todo lo posible la sombra inútil en el cuadro que presentamos. Nada más puede exigirse de mí que preste a la principal figura de esta historia aquella parte de la mía que forma el fondo oscuro de la suya.

Yo no conocía a Marietta. Sólo su nombre había llegado hasta mí, como un eco que reproduce una delicada armonía. Pero conocí su amor, y mi alma, que era de aquellas que con negras alas se remontan como el águila para acechar y hacer presa en los sentimientos ajenos, quiso poseer el suyo para devorarlo y gozar de su tranquilidad suprema y de su encanto, lleno de misterios.

Un espíritu enfermo y de sagaz entendimiento, tiene contrastes difíciles de explicar. Yo había llegado a comprender lo que Marietta valía por lo que Rafael me habla dicho; y cuánto conocía su dolor la admiraba, y cuánto la admiraba la aborrecía. El odio buscaba en ella puntos vulnerables donde cebar mi desprecio; pero en el delirio de los celos la veía más encantadora, más buena, más amada que nunca. Oh! Entonces imaginaba que la tenía cerca de mí, y que mi convulsa mano partía, con seguro golpe, su corazón.

Este infierno estuvo encendido en el mío tres años. Desde que Rafael huyó de mí, hasta que supe había muerto. Tres años, durante los que hice seguir sus pasos en la prisión y en el ejército. Él lo sabía muy bien, pero en su mente bullía la idea de volar pronto. Si alguna vez me hubiera llegado a burlar, yo sabía también lo que tenía que hacer. Registraría el mundo y los dos no se hubieran librado de mi puñal.

VI

Y a todo esto, le amaba yo? No. Yo era quien me amaba en Rafael. Lo que ansiaba era el sentimiento que hacía feliz a otra mujer. Nada más. Lo conocí cuando los que movidos por mi oro vigilaban todas sus acciones, hicieron llegar hasta mí esta palabra: *Murió!*

Después de llorarle, respiré. Me había librado de un trabajo hartamente penoso.

He aquí, en cuanto cabe, un retrato fiel de mi alma. Procuraré, pues, ser sincera cuando tenga que acusarme. Será ruda la franqueza de mi humilde confesión. Diré como Job cuando se lamentaba: "*Mi alma tiene horror a mi vida. Mi razonamiento se soltará contra mí, y de mi alma hablaré con amargura*".

Deben considerar que puedo hablar así los que crean que tarde o temprano se redimen todos los malos. Sólo los malos pueden ponerlo en duda.

Es tal mi fe en la supremacía del bien, que creo que Sodoma, la ciudad impía que duerme en la historia el sueño de su iniquidad y corrupción, renacerá de su hediondez en el mismo sitio donde fue maldita, para ser la ciudad del trabajo y de la virtud

CAPÍTULO II

COMO DURMIENDO SE PUEDE IR MUY LEJOS

I

Quien me haya conocido en PÁGINAS DE DOS EXISTENCIAS, habitando mi casa de la ciudad de Granada, venga con su atención al mismo sitio y a la noche misma de aquel día (uno de los últimos de abril de 1661), que ha descrito Marietta con el nombre de *El primer día de un muerto*.

Con los brazos apoyados en una mesa cubierta de paño carmesí, la cabeza entre las manos y sentada en un antiguo sillón gótico con gran respaldo de madera, leía, a la vacilante luz de dos bujías, los *Emblemas morales de Juan de Horozco*, curioso libro, con el que me había hecho merced en prenda de gran amistad un canónigo del cabildo catedral de Granada.

Mi imaginación, que para pintar a lo vivo no encontraba rival, extasiábase con las insignias que los gentiles atribuyeron a sus falsos dioses.

Figurábame ya ver a Marte con su fuerte armadura que despedía fuego, y luciendo sobre su casco vivas centellas en vez de pintadas plumas. Ya a Jove presidiendo el Olimpo y empuñando el rayo. Ya a Plutón con la llave que cierra en profundas cavernas, de las que nunca podrán salir, a las almas de los malos, y que guarda también en las entrañas de la tierra tantos tesoros, que por el afán de adquirirlos, tanto aumenta el número de los perversos. Ya a Neptuno presidiendo desde su carro el amargo e inquieto elemento de los mares el dulce y tranquilo de los ríos, y el cenagoso de estanques y lagos, simbolizados en la triple y acerada punta de su cetro.

Y así leyendo, y así fraguando otros muchos dioses, conforme el libro me indicaba insignias, vino el de los sueños a tocarme con las suyas, obligándome más de una vez y mal de mi grado, a inclinar la cabeza y cerrar los ojos que, vueltos a levantar y a fijarse en el libro, volvían a caer bajo el soporífero influjo de tan poderosa mano.

Declarándome al fin vencida, rendíme al dios soñoliento, y quise entrar de lleno en su imperio, donde se reparan las fuerzas, donde se alivian las penas, perdidas unas y ganadas otras con las luchas de cada día.

Cediendo al bostezo, abrí mi boca y cerré mi libro: até con cuidado las cintas del pergamino: me puse en pie perezosamente, me acerqué a la puerta, levanté la cortina, y llamé hasta que conseguí despertar a mi doncella Dorotea, que dormía tranquilamente en la antecámara, bajo la protección siniestra de la moribunda luz de una lámpara que pendía del techo.

II

Pocos momentos después reposaba sosegadamente en blando lecho.

Fue apoderándose de mi ese estado de sin igual bienestar, dulce languidez de los sentidos, que aprovecha el alma para irse lentamente desprendiendo de aquellos órganos de vida que la ponen en relación y la sujetan a la leyes de la materia. Momentos de transición, de embriaguez, y en los que, si no se ve, si no se oye, si no se siente, son, sin embargo, el menor sacudimiento y el más pequeño ruido suficientes para que se reanude y apriete apresuradamente aquel lazo que con sigilo empezaba a deshacerse. Momentos de quietud, de silencio, en que hasta el pensamiento suspende los trabajos de su laboratorio de ideas para proteger aquella fuga misteriosa del espíritu.

Los párpados caen, la cabeza se inclina, el rostro palidece, los brazos buscan el equilibrio de aquella inacción. La boca se entreabre, no para la emisión de la palabra, no para recibir el alimento, sino para una aspiración más fuerte, más llena, más completa de aire que mantenga sin interrupción el movimiento de la vida, que no debe cesar ni decaer un instante. El alma queda como suspendida sobre aquella existencia sin más señales de tal que un latido, sin abandonarla un momento, para recobrar la acción orgánica cuando son necesarias las fuerzas.

Llegué a dormir. Mi sueño empezó por no ser profundo ni tranquilo. No era el sueño que, dando completamente el reposo, deja en más libertad al espíritu para esparcirse en presencia de objetos y acontecimientos, de los que al despertar no puede encontrar recuerdos, porque son acontecimientos y objetos que no ha visto ni tocado sino durmiendo.

Soñaba en cosas y hechos, en horas y sitios sin hilación y sin lógica. Cambiaba de lugar sin el tiempo necesario para recorrer la distancia. La luz era incierta; tan pronto el día se trocaba en noche, como la noche en día. Iba y venía de una escena a otra, ya me aturdí un grito, ya me amedrentaba el silencio. Era mi sueño el modificado por la lesión orgánica, por la opresión de corazón, por la preocupación de la mente. Sueño sin color, sin formas y de acción inverosímil por falta de unidad; resultado, mezcla confusa de hechos pasados y verdaderos con hechos inconcebibles y monstruosos.

Ya muy entrada la noche, próximo el nuevo día, en uno de aquellos momentos de angustia que tanto me atormentaban, me sentí repentinamente acometida de un miedo, de un terror incomprensible, y cuya causa yo misma no me explicaba.

Estaba en medio del campo, era de noche, y corrí sin saber por qué, huyendo de un peligro que no conocía.

Me detuve un momento a tomar aliento. Media luna color de sangre brillaba en el firmamento, dando a todos los objetos ese tinte siniestro del resplandor de un incendio en altas horas de la noche. Alguna que otra estrella cuyos destellos eran también rojos, brillaba aquí y allí en el cielo.

Sentí pasos que cada vez se aproximaban más a mí. No me había equivocado. No había sido vano mi temor. Y volví a correr sin rumbo fijo en busca de alguna sombra que me ocultara.

III

Y marchaba, marchaba huyendo, sin atreverme a volver el rostro, temerosa de que una invisible mano, apoyándose en mi hombro, detuviera mis pasos.

Marchaba, y marchaba huyendo, impelida por una voluntad superior a la mía, y pasaban a mi lado con rapidez vertiginosa y en sentido contrario, arboles y edificios, pueblos y montañas.

Y el rumor de aquellos pasos que siempre me seguían, se confundía alguna vez con el tañido lúgubre y lejano de alguna campana, con el prolongado aullido de algún perro, con el constante murmullo de algún torrente, o con el triste silbido del viento entre las selvas.

Marchaba, y marchaba huyendo, errante como el judío de la leyenda, sin detenerme a reposar un momento, midiendo con vacilante paso dilatadas comarcas, con fatigoso aliento encontradas brisas, con temerosa mirada pasajeras sombras, que corrían conmigo como el fantasma que me perseguía, mientras algunas permanecían inmóviles y levantadas hasta el cielo, y otras echadas entre viejos y carcomidos troncos a los lados del camino, y que me parecía levantaban sus cabezas irritadas por haberme atrevido a interrumpir su silencio.

Ya corría por una llanura, ya escalaba un monte, ya bajaba a un valle. Ya pisaba la arena de un trillado sendero, ya la escabrosidad de un terreno intransitable, ya la pendiente casi perpendicular de la montaña que sólo habían rozado las alas del cuervo, ya el empapado polvo de una tierra pantanosa, o el blanco y húmedo césped de los prados.

Y para que no dudara ni un instante, para que ni siquiera me detuviera a reflexionar, siempre encontraba, como si una invisible magia me protegiera, siempre encontraba al paso, un puente sobre el caudaloso río para salvarlo, un guijarro en medio del torrente donde poner el pie, una rama a donde asirme para subir, un árbol o un muro en donde apoyarme para bajar.

Condenada a correr, arrojada de este modo al espacio por una voluntad que doblaba la mía como el frío hierro del martillo dobla, para darle nueva forma, el hierro enrojecido, marchaba y marchaba siempre, afrontando todos los peligros, en línea recta, venciendo todos los obstáculos, tocando todas las sinuosidades del terreno cual si me arrastrara como la tortuga, llegando a todas las alturas cual sí volara como el águila.

IV

No sé cómo, de esa manera con que en sueños se cambia de lugar y se varía de situación, de ese modo violento que transforma el aspecto de las cosas y desvía la lógica de los hechos, la luna desapareció y el cielo hasta entonces despejado, se cubrió de nubarrones densos. Una terrible oscuridad y un terrible silencio siguieron al reflejo de sangre de la luna, y a los ruidos misteriosos de la noche.

Temblaba mi cuerpo y temblaban mis pensamientos al sentir el frío de un presentimiento triste, como tiemblan, allá en medio del desierto, la musculatura fuerte y el sagaz instinto de las fieras al presentir la doble

tempestad del suelo movedizo en que viven; espantoso *simoun* que arrastra con igual velocidad nubes de vapor que montañas de arena.

Seguí marchando así y un aire frío que azotaba mi rostro, helaba el sudor en mi frente: el miedo helaba también mi alma. aún sentí[a aquellos pasos que empujaban los míos con la precisión de una mecánica desconocida que imprime un movimiento orgánico aún cuando se oponga la voluntad del reposo.

Marchaba con la cabeza inclinada, cerrados los ojos, y de repente, en la oscuridad y el silencio, se desató un estruendo a alguna distancia entre las sombras, que arrancó de mi pecho un ay! profundo y dilatado.

Siguieron fuertes latidos en mi corazón y sentí en mis mejillas una impresión más helada que la del viento, el frío de una mortal palidez.

Levanté la frente, abrí los ojos en busca de la causa de aquel inesperado rumor, y vi que las tinieblas se rasgaban con el vivo y rápido centelleo de millares de mosquetes disparados indistintamente.

Y seguí, seguí marchando a pesar del miedo y a pesar del frío, sintiendo siempre cada vez más próximos aquellos pasos que seguían los míos como la nube sigue a la nube, empujándolos como la ola empuja a la ola.

Después de un largo rato de estruendo que se fue alejando, y que al fin se extinguió en lontananza como las últimas detonaciones del trueno, siguió ese silencio imponente de las noches, más imponente aun después de las grandes sacudidas de la naturaleza,

Pero muy pronto empezaron a llegar hasta mí, traídos por el viento, ese murmullo que resulta de muchas voces humanas, esas quejas que se exhalan donde reina el dolor y el espanto, y esos metálicos ruidos que indican movimiento de gente armada.

Entonces sentí más que nunca cerca de mí el rumor de los pasos del fantasma que me seguía; y corrí más, sin atreverme a volver el rostro, temerosa de que una invisible mano, apoyándose en mi hombro detuviera mis pasos.

Empezaron a pasar a mi lado largas filas de figuras humanas, y a desfilar ante mi presencia masas o pelotones de hombres a pie y a caballo, ya con el orden de un paso uniforme, ya con la irregularidad y el desaliento de una derrota o sorpresa.

Y empujada como el cadáver que arroja a la orilla el mar, encaminé mis pasos hacia una edificación de techo bajo sin más abertura que una pequeña puerta que facilitaba la entrada en su recinto.

V

Allí, en medio de impenetrables sombras, sin saber dónde estaba ni cómo habla llegado hasta allí, créime por un momento segura y libre de la persecución que sufría, y que me asediaba como un remordimiento.

Oí voces y llegó hasta mí el resplandor de algunas antorchas que al fin iluminaron aquel sitio Entraron grupos de soldados que conducían algunos heridos, que fueron colocando como mejor pudieron.

La fatigosa respiración de uno de ellos, del último, que fue colocado muy cerca del lugar donde yo estaba, la sentía en mi propio pecho como un gemido fúnebre y prolongado que se exhalara de lo íntimo de mi conciencia.

Rodeado como estaba de sus compañeros de armas, yo no le veía. Pero me pareció que conocía aquel aliento, que alguna vez había escuchado aquellas quejas, que aquel sufrimiento era de algo que me tocaba y pertenecía. Me acerqué y miré aprovechando un momento en que se deshizo el grupo para hacer paso hasta el herido a dos hombres que acababan de entrar.

Llena de espanto y de terror, cubrí mis ojos con las manos. Acababa de ver a Rafael con el pecho ensangrentado, lívido el rostro y con las ansias de la muerte.

Busqué con avidez la puerta para huir, pero en su dintel aparecieron dos figuras, dos mujeres que me detuvieron.

Una de ellas, de angelical semblante, marcado por el dolor, cuya mirada parecía perderse en un infinito de melancolía, y cuyos rubios cabellos caían sueltos y en desorden sobre sus hombros, desde los cuales hasta los pies caían con el mismo abandono los sueltos pliegues de un vestido negro, se apoyaba con dejadez, como si no tuviera conciencia de quien la conducía, en el desnudo brazo de la otra, que al parecer la protegía.

El rostro de ésta era hermoso, pero acentuado y varonil. Permanecía impassible, mientras su protegida desfallecía. Su elevada estatura sobresalía aun más con la altivez de su cabeza. Vestía una túnica blanca galoneada de oro sobre una falda blanca también, y rodeaba su cintura un ceñidor de metal. Era una de esas figuras, una de esas matronas cuyo tipo ha dado Roma a la estatuaria para simbolizar la grandeza de una idea o la severidad de una virtud.

Cuando pocos momentos después oí algunas palabras de Rafael y vi a la joven de cabellos de oro desprenderse de los brazos que la sostenían, y lanzarse sobre lo que era ya un cadáver, sentí una sacudida espantosa en mi pecho, y los dormidos celos despertaron en él con todo su antiguo furor.

En un momento lo comprendí todo y quise lanzarme a mi vez sobre Rafael; pero aquella mujer de severo aspecto, volviéndose hacia mí con el rostro airado y extendiendo el brazo para detenerme: —Atrás, —gritó: —Aún después de la muerte no dejas reposar a tus víctimas? También intentas interponerte entre sus sombras?

Retrocedí llena de terror, dominada por aquella energía; y no pudiendo sostener la indignación de aquella mirada, di un grito de rabia, de desesperación y.....

Desperté en mi lecho: ya era de día. Todo había sido un sueño.

CAPÍTULO III

ALMAS ENTRE HUMO Y CENIZA

I

Dejemos transcurrir once años; once años que deben pasar ocultos en el silencio del oculto.

Toda historia tiene abismos en el tiempo que se desarrolla. Pasa el narrador sin detenerse sobre ellos, y sigue, ya porque la crónica es muda, infiel ú oscura, ya porque asomarse a ciertas profundidades del corazón humano, produce vértigos que incitan a las almas al suicidio.

Dejemos transcurrir once años, como quien deja en blanco un espacio abierto por un paréntesis: mal disimulado pudor que deja transparentar lo que parece ocultarse: once años que mediaron desde la noche de aquel día de los últimos de abril de 1661 a otro también de los últimos del mes de Mayo de 1672.

Así como la fábula es el sueño de los siglos, el sueño es la fábula de un día: pasaremos sin detenernos del sueño de una noche a los sucesos de un día once años más tarde. Y alegando la oscuridad de los tiempos, pasaremos como el historiador pasa de la confusión de la fábula a los acontecimientos claros y comprobados de la historia.

II

Era el día en que la Iglesia celebraba la fiesta del muy glorioso rey D. Fernando *el Santo*.

Tiempo hacía que las calles y plazas de la ciudad de Granada no se habían visto transitadas de tantas gentes, ni su multitud de parroquias tan concurridas de fieles, ni sus casas y palacios tan llenos de huéspedes.

Por todos los ámbitos de la antigua corte islámica, todo era ruido y movimiento, todo era agitación y prisa. Por todas partes se desplegaba lujo, se ostentaban galas y se rivalizaba en gusto. De muchas leguas en contorno, se había aglomerado la población en el recinto de la ciudad, hasta el punto que toda la sierra y la dilatada vega hablan quedado casi desiertas.

Ya desde la víspera el clamoreo de campanas de todas las iglesias, de conventos y torre de la Vela, así como el sordo ronquido de la artillería de la alambra, habían anunciado lo extraordinario de la fiesta, a la que por edictos y pregones se había invitado muchos días antes.

Mas no se crea que tanta prisa y concurrencia tanta tenía por objeto recordar las hazañas del muy valeroso Rey y Santo de aquel día; ni hacer patentes sus virtudes para ejemplo de los poderosos de la tierra. Si bien se habla invocado su nombre y elegido su festividad para celebrar aquélla, de fijo que, desde el cielo, el conquistador de Sevilla fue quien menos tomó parte en tanto regocijo.

Ojalá que en vez del motivo que aglomeraba tantas gentes, fuera verdad que levantando el trono de los veintes reyes en la ciudad muzlímica, quisiera el Profeta restablecer el paraíso en los campos donde tanto tiempo habitara!

Ojalá que en vez del espectáculo que en la Plaza de Bib Rambla iba a presenciarse, fuera verdad que se preparaban en ella juegos de sortija y catas, y que después de zambras en el Generalife, bajaban de la Casa Roja a tomar en ellos parte a bencerrajes y zegries, aben hudes, aben humeyas y almoradíes, cubiertos de finas cotas y de marlotas ricas de brocado, do brillasen las medias lunas de plata, y que montando en magníficos corceles, ostentasen todos plumas y divisas, verdes y escarlata unas, otras azules y blancas!

Más valiera que el sol de aquel día en vez de alumbrar tan tristes hechos, guiara por la senda del Rey Chico a los descendientes de aquellos que todavía lloran por la perdida patria, y que siguiendo las márgenes frondosas del Genil, subieran por el campo de Abadul a plantar en Torres Bermejas el pendón de Aben-Alhamar, diciendo a todos los vientos: Sólo Dios es vencedor!

III

Pero no. Tratábase sólo de dar cumplimiento a algunas sentencias del tribunal de Inquisición, que para extirpación de herejías, esplendor de la Iglesia y exaltación de la Santa Fe, se había lanzado en nombre de Jesucristo contra algunos infelices que, o ya se habían hecho sospechosos de mantener relaciones más o menos implícitas con el diablo, o bien habían sido incitados por la perversidad de éste, a pensar, a decir o practicar algo contra lo que piensa, dice y practica la religión católica, apostólica, romana.

Uno de aquellos solemnes *autos de fe* que de cuando en cuando eran necesarios para arraigar más y más las creencias en las almas y para purificar con llama de hogueras la pestilente atmósfera de las malas ideas que constantemente arroja al mundo el infierno por sus puertas; uno de aquellos solemnes autos de fe, tan edificantes, tan útiles para cauterizar el roedor cáncer de la duda., y que tanto regocijaban a las almas piadosas por aquel aparato solemne con que se procedía a cortar los asombrosos velos del pensamiento, que atrevidos en su desarrollo como la mala hierba, se levantaban ufanos, queriendo rivalizar en lozanía y frondosidad con el arraigado y corpulento árbol de la Iglesia; uno de aquellos autos de fe, públicos para mayor gloria de Dios y para convencer y persuadir clara y visiblemente con medios harto eficaces cómo se debe mantener la verdad, iba a llevarse a efecto con general satisfacción de los fieles. Y esta satisfacción era tanto más legítima, cuanto que encontraba su natural recompensa en las gracias y sinnúmero de indulgencias que los pontífices habían ofrecido a todos aquellos cristianos que devotamente se prestaran a acompañar y servir con su presencia en acto tan solemne y levantado.

Si. Convocada la cristiandad para un procedimiento de fe, iba a celebrarse la muerte del condenado como entonces se celebraba; con esplendidez y con lujo: quemándole en nombre de Dios, delante de Dios, pidiendo a Dios por él. Era preciso destruir, anonadar el poder de las conciencias inclinadas a la rebeldía y que se atrevían a dudar del poder de la Iglesia; era preciso limitar el poder del pensamiento, siempre inclinado a pensar fuera de la Iglesia; era preciso sellar con hierro candente aquellos labios siempre dispuestos a decir algo que no había dicho la Iglesia.

Ay! Y nadie se atrevía al protestar ni aún allá en lo más alto de la idea, ni aún allá en lo más levantado de la inteligencia, ni aún allá en lo más sagrado del sentimiento! Nadie se atrevía a protestar, ni en la oscuridad, ni en el retiro, ni en el silencio; porque aquella protesta podía ser sorprendida en el rayo de una mirada, en el gesto del rostro, en la respiración del pecho, en la huella de los pasos, por aquel poder, que, como tenía un testigo en cada conciencia y un oído en cada secreto, percibía el ruido de los pensamientos y el rumor de las ideas, que luego procesaba en la sombra y ejecutaba a la luz con el verdugo al un lado para matar, la hoguera al otro para extinguir y la cruz encima para declararse irresponsable de su juicio;

Y nadie podía escapar a la acción de aquel tallo sancionado por las multitudes que aplaudían con más miedo que piedad, con más terror que entusiasmo. Nadie podía escapar, ni el mismo fugitivo, porque el fuego devoraba su imagen, porque el ejecutor relajaba su estatua y la misma maldición corría más que él, le alcanzaba en su huida, y penetraba en su cuerpo con el pan, aún cuando lo hubiera puesto en su boca la mano de la caridad, inficionaba su sangre y mordía sus entrañas. Nadie podía escapar, ni los mismos muertos, porque se desenterraba al impío, se hacia comparecer al cadáver, se invocaba su alma, se le gritaba la sentencia para que la oyera desde los abismos, se trituraban sus huesos y se arrojaban a la hoguera para que no quedara ni el más pequeño resto de sus miembros, que habían sido movidos por la voluntad del hereje.

IV

Habíase levantado al efecto en la Plaza de Bib Rambla delante de la alcaicería, un inmenso tablado ricamente entapizado y en medio de él un altar en donde había sido conducida, procesionalmente, con toda ostentación y aparato la Cruz, símbolo de la redención humana, y desde la cual hacia diecisiete siglos que en medio de un gran infortunio, se había dado el ejemplo más grande de tolerancia que ha conocido el mundo.

Se amontonaban en el quemadero, a orillas del río Beiro, materiales para la hoguera, cuya llama cuando se levanta, levanta también la idea que se quiere destruir. Oh! Si el fuego se propaga sin que se gaste la pequeña chispa que lo alimentó, si la luz sigue reproduciéndose siempre aunque se apague el primer destello que la dio origen, las ideas son fuego y luz, que del mismo modo se multiplican y extienden aun cuando se reduzca a polvo la frente donde brillaron por vez primera. Entre la caliente ceniza de la víctima, permanecía intacto su espíritu con su abrasado pensamiento más herético que nunca, más que nunca activo, más que nunca libre, para proclamarlo más alto y propagarlo más lejos. Y entretanto el humo negro arremolinado entorno de la pira sofocaba en las gargantas la horrible maldición de los sayones, más horrible que por su impiedad, porque se lanzaban en medio de una oración para el alma del condenado.

Nunca como después de uno de aquellos sangrientos sacrificios, era más visible la comunicación de las almas. Nunca como después de un martirio se propagan más las ideas. Un genio invisible iba de conciencia en conciencia derramando aquellos pensamientos que se hablan levantado a los aires con el último suspiro exhalado de los patíbulo, con las últimas encendidas pavesas de los quemaderos de herejes, y que los vientos extendían sobre la tierra. Aparecían aquí y allí sin saber quién los llevaba, aparecían al un tiempo en distintos puntos, sin saber de dónde venían y poco a poco creaban una atmósfera que al fin respiraban todos, hasta que venía la acción que planteaban ante la humanidad entre persecuciones y luchas, convulsiones y dolores, una verdad que uno solo había proclamado, mientras todos se obstinaban en el error.

Ah! Los mártires continúan en el espacio, después de su muerte, la obra empezada en la vida. Entregan a los ecos la palabra sofocada por la tiranía para que no se pierda jamás. Y los ecos la van reproduciendo de generación en generación. Ellos alientan en los cerebros esa continua insurrección de las ideas contra la oscuridad, y no se remontan al más elevadas esferas, no abandonan el campo de su continua lucha, hasta que la razón enciende su antorcha y la victoria teje su corona.

A quién evoca el hombre cuando levanta altares en los templos, monumentos sobre los sepulcros y estatuas en las plazas públicas? a quién quiere tener siempre en la memoria cuando cuelga de las paredes de su hogar imágenes en cuadros de oro, sino al aquellos mártires de un principio que salva a la humanidad? La inmortalidad es tan real donde parece que se muere, que el trabajo y el entusiasmo de los muertos se refleja en las miradas y en los movimientos de los vivos.

Es que el espíritu de los que murieron habitan entre las almas de los que viven!

V

Prosigamos

Aquel día, en que por tan triste motivo, un pueblo se vistió de gala, aquel día en que la satisfacción en los rostros mal disfrazaba el terror de las conciencias, fue también triste, muy triste para mí.

Tiempo hacía que, retirada del mundo, lejos de toda sociedad, vivía complacientemente sola. No es mi ánimo, ni es del caso explicar por qué. Para ello tendría que remover historias y señalar nombres que si son parte muy principal de mi vida íntima, nada tienen que ver con el propósito de estas páginas. Ya lo he dicho. «Nada más puede exigirse de mí, que preste al la principal figura de esta historia aquella parte de mi vida que forma el fondo oscuro de la suya». Además, sería una profanación entregar a la publicidad secretos que exclusivamente no me pertenecen.

El retiro y la soledad, que tanto influyen sobre las almas, hasta el punto de modificar las costumbres, introducir otros gustos y deseos, y aún borrar las más profundas convicciones; la soledad y el retiro, sin apercibirme de ello, habían operado una reacción extraña, dadas las inclinaciones habituales de mi espíritu.

Como toda mujer de mundo que ha gastado su corazón, su fortuna y su juventud en vanidades y locuras, al contemplarme sola, hastiada de una existencia inútil, sin recuerdos gratos ni afectos dulces, para llenar el vacío que había creado entorno mío, para invertir el tiempo en que ya no podía amar, me entregué de lleno a prácticas de esa devoción tardía que procura salvar el alma después de haberla perdido, y quiere ganar el cielo después de haberlo insultado. Caí en el abatimiento místico que mina aquellas existencias que empiezan a temer la muerte cuando se va acabando la vida a falta de los goces que proporcionan las ocupaciones legítimas, vienen las preocupaciones al mortificar el corazón. Enfermedad horrible! Temblar ante el sepulcro al fin de una senda extraviada. El miedo entre dos abismos.

Jamas hubiera creído que para ahogar un recuerdo o matar un remordimiento había de refugiarme religiosa y furtivamente en los templos, buscando esperanzas donde mi fe no había encontrado nunca medios de alimentarse y crecer.

Pero como es tan frecuente esta evolución de las almas en sociedades donde no resplandece la sabiduría, en sociedades donde toda la vida sólo se mueve dentro del poderoso organismo de una religión que después de apoderarse de todos los corazones con su moral levantada, se apodera de las conciencias con sus amenazas, de las voluntades con sus promesas, de los muertos señalándoles la fosa, de las ideas desde el yo hasta el Dios, y de los sentimientos desde el éxtasis de un lirismo infinito hasta los horrores de un dolor espantoso y eterno; que después de apoderarse de todas las acciones humanas se apodera de las artes, de las ciudades, de las comarcas, del despoblado, de los secretos, de la riqueza y hasta del espacio tocando a las nubes con la cruz de sus torres; como es tan frecuente y tan natural esta transfiguración de las almas, principalmente en aquel siglo, en que la religión las envolvía en círculos de hierro, en círculos de fuego y en círculos de maldiciones, de un modo tal que sólo escapaban aquellas razones fuertes que se levantaban hasta los cielos en busca de la religión del espíritu; no debe extrañarse, pues, que me dejara arrastrar, a pesar de la entereza de mi carácter, por los sentimientos dominantes en aquella época. Lo que a todas horas penetra por los sentidos, lo que constantemente se hace respirar en los aires, lo que en todas partes sale al encuentro, no puede evitarse que tarde o temprano sea parte de la vida.

VI

Como todas mis pasiones eran tan violentas que rayaban en tempestades, rayó también en fanatismo aquella pasión religiosa.

Aquel continuo vivir en la sombra de los templos, me hizo algún tanto recelosa, y después que siempre había mirado al sol de frente como las águilas, apenas me atrevía ya a levantar los ojos del suelo.

Al exterior se iba reflejando, por decirlo así, mi nueva alma, porque el alma después que forma su cuerpo, lo levanta o lo dobla, según ella se eleva o se inclina.

Los acontecimientos del expresado día, sin embargo, no podían producir en mí aquella satisfacción, generalmente más hipócrita que natural, y que parecía mantener tranquilos todos los semblantes. Antes al contrario: las ejecuciones que iban al tener lugar se realizaban en mí imaginación vivamente reproducidas, y todo lo vela enlatado y envuelto en humo y cenizas.

Una repugnancia instintiva del corazón me producía un, malestar de que no me podía ver libre.

Tristemente preocupada, enfermo el ánimo, debilitada la mente y excitada por horribles pensamientos, salí muy temprano de mi casa sita en lo alto del albaicín.

Y después de haber oído misa en la colegiata del Salvador, y de haber pasado a la alcazaba, deteniéndome algunos momentos en Santa Isabel, me dirigí al la Catedral.

Crucé sus anchurosas naves sin levantar como otras veces los ojos en busca de algo que ignoraba, y que era en busca de lo infinito extendido de columna o columna y de bóveda en bóveda, entre los enlazados follajes de piedra que festonan aquella producción del orden greco romano. Buscaba allí en aquella revelación del arte, otra revelación superior del alma.

Cansado el cuerpo y fatigado el espíritu, me dejé caer de rodillas delante de la capilla mayor.

Alguna gente discurría por el templo y mucha en silencio ante los altares.

Seguía la terrible preocupación de mí mente: a los pocos momentos el reflejo rojo de los vidrios de colores me parecía sangre, la impasible actitud de las imágenes me parecía airada, y el silencio que reinaba, sólo interrumpido por algunas cautelosas pisadas o el murmullo de algún rezo, me parecía el silencio imponente de una tumba.

Para ahuyentar tan lóbregas impresiones me puse a orar también.

Se veló mi vista, y un mundo de fantasmas pasó por mi mente, fatales como mi destino, tristes como mi situación.

Sentí unos pasos. Su lentitud llegó acompañada a mis oídos con el sonido de unas espuelas.

Miré, y al mismo tiempo pasó al mi lado un hombre que se detuvo enfrente de mí.

Un desvanecimiento horrible bajó de mi cabeza al corazón.

La figura de Rafael estaba delante de mí. Su misma mirada, su misma actitud, aquella sonrisa eterna de sus labios, aún en medio de sus más grandes amarguras, comunicaba a mis ojos aquel recuerdo doloroso de mi conciencia.

Tenía en su mano izquierda, tendida en toda su longitud, el sombrero cuya pluma casi llegaba al suelo. Su mano derecha, oprimiendo el pecho, indicaba contener el dolor de la herida mortal O de la herida del alma que yo había abierto allí.

Él era! Él! No me cabía duda. Lo estaba viendo! Ay! La tortura de mi corazón entonces era suficiente para redimirme de todo el dolor que había extendido sobre aquella existencia desdichada.

Agobiada bajo el peso del remordimiento, incliné la cabeza, que sentí desvanecida por el delirio, y al volver en mí, aquel ser o aquel fantasma habla desaparecido.

Cuando regresé trabajosamente a mi casa, un copioso llanto inundó mis ojos.

Luego que la noche cubrió con su enlutado manto aquel triste día, supe que entre los condenados por el auto de fe, sólo uno había sido devorado por las llamas pocos momentos hacia. Se llamaba Rafael Gómez y Salcedo. Su temprana edad recrudecía el terror de tan lamentable acontecimiento. Sólo tenía 19 años. Muy poco más hacia que habla muerto el Rafael de mis sueños, y tal coincidencia de tiempo y de nombres, vino a llenar la medida de mis sufrimientos. Cuánto sufrí aquel día!

CAPÍTULO IV

ESPEJISMOS DE CONCIENCIA

I

La vida declinaba ya. El invierno de la existencia enrarecía y blanqueaba sobre la frente mis cabellos, tan negros y abundantes en otro tiempo.

Una creciente obesidad desfiguraba las formas. Los años profundizaban en el rostro la huella indeleble de su paso.

La memoria flaqueaba. Andaba con lentitud y trabajo. El metal de aquella voz penetrante y sonora, el rayo de aquella mirada levantada y viva que tantas veces habían indicado los fuegos del alma y las iras del corazón, se apagaban ya. aquel gesto altivo y petrificado de la esfinge, por donde tantas veces habían pasado la burla, el desprecio y la sonrisa cruel da la indiferencia, ya se confundía en la depresión de los labios, rojos, provocadores por la convulsión de las pasiones un día, entonces pálidos, descarnados, fríos.

Oh! La hora en que sorprendí en mi frente la primera arruga y la primera cana, fue de una desesperación tal, que leí en ella la cifra de mi edad tan tristemente, como si rota la losa de mi sepulcro, me levantara ya cadáver al leer mi propio epitafio.

Sin el poder de los atractivos de mi juventud, me creí inútil, me vi humillada, me consideré vencida.

Un día inundó mi frente e invadió mi pensamiento una ola negra. Un baño fúnebre se desplegó ante mis ojos, y la melancólica vaguedad de una intuición funesta, añadió la idea de la muerte al las ideas frías de la vejez. En mi oprimido corazón resonó la voz de la misteriosa Pitonisa que habla del destino en las profundidades de la conciencia.

Un presentimiento triste, inevitable, que se reproducía en la noche y a la luz del día, en sueños y en todas partes, vino a recrudecer con temores de muerte el pesar de no haber vivido bastante por no haber vivido bien.

Entonces, al volver la vista atrás y ver la pendiente de la vida ante el abismo de la eternidad que me atraía con esa irresistible fuerza que devora el tiempo, y que no hay poder humano capaz de resistir, entonces noté la falta de todo lo que habla destruido,.

Había conducido mi alma a un desierto. Había desterrado mi corazón al vacío. Estaba sola, y estaba castigada.

Si, castigada; porque llamaba y nadie me respondía; porque quería llorar y no encontraba lágrimas; porque ningún alma acogía con lástima las quejas de mi alma.

Errante entre los primeros hielos de la vida, no encontrando sobre la tierra ecos que reprodujeran los latidos de mi pecho, quise remontarme al cielo y buscar al Dios a través del murmullo de mis oraciones. Imposible! No tenía alas que me levantaran hasta Él. A Dios no se le encuentra sino al través del amor de otras almas. Qué desierto más árido el de mi vida! Qué espantosa soledad!

Todavía hoy, como si dos siglos no hubieras barrido el polvo de mis huesos, cuando entro en la atmósfera del mundo y dejándome impregnar de su naturaleza, me hago conducir por el rayo de luz en las ondulaciones del éter y en las ráfagas del viento, y bajo en la onda líquida desde el Mulhacén y la Veleta hasta las colinas en que se sienta Granada, entro en relación tan estrecha con mi existencia de entonces, que todavía me creo en presencia de aquel siglo, habitando mi casa solariega, sufriendo las mismas privaciones del alma, la misma calcinación en los sentimientos, los mismos vacíos y miserias en el corazón.

De tal modo quedaron impresos en mi memoria aquellos últimos estremecimientos de mi vida, que todavía hoy, cuando después de caer el sol, paso con el primer reflejo de la luna sobre la damasquina corte de Occidente, todavía hoy, se renuevan para mí aquellas mismas horas de amargura, de abatimiento y melancolía, al recoger la señal de oración hecha por aquellas mismas campanas y al envolverme en la fragancia de aquellas flores. Aquel mismo sonido en el aire herido por los mismos metales, es eco sonoro que reproduce, al través de tanto tiempo, aquellas noches tan tristes y largas; y aquel mismo ambiente perfumado por la misma flora, y que se levanta de torre en torre de las mismas ruinas y de carmen en carmen de los mismos campos, es el eco mudo que reproduce en mi pensamiento libre, como si todavía permaneciera allí esclavo de las mismas temerosas dudas y las mismas ideas sombrías.

Cuántas veces al pasar por los sitios que hollaron mis pasos, me parece que se reanudan los lazos que un tiempo me ligaron a la tierra, que se verifica la resurrección de mi carne, que vuelve a latir mi corazón, que se entrecierran mis ojos, y las mismas lágrimas acuden a ellos arrancadas por los mismos duelos!

Y encuentro placer en esta invocación periódica durante la cual aspiro mis antiguos sufrimientos. Encuentro placer en estas provocaciones del dolor, porque el recuerdo de aquellos pesares que por nuestro mal hemos merecido, encierra un encanto misterioso, como lo tiene volver a oír después de mucho tiempo el canto que ahuyentó en la cuna las tristezas de la niñez, y despertó en la juventud los primeros entusiasmos.

II

La vida declinaba ya. Presentimientos del corazón le anunciaban que pronto dejaría de latir.

Presentimientos! Quién pasa por el pensamiento del hombre tal vez en plena salud, tal vez en el apogeo de una juventud risueña; quién pasa sin ser visto ni oído, pero dejando escrito fatalmente en la conciencia, «esta vida se va a extinguir»?

Quién extiende un negro crespón ante sus ojos cuando acaso más ansia tiene de luz? Quién pone en su camino, al ocultarse el sol, como única noche que le espera la cavidad de un sepulcro, cuando acaso tiene más fuerzas que nunca para dar vuelta al mundo con el astro del día, y sonreír lleno de esperanzas con la nueva aurora?

Es que conoce el hombre, como lo conoce en la lenta oscilación de un péndulo, que todo movimiento está muy próximo a terminar?

Sentido íntimo, fuero interno o intuición profunda, llámese como quiera ese don profético del espíritu que presiente un próximo y ulterior destino, es lo cierto que hay almas que se avisan, o almas avisadas por las almas.

SI. Hay quien llama al corazón, y al mío llamaron entonces, cuando menos dispuesta me encontraba a contestar, porque cada vez temía más a la muerte.

Me encontraba en Córdoba, donde había pasado parte del verano de 1682, y regresé al Granada casi precipitadamente.

Qué desconocido impulso, qué imperioso mandato, quién me empujaba a recorrer, al morir en mi propia casa?

III

Después de un día caluroso de otoño, la tarde se presentaba tempestuosa. El cielo densamente encapotado había protegido la invasión de las sombras de la noche, antes de la hora señalada por el sol.

La respiración penosa de mi pecho, la pesadez de mi cabeza que sentía arder, y el calor que hacía en mi cámara cerrada, me obligaron a recorrer las lóbregas y silenciosas salas de mi casa, y por último salí al un balcón, cuya balastrada de piedra daba sobre el jardín. No sólo por el deseo de respirar más, buscaba más espacio; es que también la tormenta me atraía. Jamás, ni aun siendo niña, me había hecho temblar la tempestad. Encontraba lógico que no siempre el cielo ha de sonreír a los mortales. Alguna vez debe manifestar su ira, alguna vez desatar sus furores. Encontraba armonía entre mi naturaleza y la naturaleza del mundo.

La oscuridad ya era completa. Sólo algún relámpago iluminaba alguna que otra torre, alguna que otra cúpula por encima de los árboles que tenía delante. Una calma sofocante y un profundo silencio reinaban sobre la ciudad. Sólo el lejano rumor de algún trueno se confundía con las últimas y tardías campanadas que en aquel momento partían de la próxima iglesia del Salvador. Algunas gotas gruesas desprendidas de las nubes sonaban tristemente sobre el polvo y las hojas secas.

La hora de los misterios se había anticipado. Según los cuentos y tradiciones de la época, ya podían los magos que defendían la torre de los Siete Suelos invadir la ciudad. Ya podía Boabdil, con toda su corte, salir de los subterráneos de la alambra, recorrer los suntuosos patios de su regio alcázar y ocupar su trono de marfil en el salón de embajadores. Ya podía Isabel de Solís, la encantadora Fátima, asomar su agraciado rostro en uno de los ajimeces de la torre de la cautiva. Ya podía la Católica Reina de Castilla, conquistadora de Granada, levantarse de su lecho de alabastro, ceñir su brillante cota, montar su corcel de batalla, correr al escape al campamento de Santa Fe, volver con todos sus capitanes y vagar toda la noche en torno de

torreones y baluartes. Era propicia la hora para que todas estas sombras realizaran sus nocturnas excursiones, pues muchos aseguraban haberlas visto varias veces, y algunos también haber seguido sus pasos, mientras tranquilamente dormían los descuidados granadinos.

Apoyé los brazos en el balcón y las encendidas mejillas en las manos.

Algunas gotas de agua alcanzaron mi cabeza y humedecieron mis cabellos.

Estaba inquieta: me encontraba mal. De repente experimenté un golpe sordo en el pecho que repercutió en mis hinchadas sienes, y sentí una presión inmensa sobre los ojos.

Quise enderezar el cuerpo para retirarme, y no pude. Mi frente cayó sobre la piedra. Desfallecí en medio de un gran dolor, di un alarido prolongado, seco, estridente, y caí, ay!... caí, para no levantarme más.

Aun pude percibir que corrían en mi socorro, que me llamaban, que refrescaban mi rostro, pero nada; como si el suelo no pudiera soportar mi peso, seguí cayendo, cayendo siempre..

IV

Continuaba en mi cabeza aquel murmullo que redoblaba por momentos su zumbido, rumor creciente como la ebullición del vapor. Temblaban mis párpados, y por mis abrasadas pupilas cruzaban relámpagos rojos y siniestros. Cada exhalación de aquella tormenta cerebral dejaba en pos de su fosfórica luz una ráfaga sombría, una estela sangrienta, alrededor de la cual se levantaban nubes de un pardo casi negro, y que tomando proporciones colosales y llenando mi cabeza me infundían miedo y espanto.

Sí, entonces temblaba ante aquella borrasca de la conciencia en que naufragaba mi espíritu, porque cada uno de sus resplandores iluminaba vivamente el pavoroso cuadro de algún crimen, y me hacía ver entre las sombras la de algún ser sumido por causa mía en la desesperación y en la desgracia. Oh! el cielo del pensamiento en momentos tan supremos, sólo puede permanecer puro y sereno sobre los corazones tranquilos.

A qué podré comparar la revolución extraña, la conmoción inaudita y el estrépito nutrido de alaridos que entre deshechos huracanes convirtieron en un caos aquella masa inflamada que me envolvía, sin cielo ni tierra, sin horizonte ni formas?

Sólo al uno de esos Génesis que preceden a la formación de un mundo, sólo a uno de esos períodos de convulsiones en el orden y de roturas en la armonía para crear un orden más perfecto después y una armonía más brillante más tarde.

Me horrorizaba, me aturdí alguna vez un esfuerzo plutónico que levantaba instantáneamente montañas de roca que al chocar con sus cimas en la bóveda de aquel cuadro granítico, se deshacían en ceniza y lava que arrebatava el torbellino en nubes negruzcas y pesadas.

Entre la densidad de aquellos vapores, veía desarrollar con rapidez una vegetación espesa, salvaje, que trepaba desde el fondo de los abismos, y cuyas anchas y espinosas ramas se adherían a los bordes de los cráteres formando impenetrables bosques.

Entre la oscura maleza, alguna vez salía una organización animal, informe, escamosa, gigantesca, dotada de un aparato muscular propio para luchar con aquella naturaleza fiera, cuyos movimientos lo estremecían todo, que extendía sus inmensas alas, y sacudiendo aquella atmósfera infecta, enviaba hasta mi rostro ráfagas tibias de carbono puro.

Veía también pantanos de líquida púrpura, cuyo seno hervía, salpicándome con gotas calientes, como si saltaran de una herida.

Todo esto era el fondo de las escenas más dramáticas de mi vida. Masa de remordimientos allí traídos, allí amontonados por el doloroso esfuerzo del alma que se desprende de una existencia, por la resistencia de una vida a quien se escapa el alma.

Desisto de seguir describiendo aquel horroroso espejismo de la conciencia. Todo lo que entonces pasó ante mis ojos trayendo a la memoria uno por uno todos mis días, todo lo que entonces sufrí, necesitara para hacerse sentir, la mano de hierro que marcó con fuego en la mente del Dante Allighieri la épica descripción de un infierno.

Cuánto tiempo duró aquel? Ay! mucho. Por fin aquella tempestad me cercó de tal manera, que su rayo fundió mi conciencia en el seno de mi espíritu, y perdí la noción de mi ser...

V

Qué días permanecí también de este modo, como si rota con la forma la identidad de la existencia, ésta se hubiera vaciado en la nada y desvanecido en la inmensidad?

Y quién lo sabe, sin la certidumbre de existir, sin cuenta de lo exterior, sin conocimiento, inmóvil en un caos, sumida como estuve en el profundo letargo del no ser y en la noche eterna de un inconmensurable vacío?

Sólo sé que desperté; que al fin yo sentí. Oh, mi Dios! Y con cuánto frío! Con un frío intenso donde nunca lo siente el cuerpo humano: frío en la cavidad del cráneo, frío en la cavidad del corazón, frío en la cavidad de los huesos.

Desperté tendida, y todo era piedra, todo impenetrable, todo duro. No había espacio y no había luz. Qué horror!

Qué oscuridad! qué silencio! Una oscuridad donde jamás pudieron sumergirse unos ojos; una oscuridad vasta, persistente, densa. Un silencio que se sentía gravitar, pesado, implacable, ese silencio que reina fuera del movimiento de los mundos, donde un estremecimiento de vida, un silbido del viento, cualquiera de esos imperceptibles rumores que pasan desapercibidos, serían grandes estruendos que derribaran las montañas.

No respiraba. Mi pecho era mármol. Ni un latido en mi cuerpo petrificado, rígido como una incrustación de hielo.

Pero yo pensaba, yo sentía, yo me reconocí: no; no me cabía duda: yo misma era.

Qué espantoso sufrimiento! Cuál sitio era aquel? Por qué estaba yo allí?

Quise gritar, pero ningún ruido se formuló en mi garganta. Mi grito se redujo sólo a la interioridad silenciosa de la conciencia. Algo conseguí. Me acordé de que Dios está en todas partes. Un suavísimo vapor me envolvió con aquella idea. Me pareció ver rielar alguna luz en el pensamiento, y sentí un ligero calor, tenue como el del alentar de un niño. Oh débil esperanza, me abriste un cielo!

No tenía más fuerzas ni más movimientos que los del espíritu, e hice un soberano esfuerzo con la voluntad que se condensó en un ruego reconcentrado y profundo.

Un rumor que venía de lo infinito, rumor que no era voz, pero que penetró en mí por todas partes, me dijo respondiendo al mi súplica: «Levántate, y sal de aquí».

Tocaron mi cabeza: lo conocí en una impresión extraña que sentí en ella. Me apoyé y conseguí incorporarme. Siguió otra impresión, pero desagradable: me parecía que compenetraba mármol. Después anduve, di algunos pasos: sentía el rumor de mis pisadas. Todavía un obstáculo fue vencido.

Noté atmósfera, aire libre. aspiré con fuerza: sí, respiraba.

Todos los músculos de mi cuerpo adquirieron flexibilidad para los movimientos ordinarios de la vida. Abrí los ojos, y una hermosa noche se desplegó ante ellos; los levanté al cielo, e hirió mis pupilas el brillante fulgor de millares de estrellas.

Conocí el sitio donde me encontraba. Tantas veces habla pasado por allí para penetrar en la iglesia del Convento del ángel que tenía delante!

Qué accidente, qué sueño o qué locura me había llevado hasta aquel lugar, sin yo saberlo, y contra mi voluntad?

VI

Volver a mi casa, fue mi primera idea.

Altas debían ser las horas de la noche, cuando por las estrechas y empinadas calles de la ciudad no pasaba más alma que la mía.

La inquietud me hizo apresurar el paso, y cuando llegué al pie de los muros de mi morada, me admiré ver que nadie me esperaba. Por lo visto, todo el mundo dormía. La gran portada y el postigo del jardín estaban perfectamente cerrados. En ninguna reja se vela luz.

Llamé con estrépito, con ira, y los golpes resonaron prolongadamente dentro de la casa.

Me sentía ágil, activa, como nunca lo había sido, ni aun en los días más agitados de mi juventud, así es que después de breves momentos, viendo que nadie contestaba ni nadie daba señales de vida, volví a llamar irritada, repitiendo febrilmente los golpes; pero esta vez sólo me contestaron ruidosas carcajadas.

Miré entorno mío para observar quién así se reía, y a nadie pude ver, y eso que la burla tenía lugar a un paso de mi.

Entonces una voz chillona y desabrida, que al parecer partía del balcón principal que daba sobre un gran escudo de armas y la puerta, gritó desaforadamente:

—Que abran! que abran presto a la hidalga! —Pero en el balcón no había nadie.

—Ha de la casa! —dijeron detrás de mí, —que abran presto la puerta, que quiere entrar su merced.

—Derribad las puertas, voto al San...! Paso al la Rica-hembra —replicaron desde arriba. Y todo esto se decía en medio de la más ruidosa algazara.

Retrocedí espantada. Buscaba auxilio por todas partes, y me veía completamente sola.

—Estrella! —murmuró al mi oído otra voz, pero tan suave que parecía un soplo. —Es inútil que llares: sólo tú has oído los golpes que crees acabas de dar: nadie puede abrirte.

—Que nadie puede abrirme, repliqué, llamando yo al la antigua casa de mis padres!

—No, —me contestaron. —Los vivos no ven de los muertos más que el cadáver, y el tuyo ha días que reposa en paz al lado de otros en el convento de donde acabas de salir. Ese cuerpo en que te sientes vivir, es una ilusión de tu alma. Llama a la puerta de Dios Padre, porque la de tu padre del mundo se ha cerrado con tus ojos.

Creí volverme loca. Muerta yo, y yo me veía! Imposible! Si hasta vestía mi traje habitual de finísima bayeta. Únicamente había desorden en mis cabellos grises que caían sueltos sobre los hombros.

Pasé la mano por la frente para desvanecer aquella pesadilla, y otra vez me acerqué resueltamente a la puerta; pero me detuvo el mismo tumulto, las mismas risotadas de antes.

No pude más. Huí llena de estupor y espanto; corrí sin saber al dónde por calles y plazas. La cólera y el miedo me impulsaban frenética por el primer camino que encontraba.

VII

Rayaba el día, y estaba fuera de la ciudad. Ante el abanico de luz que el Oriente desplegaba, las brumas de la noche se rasgaban y se dejaba entrever el cuadro mágico de la frondosa vega.

Subía por un estrecho sendero al pie del cerro de Ain Adamar, y me dejé caer desfallecida al lado de un manantial, cuyos hilos de agua se quejaban entre unas piedras: tenía sed, y apliqué mis labios al bullente liquido.

Bebí con avidez, pero el fuego de mi pecho no se apagaba. Volví a beber, y tampoco. Bebí más y nada. Oh qué horror!...

En la vecina Cartuja tocaban el alba. Sentí pasos y voces. Experimenté alegría porque deseaba ver a alguien.

Esperé algunos momentos. Quien pasara por el sendero tenía que verme, y debía llamar la atención una dama allí, al tales horas y en tales soledades.

Al poco rato apareció por el lado opuesto al la dirección que yo había llevado, un hombre que venía cantando, y que sin duda iba al la ciudad. Llevaba su espada al hombro con la empuñadura hacia atrás para sostener más cómodamente un bulto o hato que pendía de ella. Cuando estuvo más cerca pude ver bajo las anchas alas de su sombrero el varonil rostro de un mancebo.

Esperé al que me viera. Su mirada, en efecto, se sumergió en la mía, pero con tanta indiferencia como si la fijara en una transparente niebla que se levantase de aquella fuente. Pasó al mi lado, casi pisando mi vestido, al mismo tiempo que cantaba:

*Bañado en sangre
su corazón te envía,
partióle en Flandes
lanza enemiga.*

Perdida la esperanza de que me viera, aun no estaba a diez pasos de mí cuando me levanté precipitadamente y le grité: Caballero! Vais al Granada?

Ni me contestó ni volvió la cabeza. Siguió su camino dando expansión al ánimo de su canto.

Me senté y rompí a llorar: ay, qué amargamente lloré!

Tenía sed y el cristal de agua gemía al mi lado entre las piedras. En la vecina Cartuja tocaban al alba, y entre el rumor de mis sollozos, aun oía la voz lejana del joven que seguía cantando:

Partióle en Flandes
lanza enemiga.

CAPITULO V

EL BAUTISMO DE LÁGRIMAS

I

Tiene el espíritu una facultad serena siempre activa. Santuario que jamás se profana, se acude a él como único refugio cuando el dolor acosa. Luce allí la estrella de la esperanza, señal del dedo de Dios, destello que no se extingue.

No hay nube que la empañe, y brilla más, cuando se la contempla a través de lágrimas, como brillan más las constelaciones de un cielo, a través de la húmeda atmósfera de una noche de invierno.

Un nuevo sol no trae sólo con sus primeros rayos una nueva aurora, trae también una esperanza nueva: no sólo su calor evapora el rocío, evapora también los pensamientos tristes, y cuando se levantó el de aquel día tiñendo de púrpura las cimas de Sierra-Nevada, me refugié como todas las almas perdidas en la bella facultad de esperar donde al fin acuden todas.

Después de haber llamado sin que nadie me respondiera, después de haber sumergido mi cabeza en el agua sin que mi sed se apagara, como si una maldición hubiese quebrantado toda relación entre la naturaleza y los hombres conmigo, después de haberme preguntado si aquello era la muerte, después de convencerme de que aquello no podía ser la vida, no pude menos con los primeros resplandores del día, de acariciar la única esperanza que nunca falta en la más pervertida de las almas. Brotó en mi mente la esperanza de un Dios, síntesis de toda grandeza moral, centro de toda justicia, y brotó bañando de perdón mi afligido espíritu, como acababa de brotar la luz en aquel risueño horizonte, bañando de azul todos los ámbitos del cielo.

Si vivimos en plena creación, si de tal modo somos parte tan íntegra de su todo, que ni por un solo momento podemos desprendernos y saltar de su seno, quién puede evitar el ver triste el porvenir en la sombra, y sonreír de esperanza a la luz? Quién espera del mismo modo al mediar el día que al mediar la noche?

Ay! cuando tan dulcemente se estremeció mi espíritu, lloré mucho más, porque mucho más se llora con el consuelo después de haber sufrido mucho.

Obedeciendo a un instinto de la cabeza del hombre, parte la más elevada del ser humano, porque en ella es donde más domina el alma, instinto que responde a la atracción de lo que es tierra a la tierra y de lo que es espíritu a Dios, mientras que al Él levantaba mi pensamiento, confundí mi frente en el polvo. En el polvo, que si embebe las lágrimas, el dolor que las produce es recogido por manos piadosas en el espacio. La hoja cae; pero su aroma vuela.

No faltara rincón donde sea útil la hoja seca. Tampoco ambiente donde su fragancia se respire.

II

Así permanecí largo tiempo, murmurando silenciosamente aquellas oraciones que por hábito siempre acudían al los labios, y que fueron mi único recurso en los últimos años de mi vida.

Presté un momento toda mi atención al un soplo que pasó a mí lado. Suspendí hasta el agitado alentar de mi pecho. Mi nombre se había pronunciado, no sé si en el viento o en alguno de esos ruidos de la soledad y silencio de los campos. Claro se habla dicho Estrella, no sé si por una voz, o por una de esas combinaciones armónicas de las brisas al mover las hojas o al rizar las aguas.

Erguí la cabeza, miré al todos lados, repitieron la misma palabra, y me puse en pie.

Una misteriosa fuerza, imán oculto que atrae los ojos sin saber por qué a un objeto determinado, me dominó de tal modo, que no podía apartar la vista de la líquida corriente que serpenteaba al un paso.

Me fijaba en ella porque era lo único que allí se movía, o porque algo solicitaba desde allí la intensidad de una mirada?

Sin duda por esto último, porque observé que un pequeño remanso que se formaba al verterse el cristal, se hinchaba lentamente como si hirviera su seno, lanzando gotas de tal suerte al aire, que trazaban círculos de perlas al saltar, y al caer círculos de espuma.

Mi natural impaciencia me arrastró, y después de haber estado contemplando algunos instantes aquella rara sacudida del agua, me arrodillé para buscar cómodamente con la mano la causa que así la movía.

Pero aun no se habla humedecido la extremidad de mis dedos, cuando, lo mismo que algunas flores que apenas se las toca, dando señales de un excesivo pudor, se contraen y recogen su corola, aquella brillante ola se deshizo, recobrando la pequeña charca con su estado natural su diáfana transparencia. Mi mano sólo llegó a tocar la cenagosa tierra del fondo.

Aun más. Percibí muy bien que al desvanecerse la visión de aquel juego cristalino se exhaló una queja, un ay! profundo y dolorido, que podría confundirse con el lamento de la fuente al quebrar sus ondas.

Me quedé pensativa y triste.

—Dios mío! —exclamé juntando mis manos;

—si hay aquí algún ser, no ha sido mi intención lastimar ni su sombra.

—No; pero has lastimado la tuya, —dijo una voz armoniosa, dulce, suave como la débil vibración de las cuerdas de un laúd, cuya nota sostienen los ecos largo tiempo en el aire. —Has lastimado la tuya, porque el movimiento del agua que ha pocos instantes salpicaba tus pies, era un movimiento de vida, realizado por tu voluntad, para satisfacer ese deseo ardiente que te devora, de ver algo que se mueva, algo que te consuele en tu soledad. Sólo tu voluntad ha sido bastante poderosa en este caso. Sólo tu deseo ha visto, al insistir con tus ojos sobre este inquieto elemento, sólo tu deseo ha visto convertida en surtidor una de sus azuladas ondas; pues en verdad que sigue y seguirá siempre su curso, si un objeto material no viene al desviar el cauce que abren los prados a su corriente.

Esa ansia tan natural en las almas que, como la tuya, vagan errantes sobre la tierra, aisladas de los hombres por una muerte reciente, cuando se vio satisfecha por el esfuerzo, que si es capaz de mover un mundo, más capaz será de mover unas cuantas gotas de agua, cuando se vio satisfecha, digo, vinieron los funestos resabios de tu vida a interrumpirla. Tu mano profanó la vida que crearan tus miradas, y cuando quiso tocar, sólo encontró el cieno.

Después de oír atentamente estas palabras,

—Oh! —dije, —quien quiera que tú seas, ángel santo que así me hablas, no me abandones por el Dios de los cielos!

—No te abandonaré, me contestó, quien te viene siguiendo hace muchos días. Cuántas veces en los últimos tiempos de tu existencia, mientras en la soledad gemías, yo te cercaba! Yo he recogido muchas de tus lágrimas. Yo he estado atenta a muchas de tus oraciones. Esta alma se estrechó a la tuya cuanto pudo mientras soñabas. Hizo también que otras, a quienes has hecho mucho daño, te estrecharan tanto, que hoy te aman. No es verdad que te es muy grato saber que han velado por ti aquellos que más necesidad tenían de perdonarte, para ser a su vez perdonados!

—Y quién eres tú, —dije a mi vez, conmovida; tú que de tal suerte me quieres, y tanto te interesas por mí?

—Ay! De veras que temo decírtelo, porque estás todavía tan en la vida que conozco va a causarte pesadumbre el nombre con que fue conocido este ser sobre la tierra, a pesar de que en ella nunca me has visto, ni en ella yo llegué a saber que existieras, y por consiguiente nunca pude hacerte ni desear mal alguno. Tienes que apurar un dolor más, dolor cuya causa sólo está en ti. Soy un ser al quien has privado de su felicidad. Yo soy... *Marietta*.

Me levanté: miré a todas partes con sobresalto, y me sentí herida como debió sentirse Cain cuando oyó aquella voz que le preguntaba por su hermano.

Un oleaje de rabia y de vergüenza subió al rostro, que se encendió en ira. El odio, tantos años reconcentrado en el pecho, hizo al contacto de aquel nombre una explosión como la de una mina al contacto de la mecha.

Di un grito, y retrocedí convulsa de furor apretando las manos.

—Atrás! —grité, —atrás! vete de aquí. Quieres atraerme para saciar tu venganza! Huye de aquí! No te pongas en mi camino.

—Que no me ponga en tu camino! —replicó sin alterarse la dulzura de su voz. —Qué locura! Tú eres quien se ha puesto en el mío, y por eso me encuentras en él. Es posible, acaso, poner la mano sobre un corazón lleno de vida sin sentirlo latir? Ay, Estrella! Quién mata no puede evitar el grito de su víctima!

—Bien! Y qué! —le dije levantando la frente con la altivez del vencido que no está dispuesto al humillarse ante el vencedor. —Si hay todavía otra vida que arrancarme, márame, pero no me atormentes más.

—Yo atormentarte! Tu tormento es tu odio. Piénsalo bien. Cuánto me aborreces! Y por qué? Te lo voy al decir. Reflexiona y verás cuán infundado es tu rencor.

—No! No escucho, —respondí. Márchate! Déjame en paz! —Y cerré los ojos, y con ambas manos cubrí los oídos para evitar toda comunicación con aquel ser invisible.

Pero esto no fue obstáculo para su voz. La seguí oyendo lo mismo.

—En vano no quieres escucharme, —continuó. —Puedo penetrar en ti basta lo más recóndito del pensamiento. No te puedo dejar. Sería una crueldad abandonarte a sufrimientos terribles. Ten calma y escúchame. No me rechaces, por Dios; que no es la venganza como sospechas, sino amor, un mutuo bien, el tuyo y el mío, quien me obliga a permanecer aquí. Vamos: siéntate y estáme atenta.

Y como si por mandato de su voluntad se agitaran en aquel momento los céfiros, ellos se movieron, y envuelta y sostenida en ellos, me sentí blandamente obligada a tenderme sobre el césped. No de otro modo deja el viento en el suelo, después de jugar un momento con ella a la sutil pluma arrancada del ala de algún ave pasajera.

Todo el azul de los cielos llenó entonces mis ojos, y no sé qué vaga y consoladora esperanza puso un momento en relación toda mi alma con aquellos resplandores.

Tan encontradas emociones tenían que resolverse en algo, y se resolvieron en lágrimas, que ardientes y en abundancia las sentí surcar mis mejillas hasta que humedecieron mis labios.

Experimenté un alivio inmenso. Se apagaba aquella sed que me afligía. Era que bebía en el manantial de mis ojos. Lo que no había encontrado en el agua pura de la fuente, lo encontraba al fin en la amargura de mi llanto. Este es el bautismo de las almas. Esta es la redención del espíritu. Los que así no lloran, no pueden ser consolados; no pueden nacer otra vez.

III

Oh! Cuánto hubiera dado entonces por volver atrás, sumergirme en la vida para borrar mis pasos y encaminarlos por otra senda! Este deseo respondía a la ineludible ley que manda vivir de nuevo: ley de gravitación moral que obliga al renovar la existencia.

Como pasará la luz por donde pasó la sombra, es preciso pasar muriendo por donde se pasó matando. Sedientos de justicia, se apagará vuestra sed!

El más profundo silencio reinó a mi alrededor, mientras que así se evaporaba el pesar de mis culpas. Hay momentos supremos en que dejar sentir es el mayor bien que se puede hacer.

Después miré con más libertad al cielo: y esperé con menos encono lo que Marietta quisiera decirme.

—Gracias doy al los cielos —dijo —porque acaban de aliviarte de algo que pesa más que la triste vida de donde vienes. Ya más tranquila, escúchame, pues, Estrella.

No ignoras que en Nápoles vivía yo: en aquel bello rincón del mundo que rivaliza en encantos con los de esta patria tuya.

Al arrullo de las olas de su mar tranquilo, entre la verdura eterna de sus campos, que o tiemblan bajo las amenazas del Vesubio o sonríen bajo las caricias de su sol, encontré una morada en la última existencia mía.

Allí en paz, en la paz que llaman los hombres dormir sin soñar en otras bellezas que las del reducido espacio en que se respira, ni en otras vidas que la que arde en las venas y se renueva cada primavera en el fecundo seno de la tierra, allí en paz, pasaron mis primeros años, sin más inclinaciones que las de niña, ni más amor que el de hija.

Al nacer, no queda, por decirlo así, rota toda comunicación del alma con lo anterior, o sea con este insondable plus ultra que se llama eternidad.

No. Con el corazón se desarrolla una relación desconocida con el cielo. Relación latente en la cuna e inactiva en la primera edad, esperando, como en la creación todo espera, el momento de suficiente energía para producir y crear.

Llega este primer día para un alma, porque primer día para ella es aquel en que se hace en el sentimiento la luz, como primer día para el hombre es aquel en que se abren sus ojos, y primer día para un mundo aquel en que se baña primera arista en un destello; llega este primer día para un alma, y cesa la inacción. Llegó el instante de fuerza, y esa tercera persona de la trinidad eterna que la religión de nuestros padres en la tierra simboliza en la paloma mística que tiende sus alas sobre las otras dos, baja y deja vislumbrar el cielo en una mirada. Empieza el corazón a latir de otro modo a impulsos de un sentimiento irresistible. Es que se ha

establecido la corriente entre lo infinito y el alma, es que el alma siente la embriaguez de los cielos, es que se llena el vacío que entre ellos y el alma habla.

Siguieron algunos momentos de pausa a estas palabras; sin duda para que meditara sobre ellas, pues eran tan nuevas para mí, que sólo en aquel estado de concentración del espíritu era fácil entenderlas. Siguió, pues, diciendo:

—Llegué a ver la luz de aquel día, Estrella. Diez y seis años tenía y hacía falta ya. Nunca es más necesaria una cosa que cuando nada estorba el poseerla. La ambición, el egoísmo, la gloria y otras pasiones más o menos inicuas y también más o menos nobles, es lo que estorba al corazón amar de veras, y el mío estaba tan libre de ellas, que no aspiraba a más que ser en otro ser, para ser enteramente en Dios.

A quién, cómo, y cuándo amé, te lo dijo un día, y no muy lejos de aquí, aquel a quién tú también quisiste amar.

Las almas, como los rostros, todas se parecen, pero no es posible encontrar una enteramente igual a otra. Sus aptitudes, por lo mismo, siempre serán distintas. Qué bella e inagotable armonía se está siempre desprendiendo de esta variedad sin fin!

Pues bien. La misma facultad de amar tenía tu alma que la mía: diferenciándose sólo en los medios que querían emplear.

Tú aspirabas a la gloria de ser amada, yo a la necesidad de ser amada y amar.

Y cuando la gloria, querida Estrella, se funda en poseer a toda costa, no se repara en los medios. El conquistador por ambición, nunca llora por la humanidad sobre los campos de batalla al donde la conduce al destrozarse..

No creas que me causaste un daño inmerecido por mi parte No. Yo necesitaba una vida de sufrimiento moral. Estaba condenada a ver, pero no a pisar la tierra de promisión.

Todos formamos parte de una trabazón admirablemente dispuesta por la mano de la Providencia, cuyo objeto desconocemos, pero que presentimos es grandioso. Sólo sabemos que sobre la tierra pesa una cruz donde permanece y late el dolor. Por un esfuerzo común de los hombres podrá levantarse de su pie un día, y huir ese fantasma del mal que se llama muerte.

IV

Le tuviste miedo al pensar en ella. No es morir lo que generalmente espanta al hombre; es contemplarse lo que le horroriza. Se considera y tiembla, porque confunde la oscuridad de su corazón con la oscuridad del sepulcro. Más que a la eternidad, teme a si mismo.

Oh! La eternidad! Después de expresar su grandeza en una palabra, es necesario levantar a cierta altura el pensamiento para sentirla en algo. Según la conciben imaginaciones sólo fecundas para inventar martirios, más parece la confusión y el terror venciendo para siempre a la justicia y a la sabiduría, que la aspiración constante del alma al ser más, a ser mejor y al amar sin término. En qué crueldades se complacen los hombres! Qué desenlace tan triste creen que puede tener la obra de Dios! El mismo cielo seria un infierno, si un infierno donde el dolor fuera eterno existiera. Qué otra cosa seria, si se registrara en sus anales, como hecho cierto, aquella formidable rebelión de Satanás?

No, Estrella. Los ángeles caídos se levantan. Nada fatiga tanto como el error, nada atrae tanto como la verdad. El extravío cansa, y este cansancio proporciona muchos pesares. El alivio de todas las penas puede encontrarse en la rectitud del alma.

Llama y se te abrirá ese Empíreo que no termina jamás. Y abarcarás de un vuelo inconmensurables distancias, y encontrarás por todas partes cielo y más cielo, por todas partes luz y más luz, por todas partes vida y más vida. Y cuando te identifiques con la creación, merced al fecundo esfuerzo del sentimiento que agiganta las almas en una esfera más dilatada que la que abrazan los rayos de cualquier sol, verás por todas partes desprenderse a torrentes el amor que emana siempre de Dios.

Si sufrimos, es porque nosotros nos castigamos. No nos perdonamos hasta que nosotros mismos nos absolvemos. Dios no puede permanecer airado ni un solo instante. Perdona siempre. Él te concederá tantas vidas cuantas te sean necesarias para aproximarte a Él de mundo en mundo, pues un mundo o un sol donde las almas viven, es cada una de las innumerables estrellas que señalan en la noche, aún más allá de las que no pueden alcanzar con su brillo a la mirada del hombre, dilatados horizontes al la esperanza.

Afán constante del espíritu es volar para no volver, porque espíritu que no vuelve emplea su virtud en esferas de más resplandores y pureza.

Sí, Estrella. Cuando fue necesario que nacióramos en la tierra, algo nos quedaba que cumplir entre los hombres. Fuimos dos mujeres desgraciadas.

Yo dejé la vida privada de todos los afectos del alma, habiéndolos acariciado todos. Dejé la vida, sedienta al pie de los manantiales de toda vida. Mi joven corazón cayó yerto sobre la tierra, sobre aquella tierra de fuego donde una primavera empieza cuando otra acaba, donde con dificultad nada muere, sin haber vivido en armonía y sin haber dado su fruto.

Y todo por haberme sido arrebatado el elegido de mis pensamientos. La noticia de su muerte fue violento aquijón que se llevó una a una todas mis ilusiones, y aun seguí viviendo, cuanto puede vivir en un cuerpo débil un alma fría, inmóvil, paralítica.

Le sobreviví algunos años, y antes de caer, como el tronco seco que por haber sido trasplantado a la sombra, ve inclinarse entorno suyo sus amarillentas ramas, vi morir al un esposo que me había dado el mundo, y a los hijos que al mis pechos había puesto la naturaleza. Les vi morir, sin haber podido darles toda la savia de amor que tenían derecho a exigirme. Qué podía ofrecerles mi corazón vacío!

Ah! cuánto sufrí! Tú no sabes cuán cruel es el martirio de la madre que comunica al cuerpo sagrado de sus hijos la enfermedad que devora sus entrañas! Tú no sabes cuánto se sufre cuando en vano se rebusca en el fondo del alma una chispa de amor, que es un deber consagrar a otra alma! Me espantaba esta terrible verdad que yo sola me decía, y yo sola devoraba en el silencio de mis noches: Ya no puedo dar vida, ya no puedo amar.

V

Al fin, ya no tuve más remedio que morir. El cielo, después de someterme a tan dolorosas pruebas, me otorgó este beneficio, un día que vas a recordar cuál fue.

Por el ansia de tocar algo de lo que me había sido vedado tocar, por el afán de ver entre las sombras de mis ensueños, tuve que sufrir un dolor más que condensó todos los dolores que me habían matado.

Entró mi espíritu en la misma noche sombría y en la misma hora desgraciada que fueran las últimas para el amado de mi corazón. Y también espiró en mi presencia, y llegó a mi oído, como si el tiempo y la distancia no hubieran mediado entre los dos, el mismo eco triste de sus últimas palabras, y el mismo débil soplo de su último suspiro.

Tú también aquel día te viste obligada al presenciar la misma escena.

Una vez mientras dormías, tu alma fue arrebatada y envuelta en el mismo rayo y en el mismo ambiente que me habían arrebatado y envuelto pocas horas después de morir. Tú y yo asistimos juntas, tú viéndome y sin que yo te viera, al supremo instante en que se reproducía la muerte de aquel ser que tanto nos había interesado.

Oh! Si yo supiera qué motivo te llevaba allí si yo supiera que estabas cerca, si yo te hubiera visto entonces que aún no te conocía, habría sido uno de los accidentes de aquel sueño que después olvidaste, que yo te invitara a llorar conmigo sobre el pecho ensangrentado de Rafael. Recuerdas ahora el sueño triste de aquella noche?

—Ay, sí! —contesté, porque en aquel momento aparecía en mi memoria el hecho que se me indicaba.

—Pues bien, Estrella. Poco después es cuando supe la participación que habías tenido en los acontecimientos de mi vida; y desde entonces me propuse seguirte para preparar tu alma a la redención de sus faltas. Y sino, no recuerdas también cómo la memoria de Rafael, conforme pasaban años, iba tomando en tu corazón la forma de un culto doloroso? No recuerdas aquel funesto día de un auto de fe, en que sublevada tu conciencia por aquella crueldad, no recuerdas cómo se ablandó tu corazón, y cómo sentiste tal pesar por tus culpas, que arrodillada ante un altar no veía tu mente excitada por los remordimientos, más que fantasmas y sangre? No recuerdas cómo la imagen de Rafael pasó ante tus ojos evocada por el gran sentimiento que te embargaba? No recuerdas la coincidencia de su nombre con el de la víctima que fue devorada por las llamas aquel día? No recuerdas cuánto lloraste después?

—Sí, sí! —contesté.

—Pues, quién llamaba entonces al tu corazón, más que yo, Estrella? Quién rasgaba las primeras nubes que no te dejaban mirar al cielo? Quién asomaba a tus ojos con tus lágrimas y se confundía en tus suspiros más que mi espíritu, que también te avisó la proximidad de la muerte, y calentó tus huesos bajo el mármol de la tumba, y puso la idea de Dios sobre tu frente para que se hiciera alguna luz en tu paralizado pensamiento, y te ayudó al desprenderte de tu cuerpo ya yerto, para conducirte hasta aquí al calor del sol y en presencia de la eternidad?

Quién sino quien te ama viene a tu lado y te dice: Estrella, ven a perdonar, ven también a perdonarme para que Dios nos perdone!

Ah! Si aun me aborrecieras, si aun me desdeñaras, tanto valdrían tu desdén y tu odio como si la verdura de estos campos, que vive de ese sol, lo esquivara y aborreciera por haber dejado pasar la nube; él seguiría dándole luz y calor hasta el último momento, y yo seguiría a tu lado hasta el día en que me amaras.

VI

Calló, y no pude más ante aquella arrebatadora elocuencia dotada de un sentimiento y de una persuasión tan enérgica y dulce al mismo tiempo, que no podía ser inspirada sino por el cielo.

—No, no, Marietta! —grité. —No te aborrezco. Que te dije!... Perdóname... Soy loca... ciega... horriblemente mala...

Yo... y quedó ahogada la frase por la violencia de los sollozos, que al contenerlos desgarraban mi pecho.

Sentí en él una opresión suave.

—Llora, llora! —me dijo: —llora y convierte en lágrimas las nieblas que te quedan de la vida. Llora, y tu sentimiento me dirá más que todas las palabras! Llora, alma querida, y Dios te salve...

Lloré: no sé cuanto tiempo; porque el llanto cegó mis ojos y anubló mi pensamiento. Sólo sentía en el silencio el murmullo del agua al verterse en el cristal.

CAPÍTULO VI

LOS MUERTOS VIVIRÁN

I

Cualquiera que sea la hora de uno de tus días, oh caminante! en que te alejes de tu casa con la esperanza de volver pronto; cualquiera que sea la hora en que a ella te aproximes después de una larga ausencia, ansioso de estrechar en tus brazos al tus ancianos padres que temen morir sin verte, o a la amada de tu alma que te espera, fijo el pensamiento en ti, rodeada de los tiernos niños que desde que te fuiste han llenado la falta de tus caricias mezclando tu nombre con sus juegos; a cualquiera hora que atraveses los campos, los bosques, los valles, y salves ríos, fuentes y montañas, acuérdate de que tal vez siguen tus pasos, otros que no pisan la hierba ni dejan huella en el polvo. Acuérdate de que tal vez va confundida en tu sombra la sombra de los muertos.

Si al llegar a la revuelta de la senda, a lo más alto de la pendiente, se abre un horizonte nuevo al tus miradas, y buscas con avidez la cruz de la torre, o el humo del hogar, o la ventana de tu nido, o los arboles que crecieron al tu lado cuando tú crecías, y que más fueron extendiendo sus ramas cuanto fuiste extendiendo tus brazos, acuérdate, oh caminante! que no sólo todas estas cosas te dan la bienvenida antes de llegar a presencia de los vivos que te aman. Acuérdate de que tal vez te la dan también desde la cruz de la torre, desde la ventana de tu hogar y desde la copa de los arboles, la sombra de los muertos.

Y si al cruzar silencioso por solitarias campiñas, llegan a tu corazón voces apagadas que no traen los ecos, y que no puedes confundir con otros ruidos de la naturaleza, pero que nacen en tu pecho y en tu pecho mueren, acuérdate, caminan te, de que tal vez te llaman las sombras de los que vivieron sobre aquella tierra, para que contestes al sus preguntas y desvanezcas sus dudas.

Acércate con respeto al pórtico de los templos, a los lugares amenos y a la piedra del camino, puede haber ante los altares un alma que todavía ruega, puede haber al pie del árbol un alma que todavía llora, puede acercarse al tu lado cuando descansas para emprender de nuevo tu camino, un alma que en vano busca tus ojos para que la veas y la consueles.

Cuántos vivos meditando sobre la muerte y queriendo romper los estrechos límites de la vida, sospechan que acaso los muertos pueden vivir, que acaso pueden pasar por donde antes de morir pasaron un día!

Oh! Es que la sospecha de todos los que piensan así, y nadie deja de pensar así alguna vez, responde a la verdad que clama al todos los oídos y responde al todas las conciencias.

Puedes no ir completamente solo, caminante, al atravesar silencioso por desiertas campiñas. Sin que sepas quién, acaso te siguen, acaso te llaman, acaso te esperan para darte la bienvenida.

II

Ninguno de mis deudos o amigos que pasara por casualidad entonces por el cerro de Ain-Adamar, sospecharía que yo pudiera encontrarme cerca, al lado de un sendero poco transitado, al pie de una fuente a la que pocos sedientos se acercaban. Yo podría llamar, pero no me contestarían; yo saldría a su encuentro, pero no me podrían ver.

Siguió el silencio, siguió la soledad a aquellas palabras que me habían reconciliado con el porvenir. Sólo sentía, como he dicho, el murmullo de la corriente; murmullo que por grados fue creciendo, creciendo, hasta que casi llegó a tomar las ruidosas proporciones de una cascada.

Y me pareció que cada golpe de agua y cada onda que pasaba, me decían una y otra vez: *Mira!... mira! mira aquí!...* Y cuanto más prolongado y profundo era el quejido de la fuente, más alto me parecía oír: *Mira aquí!.. mira!... mira!...*

Y abrí los ojos, y miré. Y vi que el remanso que se formaba al quebrantarse los hilos de cristal, se hinchaba lentamente, como si hirviera su seno, lanzando gotas de tal suerte al aire, que formaban círculos de perlas al saltar, y al caer círculos de espuma.

III

Se fue desvaneciendo todo lo que a mi alrededor había: el cielo, la tierra, los arboles, la fuente. Sólo veía aquel plumero líquido, cada vez más bullente, más alto cada vez.

Cuanto mayor era la sacudida del agua, más grandes eran los copos blancos de espuma, y más elevado el salto de las perlas.

El punto donde tenía fija mi mirada, se fue dilatando, dilatando, al par que iba creciendo, creciendo, aquella visión que se llenó de resplandores; mi mente se perdió en el infinito; yo no sé si la luz entraba en el espacio, yo no sé si el espacio era el que entraba en la luz.

Qué mirada aquella, Dios mío! Una mirada penetrante, intensa, invariable, capaz de arrancar la chispa de diamante del pedazo de carbón. Una mirada que rompiendo el límite impuesto por la naturaleza a los hombres, me hizo ver siete veces más colores que los que puede reflejar el prisma ante los ojos humanos. El iris multiplicando sus mágicos matices, soltó mil pabellones de tintas desconocidas. El oro y la plata, el rojo y el violado palidieron allí entre vibraciones más brillantes y entre rayos más vivos.

Y a. qué distancia vi después subir en el éter las gotas de agua, bordándose en centelleos colorantes, perdiéndose entre vapores tornasolados, en arcos dilatadísimos, y caer después como una lluvia de estrellas, como si toda una vía láctea se hubiera liquidado en la inmensidad!...

Y el ruido de aquella catarata de mundos en que se desataban torrentes de luz, era un ritmo que, al desplegarse en abanico de colores, marcaba una escala infinita de sonidos llenos de cadencia y armonía.

La nota dulce y el matiz suave, el eco ronco y el reflejo brillante se desprendían acordes en vibraciones unísonas. Puede decirse que se percibían allí melodías de color, y armónicas medias tintas.

Por un momento mi espíritu se sintió sumergido en aquel inmenso concierto. Un instante nada más, tomé parte en el canto de una oración universal.

Y qué dolor! Yo no podía devolver lo que recibía. Entre todo aquello y yo habla un vacío. Tanta vida me sobraba. Yo era la única sombra en medio de tanta claridad. Quería desprenderme de aquel inmenso pentágono, porque notaba que no respondía a. las pulsaciones de aquella naturaleza superior. La cuerda rota en la lira, molesta al la mano que dulcemente la hiere.

Acababa de asomarme a un cielo, y yo misma me despedía de él. Apenas me había levantado de la tierra, y ya me rechazaba el espacio. Apenas recobraba la libertad, y me atraía otra vez la esclavitud. Apenas se había anunciado la aurora de un nuevo día, y temerosa de tanta luz, quería la noche.

Algo me faltaba para completar mi existencia allí. Tanta grandeza y tan dilatada plenitud sobrepujaban a. mis fuerzas, y ansiaba lo reducido, lo pequeño, lo limitado para ocultar en formas más oscuras la deformidad de mi espíritu.

Allí el pensamiento llegaba demasiado hasta el pensamiento. Allí el pasado era presente siempre delante, proclamando siempre lo que fue. Imposible que pudiera seguir allí! Allí no podía huir. Allí no había sombras, ni lugares ocultos donde llorar. Allí el libro de mi historia, siempre abierto por todas sus páginas, se dejaba leer en caracteres de fuego con inconcebible claridad.

El pesar y el remordimiento engendraron entonces en mi mente el terrible deseo de la nada. No ser! Cuando este ideal se acaricia por las almas que dejan una vida, es que exageran la necesidad de vivir otra vez.

IV

Poco a. poco tanta luz se fue reduciendo a. un ligero crepúsculo, y lentamente tanto espacio se fue limitando al un horizonte sensible.

Las sombras de la noche me envolvían. Mis ojos continuaban fijos en el agua. Muchas horas habían pasado durante la exaltación que acababa de experimentar mi espíritu; aquella fuerza que lo había dilatado en una mirada cesó, y pude levantar mi frente al cielo. Ay! Experimenté la languidez de la nostalgia cuando vi tantas estrellas. Una me enviaba un consuelo, otra una esperanza, otra un entusiasmo. La tierra, el mismo suelo de la patria, me pareció un destierro.

El soplo que en la mañana de aquel día había pronunciado mi nombre, pasó otra vez al mi lado.

—Estrella!

—Ah! eres tú! —respondí. —Te conozco, no te olvido. Quisiera verte...

—Escúchame —replicó. —Crees que no hay más allá de lo que has visto? Te equivocas. Todo eso que llena tus ojos, no termina jamás. Jamás se encuentra una última constelación de mundos, y cada mundo está protegido como este por un cielo estrellado. Y cuántos hay mudos más bellos que el que ahora contemplas! Y todo ese espacio es tuyo, es mío, es de todos los seres que quieran conocerle y marchar por él. Abierto está por todas partes: por todas partes se puede entrar en su inmensidad, pues para nadie está cerrada. Por nuestra voluntad, por actos de virtud, por dones de sabiduría que debe otorgarnos sólo nuestro propio esfuerzo, podemos levantarnos hasta las pintorescas regiones de otras esferas, y entrar en el calor de otros soles. Qué limitadísima es la idea que de la creación tiene el hombre!

«Si en un momento de reconciliación con el cielo se extasió tu alma simplemente en reflejos y murmullos de unas cuantas gotas de agua; si en un pequeño rincón, al que puede hacer sombra la palma de tu mano, viste más grandezas que todas las que has podido concebir durante tu existencia; si la luz que alumbró tus días sería pálida al lado de la luz que acabas de admirar, calcula cuál será la belleza de esos dilatados cielos donde todo es vida y esplendor. Y advierte, Estrella, que cuanto más se eleva el alma por ellos, más grandiosos y magníficos horizontes se abren a sus deseos y esperanzas. Las esperanzas y deseos de la tuya se limitan todavía a. los horizontes de la tierra, por más que sueñes con una morada en las estrellas.

»En las cristalinas ondas de este manantial que ha poco una mirada pura y libre de tu espíritu llegó a. sondear hasta sus más imperceptibles hilos, acabas de conocer que sólo entrando en la corriente de otra vida podrás salir al tranquilo mar donde en nuevas existencias puedas ser conducida a tus destinos.

»Levántate, pues, Estrella; levántate, busca y encontraras. Valor para soportar tus trabajos. Llega día en que se bendicen. Llega día ea que se recuerdan con entusiasmo, Yo siempre estaré a tu lado. Te ayudaré a levantar cuando caigas; velaré tus sueños y hablaré a tu corazón. Estrella, levántate y anda!...»

Callé y me levanté. Y anduve con paso tardo y vacilante. Cuanto más me alejaba, menos quería apartar mis ojos de aquel lugar donde en un solo día después de la muerte, había aprendido a. sentir lo que no me enseñaran cincuenta años de existencia.

Hay sitios apartados que la memoria señala con una cruz; sitios que no se olvidan nunca; calvarios a. donde vuelve en peregrinación el espíritu para recordar los dolores o felicidades que lo han consagrado.

Cuando paso por allí, aun me detengo y tomo cuerpo en el ambiente que allí sostiene la vida. Renuevo aquellas horas y doy gracias a los que supieron encontrarme cuando sola sobre aquel suelo me perdía.

V

Anduve y anduve errante mucho tiempo sobre la tierra. Tanto anduve y tantos días, que con frecuencia me abandonaba la esperanza, temiendo que no terminaría jamás aquel periodo de angustia. Pero aquella voz de ángel acudía siempre. Me consolaba e infundía valor para emprender la marcha.

Muchas veces el sol pasó sobre mi cabeza durante aquella penosa peregrinación; muchas veces la luna contribuyó con su rayo pálido a la melancolía de mis pensamientos.

Crucé los campos, entré en los pueblos, pasé los ríos y subí a las montañas. La lluvia azotó mí rostro; el viento me envolvió en nubes de polvo; tuve calor y sentí frío.

Anduve y anduve mucho tiempo, aislada, silenciosa, pero sin cansarme. No me producía fatiga ni subir, ni bajar, ni correr. No tuve hambre ni sueño ni volvió al atormentarme la sed desde aquel momento en que había bebido mis propias lágrimas. Sólo el cansancio de no sentir necesidades, me fatigaba con su terrible monotonía.

La voz de los hombres llegaba hasta mí, pero la mía no llegaba a ninguno. Pasé y pasé mil veces a su lado y ninguno me vio. A cuántas puertas llamé y me detuve a llorar en momentos que me abandonaba la esperanza! Pero aquella voz de ángel acudía siempre y me consolaba.

Así anduve días y días y atravesé pueblos, montañas y ríos temiendo que aquella penosa carrera no terminara jamás.....

Una noche de invierno llegué, mucho después de puesto el sol, a una comarca sumamente accidentada y montuosa. Por todas partes no se sentía más que el murmullo de torrentes y saltos de agua. Yo bajaba por una rápida pendiente muy escabrosa y llena de matorrales.

La temperatura era glacial y la noche muy oscura. Una nube densa había llenado toda la extensión del cielo. Empezó al nevar.

Mi descanso era sumergirme en profundos pensamientos, y así mi atención no se fijaba muchas veces en todo lo que pasaba o sucedía a mi alrededor. Esto me sucedió entonces, pues no volví de mi meditación hasta que ya mis pies se sumergían completamente en la nieve. Tanta es la ilusión de la vida en este estado, que hasta la huella se cree ir dejando atrás como señal de haber pasado. Seguí marchando y me interné en lugares más sombríos.

Me deslizaba precipitadamente sobre la sábana que como un sudario cubría La tierra. Quería salir pronto de aquel sitio que sin saber por qué me infundía miedo.

A pesar de la oscuridad, al vago reflejo de la nieve veía los arboles que sin una hoja, pero coronados de copos blancos, parecían esqueletos de pie e inmóviles, surgidos del seno de la muerte para asistir a una última hora de la naturaleza.

Yo temblaba y corría: las montañas que dejaba atrás me parecían fantasmas gigantescos que me perseguían; las que veía delante, otros que me esperaban.

Corría y corría cada vez más. Un momento quise detenerme, pero no pude; no sé qué fuerza me impelía. Quise dar otra dirección a mi carrera, y tampoco. Estaba condenada a. correr, y correr siempre hacia delante.

Me aturdí. Sentí un movimiento circular en mi cerebro. Ya no veía. Me pareció que daba vueltas con celeridad vertiginosa en una espiral cuyo centro no podía calcular dónde estuviera... Después, una contracción horrible, dolorosa... Ya no era como había sido. Empezaba a ser de otro modo.

Ah! los que nacen, vienen de donde van los que mueren.

VI

Cuando sientas, oh madre! vida de tu vida que se agita en tu seno, y acaricies en sueños a un ángel que pronto acariciarás despierta; cuando en un solo grito se confundan el ay! de tu dolor y el primer llanto de tu hijo; cuando en la cruz de tus brazos sostengas después al más sagrado objeto de tu amor que toma dulce alimento de tu pecho, risas inocentes de tu boca, y de tus ojos inteligencias que te llenan de alegría, acuérdate que el cielo ha confiado a tus cuidadosos desvelos un alma que así se levantará, cuanto hayas levantado aquel tierno corazón.

La más grata tarea que la naturaleza puede señalar a un ser, está confiada a tus manos.

Por eso, benditos son los dolores y sentimientos de la madre sobre todos los sentimientos y dolores humanos.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO (Dictado de MARIETTA)

LA VISITA DE UN MUERTO

I

Ya me comprenderán los que hayan vivido sin esperanza. Me basta añadir a todos: *Esperad el que se acabe la vida.*

Estas fueron mis últimas palabras, cuando he descrito aquellos momentos supremos en que muerta ya, se mezclaron mis lamentos con el postrer suspiro de Rafael, que llegaba hasta mi mucho tiempo después de su muerte.

El dolor, anegando mis ojos en llanto y mi pecho en amargura, mantuvo en aquel instante aislado mi ser del recuerdo de la vida que acababa de dejar.

Quería identificarme eternamente con aquel suceso triste, con el cual si mucho sufría, mucho también saboreaba en él la dicha de mis sueños; porque al fin yo le encontraba, porque al fin yo tocaba sus manos, porque al fin su cabeza caía en mis brazos... ay, pero cuándo! Cuando su voz no podía responder a su mismo nombre que tantas veces silenciosamente mis labios habían pronunciado.

Ilusiones de la vida: aun después de morir perseguís con fantasmas al deseo; aun después de morir brindáis con cálices que sólo contienen amargura!

Me abandoné por completo al sentimiento de aquella hora, olvidándome del pasado, sin pensar en el porvenir, como si quisiera que toda la eternidad quedara fundida allí, en aquel motivo de mi gran dolor.

II

Pero el pesar mata demasiado, y demasiado se interpone entre el ser y la nada, para que no pase al menor soplo de vida, como al menor soplo de viento pasa la nube interpuesta entre un sol y unos ojos ávidos de contemplarle.

—No te abandones de tal manera al sentimiento, —dijo aquella voz del cielo; —queda para consuelo del alma después que deja una existencia, la ilusión de que sigue existiendo del mismo modo.

«Este es todo tu dolor. Crees que mientras Rafael ha dejado de existir, tú vives. Acuérdate de que los dos habéis muerto. Acuérdate de que todo lo que acabas de presenciar es la impresión delicada de un rayo de luz en la huella que han dejado en tu alma los sentidos que ha muy poco abandonaste.

»Levántate y Ven; verás que los primeros destellos del día han hecho desaparecer la vaga sombra de un acontecimiento pasado, que si estos lugares lo han olvidado o guardan con su silencio, sin duda lo recordará la historia».

Me sentí conducir algunos pasos, y abrí los ojos. Estaba a la puerta de aquel recinto en donde habla entrado impulsada por el deseo de ver a Rafael. En efecto, la luz crepuscular de la mañana rayaba en el horizonte dorando los contornos de los celajes más próximos a ella, despidiendo las sombras últimas de la noche, tiñendo de púrpura las cimas, de azul el cielo y de vago colorido las nieblas del llano.

Volví la cabeza para ver lo que quedaba dentro de aquella choza, y no vi más que escombros por su estado de ruina. Todo habla desaparecido; los rumores del campamento, los soldados conduciendo heridos, el siniestro resplandor de las antorchas, Rafael espirando; todo había sido una visión todo artificio de aquella manera de vivir.

—Nada queda, —me dijeron: ésta es la vida en el mundo que acabas de abandonar. Cada página se escribe sobre la página anterior, borrada por el tiempo. Del pasado sólo quedan ruinas, así como el esqueleto es lo último que queda del cuerpo humano.

»Todavía tienes algo que hacer sobre la tierra, y como en ella va casi siempre el sufrimiento unido a todo trabajo, aun tu alma se ha de templar algo más en el dolor; que si con él se nace, con él se muere para volver a vivir. «Vamos, pues».

III

Como el ave que muchas veces rastrea largo espacio su vuelo para remontarlo después oblicuo hasta las nubes, así volé yo, y subí a gran distancia de la tierra.

Ah! Vi entonces cómo el templo de la naturaleza es más espléndido y magnífico a mayor altura. La grandeza del espectáculo que se ofreció a mis miradas, la magnificencia del sol naciente, quebrando sus rayos en las nieblas que pugnaban por ocultarlo, como si ellas so las quisieran embeber todo el torrente de su luz, la perspectiva de un mundo que despierta y se alegra con la trémula caricia de la aurora, y cuya sonrisa son esos ruidos de la hora del alba, que se extienden apagados por el espacio, armonía compuesta de murmullos de los campos, ecos del metal de los templos y gorjeos de los bosques; toda aquella aclamación que subía del mundo al cielo para corresponder al manantial de vida que derramaba el cielo sobre el mundo, me hicieron olvidar el frío que experimentaba, siempre intenso cuando nace el día.

Subí tanto, que me vi sumergida en un océano de oro, mientras los primeros rayos casi horizontales del sol, tejían allá abajo hilos de plata sobre el verde oscuro del Mediterráneo, y tendían mantos violados sobre las montañas de Cataluña.

De pronto, un viento del Sur desequilibró la atmósfera, lo que me molestaba bastante, por que de frente al Sur yo marchaba. Mi vestido flotaba suelto y entregado a los recios vaivenes del aire, y mis cabellos también ondulaban tendidos en pos de mi cabeza.

Delante de mí se fueron acumulando vapores blanquecinos que confundieron el cielo y la tierra en una sola nube. Me sumergí en ellos, y la lluvia azotó mi rostro. El agua se hizo torrencial y empapó mis ateridos miembros. No era posible luchar contra los elementos que me asediaban, contra los vientos desencadenados, ni contra las abiertas cataratas del cielo allí sola, allí perdida, sin momento de reposo ni lugar en que apoyarme, cegada por la nube, lanzada como la arista a los arrebatos de la tempestad, me entregué de lleno a la invisible protección de aquella providencia desconocida, que lo mismo me sostenía sobre los abismos y defendía de un peligro, como traía consuelos a mi soledad y esperanzas a mi alma.

IV

De tal suerte seguí mucho tiempo. Pero al fin amainó el viento y cesó la lluvia. Todo quedó envuelto, sin embargo, en una cerrazón espesa.

Entonces sentí sobre mi frente un soplo caliente que se sostuvo largo rato como una emanación fluídica. Un dulce sopor se apoderó de todo mi ser, mi cabeza se inclinó sobre el pecho, y mis ojos se cerraron.

Mas en mi cerebro se mantenía vivo el conocimiento de mi situación, la conciencia de mi estado; ni por un solo momento olvidé que descansaba en el aire, cortando vertiginosamente la atmósfera, existiendo bajo el peso de la muerte, en otra vida.

V

Me llamaron. La voz de siempre pronunció mi nombre.

Mi contestación fue levantar la cabeza y abrir desmesuradamente los ojos. El ambiente era más cálido. Un sol brillante casi a mitad de su carrera, animaba con su luz y calor todos los ámbitos del espacio. El inmenso pabellón del cielo, tendía su azul desde el zenit a toda la esfera.

A la altura en que me hallaba, difícilmente podría respirar un ser humano; pero, a pesar de la distancia, pude entrever entre los vapores que se levantaban de los profundos valles, lugares amenos, matizados como la esmeralda, y cadenas de montañas en alguno de cuyos picos un turbante de nieve marcaba su elevación sobre el verde fondo de los campos y el centelleo de los ríos, y aun más allá se dibujaban, o mejor dicho se presentían, un mar estrecho y al otro lado dilatadas tierras.

—El reino antiguo de Granada, —murmuraron a mi oído, —está ahora bajo el imperio de tus miradas.

—Granada! —exclamé tristemente y buscando con los ojos la ciudad a donde tantas veces había enviado mi pensamiento y mis suspiros. —Granada! repetí.

—Sí, Granada! —me contestaron.

Ahí nació Rafael, ahí vivió y ahí no pudo morir; merced a una perfidia que vas a conocer. Pero, que no se pierda tu vista en el inmenso teatro que allá abajo se dilata.

Deja la costa africana que es aquella extensión parduzca que se confunde y desvanece en las nubes, y deja también ese brazo de mar en que se bailan las columnas de Hércules. Fíjate acá en esa sierra que llaman Nevada, porque es eterno en ella el armiño de su corona; y allí, entre aquella verdura tan eterna en esos valles como la nieve en esa altura, verás una masa que parece roja y azul.

Esa es Granada. Su sabor oriental, sus flores y sus días, embriagan como los soñados paraísos de los creyentes de la Arabia.

Vas a bajar a ella, y no echarás de menos, por cierto, cuando allí creas ver y respirar con los mismos ojos y el mismo pecho que yacen sin luz ni latido, entre polvo y lava, junto al mar y al pie del Vesubio; no echarás de menos ni el cielo ni la tierra, ni los resplandores ni el ambiente de tu patria.

VI

Dichas estas palabras, empecé a bajar y bajar, con lentitud al principio, con velocidad después, como si por una pendiente invisible me arrastraran hacia la tierra.

Y era cada vez el descenso más veloz, como si fuera adquiriendo mi cuerpo cada vez más gravedad. Tanto, por último fue, que trémula de terror y ciega por el vértigo de la caída, buscaba con las manos donde asirme sobre el abismo abierto bajo mis pies.

Sentí por los hilos invisibles del pensamiento, sin duda, que me dijeron:

—Sin miedo!

No fue voz la que así me habló esta vez, fue una voluntad exterior a la mía que inspiré en mi cerebro este mandato, aprovechando la misteriosa ley que rige la intuición de las almas. Sin miedo, pues, me dejé caer, entregándome a la protección del cielo.

Insensiblemente fue haciéndose después mucho más lenta la bajada: hubo un momento en que me sentí rozar por la aspereza de una masa sólida.

Y no como todos los cuerpos que, al chocar con otros, ponen a prueba su resistencia; sino como la ola que al romper en la playa dulcemente, lame y acaricia la arena, llegué yo a Granada.

VII

Una cámara espaciosa con techo a grande altura abovedado, muebles de lujo presentados con orden e invitando a la molicie; dorado escudo de armas sobre la puerta, única que daba entrada, y a la que medio ocultaba una gran cortina; dos celosías que daban luz y por entre las cuales se vela el follaje de algunos arboles corpulentos y sobresalir más lejos una cúpula y una torre; dos retratos a ambos lados de la entrada, de una dama principal el uno, y de un caballero el otro, que lucía armadura y en la diestra el casco, cuadros que a no dudar eran de familia, puesto que el mismo escudo brillaba sobre los marcos que sobre la puerta; frente por frente de ésta un gran lienzo que representaba el martirio de San Esteban; cerca de las celosías una gran mesa cuyo paño carmesí la cubría por todos lados; al lado un sillón con molduras y remates góticos; y entre varios objetos que llenaban la mesa, los que indicaban los gustos y aficiones de una dama, un recado de escribir y un libro forrado con pergamino y atado con cintas verdes, tal fue lo que vi y donde me encontré al abrir los ojos y cuando mis plantas alcanza ron el suelo.

Miré sorprendida a todos lados al tiempo mismo que me dejaba caer más bien que sentar en la silla que más próxima encontré.

—No es de extrañar tu sorpresa —me dijo aquella voz, que, como siempre, continuaba siendo tan dulcísima como misteriosa. —Y para evitarte que pongas en tortura tu pensamiento, siendo natural tu curiosidad, voy a explicarte por qué has venido hasta aquí, y qué es lo que aquí te trae.

En este mismo aposento y en otros de esta casa fue enredado Rafael por la astucia y los encantos de una dama que actualmente los habita y que está en estas horas ausente por ser las que dedica a sus devociones.

Rafael fue detenido aquí, víctima de la más cruel de las mentiras, y cuando más dispuesto estaba a volver a Nápoles en busca tuya. Cuando más te amaba te creyó muerta, porque así se lo hicieron ver. Descubierta la trama inicua que le separaba de ti, huyó para volar a tu lado, y desde aquí mismo se le encaminé a la muerte que le esperaba de la manera que has visto no ha muchas horas.

Vas a conocer a Estrella, que éste es el nombre de la que causó tanta desgracia, y la vas a conocer para que la perdones. Esto es preciso si has de entrar libre de toda deuda en mejor vida. Poco trabajo te costará corresponder así al daño que te ha hecho, y después que selles su frente con el ósculo de tu perdón, vendrás conmigo, y te encargarás de apartarla en lo sucesivo de los devaneos y locuras entre los cuales todavía camina ciega. Más difícil te será esto, por cuanto el corazón humano se endurece con la edad, y es poco accesible a transformaciones después de adquiridos ciertos hábitos.

Sus pasos se encaminan hacia aquí. La verás distraída y preocupada bajo el peso de una idea: es que durante la pasada noche se renovaron en su corazón antiguas heridas; es que despertaran en su pecho remordimientos dormidos y que parecían olvidados.

Soñó con la muerte de Rafael: su alma voló a través del espacio en alas del pensamiento, y presencié a tu lado la misma escena que tanto te dio que sentir, que tanto te hizo llorar. Recuerda su sueño perfectamente y le persigue y mortifica sin poderlo desechar de su mente.

—Ahí está.

Yo no sé si lo que sentí entonces fue indignación o fue odio, pero sé que un sentimiento nuevo y doloroso martirizó mi alma.

VIII

En efecto; crujió la puerta sobre sus goznes, se movió la cortina, y una joven la sostuvo algunos momentos en actitud respetuosa para dejar libre el paso a otra persona.

Estrella entro.

Yo no sabía qué admirar más en ella, si la majestad de su presencia, si la distinción de sus modales, si la riqueza de su traje, si el ébano de sus cabellos, si la frescura y rojo de sus labios, si la belleza de su cutis o el brillo de sus grandes ojos negros.

Después de hacer un gesto imperativo a la joven para que se retirara, se dirigió a la mesa, descanso en el sillón, apoyo el brazo izquierdo, y dejó caer su cabeza sobre su bellísima mano.

Así permaneció algunos momentos, con la vista fija y el rostro empañado por el disgusto o la tristeza.

Invisible para sus ojos, yo podía observarla y acercarme a ella sin distraerla en su meditación.

Qué bella era!

Estaba en esa edad en que si la mujer ha podido conservar todos sus atractivos, es más hermosa que nunca.

IX

Al recordar que bajo el imperio de aquella hermosura fuera en otros tiempos dominado Rafael, ay! sí, preciso es confesarlo, los celos, el horrible dolor de los celos, sobrepujando a la situación excepcional en que me encontraba, se cebaron en mí por primera vez, envenenando todos mis sentimientos.

Tal es el poder de las pasiones, que aún en el fondo de los sepulcros, donde todo es ceniza ellas todavía se agitan, ellas todavía conmueven las almas de los muertos!

Me sentí horrorosamente lastimada, e invocando al ser que permaneciendo oculto en lo desconocido acudía presuroso en mis aflicciones, le pedí remedio para aquel daño, paz para aquella lucha, calma para aquella tempestad, que levantándose terrible en mi espíritu, ponía en peligro la santidad de mis deseos.

No en vano acudí a la súplica, porque en el acto calenté mí frente una tenue emanación de calor, parecido a la suave imposición de unas manos.

Tal pasó, que en mis propósitos se renovaba la firmeza y en mi alma el valor para vencer; yo comprendía que sucumbir a la pasión, sería entregarme a impulsos crueles que me arrastrarían a la venganza.

No. No quise. Encontré fuerzas para dominarme y medios para sofocar en germen aquel sentimiento malo, que así inficiona con su funesto contacto, como borra de las almas la virtud.

Conocí que en aquella hora no tenía objeto ni medio de ser justificado el odio, y que cebarme con él sería cavar más hondo en un abismo.

Y en vez de secundar el primer arranque de ira provocado por la presencia de aquella mujer, tuve lástima y me incliné en favor de mi encantadora rival.

Me erguí para mantenerme más fuerte en aquella lucha, apreté mis manos contra el pecho donde batallaban el bien y el mal, di un alarido, un sollozo que rompió el dique que con tenía mis lágrimas, y me arrojé sobre Estrella para estrecharla en mis brazos y sellar sobre su frente con un ósculo de paz, la que deseaba para nuestras almas.

Entonces, sin variar su actitud de que no podía sacarla el beso ni el abrazo de una sombra impalpable para sus manos, noté que el paño de tristeza que anublaba su rostro desapareció apenas la besé, y que una sonrisa imperceptible cruzó por sus labios, como el relámpago ligero de una felicidad que parte de un pensamiento.

Después pasó su mano por la frente, como quien desecha una mala idea, se acomodó mejor en la silla, tomó el libro, desató tranquilamente las cintas del pergamino, y se puso a leer.

El sueño de la noche anterior, cuyo recuerdo le abrumaba, entró desde aquel momento en el primer periodo de olvido en que van sumergiéndose todos los sueños.

X

Y también yo sentí allí la tranquilidad del que olvida: allí olvidé las amarguras que habían secado mi corazón; allí olvidé los dolores que hablan martirizado mi existencia; allí olvidé las privaciones que habían mantenido mi alma en el vacío. Todo lo olvidé allí, en presencia del ser que había sido causa de tanto sufrimiento. Olvidar es perdonar, y yo perdoné entonces con toda mi alma.

Cuando más me extasiaba en aquella tranquilidad y en aquella dicha, cuando más me complacía en la felicidad que me proporcionaba aquel esfuerzo, sin duda el más supremo a que aspiran las almas grandes, es inexplicable lo que todo mi ser empezó a experimentar, es inexplicable lo que entorno mío se verificaba: al par que una extraña evolución en mí, una rara transformación en los objetos.

Ya empezaba a preocuparme aquello cuando la puerta se abrió, y un criado dio un nombre anunciando a una persona.

—Que pase, —exclamó Estrella cerrando el libro, y poniéndose en pie. El criado se retiró.

Pasó sus manos por el cabello, arregló los pliegues de su rico vestido, y en una palabra, tomó todas las precauciones que no olvida una mujer cuando se anuncia un hombre.

XI

Otra vez se abrió la puerta, y en su dintel apareció todo lo que, por el traje, completaba en aquel tiempo un caballero. Pues en verdad que éste era buen mozo, y aquél espléndido.

La cruz de Santiago lucía en el pecho, medio oculta por la capa, que con elegancia caía sobre el brazo izquierdo. En el sombrero de anchas alas, lucía una gran pluma negra con presilla de joyas, y sobre los hombros blanquísima gola: luciente empuñadura en la espada, calzón bordado, hebilla de plata en el ceñidor de cuero, y botas caídas.

No era viejo y tampoco muy joven. Bigote poblado y rubio, melena luenga y rizada, nariz afilada y recta, y muy marcado el entrecejo entre unos ojos que, de claros, se perdían en su rostro.

Su conjunto era presuntuoso, pero de muy buen porte.

Después que entró, y tras él se cerró la puerta, se descubrió, hizo una gran reverencia y se aproximó a Estrella.

Tomó su mano, y posó en ella respetuosa mente los labios.

Ella le invitó a sentarse, y él así lo hizo frente a frente y al otro lado de la mesa.

XII

El desvanecimiento de mis sentidos, que ya se iniciara antes de empezar esta escena, y que durante ella se había gradualmente aumentado, pronunció entonces su intensidad, y todo, conforme desaparecía, tomaba un nuevo modo de existir o se presentaba en otras formas. El espacio y el tiempo adquirían otro aspecto, al paso que en mi inteligencia se levantaba una manera más superior de apreciar las cosas, y un orden de ideas más racional y elevado.

Mi espíritu rompía, por decirlo así, a través de la naturaleza reducida a un mundo, para entrar en la naturaleza extendida al universo. Por momentos, salía de la forma para penetrar en la idea.

Franqueaba en aquel instante, como si sufriera una segunda muerte sin esfuerzo ni agonía, o mejor dicho, como si alcanzara una resurrección dulce y tranquila; franqueaba un límite de tinieblas en que empezaba la luz, espacio intermediario entre lo reducido y lo inmenso, y entre la sucesión de las horas minuto tras minuto y el éxtasis de la eternidad que compendian los siglos.

En una efervescencia de colores, vivos unos y ligeros otros, vi al mundo entero hendiendo el éter con rapidez inaudita e impulso constante y matemático, y que envuelto en tornasolada atmósfera, trepidaba en el azul oscuro del espacio salpicado de partículas de oro.

La tierra se alejaba de mí, mientras los discos de millares de esferoides desarrollaban su intensidad encerrando en sus órbitas brillantes, extensos horizontes a la actividad del espíritu.

Y al par que inflamadas esferas, embellecidas por el trabajo y santificadas por la virtud, se abrían para mí, el olvido rasgaba sus velos en la memoria, y en mi mente dilataba su más completa libertad, apareció el recuerdo de toda mi existencia, perdida en el vértice de las edades.

Me confundí arrastrada por la gratitud en el seno de aquel espíritu que me había guiado en las horas de mi última vida, y que después de la muerte hablaba a mi pensamiento.

Yo le conocí.

Pues cuando Flavio Vespasiano levantaba el Coliseo cuyas ruinas aun desafían a los siglos en la ciudad de los Cesares, ya entonces, por un sentimiento que no desvanecen los tiempos ni quebrantan las distancias, su mano me había levantado en días que me arrastraba por las márgenes del Tíber.

CAPITULO II

(Dictado de ESTRELLA)

LA SOMBRA

I

En un lugar muy escarpado de la Saboya, erizado de montañas, de cuyas vertientes se alimentan lagos transparentes entre riberas de una frondosidad secular, y en una mañana del mes de setiembre de 1708, en hora en que el sol podría verse a grande altura sobre el horizonte, si no estuviera densamente encapotado por las nieblas que se levantaban de los valles, una pobre mujer salía de un bosque para tomar un sendero cuyas revueltas sabía, sin duda, de memoria, porque notábase tal distracción en su manera de marchar, que algunas veces se de tenía, no para saltar un obstáculo del camino, sino el obstáculo de un pensamiento en el cual parecía sumergida.

Era joven. En sus ojos hundidos y las pocas veces que los levantaba al cielo y se bañaban en luz, resplandecía el brillo de los veinte años; pero en su rostro moreno y flaco, notábase la vejez que anticipan los sufrimientos: en su ropa descompuesta y sucia, en sus cabellos ásperos y enredados, en su completo desaliño, veíase el descuido de la miseria; en la cabeza inclinada y en el paso tardo de sus pies desnudos, se indicaba el abandono de la tristeza.

Quién era? Casi ni ella misma lo sabía.

II

Había nacido no muy lejos de allí en una choza; y en el seno de una sociedad salvaje, ignorante y miserable.

Vivía en la naturaleza, a cielo descubierto, rodando de montaña en montaña y de valle en valle, alimentándose de lo poco que le podían dar, y de lo menos que podía coger. Conocía a su madre y su madre conocía a ella, porque muchos días se encontraban entre las breñas, y pocas noches bajo el mismo techo.

Su padre, hacía tiempo que un día, sin decir adiós, se fue y no volvió más.

Apenas había oído hablar en toda la vida; sólo con algunas exclamaciones groseras se había intentado domar su carácter adusto y tenaz.

Los habitantes de la comarca la conocían por *la Sombra*, único nombre que le habían puesto por su costumbre de aparecer y desaparecer sin decir una palabra.

Aquella era un alma triste que no se movía entre recuerdos ni esperanzas. aquella era una mujer desdichada que nunca se reía, que nunca tampoco lloraba. Aquel pobre ser tenía un corazón que desde la primera edad se habla petrificado.

Vamos a sondear su pensamiento y a seguir sus pasos, cuando profundamente preocupada salía del bosque y tomaba un sendero.

III

Pocos días antes y próxima la hora del caer de una tarde, se había alejado mucho de los lugares que solía habitar, y llegó a una eminencia desde la cual se dominaban las márgenes de un lago estrecho y largo, y un castillo de aspecto sombrío y feudal, uno de tantos que habían poblado en otros tiempos los llanos y las cimas de aquellas regiones hasta los Alpes. Este había estado mucho tiempo por completo abandonado por sus naturales señores; pero dos años hacía próximamente, que, restaurado para servir de habitación, notábase en algunas temporadas movimiento en su recinto.

Pero todo esto lo ignoraba e importaba muy poco a la Sombra.

Se aproximó todo lo posible buscando la orilla del agua, único elemento que le atraía. Muchas veces se había observado que permanecía horas enteras contemplando la corriente de un arroyo, o las ondas de una fuente, como si en ellas estuviera encerrado todo el misterio de su vida.

Detuvo su paso y se opuso a sus deseos, un corte casi vertical de granito a bastante altura sobre el lago, el cual gemía allá abajo salpicando la piedra, donde rompía la oscilación ligera de la superficie rizada de las aguas.

Vio desde allí, que una senda estrecha, salvando la pendiente en rápidos zis zas, conducía a un bosquecillo de abetos, que en la misma margen algunos de ellos inclinaban sus ramas sobre el agua, como si quisieran contemplarse eternamente en aquel espejo.

Sin duda que sintió la misma inclinación que los arboles, pues se deslizó por la senda.

Se sentó en él césped, y fijó una mirada melancólica en la transparencia líquida que al retratar la frondosa ribera, el claro cielo y los rayos del sol próximo a ponerse, reflejaba matices verdes, dorados y azules. Y allá, a alguna distancia, las líneas severas del castillo sumergían una silueta oscura en el agua, como si la profundidad de sus cimientos arrancara de un abismo.

IV

Un estrépito lejano sacó a la Sombra de su distracción: el galopear de un caballo que se aproximaba.

Se levantó precipitadamente y corrió a confundirse en las sombras del bosquecillo. Vio desde allí que siguiendo la misma orilla y al otro lado del peñasco sobre el cual había estado poco antes, venía un hombre cabalgando en brioso alazán. La espesura no le permitió al principio distinguirlo bien. Cuando estuvo más cerca, vio que echaba pie a tierra y ataba el caballo a un árbol.

Pocos momentos después volvió a verle en lo alto de la peña, mirando con ansiedad hacia el castillo, y defendiendo sus ojos de los últimos rayos del sol que le herían de frente, con la sombra de su sombrero galoneado y de tres picos. Luego bajaba muy despacio por el sendero que conducía al bosquecillo.

Pudo entonces la Sombra observarle de cerca. Era tan joven que apenas un ligero bigote sombreaba sus labios. Iba y venía con impaciencia, sonando las espuelas, y con la extremidad de un pequeño látigo que llevaba en la mano, se golpeaba sus altas botas de ante. A veces se detenía a distraer sus ojos en el lago, y otras a observar si había alguna falta en la composición de su traje que llevaba con elegancia.

Ya el sol se había puesto tras las montañas, cuando de repente el ladrido de un perro interrumpió el silencio. Por la parte en que estaba el castillo apareció, en efecto, uno grande y negro que corrió hasta el joven, y dando saltos que indicaban su alegría, correspondió a las caricias con que fue recibido. Enseguida tomaron aprisa la misma dirección que habla traído el fiel animal. Este, de cuando en cuando, como si olfateara algo, volvía atrás y ladraba con fuerza.

Era que la Sombra, siempre oculta, los seguía.

V

Al cabo de unos diez minutos de marcha, llegaron al pie de una tapia muy alta y de una verja de hierro que se abrió para recibir al animal y que, sin embargo, dejó fuera al caballero.

Entre las sombras del crepúsculo y de una arboleda espesa que se percibía dentro, y al otro lado de las barras de la puerta, se dibujaba una figura de mujer, en la que sólo podía adivinar se, sin luz que la descubriera a los ojos, gallardía en las formas y timidez en los movimientos, y a la que con mucho sigilo se acercó el joven. Ya la oscuridad era completa, y aun permanecían allí, hablando en voz tan baja, que el rumor de sus palabras podía confundirse con el movimiento de las hojas.

El amor de dos niños, se ponía bajo la discreta protección del silencio, de la soledad y de la noche...

Una hora más tarde, podría verse, iluminada sólo por el trémulo centelleo de las estrellas y en lo más alto del peñasco a cuyo pie gemía el lago al romper la ligera oscilación de sus aguas, podía verse otra figura, en pie, inmóvil y silenciosa, mientras que a lo lejos se oía el trote de un caballo que se alejaba.

VI

Esta misma escena, con ligeras variantes en sus detalles, siguió repitiéndose algunos días y a la misma hora. La llegada e impaciencia del joven, los ladridos y saltos del perro, la misma figura esperando detrás de la

verja, los mismos coloquios en el silencio. Y lo que es más extraño, la misma insistencia de la Sombra en esconderse y contemplar este cuadro.

Qué buscaba? Cuáles eran los propósitos, cuál la idea que se agitaba en el tenebroso pensamiento de aquella esfinge muda de dolor? Cuando más temprano que de costumbre se dirigía al castillo, aquella mañana en que las nieblas mantenían oculto al sol, iba impulsada por el deseo de conocer en plena luz del día pues la noche se la habla ocultado siempre, a la dama que nunca faltaba en la reja al galán, ah! harto le conocía ya.

En vano vagó horas enteras al rededor de la fortaleza, en vano recorrió las márgenes del lago, en vano subió a todas las alturas para dominar aquellos contornos: todo permanecía silencioso, no había movimiento ni señal de vida en ninguna parte.

La vida inquieta y el oído atento de aquella figura harapienta y triste, querían encontrar algo y se ejercitaban en el vacío.

VII

Se aproximaba la hora de esperar como todos los días, y aunque todavía era temprano, cansada y desfallecida se dirigió al bosque de abetos.

Se sentó en el suelo y a los pocos momentos se puso en pie de nuevo. La curiosidad la había puesto en movimiento. Había visto algo que llamaba extraordinariamente su atención. Como a unos quince pasos yacía sobre la hierba un objeto blanco. Fija la vista en él se dirigió a observar lo que era.

Lo cogió, y un rayo de alegría alumbro como un relámpago aquel rostro moreno y demacrado, al mismo tiempo que un grito ronco de sorpresa se escapó de su garganta.

Era un guante, un guante blanquísimo, fino, suave, lo que tenía en su poder. Lo conocía; lo había visto más de una vez cubriendo una mano... ah! La infeliz sacudida por una emoción violenta que dificultaba su respiración, contuvo con la suya áspera y descarnada los latidos de su pecho; y después obedeciendo a un movimiento instintivo, superior a su voluntad, llevó convulsamente y con furia el guante a sus labios, en el que más bien mordió que imprimió un beso.

Echó a correr, y como si temiera que alguien podía venir a despojarla de un tesoro, le ocultó en su ropa, lo volvió a sacar para examinarlo y lo guardó otra vez. Quería persuadirse de que era verdad que lo poseía. Tenía miedo de estar soñando.

VIII

Mas en medio de su sorpresa, no había observado que ya era hora y las herraduras del caballo no sonaban y los ladridos del perro no se oían. Cuando notó aquella falta, ya la vaga luz del crepúsculo se extinguía.

Así como durante el día había buscado en vano, también en vano espero aquella noche. La soledad, que para ella siempre había tenido atracción, entonces le pareció glacial. Se aproximó al castillo, estuvo al pie de la verja, retrocedió al bosque, volvió al castillo otra vez, y nada; nada llegaba y nada se oía. Pero todavía tenía esperanza.

El silencio dominaba en la oscuridad, y el desaliento sobre aquel mísero ser que permaneció inmóvil y sombrío algunas horas todavía esperando entre los arboles.

La casualidad había hecho que la última vez que el joven había de pasar por allí, dejara perdido en medio del bosque uno de sus guantes. La casualidad! Muchas veces parece que en lugar de ser un resultado inconsciente de la suerte, es una mano providencial y oculta que va dejando al hombre durante su vida señales inequívocas de su destino.

IX

Mucho después de mediar la noche, y a bastante distancia del lago y del castillo, cualquiera que caminara siguiendo el cauce de un arroyo que casi despeñándose por la inclinación de un terreno escabroso se vertía en una balsa natural, cualquiera, pues, que se hubiera detenido a la entrada de una excavación que tenía que encontrar practicada en un muro de tierra, hubiese detenido sus pasos al escuchar el eco triste de unos gemidos.

Y si al entrar se hiciera alguna luz en aquella cueva reducida y lóbrega como un sepulcro, hubiera visto en un rincón y envuelta en unos harapos, una masa informe y encogida que con violencia sollozaba.

Hubiera visto todo esto, y le hubieran dado lástima aquellos lamentos, que acaso también le harían llorar; pero de fijo que no hubiera penetrado en el drama íntimo que se desarrollaba en el corazón de una criatura miserable, tan desheredada de la suerte, como abandonada por el resto del mundo.

En aquella alma paralizada se estaba verificando una explosión de sentimiento. En aquel sentimiento habla mucho de la rudeza sublime de la naturaleza; mucho también de sagrado y divino.

El ángel más puro podía bajar allí, a saturarse de la virginidad de aquellas lágrimas, y a saber cómo se podía sentir allí, en la hediondez de aquel escondrijo.

X

Algún tiempo después era objeto muchas veces de las conversaciones de los pocos habitantes de aquellas montañas, la rara transformación que se había operado en pocos días, en las costumbres de la Sombra.

Lo que no había hecho nunca, cuando encontraba un niño, le sonreía y le besaba.

Aquellos modales, que siempre amenazaban, se habían modificado hasta la caricia.

Algunas veces la habían visto llorar sentada junto a la verja que daba entrada a los jardines del castillo.

Quién diablos se preguntaba aquella gente, habrá hecho este milagro? La Sombra está desconocida.

Un día descubrieron que se arreglaba el cabello, y se miraba en una fuente.

Cuando esto se contó, la burla fue general.

—Al fin mujer, —dijo uno; —el demonio de la vanidad ha tocado su cabeza.

Se observó también más adelante, que había entablado relaciones con un criado viejo del castillo, a quien hacía mil preguntas.

Poco después algunos preguntaban: Y la Sombra? qué es de la Sombra? No se la ve en ninguna parte.

En efecto, había desaparecido.

—La Sombra se fue como su padre, —se dijo en cierta ocasión.

—Al fin una mujer perdida, —replicó una mujer honrada.

Nadie volvió a acordarse de ella.

Seres ignorados y sin nombre que como la Sombra pasó, pasáis por el mundo, sin que el mundo os comprenda y sin que el mundo os conozca; id en paz, porque sí los hombres no, el cielo sabe que existís, el cielo sabe quiénes sois y dónde estáis!

XI

Pasaron dos años.

Una tarde nebulosa de otoño llegaron al castillo dos hombres a caballo.

Desde el mismo momento que echaron pie a tierra, una animación extraordinaria se produjo en el interior de aquella morada, sólo habitada casi todo el año por algunos domésticos que pocas veces se dejaban ver.

Preparábanse los salones, abrianse las ventanas, y todo era movimiento, preparativos y prisa.

Un curioso preguntó a uno de aquellos criados que encontró al paso: —Qué sucede? —Nada, —contestó, — que sea malo, sino mucho bueno. La única hija de nuestro amo que descansa en paz, ha poco celebró sus bodas, y dentro de dos días estará aquí. Viene a pasar los que faltan hasta el Invierno en este retiro. Ya se ve! Son tan puros los aires de estas montañas! Y no nos irá mal con el señorito: dicen que es muy espléndido, y sino que se lo pregunten al jardinero que dice le soltaba el perro cuando... Si, señor, el perro era la señal de que no había peligro en acercarse a la verja que da al bosque. Tenían que andar con mucho cuidado, porque el padre de la señorita gastaba un genio!... Se empeñaba en que su hija se había de casar como él quisiera; y, ya estábamos frescos si no se hacía lo que a él le pareciera bien! Ya! ya!

Murió, y es claro, se le acabó la rabia. Por último, la señorita hizo de su capa un sayo, y se casó con quien quiso. Hizo muy bien, y nadie tiene que decir una palabra sobre esto

No hablan transcurrido, en efecto, cuarenta y ocho horas, cuando en el patio del castillo se hizo sentir el estruendo de una gran cabalgata.

Todas las atenciones eran para la bellísima pareja, joven y graciosa ella, él también joven y buen mozo, que momentos después subían reposadamente y cogidos del brazo por la escalera principal.

XII

Otro día se dijo que la Sombra, aquella Sombra vagabunda que se pasaba días enteros en la cima de los montes, o sentada con la vista fija en el cauce de los arroyos, y con quien ya nadie contaba, como cosa perdida, había aparecido en la comarca haciendo la misma vida de siempre.

Algunos la habían visto en las inmediaciones del castillo, pero en un estado tal, que daba lástima el verla.

Andaba con mucho trabajo, tenía más hundidos los ojos, y estaba muy flaca.

No faltó quien, movido a compasión, se acercó a preguntarle qué tenía, y en dónde había estado tanto tiempo. a lo primero contestó sonriendo, que sufría una enfermedad mortal y que pronto se moriría; y a lo segundo no se digno contestar.

XIII

Razón tenía la Sombra cuando así pronosticaba el próximo fin de su triste suerte, pues una mañana de noviembre, cuando ya los primeros fríos se dejaban sentir, cuando ya los señores del castillo se habían marchado, cuando las hojas secas y amarillentas de los árboles, desprendiéndose una a una, se arremolinaban empujadas por el soplo helado de los vientos, se encontró muerta a aquella infeliz al pie de la verja que daba al bosquecillo de abetos, y asida fuertemente con ambas manos a los barrotes de hierro; como si en el esfuerzo de su agonía quisiera quebrantar la puerta de un paraíso a que aspiraba su alma, santificada por culto misterioso de su corazón.

XIV

Al oscurecer de aquel mismo día, dos hombres cavaban a toda prisa en una sepultura. El cadáver de la Sombra esperaba a un paso, tendido en el suelo, y en el cual se veían patentes las huellas del sufrimiento, y la marca terrible de un inmenso dolor.

Al empujarlo entre los dos para ser precipitado en la fosa, uno de ellos, el de más siniestra catadura, advirtió que un cordón azul que la difunta llevaba al cuello, se había salido de su sitio a causa de los movimientos bruscos con que lo arrastraban para terminar pronto. Tiró de él con tuerza hasta romperlo, y en una de sus extremidades vio que estaba fuertemente atado un guante, cuyo color ya no se podía definir cuál era ni cuál había sido en otros tiempos.

—Hola! —exclamó —es todo esto lo que deja esta gitana?

Luego empujó al cadáver que quedó boca arriba y medio confundido en la tierra que se desprendió al caer y rodar con él.

—Toma, —dijo, —y no te desprendas de lo último que has apañado; y tiró con fuerza el guante a la cara de la Sombra, que en pocos momentos desapareció a la vista con las primeras paletadas que le fueron echado encima. Hay momentos en que el rostro de algunos muertos se envuelve en una aureola de felicidad como si desarrollara rayos misteriosos de luz, y uno de aquellos momentos se manifestó en la Sombra, segura ya de descomponer en un beso eterno de sus labios, aquella prenda de su amor.

No hubo para aquella pobre mártir ni un recuerdo; pero ella sin duda se acordaba de algo que había dejado en el mundo, pues en mucho tiempo nadie se atrevió a acercarse de noche a la verja que comunicaba los jardines del castillo con el bosque de abetos.

Decíase con insistencia y se aseguraba con testigos, que en aquel sitio, aunque no hubiera persona humana, oíase, sin embargo, sollozar muchas veces.

CAPITULO III

(Dictado de ESTRELLA)

LA RAZÓN DE DOS EXISTENCIAS

I

Los que nacen, vienen de donde van los que mueren.

Y es verdad.

Yo fui alma errante que busca la vida después de la muerte, y yo fui también aquella Sombra que arrastró en las montañas de Saboya una existencia sin nombre, sumergida en el olvido, sufriendo lo que había hecho sufrir, y llorando como había hecho llorar. Sí, yo fui la Sombra. Y si hay quien ni siquiera lo presintió al conocerme sufrida y heroica en la desgracia y la miseria, después de haberme conocido orgullosa y altiva en la opulencia y la molicie, no tiene alta idea de la imperiosa ley a que está sujeta en las almas la acción de la justicia.

Aquella nueva vida, con su exuberancia de dolor, vino a poner en equilibrio aquella otra en que mi voluntad impuso terribles sufrimientos a otros seres.

Era necesario así. Aquellos mismos vacíos que había creado en las almas nacidas para confundirse por un sentimiento único en una misma aspiración, aquellos suplicios ante los cuales la vanidad y la venganza no me habían dejado retroceder, aquellas mismas lágrimas que en abundancia hice derramar para que mis deseos justos o injustos se sobrepusieran a los deseos legítimos de los demás, aquellas mismas ilusiones arrancadas con mano impía a los corazones que las abrigaban, aquellas mismas esperanzas por mi crueldad desvanecidas en almas para las cuales ellas eran toda la vida; todo esto que la justicia humana no castiga, yo lo tenía que sufrir.

Por todo esto tenía que pasar; era necesario vivir otra vez, era indispensable elevar al cielo envueltos en la santidad del infortunio, aquellos mismos sufrimientos sembrados aquí y allí por los desórdenes y torpezas de un alma rebelde.

II

Espanta al filósofo, al que sabe penetrar con una mirada en el seno de las humanas generaciones, la desigualdad con que está distribuido el dolor. Este es el problema de la humanidad siempre planteado.

Y si una mirada inteligente se levanta más, se dilata en los cielos, y trae hasta el pensamiento todo el bien derramado a manos llenas por la Providencia sobre otros mundos y otras humanidades, espanta también ver con qué desigualdad está distribuido el placer.

Mas no consideremos que un solo movimiento anonadaría los cuerpos, y que un solo movimiento anonadaría las almas. Hay fuerzas que circunscriben la materia a un centro, y hay fuerzas que la extienden por el infinito en vibraciones eternas. También las hay que identifican un espíritu con un mundo, y las hay que le impulsan en una peregrinación gloriosa por todos los ámbitos del universo de limite en limite por todos los espacios.

Tiene, pues, ante sí, para alcanzarlas, todas las felicidades; tiene, pues, ante si, para evitarlos, todos los dolores.

Esa escala luminosa de Jacob que desde la tierra se levanta sobre la cabeza del hombre, y en la que cada peldaño es un mundo, es la vida remontando nuevas esferas en que agitarse. La recorre el espíritu y se encuentra a todas las alturas.

III

En una existencia recibí de mis antepasados sangre azul y un nombre llevado con orgullo, marcado en timbres de oro; en otra no tuve padres que me legaran una gloria, no tuve más nombre que el que la naturaleza me dio para distinguirme de otros seres tan desdichados como yo.

En una existencia me humillaban los elevados sentimientos y no podía soportar la generosidad de retroceder sin haber vencido; en otra me arrastré tras una ilusión y un deseo que al acariciarlos eran al mismo tiempo un infierno y un paraíso para mi corazón.

En una existencia me seguían, me adulaban, era una felicidad una mirada de mis ojos, era un triunfo una sonrisa de mis labios, era inestimable el favor de mis atenciones; en otra me despreciaban, me olvidaban, se evitaba el encontrarme, era asqueroso el contacto de mi mano.

En una la opulencia; en otra la miseria. En una me sobraban medios y recursos para satisfacer un deseo o llevar a cabo una locura; en otra me faltaba todos los días hasta el pan que mantiene en salud y sostiene la vida.

En una espacio en que lucir y desplegar el lujo de mis trajes y la riqueza de mi casa; en otra sin abrigo ni hogar donde inclinar mi cabeza. Y después de una existencia, una muerte rápida, instantánea por la plétora de su savia; y tras la otra, una muerte lenta, una agonía prolongada por su falta.

Pero no fueron aquellas almas dos almas lanzadas al mundo en distintos tiempos y en distintos lugares; fueron una sola alma en dos existencias, la una derivando de la otra como un efecto de su causa.

IV

Algo traslucía la vagabunda de los valles de la Saboya, algo traslucía anterior a su vida.

Algo amaba cuando su alma, alma de un ser miserable, aspiraba en sus sueños al amor de otro ser colocado a tal altura que no le alcanzaba con sus ojos.

Ah! Cuando se sentaba en las márgenes de los lagos o junto al cauce de los arroyos, cuando se miraba en las fuentes y subía a las montañas a perder su vista en el azul de los cielos, cuando así sumergía su pensamiento en las ondas y en la luz, su espíritu buscaba algo anterior, que si no lo conocía por un recuerdo, lo presentía con profunda intuición.

Buscaba en su existencia una vida como la del ser que debía amar y que al fin amó.

Buscaba en lo desconocido un medio de franquear aquel universo que se había desarrollado un momento ante su presencia entre saltos de perlas y círculos de espuma.

Buscaba en lo anterior una belleza o una armonía a que entregar con libertad entera su alma para encontrar algo en que emplear su pasión que en germen permanecía en su pecho, y que al fin brotó con entusiasmo.

V

Era preciso en una nueva forma romper la forma anterior; era preciso en otra manera de ser y estar, condenada a otro destino y a otra suerte, desfigurar con nuevos hechos los hechos anteriores, borrar con grandes virtudes las pasadas faltas, y con heroicos sacrificios los antiguos daños.

Cuando más se espaciaba mi espíritu, bajé al mundo a ser, cuanto cabe en la sociedad humana, poderosa y noble. Nada más fácil que el camino del bien, nada más hacedero que emplear la vida en beneficio de los demás, y sin embargo, la vanidad me cegó, y en otra existencia la humildad debía ensalzarme.

Yo bendigo aquella vida triste, aquellas horas de melancolía, aquellas noches frías, aquellas noches sin caricias y sin padres, porque todas aquellas crueldades de los hombres y todos aquellos rigores de la naturaleza, contribuyeron a ablandar mi corazón y por consiguiente a entregar mi alma a la luz.

Yo bendigo aquellos campos, aquellas montañas, aquella vegetación sombría y aquel lago azul que tanto contribuyeron a educar mi alma, haciendo que sus bellezas se reflejaran en mi pensamiento.

Y yo bendigo aquel amor santo, aquel amor de ángel, aquel amor de virgen que perfumó mi espíritu con esa esencia de los cielos origen de toda creación, y que me fortificó con ese impulso de Dios, con esa fuerza de su poder, con la cual dio a las almas la facultad de amar como Él ama.

VI

Aún después de morir vagué mucho tiempo por aquellos lugares.

El bosque de abetos, la verja del jardín, las márgenes del lago, continuaron siendo para mí teatro de mis sufrimientos, testigos mudos de mi dolor también silencioso.

Yo notaba algo extraordinario en mí. Yo veía que nadie se advertía de mi presencia. Yo me encontraba mejor.

Subía ágil hasta las cumbres, cuando hacía poco tiempo que se iba haciendo imposible para mi cuerpo enfermo. Yo había sufrido un sueño penoso y largo. Había una transformación en mí que no me explicaba.

Un día, una voz que no sabía de quién era ni de dónde llegaba, me dijo: «Escucha, escucha». A quién había yo de escuchar no viendo a nadie!

Pero la voz insistió con fuerza, cada vez más alto, y por más que buscaba con los ojos, la voz repetía una y otra vez la misma palabra, pero siempre desde lo alto, desde lo desconocido.

Ya hacía tiempo que en mi mente se agitaba la idea de volver a desaparecer: ya lo hubiera hecho si la falta de fuerzas, si la enfermedad que minaba mi vida no me lo impidieran; pero cuando aquella voz me perseguía, la idea tomó más fuerza y mis propósitos se arraigaron.

Quería huir. No podía soportar el ansia y el afán con que aquella voz me repetía una y otra vez: «Escucha, escucha».

A donde quiera que fuera y en donde quiera que me ocultara, ella suplicaba lo mismo. Siempre la misma voz, siempre la misma palabra.

Otro día, no sé qué fuerza me paralizó, no sé qué voluntad entumeció mis pies y sujetó mis manos. Por más esfuerzos que hice, no pude huir. A la fuerza tenía que escuchar.

«Has muerto; has muerto». Y esto, una y otra vez dicho, sin ver a nadie que lo dijera, me llenó de espanto, me hizo temblar de terror.

Y «has muerto; has muerto», una y mil veces me lo volvieron a decir.

Hubo un momento en que pude correr, y me escondí. Entonces no sé qué vaga sospecha cruzó por mi pensamiento. Me parecía que aquel estado, que aquella voz, que aquel modo de existir no me eran desconocidos.

—Muerta! dije yo allá en el silencio de una idea.

«Sí; muerta!» me contestaron.

VII

No lo quería creer, porque lo sentía. Y por qué? a las almas martirizadas por una existencia desgraciada, por una vida de dolores, les importa algo morir?

Oh! por mucho que agobie el dolor y por mucho que los sufrimientos maten, el alma siente dejar la existencia en que se empieza a amar.

Yo comprendía que dejar la vida era volar de allí, y en verdad que esta idea me atormentaba.

Sólo una vez había abandonado aquellos campos, otra vez los quería abandonar, pero siempre para volver; y quien muere no vuelve. Entonces lo pensaba así.

No lo podía soportar. Muerta yo, y él se quedaba.

La ternura que rebosaba en mi alma, y aquel sentimiento tan delicado de que había sido presa mi corazón, se manifestaron entonces con toda su fuerza cuando estos pensamientos empezaron a agitarse en mi mente

Y como si temiera que me arrebatasen de allí, corrí a las inmediaciones del castillo, me acerque a la misma orilla del lago, como si estando más cerca fuera más difícil arrancar a mis ojos la posesión de aquellos lugares.

Sentí en mí frente un soplo cálido, y después en mi cerebro un desvanecimiento que por grados crecía.

Caí al suelo, pero blandamente. Me parecía que unas manos invisibles me sostenían.

Entonces vi que el fondo oscuro del lago aclaraba su azul, y que el lago crecía, y que ya el horizonte le servía de límite para contenerlo.

La luz aumentaba su intensidad y el caudal de agua pronunciaba el color del cielo.

Observé después que al dilatarse la superficie líquida, y por consiguiente al irse alejando las verdes riberas hasta perderlas de vista, yo permanecía inmóvil y me vi sobre la superficie cristalina y rizada en medio de un inmenso mar.

Y el azul de las aguas era cada vez más claro hasta que se confundió con el cielo; y entonces me vi en el mismo centro, como si fuera el foco de aquella inmensa esfera de color.

Mis ojos se perdían en aquel lleno de luz. Mi cabeza circulaba en una inmensidad sin límites.

Hubo un instante en que todo lo olvidé, y quedé sumergida en aquel piélago que me envolvía contemplándome sola, aislada de todo contacto material, confundida en un caos y en la monótona perspectiva de un colorido siempre igual en todas direcciones.

Cerré los ojos, y el azul persistía a través de los párpados, pero invariable, sin perder nada de su luz. Parecía que no eran ellos los que veían, sino la vista permanente del espíritu penetrando en todas direcciones.

Poco a poco mi pensamiento a partir del presente, remontándose a cierta elevación en las ideas, rompió a través del olvido, penetró en el pasado y me explicó la razón de mi última existencia.

VIII

Todo aquello desapareció, y me sentí arrebatado en alas del viento.

Me parecía que reposaba en la atmósfera bañada por el sol; pues el cansancio de la vida haría había doblegado mi alma para que no encontrara descanso en moverme a grande altura con libertad, en confundirme en anchos horizontes con frenético entusiasmo.

Cuando me reconocí, los vuelos de mi alma adquirieron el arrojo de siempre, y tomé el espacio como mío, como campo conocido, como patria a que volvía.

Demasiado tiempo, con la conciencia herida, demasiado tiempo patrimonio del dolor, había luchado mi espíritu. Era hora ya de buscar en la verdad el medio de contrarrestar la influencia de las pasiones que habían condenado mi corazón a grandes suplicios.

IX

Después que contemplé un momento los Alpes, marché sobre la Italia en toda su longitud. Un ángel venía a mi lado. Sus promesas me llenaban de regocijo.

Sus consejos prodigados con dulzura, eran sabios, y la prudencia que los dictaba admiré muchas veces a quien los ha escuchado. Muy cerca del mar, entre el Vesubio y Nápoles, yo vi a Marietta.

Yo me senté al lado de su espíritu, en el mismo lugar donde todavía reposaban sus restos.

Yo pude compenetrar la tierra y estrechar por un momento algo de la forma de aquel ser querido a quien tanto hice sufrir.

Ah! Todavía me faltaba esto para vencerme.

Me bendijo, me perdonó de esa manera que perdonan las almas grandes, es decir, estrechando la mano que las ha herido, amando cuanto se las aborreció.

X

Después entré en esa vida real desde la cual se contempla un mundo y se estudia una humanidad, sin trabas que entorpezcan al entendimiento y sin límites que le reduzcan.

Después entré en ese espacio, porvenir de todos los espíritus: y desde allí al retroceder sobre mi pasado, encuentro siempre la razón de mis existencias.

Procuró que el conocimiento de ellas me provea de mayor enseñanza.

Entro también muchas veces en el silencio de esa naturaleza que invariablemente funciona, que jamás se detiene.

Quiero estudiar en ella el ser, la vida, la eternidad, el infinito.

Quiero por ella aproximarme a Dios.

Entro también en la historia del desenvolvimiento humano. Asisto a las luchas del pasado con el porvenir.

Entro también con frecuencia en la atmósfera de la tierra a visitar mis lugares predilectos, a renovar mis recuerdos, a bañarme en la misma luz que en otros tiempos me dio vida, a perderme en las mismas noches que en otros tiempos protegieron mis sueños.

Y salgo también al encuentro del hombre; porque los que parecen sumergidos en el sueño eterno de la muerte, están despiertos.

Su sombra va confundida muchas veces en la sombra de los vivos.

CONCLUSIÓN

(Dictado de MARIETTA)

Venid a mí y os cantare las
delicias de la nueva vida.

Iris de esperanza se levantan sobre inmensos horizontes, porque la promesa de felicidad hecha a todos los seres que presienten a su Dios en el cielo de su inteligencia, no deja de aparecer jamás donde quiera que una esperanza se abraza.

Iris que se presentan entre cambiantes de luz, nueva y deslumbradora para el espíritu que de la tierra se levanta.

Fajas inmensas de colores para él desconocidos, reflejos en el vapor desprendido de millones de mundos.

Y ante espectáculo tan deslumbrador y sorprendente, lanzase el espíritu con la velocidad de su deseo a sumergirse entre la luz y el color, que es sumergirse en la esperanza misma.

Pero descubre más allá, a incalculables distancias que el pensamiento no mide, nuevos torrentes y cambiantes nuevos de luz, que es descubrir una esperanza lisonjera más allá de otra esperanza.

II

A donde quiera que el espíritu va, siempre sube en el espacio, jamás desciende; siempre avanza, jamás retrocede; porque en el espacio sin límites todo es más, nada hay menos. Sólo una inteligencia depurada en las regiones donde el ser es verdaderamente ser, puede adquirir un concepto fundamental de este movimiento.

Ir siempre y encontrarse en el punto de partida sin haber vuelto, es un fenómeno sorprendente de lo ilimitado.

Por el espacio se va, con seres delante cuya perfección se sabe que se ha de alcanzar. Se va a la misma altura de seres que se aman. Se va, y siguen otros seres perfeccionándose más.

Y va el espíritu sumergido entre infinitos mundos que se sienten trepidar y obedecer a las fuerzas de atracción y repulsión.

Y va entre soles de colores y dimensiones colosales, en cuyos senos parecen hervir espantosas masas de vapor agitándose en combustiones eternas.

Y ve cruzados en el espacio cambiándose en mil matices, los reflejos luminosos con que se prestan luz y calor los dilatados o innumerables sistemas solares, que con ordenada marcha responden a sus leyes.

III

Fija su atención sobre un mundo en el cual descubre tantas bellezas, que al parecer faltan en otro, no tan favorecido por ellas; pero que ni en éste faltan ni en aquél están de más. Ve cómo en un mundo se trabaja, cómo en otro se mejora, cómo en este se progresa, y cómo el de más allá se forma.

Ve cómo aquí los seres duermen, cómo allí se despiertan, cómo allá se agitan.

Ve que la paz reina aquí, ve cómo se ama allí, cómo allá se crece, y cómo aun más allá se espera,

Ve cómo se lucha aquí, cómo se emprende allí, y cómo se estudia allá,

Todas sus sensaciones son esenciales.

Ve lo que al otro lado está, lo que va delante y lo que viene después.

Ve como el pensamiento ve, sin que le estorben obstáculos, sin que la distancia disminuya ni la proximidad aumente.

Oye sin que el estrépito le hiera ni la suavidad le obligue a prestar mayor atención.

Es capaz de no perder ni una sola de las vibraciones que se desprenden de la armonía que se extiende en el espacio, y que marcha a perder los torrentes de sus últimas notas en los linderos más apartados de lo infinito.

Toca las sustancias más tenues, examina los elementos más simples, y analiza los detalles más delicados.

Penetra en él la belleza, siente en sí la armonía.

Su pensamiento es su elocuencia, y entregando sus sentimientos a un lirismo eterno, puede describir cuadros bellísimos sólo con poner de manifiesto sensaciones.

Puede también renovar sus recuerdos, como si retrocediendo en el tiempo fundiera en un sólo instante todas las horas pasadas, como si realizara en un solo momento y en un solo hecho, todos los hechos de su historia.

IV

En sus obras desarrolla el espíritu la intensidad de su amor

Amar! Qué palabras dan idea de esta acción, de esta fuerza y de este movimiento del espíritu?

Cuál puede decir hasta aquí se ama, hasta aquí se siente y hasta aquí se espera?

Dónde puede terminar esta actividad del espíritu con la cual contribuye a la creación? Dónde, cuándo, esta manifestación de Dios puede terminar en los seres?

Cuando cesara, donde no se manifestase la atracción divina que encadena las almas, como encadena a los mundos la atracción solar, podría asegurarse que allí terminaba Dios, que allí Dios no existía, que allí en verdad empezaban la muerte, la nada y el vacío.

No, no es posible.

Aquel primer impulso de amor en virtud del cual la creación fue, la creación es y será, no se agota jamás.

A qué espíritu no llega la chispa del sagrado fuego!

A qué lugares tan desconocidos, a qué seres tan ignorados no pueden alcanzar ni la luz que es vida, ni el amor que es creación!

A ninguno.

No hay lugares abandonados, no hay seres desconocidos por la Providencia.

El mismo rayo de luz envía a la flor que se ostenta en los jardines cultivados por la opulencia, que a la solitaria y escondida que se deshoja en un rincón del valle.

INDICE

DEDICATORIA DE LA 1ª EDICIÓN

IDEM DE LA 2ª

PRÓLOGO A LA 5ª EDICIÓN

PRIMERA PARTE

Páginas de dos existencias.

INTRODUCCIÓN

LIBRO I. Capítulo I: El choque de dos almas

 Capítulo II: Pobre Rafael!

LIBRO II. Capítulo I: Lamentos por los que nacen... y nació en Granada!

 Capítulo II: Mirad al cielo.

 Capítulo III: Entre sombras y cuchilladas, se lleva la dama quien no desea

 Capítulo IV: Lector, la misma historia otra vez

 Capítulo V: Sigue la historia, y el alma de Estrella se da a conocer.

LIBRO III. Capítulo 1: Trama infernal.

 Capítulo II: Esperanza y amistad.

 Capítulo III: Inmóvil y triste como una ruina

SEGUNDA PARTE

Páginas de ultratumba

INTRODUCCIÓN

LIBRO I. Capítulo I: El primer día de un muerto

 Capítulo II: Voz del cielo

 Capítulo III; Nápoles a vista de alma y a vista de pájaro

 Capítulo IV: El Mediterráneo y fenómenos de luz

LIBRO II. Capítulo I: Habla como Job un espíritu rebelde

 Capítulo II: Cómo durmiendo se puede ir muy lejos

 Capítulo III: almas entre humo y ceniza

 Capítulo IV: Espejismos de conciencia.

 Capítulo V: El bautismo de lágrimas

 Capítulo VI: Los muertos vivirán.

LIBRO III. Capítulo I: La visita de un muerto.

 Capítulo II: La Sombra.

 Capítulo III: La razón de dos existencias

CONCLUSIÓN